ACANTILADO

Isaac Bashevis Singer

Keyle la Pelirroja

TRADUCCIÓN DE RHODA HENELDE
Y JACOB ABECASÍS



KEYLE LA PELIRROJA

ISAAC BASHEVIS SINGER

TRADUCCIÓN DEL YIDDISH
DE RHODA HENELDE Y JACOB ABECASÍS



ACANTILADO
BARCELONA 2023

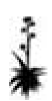
TÍTULO ORIGINAL
Yarme un Keyle

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 — 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

ISBN: 978-84-19036-81-0

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
diciembre de 2023



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

1

Su verdadero nombre era Yirmiyahu Eliézer Holtzman. En la plaza de la calle Krochmalna, sin embargo, no había paciencia para los nombres largos. A él lo llamaban Yarme y añadían el apodo «Bódik» [el 'Espino']. A su esposa, Keyle Lea Kupermintz, la conocían como «Di Roite» Keyle, es decir, Keyle la Pelirroja, debido a sus flamígeros cabellos.

Con el nombre *bódik* se designaba en Varsovia a los arrancamoños que los muchachos se arrojaban mutuamente al invadir la calle en el día de ayuno de *Tisha b'Av*. Cuando una de esas bolas de espinos daba en la barba de un varón o la cabellera de una fémina, no era nada fácil desenredarla. Y Yarme el Espino, en particular, disfrutaba ejercitando la puntería sobre sus camaradas, así como sobre las muchachas con las que tenía trato.

A sus treinta y dos años, Yarme ya había «visitado» cuatro veces la terrible cárcel de Pawiak, acusado de robo (era un experto en forzar cerraduras), y asimismo lo habían detenido varias veces por negociar, tal como él lo llamaba, con «mercancía viva». Keyle la Pelirroja, a sus veintinueve años, ya había pasado por tres burdeles: uno en la calle Krochmalna, otro en la calle Smocza y el último en Tomkis. Su primer proxeneta fue nada menos que Itche el Ciego. Yarme conoció a Keyle en la posada de la calle Krochmalna, 6. Pasar con ella un día y una noche le bastó para conducirla ante un rabino de la calle Stavsky y pedirle que los casara. A diferencia de otros rabinos, el de la calle Stavsky no hacía demasiadas preguntas a quienes venían a él con intención ya fuera de unirse bajo palio o de divorciarse. Se limitaba a aceptar los tres rublos de rigor y, acto seguido, estampar su firma en el certificado matrimonial o de separación.

Eso sucedió en 1911, unos seis años después de la revolución obrera. Los huelguistas, en cooperación con los que lanzaban bombas, habían conseguido lo suyo y el zar Nicolás II redactó una Constitución. Sólo que la primera Duma, el Parlamento, fracasó y

enseguida fueron elegidas una segunda y una tercera. Los partidos políticos rusos y polacos se enfrentaron entonces para alcanzar el poder. Al igual que en Rusia la banda de los Cien Negros, prozarista y antisemita, incitaba a las masas a perpetrar pogromos, en Polonia los nacionalistas llamaban a boicotear la mercancía de los judíos. Cientos de miles de muchachas y muchachos judíos cruzaron clandestinamente la frontera en dirección a Prusia o a Galitzia para, desde allí, marcharse a buscar fortuna en América, al otro lado del océano. Por otra parte, desde hacía años, cada semana los políticos y los periódicos en yiddish venían comparando a la península balcánica con un polvorín; no sólo predijeron la guerra de Serbia, Bulgaria y Montenegro contra los turcos, también el enfrentamiento entre Rusia y Alemania. Los sionistas, pese al fallecimiento del doctor Theodor Herzl en 1904, continuaban celebrando cada año su congreso. Los socialistas, por el contrario, en sus proclamas, definían al sionismo como una fantasía vacía de contenido. Según ellos, los trabajadores judíos deberían luchar por el socialismo en los países donde vivían y dejar de soñar con un país semidesierto y habitado sólo por árabes. El sultán Abdul Hamid[1] nunca les otorgaría un fuero propio.

En la posada de la calle Krochmalna, 6, sin embargo, ni leían periódicos ni se ocupaban de política. Eso sí, recordaban el ataque que habían lanzado los socialistas a los bajos fondos de la ciudad. Los rebeldes, irrumpiendo en los burdeles, habían apaleado a las prostitutas, habían rajado la ropa de cama y dejado a su paso multitud de ojos morados y costillas rotas. Desde entonces, ya había pasado mucho tiempo. Un buen número de aquellos agresores fue deportado a Siberia, otros fueron ahorcados en la fortaleza, y muchos de ellos perecieron durante el conocido como «miércoles sangriento».

La verdad es que Yarme el Espino sí era capaz de leer un periódico yiddish. Aunque provenía de los ladrones de Piasek, durante algún tiempo incluso estudió en una *yeshive* de Lublin. De modo que, cuando algún ladrón o un proxeneta del clan necesitaba enviar una cartita a casa de sus padres, o a Buenos Aires, acudía a Yarme y él se la redactaba en yiddish, añadiendo al final la dirección en ruso.

Yarme acostumbraba a adquirir cada mañana el periódico *Di yiddishe Blat*, pero en él sólo leía la novela por entregas: *La mujer sanguinaria, La dama con velo*, y otras parecidas. A menudo le leía a Keyle en voz alta algún fragmento, o le contaba después lo que había sucedido en la novela. Los ojos verdes de Keyle se iluminaban a causa de las ocurrencias de los escritores.

—¡Ay!—solía comentar—. ¡Los escritores tienen unas ideas tan extrañas! Son capaces incluso de juntar una pared con la de enfrente.

—¡Bah! Todo es inventado—replicaba Yarme—. Cuando esos petimetres se sientan con una pluma en la mano, empiezan a imaginar

una feria en el cielo. Por sí mismos no son capaces ni de atar a un gato por la cola.

—Todo eso les viene de estudiar la Torá—decía Keyle—. Se sumergen en los grandes tomos de la Guemará y eso les sorbe los sesos…

—Sí, es verdad. Jéskele «Shpigl-glas» [el 'Espejo'], por ejemplo—contó alguna vez Yarme—, recordaba hasta la letra pequeña de la Torá. Si uno de los nuestros acudía a él para pedirle consejo, empezaba a frotarse la frente como un rabino. Se burlaba de esos idiotas rusos que ocupan media Polonia. Tal era su habilidad que, en cierta ocasión, le birló el reloj de oro al mismísimo jefe de la policía.

—¿Lo pillaron?—preguntó Keyle.

—¡Qué va! Él mismo se lo devolvió. Dijo: «Excelencia, aquí tiene usted su reloj». El alto oficial casi sufrió un ataque de apoplejía.

El matrimonio se sentía a gusto, y no sólo mientras dormían juntos, sino también mientras charlaban. Después de acostarse, en su vivienda de la calle Krochmalna, 8, se pasaban la mitad de la noche conversando. Keyle la Pelirroja conocía millones de chascarrillos, y por cada uno que ella relataba, Yarme soltaba otros diez. Desde que la sacaron de la provincia, veinte años atrás, Keyle nunca se había alejado en Varsovia más allá de la calle Ragatka. Lo más lejos que llegó fue hasta la calle Praga o Pelcevizna. Yarme el Espino, en cambio, se había movido mucho. Durante algún tiempo, acostumbraba a viajar en tren y jugar con los pasajeros a la «cadenita» y otros juegos de azar parecidos, aptos para desplumar a cualquier primo. Después estuvo actuando como contrabandista en Mlova, donde ayudaba a cruzar clandestinamente la frontera a los que se marchaban a América. Más tarde se dedicó a pasar contrabando a Prusia y desde allí a Rusia. No faltó mucho para que lo enviaran en barco a Buenos Aires acompañando a un transporte de hembras. Estaba confabulado con proxenetas y con atracadores de cajas fuertes de media Polonia. En su agenda llevaba anotados los datos de las ferias de toda Rusia. Keyle solía confesarle entusiasmada:

—Yármele,[2] soy la mujer más afortunada del mundo. Sólo le pido a Dios una cosa: que no se me tuerza la suerte. Siempre procuro meter dinero en la hucha para los pobres y ruego a Dios por tu salud.

—Keyle, yo no te cambiaría por otra, aunque me dieran tu peso en oro—replicaba Yarme.

—Un amor como el nuestro no ha existido desde que el mundo es mundo—musitaba Keyle.

Pese a ser todo esto verdad, entre ellos habían acordado que si a Yarme le gustaba alguna hembra—o si a ella le atraía algún varón—no deberían molestarse por ello, sino hacer lo que el corazón les pidiera.

Con una sola advertencia: no guardar secretos, sino contar inmediatamente después la verdad al otro. Ambos cumplían ese acuerdo.

Durante los dos años y medio que llevaban juntos, Yarme había tenido pocos apaños, y sólo cuando tuvo que viajar fuera de la ciudad. Keyle, sin embargo, aquella misma semana se había entregado por primera vez a Itche el Ciego. Ocurrió mientras éste yacía en el hospital de la calle Czista a raíz de que un vendedor de mercancía robada lo había apuñalado. Itche el Ciego consiguió una habitación individual gracias a sus contactos. Cuando Keyle fue a visitar al enfermo y le ofreció una tarta de queso que había preparado para él, Itche, todavía vendado, le rogó que le permitiera, en nombre de los viejos tiempos, hacer con ella lo que él necesitaba.

Enfermo y con fiebre como estaba, la arrastró a su cama. Todo ello no duró más de un minuto, pues al otro lado de la puerta se encontraba la enfermera, de cháchara con el celador de turno.

Cuando, a la noche siguiente, Keyle contó a Yarme lo que había sucedido, él la cubrió de besos.

—¡Kéileshi—exclamó—, has hecho una buena acción! ¡Enhorabuena!

—Después de que sucediera aquello, lloré todo el día.

—¿Lloraste? ¿Por qué? No eres ninguna muchachita que se haya descarriado. Y yo tampoco soy ningún santo.

—¡Ay, Yármele! Yo quería mantenerme pura para ti, pero él me dio un tirón y, antes de que me diera cuenta, ya había pasado todo. Le escupí en mitad de la cara.

—No debiste hacerlo. Itche el Ciego podría muy bien ser tu padre.

—Entonces, no sientes celos, ¿eh?

—Al contrario.

Yarme exigió a Keyle que le relatara todos los detalles, «cada miguita», le dijo. La interrogó una y otra vez. Se excitó extremadamente y cayó en una especie de embriaguez salvaje. Cierto es que, cuando era Yarme quien confesaba a Keyle sus aventuras con una cocinera de Kalish o con la esposa de un carpintero de Lodz, ella reaccionaba exactamente del mismo modo.

Aquella noche Yarme comenzó a insinuar que Itche el Ciego se estaba haciendo viejo, que ya no era el mismo de antes y que cuando saliera del hospital sería justo invitarlo a casa y dejar que se quedara con ellos varios días, incluso un par de semanas, hasta que se recuperara.

—No olvides que él fue tu primero—dejó caer, de sopetón.

—Yármele, los he olvidado a todos. Vine a ti virgen.

—Una virgen con un certificado en la mano… Recuérdalo: «no seas

tonta y saborearás la crema»…

El sábado siguiente, después de la comida del *chólent* a mediodía, Yarme y Keyle acudieron al hospital para visitar de nuevo a Itche el Ciego e interesarse por su salud. Yarme había comprado para el enfermo una caja de bombones y un bote de caviar, además de un ramo de flores. Mientras la pareja atravesaba la calle llevando los regalos, eran seguidos por las miradas de los vecinos desde las ventanas y balcones.

Keyle, de estatura media y busto prominente, tenía la cintura fina y caderas redondeadas. Sus piernas eran estrechas en los tobillos y anchas en las pantorrillas. En realidad, sus caderas eran rectas como las de un muchacho, pero utilizaba almohadillas como relleno. Sus rizos pelirrojos, bajo el brillo del sol, reflejaban la luz como si estuvieran en llamas.

Yarme, más alto que ella, mantenía una pose esbelta como la de un joven. De mejillas hundidas, sus grandes ojos negros parecían desalineados, mientras que la nariz unas veces se diría que era recta y otras encorvada como el pico de un pájaro. Su mentón era puntiagudo y con un hoyuelo en el centro.

Marido y mujer iban caminando con una ligereza de bailarines. Yarme se había puesto un traje nuevo, una corbata florida sujeta por un alfiler de perla, zapatos marrones con un cierre de hebilla y sombrero hongo. Keyle, por su parte, se había engalanado con un vestido amarillo abierto a ambos lados, zapatos también amarillos con hebillas doradas y altos tacones finos, y finalmente un sombrero adornado con falsas cerezas y flores. Del cuello le colgaba una cadena con un medallón, y de las orejas, unos zarcillos bamboleantes. En ambas muñecas lucía brazaletes.

Todo el mundo sabía hacia dónde se dirigía la pareja: a visitar a Itche el Ciego, que había sido el primero de Keyle y que luego la traspasó a Jáymele, el campesino de Potcheyov. Itche el Ciego se había emparejado entonces con Réitzele la Gorda quien, hasta ese momento, se había negado a convivir con él mientras no mandara a Keyle la Pelirroja a vivir en un barrio diferente.

2

Cuando Yarme y Keyle llegaron, la habitación de Itche el Ciego en el hospital se hallaba, en esta ocasión, repleta de camaradas. Aunque estaba prohibido llevar a los enfermos alimentos de difícil digestión, a Itche le obsequiaron con cebolla picada y frita en grasa de ganso, *chólent, kíguel, guefilte fish*, tripa rellena con masa, *griben*, además de

vino, licor y coñac. La matrona de un burdel, por su parte, le había llevado al paciente un ramo de una docena de rosas.

Allí estaban todos: Shmuel «Smétene» [el 'Nata'], Leibush el Larguirucho, Mórdjele «Flam» [el 'Llama'], Shaye «Tzvániak» [el 'Sabiondo'] y Réitzele la Gorda, que ahora vivía con un conductor de camiones de carga quince años más joven que ella. Incluso un agente de la policía secreta del séptimo distrito había ido a visitar al enfermo. Itche y la policía eran uña y carne. En aquellos días, los guardias andaban buscando a Bérele «Kishke» [el 'Tripas'], el vendedor de mercancía robada que había clavado a Itche el cuchillo en el cuello. Todos consideraban un milagro del cielo que hubiera escapado vivo. Y no sólo la policía, también los buenos camaradas de Itche buscaban a Bérele el Tripas por toda Varsovia. Lo calificaban ya de medio cadáver, puesto que, en cuanto lo pillaran, lo matarían.

Itche, ciego de un ojo y con una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, yacía con el cuello vendado. Era un tipo corpulento, con dos garras capaces de estrangular a un buey, la nariz gruesa, el cabello espeso de color sal y pimienta, un ojo cubierto con un parche negro y el otro malhumorado, abierto, con la mirada seria de un líder. Sin Itche, ¿qué valor tendría la posada de la plaza en la calle Krochmalna, 6? Estaba metido en todo. Es verdad que pertenecía a la vieja generación, y aunque había surgido una nueva hornada de carteristas, chantajistas, bravucones y ladrones comunes que por unos pocos groschen estaban dispuestos a matar a alguien y arriesgar su libertad, ésta aún era lo bastante fuerte para no dejarles arrimarse demasiado al plato.

En la calle se decía que Itche el Ciego incluso guardaba una pistola debajo de la almohada o dentro del colchón del hospital. Tenía muchos amigos, pero no le faltaban enemigos. Lo cierto es que, al cabo de los años, Itche el Ciego no había ahorrado nada como producto de sus actividades. Era desprendido y siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquiera, incluso hacía donativos a sinagogas, orfelinatos y escuelas de Torá para los niños. Cuando a un buen camarada lo metían en la cárcel, Itche le enviaba paquetes y ayudaba a la esposa.

Al presentarse Yarme y Keyle en el umbral, todos les abrieron paso. Itche el Ciego levantó un brazo en señal de saludo a la pareja. Tiempo después de renunciar a Keyle la Pelirroja por Réitzele la Gorda se arrepintió de haberlo hecho. Cuando Keyle la Pelirroja se casó con Yarme el Espino, Itche le envió cincuenta rublos como regalo de boda. Era poco frecuente que una hembra que había servido en tres burdeles se casara, y además con un tipo culto y medio intelectual como Yarme el Espino. Para las demás prostitutas de Varsovia eso había sido una señal de que nunca debían perder la esperanza y de que aún existía el

amor en el mundo, incluso si una ya estaba metida en el arroyo hasta el cuello.

Alguna vez sucedía que un cliente se enamoraba de una furcia y se iba a vivir con ella, pero quienes lo hacían se alejaban enseguida de la calle Krochmalna, viajaban a América o a Sudáfrica y nunca más se sabía de ellos. Yarme el Espino y Keyle la Pelirroja, sin embargo, se habían quedado a vivir en la misma calle Krochmalna. Acudían cada día a la posada para jugar al dominó o a las cartas, a charlar y chismorrear. Yarme el Espino no se había convertido en un ciudadano respetable, y aún seguía ganándose la vida con asuntos turbios. Ambos gozaban de la total confianza de la gente de Krochmalna.

Itche el Ciego, después de haber hecho lo que hizo con Keyle cuando ésta había ido a visitarlo en el hospital, temía que Yarme se convirtiera en su enemigo. Le había ordenado a Keyle que guardara silencio sobre lo que pasó. Incluso le preocupaba que la propia Keyle lo despreciara a él, un hombre tan fuerte, por haber demostrado la debilidad de meter mano a la esposa de un amigo. Por esa razón, cuando Itche vio entrar a la pareja con regalos en la mano, sintió como si le quitaran un gran peso del corazón, como suele decirse.

Olisqueó las flores que le habían traído y pidió a Keyle que abriera la caja de bombones y le diera a probar uno. Quiso mostrar de ese modo lo mucho que le agradaba la visita de la pareja. Con una señal, les invitó a que se sentaran al lado de la cama, mientras otros les cedían las sillas.

Hacía meses que la banda de la posada venía planificando algo que a todos parecía una quimera. Era uno de esos planes que se conocen como «castillos en el aire». Yarme el Espino había contado que en América había un *gang*, conocido como la Mano Negra, que en su origen, quién sabe cuánto tiempo hacía de ello, debió formar parte de la mafia en Italia y más adelante se había trasladado a la rica América. Los ladrones pertenecientes a la Mano Negra no eran delincuentes corrientes… Enviaban cartitas como la siguiente a algunos millonarios: «Entréganos tanto y tanto dinero, pues de lo contrario recibirás una bala en el cráneo». Iban firmadas por la «Mano Negra». A veces, esa misma banda secuestraba a alguno de los ricachones y pedían que les enviaran el rescate. Si no lo recibían, eliminaban al rehén y nunca se encontraba rastro de sus huesos.

Yarme el Espino había leído este artículo en el diario *Di yiddishe Blat* de Varsovia, reproducido de un periódico de Nueva York. El plan que él tramaba, no obstante, era diferente: cavar un túnel hasta el interior de un banco y vaciar la caja. Algo parecido también había leído en el *Blat*. Itche el Ciego, como persona práctica que era, opinó en principio que aquello era el sueño de una cabeza amputada, y que Varsovia no era ni Nueva York ni Chicago. En Varsovia, si se cavara

un túnel, los rusos se enterarían enseguida. Además, los chicos duros de la banda, parlanchines como eran, se jactarían ante sus hembras, y las mujeres, ya se sabe, tienen no sólo largos cabellos, sino también largas lenguas. Son incapaces de guardar un secreto.

Existía un tercer proyecto: asaltar un tren con carga postal y robar el dinero, contante y sonante. Ésa no era ninguna hazaña importada de América. Se había llevado a cabo aquí en Polonia en la época en que los socialistas pertenecían a una organización llamada Proletariat. Habían robado sacos llenos de rublos. De modo que, ¿por qué no se podía realizar una vez más? Sólo había que colocar una barra de hierro atravesada en la vía, y el tren se vería obligado a detenerse. El vagón postal no iba vigilado más que por dos o tres guardas. Si parabas el tren de noche y en un bosque, la policía tardaba en enterarse del asunto. A los dos o tres vigilantes se los podía liquidar fácilmente. Y si no se quería derramar sangre, siempre se les podía atar y taparles la boca con trapos.

De nuevo Itche el Ciego argumentó que esa empresa no era para estos tiempos. Los socialistas eran un partido político y se habían propuesto deponer al zar. A sus filas se habían unido hijos de familias ricas, oficiales y hasta generales. Y no sólo eso, sino que muchos miembros de ese grupo habían sido entonces capturados y ahorcados. En cambio, los fortachones de las calles Krochmalna y Smotcza, ni tenían suficiente armamento ni eran capaces de fabricar bombas. Además, ¿dónde iban a esconder los sacos de rublos? ¿Y cómo los repartirían? Itche el Ciego ya había pasado bastante tiempo en chirona, y ahora en su vejez no le apetecía volver a los trabajos forzados ni balancearse colgado de una soga. Por tanto, rechazó todos los planes. Él se contentaba con el dinero semanal que le proporcionaban los burdeles, así como con la extorsión a los tenderos para que no les incendiaran el comercio o vertieran alquitrán sobre sus sacos de harina, sus telas o sus artículos de mercería.

El hecho es que, con el tiempo, entre la banda se había empezado a hablar abiertamente sobre estos planes, tanto en la plaza como en la taberna del número 17. Aquel día, en el hospital, de nuevo surgió la conversación; el objetivo era realizar algo que hiciera temblar a Varsovia y que al mismo tiempo les proporcionara un gran botín. Una vez más, Itche el Ciego hizo oídos sordos a esos planes. Jáskele el Espejo estaba muerto; Varsovia, desde los levantamientos de 1905, estaba plagada de gendarmes, agentes secretos y simples delatores; cada conserje estaba obligado a informar a la policía de su distrito acerca de cualquier nimiedad. El Ayuntamiento se enteraba incluso de que tres zapateros se habían juntado para tomar una copa de cerveza.

—Muchachitos—concluyó Itche—, hoy en día no hay con quien sentarse a la mesa. Mi madre, descanse en paz, solía decir: «De la

nieve no se puede fabricar queso».

Pasado un rato, todos salieron y los únicos que quedaron fueron Yarme el Espino y Keyle la Pelirroja. Justo en ese instante Keyle sintió necesidad de ir al lugar adonde el propio zar va a pie, y Yarme tomó la palabra:

—Ítchele, Keyle me lo ha contado todo. De ningún modo debes avergonzarte. Ambos somos hombres y no unos tiernos corderitos. Tú la tuviste antes que yo. Eres como un padre para ella. ¡Buen provecho!

Itche el Ciego permaneció mudo un rato. Luego dijo:

—De estar tumbado tanto tiempo, la sangre se calienta. Le pedí que guardara silencio.

—Sí, pero nos habíamos prometido, con un apretón de manos, que entre nosotros no habría secretos.

—Bueno, eres un verdadero amigo. Choca esos cinco.

Itche le agarró la mano con tal energía que Yarme casi soltó un grito de dolor.

—¡Ay! Eres fuerte como el hierro. ¡Así se meta el diablo por tu sucio ombligo!—le espetó Yarme, a modo de piropo.

—A veces me parece que ha llegado mi fin—confesó él.

—Itche, cuando salgas del hospital ven a nuestra casa. Te recibiremos como a un padre.

—¿Cómo dices? ¿Por qué razón merezco yo tal cosa? Yármele, tú llegarás lejos. Y nunca olvides que alguna vez hubo un Itche en el mundo.

Ya empezaba a anochecer cuando Yarme y Keyle regresaron del hospital a los bajos fondos del barrio judío, entre la calle del Hierro y la calle Gnoina. Aunque podría parecer que tanto la plaza como las calles vecinas estarían habitadas por gente de dudosa reputación, lo cierto es que en ellas vivían muchos judíos devotos y amas de casa respetables, y había sinagogas y oratorios jasídicos. Hasta un *jéder* para los pequeños había, e incluso *yeshives*. A aquella hora, en los oratorios ya estaban celebrando la tercera comida a la salida del *shabbat* y se podía oír los himnos de despedida del descanso sabático saliendo de los portales. Las mujeres, asomadas a las ventanas abiertas, rezaban cantando el «Dios de Abraham».

Ambos, tanto Yarme como Keyle, procedían de hogares observantes de la religión. Aunque el tío de Yarme, el de Wisoka, era un ladrón, su padre era un judío piadoso, además de artesano fabricante de sombreros ribeteados en piel. Envió a Yarme a estudiar, primero al *jéder* y más adelante incluso a una *yeshive* de Lublin. En cuanto a Keyle, su padre era bedel de la pequeña sinagoga de los sastres en el *shtetl* donde nació. Cada sábado, desde que anochecía y hasta que aparecían las tres primeras estrellas, una silenciosa

melancolía invadía las calles. Tanto el padre de Yarme como el de Keyle, así como la madre de ésta, ya descansaban en el cementerio. Por muy hondo que Keyle se hubiera hundido en el fango, nunca olvidó encender una vela en el aniversario de la muerte de sus progenitores. En algún lugar tenía un hermano y dos hermanas que llevaban una vida decente y habían borrado de sus corazones el nombre de ella. Yarme, por su lado, aún tenía una madre anciana y un hermano. En definitiva, ni Yarme ni Keyle provenían, como suele decirse, de una pila de basura. Keyle solía jactarse de que su abuelo estudiaba en un libro de la Guemará tan grande como la mesa entera. Yarme, cuando a veces se cruzaba por la calle con algún alumno del *jéder* que llevaba bajo el brazo un libro sagrado, abordaba al chaval y le hacía alguna pregunta sobre el Pentateuco. Incluso se sabía de memoria la primera página del tratado de la Mishná relativo a las leyes sobre daños y perjuicios. Con todo, se tenía por un hereje y con frecuencia afirmaba que Dios no existía. En cambio, Keyle sí creía en Dios, en los demonios, en los espíritus y en el mal de ojo.

En ese momento del sábado, cuando se acercaban a su casa en el número 8 de la calle, ya se veían brillar las tres estrellas encima de los tejados de cinc. Incluso la luna había aparecido flotando en el cielo.

—¡Yármele, que tengas una buena semana!—exclamó Keyle.

—¡Buena semana y buen año tengamos!

—¡Una semana de buena suerte!—le deseó Keyle.

—¡Ojalá!

Ambos necesitaban esa buena suerte. Desde que se casaron, Keyle no había ganado ni un groschen. ¿En pago de qué iba a ganarlo? Tampoco Yarme había hecho ningún negocio desde hacía mucho tiempo. En el pasado asumía riesgos. No le asustaba apostarlo todo si había posibilidad de algún beneficio. Desde que se casó con Keyle, sin embargo, se había tornado más aprensivo: temía arriesgar su libertad. Sabía muy bien que si a él lo metían a la sombra, Keyle no tendría otra alternativa que regresar al burdel. Él ya se había habituado a comer a su hora, a irse a dormir pronto y a tener ropa de cama cuidada, una camisa limpia, ropa interior pulcra, además de comida casera, como la que su madre preparaba en su Wisoka natal. Sólo pensar en verse encerrado de nuevo entre barrotes, recibir golpes de los carceleros, comer el pan con sabor a arcilla y las sopas grasientas de la cárcel, le producía horror. Hasta llegó a sentir compasión por la gente que habría sufrido robos, en general personas más bien pobres que habían trabajado duro por conseguir cada prenda de vestir o cada camisa, y ahorrar unas pocas monedas.

A veces hablaba acerca de esto con los buenos colegas de la posada y ellos se burlaban:

—Yármele, te has vuelto blandengue.

—No soy ningún santo—se justificaba él—. Pero a quien come cerdo le rebosa la grasa por el mentón…

Ansiaba encontrar algún negocio que valiera la pena y se dejaba arrastrar por toda clase de falsos sueños. Mientras tanto, vivía de las rentas, hasta el punto de que casi había despilfarrado los ahorrillos que Keyle guardaba en un pañuelo. Pese a ello, al mal tiempo ponía buena cara y a menudo se mostraba más desprendido de lo que podía permitirse. Los costosos regalos que acababan de llevar al hospital aquel día para Itche eran un buen ejemplo.

Quienes lo conocían, sin embargo, sabían que todo eso era un engaño.

3

Aquel sábado por la noche, la pareja iba a acudir al teatro, a la representación de una obra llegada de América: *El tío Sam*. Yarme había sacado dos entradas de las primeras filas al precio de un rublo cada una. Marido y mujer se prepararon para tomar antes en casa una rápida tercera comida del sábado. Del ágape del mediodía solamente les había quedado la cola de un pescado que Keyle había preparado el viernes, una *jalá* ya reseca, la mitad de un arenque con sus huevas y un cazo de leche que ella, como buena ama de casa, había puesto a cuajar sobre un bloque de hielo la víspera en el sótano.

Yarme solía decir que Keyle podría cocinar para el propio zar y que, además, era una experta en regatear toda clase de gangas en el patio de Yanosh. En lugar de comprar huevos intactos al precio de una moneda de dos groschen la pieza, elegía los huevos que, por estar algo agrietados, se vendían casi gratis. En lugar de adquirir carne vacuna, como por ejemplo un solomillo, lomo o un redondo para asar, al precio de veinte kopeks la libra, regateaba en la casquería y compraba muy barato una cabeza de gallina o de ganso, tripas o mollejas. Con esos ingredientes preparaba unos guisos y caldos cuyo sabor, en palabras de Yarme, era exquisito. Lástima que, si seguían tirando de los ahorros, acabarían puliéndoselos.

Yarme y Keyle habían empezado a considerar seriamente emigrar a Norteamérica o a Buenos Aires. Ahora bien, en primer lugar, el viaje costaría una fortuna y, además, quien llegaba a América sin un groschen se veía obligado a trabajar en un *sweatshop*, como llamaban a los talleres por lo mucho que se sudaba planchando pantalones catorce horas al día. Por otro lado, ese año se había producido una gran depresión en Nueva York. Llegaban noticias de huelgas de larga duración, de que los trabajadores pasaban hambre y hasta buscaban

restos de comida en los cubos de basura. En lo que respecta a Buenos Aires, lo conveniente era llegar allí con «mercancía viva» y no con las manos vacías.

Yarme había probado en su infancia el sabor de la obligación de trabajar. Su padre lo había entregado como aprendiz a un sastre del *shtetl*, pero allí, en lugar de enseñarle el oficio, le mandaban a vaciar los orinales y a mecer la cuna del niño. Incluso escatimaban el mendrugo que le daban. Ahora en Varsovia, aunque un supuesto edicto llegado de San Petersburgo ordenaba acortar la jornada laboral, los obreros, vestidos de harapos, seguían trabajando desde la madrugada hasta la noche, malvivían en sótanos y escupían sangre.

Yarme y Keyle terminaron su cena a toda prisa, a fin de no tener que utilizar un *droshky*, un coche de punto, y ni siquiera el tranvía, para acudir al teatro. Sin embargo, cuando atravesaron el portal ya era demasiado tarde para ir caminando hasta la calle Abazhna, e incluso para tomar el tranvía. Por tanto, se sentaron cómodamente en un *droshky* y Yarme comentó:

—El último billete de cuarenta kopeks ya no va a cambiar nada. De todas formas, éste es realmente un año negro.

—Es verdad, pero con un billete de cuarenta kopeks se puede subsistir un día entero—replicó Keyle.

Como cada sábado, de día la plaza se hallaba más o menos vacía. Los postigos atrancados en las tiendas eran prueba de que todo el mundo descansaba: tanto los que negociaban con mercancía robada como los que vendían números de lotería que luego premiaban con un pastel o una tarta de queso; y lo mismo los vendedores y vendedoras de garbanzos hervidos, limonadas, pastelillos de patata, habas calientes y castañas asadas. Hasta las prostitutas evitaban, desde la noche del viernes, hacer la calle bajo los portales. Pero en cuanto las velas encendidas señalaban que los judíos piadosos habían bendecido el final del sagrado día de descanso, la plaza se llenaba de hombres con gabanes negros, dándole el aspecto de una gran torta salpicada de semillas de amapola. Se oía entonces un gran estruendo, no sólo por la multitud que se congregaba, sino también por la música de gramófonos que llegaba desde las ventanas abiertas de par en par: canciones de teatro americanas, piezas litúrgicas y temas de operetas yiddish conocidas. Se había puesto de moda, además, una tonadilla con alusiones picantes:

Esconde un gran secreto,
aunque también una nimiedad,
y al mismo tiempo un deleite,
del que el médico sabe una barbaridad…

Yarme azuzaba al cochero para que forzara la marcha porque no quería llegar en mitad del primer acto, pero la multitud impedía avanzar. Por si fuera poco, como empezaba a ser habitual, estalló un incendio y acudieron los bomberos y la ambulancia de socorro rápido, equipados de sirenas. Se veía salir huno y llamas por la ventana de la buhardilla de una de las casas. Por delante de los coches de bomberos, que hacían sonar las campanas y las estridentes sirenas, iba un pregonero avisando del peligro a la gente. Montado en un caballo al galope, tenía que abrirse paso fustigando a quienes se le ponían delante. Siempre sorprendía que no resultaran pisoteadas algunas personas en medio del caos.

Por las demás calles tampoco era fácil transitar. El *droshky* bajó por la calle Gnoina, atravesó Graniczna, salió a la calle Krulewska, desde allí siguió hacia Pruszna y finalmente llegó a Abazhna. Al pasar por Krulewska, que bordeaba los Jardines Sajones, Yarme y Keyle inhalaron a fondo el aroma de los castaños de frondosas copas que sobresalían por encima de las vallas de hierro. En esos jardines no se permitía la entrada a los judíos vestidos con largos gabanes negros, acompañados de sus esposas con pelucas y bonetes. De modo que, si querían respirar aire fresco, se conformaban con sentarse sobre la base de cemento de la valla.

Afortunadamente, la obra de teatro también se había retrasado y la pareja logró encontrar sus asientos antes de que se levantara el telón. En su misma fila vieron sentadas a otras personas a las que conocían por haberse encontrado alguna vez en la posada. Enseguida, uno de los colegas entregó a Yarme una bolsita con frutos secos y una de las prostitutas le ofreció a Keyle pastelillos de chocolate recubiertos de semillas de amapola. No obstante, la inmediata apertura de la representación resultó tan vistosa, rica y llena de colorido que la pareja no llegó a agradecer lo que les habían ofrecido.

Llenaba el escenario el salón de un millonario de Nueva York, donde había un piano dorado, muebles lujosos, tapices, lámparas de araña y grandes candelabros. En el centro estaban de pie el millonario, Sam, vestido con frac y chistera, y su esposa, Bessie, con vestido de cola y sombrero decorado con plumas de pavo real. Él le estaba presentando a una recién llegada emigrante de Polonia, es decir, una *grine* en el lenguaje de la calle, una muchacha bonita y pobremente vestida que acababa de bajar del barco.

—Bessie, querida—dijo Sam—, ésta es mi sobrina Tsírele, hija de mi hermana Beile Guitl, que descanse en paz en el luminoso Edén. Al morir me dejó en su testamento el encargo de que trajera a América a su única hija, me ocupara de que recibiera una buena educación y que, en definitiva, la cuidara como si fuera mi propia hija. Puesto que no se nos ha concedido descendencia, Tsírele será como una hija.

Desde hoy serás tú, Bessie, su madre y yo su padre. La enviaremos a estudiar en la mejor universidad, la vestiremos como a una princesa, la casaremos con un apuesto joven de elevada formación y, después de cien años, le dejaremos nuestra gran fortuna, ya que nadie vive eternamente, ni siquiera en el país de Colón.

Estas palabras de Sam fueron acogidas en el teatro con un gran aplauso. Sam, Tsírele y Bessie hicieron una profunda reverencia ante el público. Cuando se impuso el silencio, sin embargo, Bessie, sujetando por el mango sus anteojos, examinó a Tsírele de arriba abajo y de abajo arriba, y sentenció:

—Mi querido esposo Sam: has hecho ese plan sin contar conmigo. Yo soy el ama y nunca jamás dejaré entrar en mi casa a un animalucho como tu Tsírele. Fíjate en cómo va vestida: con harapos. No habla inglés, sólo esa maldita jerga, el yiddish. Únicamente sobre mi cadáver se convertirá esta guarra polaca en hija nuestra. Si sabes lo que te conviene, Sam, envíala de vuelta inmediatamente al lugar de donde ha venido. De lo contrario, mi hermano el juez os mandará a ambos de vuelta al país de los cerdos. Y de nuevo serás lo que fuiste treinta años atrás: un indigente, aprendiz de zapatero en Pinchev, y un vago de siete suelas.

Un fuerte abucheo recorrió el teatro. Alguien soltó un grito:

—¡¡¡Vieja birria!!!—Y arrojó sobre la dama americana una patata podrida.

4

Entre el primer y el segundo acto, mientras Keyle permanecía sentada, Yarme salió a fumar un cigarrillo. De pronto, alguien lo llamó por su nombre.

Era una voz masculina, aguda y familiar. Abriéndose paso a empujones entre la multitud, llegó hasta él un hombrecillo calvo, sin barba ni bigote. Vestía un traje de cuadros, zapatos amarillos y una corbata con bordados en hilo de oro, y tres perlas formando un triángulo en el ancho nudo. Se apoyaba sobre un bastón de empuñadura dorada. Aunque tanto el rostro como la voz le resultaron conocidos, Yarme no recordaba quién era aquella persona. «¿Quién lleva un bastón en el teatro?—se preguntaba Yarme—. ¿Por qué no lo habrá dejado en el guardarropa?». En ese momento notó que el hombre renqueaba, y enseguida lo reconoció: ¡Max el Cojo! Yarme lo miró asombrado. Tres meses había estado encerrado con ese Max en una celda, dentro del arsenal de armas de la calle Dluga. De eso hacía ya nada menos que cuatro o cinco años. A él lo habían encerrado por

un robo y a Max el Cojo por haber intentado cambiar en el banco Landau un falso billete de cien rublos. Por aquel entonces, Max el Cojo tenía el cabello rubio y un bigotito con las puntas enceradas y retorcidas hacia arriba. Aunque le llevaba unos diez años a Yarme, ambos se hicieron tan buenos amigos en la prisión que Max el Cojo se empeñó en convencerlo de entablar una relación homosexual. Fue entonces cuando a Yarme lo trasladaron a la cárcel de la calle Makatov, y ya no volvió a encontrarse con Max. Según había oído, se marchó a algún lugar del extranjero, seguramente América, después de haber cumplido su condena. Los que se iban al otro lado del océano era como si hubieran muerto y enseguida eran olvidados. Sin embargo, ahí lo tenía, hablándole con su aguda vocecita medio nasal:

—Yármele, ¡¿eres tú?! No me reconoces, ¿eh? Max, Max Levitas. ¡Que el diablo se lleve al hijo de tu padre!

—Sí que te recuerdo—respondió Yarme—. ¿Dónde está tu pelo? ¿Lo has vendido a un fabricante de pelucas?

—Ya he olvidado que tuve pelo alguna vez—respondió Max con una sonrisita que dejó ver sus dientes separados y puntiagudos como los de un pez—. Es lo que yo me digo: si uno vive lo suficiente, llega a verlo todo. Que tan provechosa te sea la libertad, como verdad es que hoy mismo he pensado en ti. «¿Adónde habrá ido a parar Yarme?», me he preguntado. Pensé que en Makotov te habrían aplastado los pulmones y ya estarías en el cielo con los santos. Pero como suele decirse, mala hierba nunca muere. Tienes buen aspecto, maldito hijo de puta. ¡Choca esos cinco!

Max tendió a Yarme una mano estrecha y menuda, con dedos delgados y uñas largas y brillantes. En uno de ellos lucía un anillo de oro con un diamante y en otro un anillo con sello. «Se ha hecho rico», pensó Yarme, pero lo que dijo fue:

—¿Adónde te marchaste? Desapareciste como una piedra en el agua. Me preguntaba si habrías huido a América.

—A América, ¿eh? Todo es América. Nueva York es América, Buenos Aires es América, y Brasil también. En Nueva York cada cual debe ganarse la vida. En Brasil, sin embargo, se hacen las Américas. ¿Has oído hablar de un país como ése? Cuando aquí es de noche, allí es de día, y cuando aquí es invierno, allí es verano.

—¿Dónde estuviste? ¿En Brasil?

—En Brasil, en Argentina, en Uruguay, en Nueva York, en Chicago e incluso en California. En cualquier país mejor que en la tierra de los rusitos. ¿Dónde te escondes ahora? ¿Todavía en la callejuela de Krochmalna? Acabo de pasar por ahí en un *droshky* y la peste del agua estancada me ha dejado sin aliento. Mientras pasaba, una moza vació un cubo de basura desde la ventana. Por poco me da en la cabeza.

—Te has vuelto refinado, ¿eh?—preguntó Yarme.

—¿Y tú qué haces? ¿Sigues siendo un ladrón?—respondió Max con una pregunta.

—No, me he transformado en rabino.

—Bueno, el mundo está lleno de mundillos. Realmente, es como está escrito en arameo en los libros sagrados. ¿Aún recuerdas algo de la letra pequeña?

—Sí, lo recuerdo: «Dos montañas nunca se encuentran, pero dos personas sí».

—¡Por mi vida! Sí que lo recuerdas. Y la obra teatral, ¿qué te parece, eh? ¿Te gusta? Es una tontería americana. En Nueva York el público se burló de ella, y algún crítico la puso a parir: «Un artificio vacío», la llamó. Justamente entonces estaba en Nueva York y asistí al estreno. En cuanto llego a Nueva York siempre voy al teatro. Continúo siendo un judío y no un *goy*. Me gusta oír hablar en yiddish. Compré el periódico local al llegar a Varsovia y vi que la representaban también aquí. «Bueno, vamos a verla otra vez», pensé. Allí se reían de ella, pero veo que aquí la gente se deleita viéndola. ¿Has venido solo al teatro?

—Estoy aquí con mi esposa—respondió Yarme tras una vacilación.

—Conque te has casado, ¿eh? Bueno, *Mázel tov*. ¿Quién es ella? ¿De los nuestros?

—No es una *rébbetsin*.

—¿Dónde la pescaste? ¿En un burdel?

—En ningún lugar santo.

—Vamos, el mismo Yarme de siempre. Uno de los nuestros. ¡Por mi salud que ha valido la pena venir a Varsovia! No tengo nada que hacer aquí, pero ya que me encontraba en París, pensé: hay que hacer una parada en Varsovia. Al fin y al cabo es, como suele decirse, nuestro viejo hogar. Todos provenimos del mismo *mikve*. También tengo familia en esta ciudad, en Radom y en los pequeños *shtétlej* de la provincia del Rey Pobre, en la zona de Lublin… ¡Vaya, vaya! Casado significa casado. Para todo llega su momento. Puedes tener mil hembras, hacerles lo debido y luego mandarlas a paseo, pero de pronto una se agarra a ti y ya no puedes despegarte. ¿No es así?

—¿Y qué hay de ti?—preguntó Yarme.

—He tenido de todo. No una, ni dos, ni tres, sino un total de cuatro esposas. Y sí, mientras se portan bien todo va de maravilla. En cuanto empiezan a mostrar sus dientes y sus uñas, las mando al infierno. Hay que saber librarse de ellas, de lo contrario te meten en problemas. El amor empieza con besitos y abracitos, pero, antes de que te des cuenta, quieren devorarte vivo, igual que la *mantis religiosa*, que devora a su propio macho. ¿Has venido al teatro con tu esposa?

—Sí, está aquí.

—Pues preséntamela. Te aseguro que no te la voy a quitar. Sólo te haré un regalo de boda.

—No necesito ningún regalo.

—Ya suena el timbre. ¿Dónde estás sentado? Yo estoy en la primera fila, justo delante del escenario. Iremos a tomar unas copas, viejo rijoso. ¡Ay! En cuanto te he visto, el día se ha vuelto festivo. ¿Por qué? Ni yo lo sé. Te esperaré después del segundo acto. Trae a tu mujercita.

El público los empujaba hacia dentro y Max el Cojo empezó a moverse renqueando. Gritó algo a Yarme, pero éste no lo oyó, y dando una última chupada al cigarrillo, pese al letrero que prohibía tirar colillas encendidas al suelo, arrojó tras él lo que quedaba del pitillo. Yarme no sabía si debía o no estar contento de haber topado con Max el Cojo. Por lo visto, se había convertido en un ricachón. Sintió algo así como vergüenza a causa de su propia situación, comparada a la de Max. Ciertamente, no es que llevara escrito en la frente que se hallaba en un apuro económico, pero a alguien de la calaña de Max era difícil engañarlo. ¿Qué malvado demonio había hecho caer sobre él a ese mal bicho de los viejos tiempos? «Quizá sea mejor darse la vuelta y dejarlo plantado allí sudando», comenzó a cavilar Yarme. Pero enseguida se dio cuenta de que eso no conduciría a nada. Max conocía la posada y también iría allí. En fin, no había remedio.

Cuando Yarme llegó a la séptima fila donde estaba su asiento, vio que al lado de Keyle se había sentado una mujer de avanzada edad, con el cabello entre canoso y azulado, y un sombrero de plumas de avestruz. Ambas estaban tan absortas en su conversación que no notaron que él se abría paso hacia su asiento. De pronto, la mujer de las plumas de avestruz alzó la mirada.

—Ahí viene—gritó.

Al levantarse, su sombrero comenzó a agitarse con todas sus plumas como si estuviera a punto de caer. Bajo el colorete que le enrojecía las mejillas asomaban las arrugas.

—¿Yarme, eh?—preguntó—. Lo sé, lo sé todo. Yo conocía a su esposa desde mucho antes que usted. Qué pequeño es el mundo, ¿eh? Lo importante es estar sanos. Keyle es para mí como una hija. Ella se lo contará todo. ¡No sigamos tratándonos como extraños! Una bonita representación, ¿verdad? Muy americana.

La mujer empezó a salir a través de los asientos ocupados. No era costumbre allí levantarse y dejar sitio al que quería pasar. Yarme sintió un fuerte olor a perfume, a la vez que a algo más viejo y mohoso, cuando las rodillas de la mujer rozaron las suyas. En cuanto él se sentó, Keyle se apresuró a contarle:

—¡Ay, Yármele! Nada más marcharte tú me llamó a gritos y vino corriendo hacia mí. Comenzó a besarme y yo sin saber quién era. Ahora resulta que quiere que vayamos a tomar algo juntos después de la representación.

—¿Quién es?

—Es de Potcheyov.

—¿Tu antigua matrona?

—Su cuñada.

—Yo también he encontrado una lapa—confesó Yarme, tras una leve vacilación—. Keyle, no deberíamos salir a ningún sitio. Siempre se nos pega alguien. Debemos marcharnos de Varsovia de una vez por todas—añadió cambiando de tono.

—¿Quién se te colgó a ti?—preguntó Keyle.

—Alguien con quien estuve encarcelado en el Arsenal, hace como unos seis años. Luego se marchó a algún lugar de América, el diablo sabe adónde. De pronto, ha regresado.

—¿Cómo se llama?

—Max el Cojo.

—¿Max el Cojo está en Varsovia?

—¿Cómo? ¿Lo conoces?

—Solía visitarnos en Potcheyov. Sí, lo conozco—dijo Keyle, como atragantándose con las palabras.

Yarme se puso tenso y preguntó con aspereza:

—¿Fue tu chulo?

—Eso no, pero venía a alborotar. Era un payaso. Un auténtico chiflado. A menudo nos partíamos de risa con sus ocurrencias.

—¿Tuviste tratos con él?—preguntó Yarme, con la voz temblorosa.

—No… Sí… Quizá…—dijo Keyle tartamudeando. Y de pronto estalló—: ¿Por qué me interrogas así? Sabes lo que he sido. Tú mismo has dicho que lo pasado no te importa.

—No, claro, no. ¡Silencio!

Se levantó el telón. Yarme sentía un nudo en la garganta y quemazón en los oídos. «¿Qué me está pasando?», pensaba, asombrándose de sí mismo. Le invadía una especie de bochorno, tanto por su bajo poder económico como por la mujer que había tomado por esposa. «Tengo que huir de aquí. ¡Me marcharé al fin del mundo!—decidió en su interior—. ¡Ay!, debo de quererla mucho para sentir tantos celos». Recordó un chiste que alguien le había contado: cierto personaje apostó a que se comería un cubo lleno de basura. Al cabo de poco rato, sintió náuseas y lo dejó. Cuando le preguntaron qué le había sucedido, respondió: «Es que he encontrado un pelo…».

5

A lo largo del segundo acto, Keyle guardó silencio. En escena, Sam había entregado a Tsírele una cuantiosa dote, un cheque de cincuenta mil dólares, es decir, cien mil rublos. Tsírele se había casado con Leslie, un hijo de familia rica. Pero no era feliz. Leslie la engañaba con otras mujeres, le gustaban los cabarets, los bailes, los guateques, mientras que ella disfrutaba en su lujosa mansión o en su jardín, leyendo libros y dedicándose a ejercer la caridad. Por otro lado, enviaba dinero y cartas de llamada o *affidavits* a algunos parientes residentes en Pinchev para traerlos a América. A tal punto llegó la situación, que los jóvenes cónyuges se sentían totalmente extraños entre sí. Mientras tanto, la esposa de Sam, Bessie, cayó enferma. Ningún médico fue capaz de prestarle ayuda. La enfermedad despertó en la tía Bessie sentimientos nobles. Comenzó a darse cuenta de lo insensato que había sido su vacío orgullo de todos esos años, y fue estrechando su relación con Tsírele. Pronto brotó entre las dos antiguas enemigas una auténtica amistad. Llegado a este punto, cayó el telón.

Keyle había estado todo ese tiempo en su asiento, inclinada y pensativa.

—Ya verás como Tsírele—le dijo a Yarme—, después de la muerte de la tía Bessie, se divorciará de Leslie y se casará con su tío.

—Desde luego, eso parece—dijo él—. Voy a salir a fumar.

—¡Yarme, no quiero encontrarme con Max el Cojo!

—¿Qué pasa? No te va a morder.

—Yármele, quiero olvidarlo todo, tener un esposo y un Dios. Quiero borrar mi pasado, como si no hubiera existido. Marchémonos a algún sitio donde no nos conozca nadie y empecemos de nuevo.

«¿Me estará adivinando el pensamiento?», se dijo Yarme, aunque lo que respondió fue:

—Para cualquier cosa que queramos hacer necesitaremos dinero. Sin pasta es casi como si fuéramos mancos. Enseguida vuelvo.

Tampoco él tenía muchas ganas de encontrarse de nuevo con Max el Cojo. Sólo que éste, de pie junto al guardarropa con un cigarro en la boca, pareció estar esperándole. En cuanto lo divisó, sus ojos sonrieron y rápidamente sacó el cigarro de entre los labios. Le preguntó:

—¿Dónde estás sentado? Quiero conocer a tu esposa.

—Conoces a mi esposa y ella te conoce a ti—dijo Yarme.

—¿Ah, sí? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Keyle, Keyle la Pelirroja. Te acostaste con ella en Potcheyov—le escupió Yarme.

Por un instante el rostro de Max se puso serio, como congelado por la sorpresa. Pero enseguida sus ojos, rasgados como un par de ciruelas pasas, se iluminaron llenos de burla.

—¡Así que era eso!—exclamó—. En ese caso, te mereces una doble enhorabuena. Somos casi como cuñados. ¡Así ardan tus sucias tripas!

—Tengo miles de cuñados de esa clase, ¡viejo crápula!

—¡Cierto, ahora que lo dices…! ¡Keyle la Pelirroja, hay que ver! Pensarás que quiero engañarte, pero me acaba de suceder algo en relación con ella. Han pasado muchos años y ya la había olvidado como a un mal sueño. De pronto, esta noche me desvelé y mi primer pensamiento fue: ¿qué habrá sido de Keyle la Pelirroja? Incluso es posible que haya soñado con ella. Yo empiezo a soñar en cuanto cierro los ojos. Todos los muertos regresan y de nuevo me veo en Varsovia, en la placita, en Potcheyov, en Shuletz, en todas partes. ¿Cómo empezó todo? Keyle era entonces, al fin y al cabo, mercancía de Itche el Ciego. Menuda lengua tenía. Cuando se ponía a maldecir a alguien, nos partíamos de risa. Y si alguien le mencionaba a sus progenitores, ella llegaba hasta los abuelos de sus abuelos; era un milagro que el otro saliera ileso. Por cierto, alguien me dijo que había pillado la sífilis y que la había palmado. Bueno, se ve que fue un error. Tengo la cabeza hecha un lío. No, no se trataba de Keyle, sino de Beile, ahora lo recuerdo claramente. Fue Beile Beilik.

»Beile Beilik ya está en el otro mundo. Se largó hace tres años, en el hospital de beneficencia de la calle Szvienty. Esto es lo que ha debido pasar, cambié a Keyle por Beile. Pero ¡vaya historia! Llévame hasta ella. No puedo esperar al final del tercer acto. A ti aún no te conocía entonces, pero Keyle la Pelirroja ya causaba sensación. ¿Qué edad puede tener ahora?

—Veintinueve años.

—¿Nada más? ¡Vaya, pues así será!

—Y si fuese mayor, nada cambiaría por ello—dijo Yarme.

—Las hembras no se van haciendo mayores, solo más jóvenes de año en año. ¿Qué hacéis ahora? Realmente, se diría que estaba predestinado. ¿A quién más tengo yo aquí en Varsovia, salvo a ti y a Keyle la Pelirroja? ¡Ven, ven!

Max echó a correr, agarrado al bastón por la empuñadura de plata, como por arte de magia. Lisiado como era, a Yarme le pareció que saltaba como una pulga. Keyle se había puesto en pie, tal vez con intención de ir al baño, pero, en un periquete, Max estaba a su lado. Yarme observó cómo él la rodeaba con un brazo y la besaba. «¿Cómo es que de Itche el Ciego no he sentido celos y de él sí?», se preguntaba. Le invadió un intenso odio hacia Max, hacia Keyle y hacia sí mismo. Ambos se besaban, balanceándose como si Max hubiera sido

el hermano perdido de ella. Al cabo de un rato, Yarme se acercó a los dos. «Voy a tener que apurar la copa hasta el fondo», resolvió en su interior.

—¡Keyle, has rejuvenecido!—oyó exclamar a Max—. ¡Que me aspen si no es verdad! ¿Cómo cabría imaginar algo así? Está claro que Yarme te sienta bien. Estuvimos juntos encerrados en la cárcel del Arsenal y nos hicimos como hermanos. Quién iba a decir que un día se convertiría en tu esposo. Aquí está él. Es como para publicarlo en los periódicos. Tenemos que corrernos una juerga como Dios manda. ¡Enseguida, esta misma noche! No he perdido dinero en América, ni mucho menos. Yo correré con los gastos. Como dicen los *jasídim*: «Paga el ricachón». El hecho de que yo emprendiera este viaje tuvo que ser voluntad de Dios. Mientras estaba en el tren de segunda clase iba pensando: «¿Qué voy a hacer yo en Varsovia, salvo ir a visitar las tumbas de familiares en el cementerio?». Así está dicho: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Uno se distancia y olvida. Incluso tenía dudas sobre si ir al teatro. Es una obra antigua, me la conozco al dedillo. Pero algo me empujó a acudir. Entro en el teatro y ¿quién viene a mi encuentro? Yarme el ladrón. Juro que ya empezaba a pensar en dar media vuelta y volverme a casa. Tengo parientes en pequeños *shtétlej*, pero casi me da miedo visitarlos. Allí envejece uno antes de tiempo. Se dejan crecer largas barbas y tienen aspecto de santos. Una barba puede ser negra hoy, pero mañana se vuelve blanca. ¡Eh, Yarme! ¿El champán te gusta?

—Hoy no.

—Nosotros beberemos champán. ¿Qué hay abierto por aquí? Quisiera encontrar un sitio acogedor donde encontrarme con mis buenos colegas.

—¿Un sitio acogedor? La taberna de Eliézer.

—¿En Krochmalna?

—Yo a la taberna de Eliézer no voy—dijo Keyle.

—¿Por qué no?—preguntó Yarme.

—Tú sabes por qué.

—No. No lo sé.

—¿Qué clase de taberna es?—preguntó Max—. Ya he olvidado dónde está.

—En el número 17.

—¡Ah, sí, sí! Subamos a un *droshky* y que nos acerque. Quiero encontrarme con cualquiera que todavía pueda uno encontrar. ¿Cómo está Itche el Ciego?

—Itche el Ciego está en el hospital—respondió Keyle.

—¿Qué le pasa?

—Alguien le clavó un cuchillo.

—¿Quién? ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Menudo mundo éste!—exclamó Max—. En América no hay matones judíos. Habrá algunos, pero pasan desapercibidos. Allí nadie se mueve sin una pistola. Para ellos, un cuchillo es algo anticuado. Cuando los gángsteres se pelean, enseguida recurren a los revólveres. ¡Bum, bum!, y ya no vuelves a usar sombrero. Cuando estalla una guerra dentro de la mafia, no pasa un día en que no se encuentre un par de cadáveres. En Argentina se apuñalan sólo por una cosa: por celos. Los hispanos tienen la sangre caliente. Si se te ocurre mirar a su hembra, tu vida corre peligro. Eso, naturalmente, mientras dura la llama del amor. Cuando se les apaga envían a su Dulcinea a la calle a venderse por un peso. Así es como llaman a su moneda. El clima de allí es tal, que las mujeres envejecen antes de tiempo. Hace demasiado calor. Vas por la calle y tropiezas con un árbol cargado de naranjas. El calor hace hervir la sangre en las venas, incluso la de las mujeres. El hispano no deja salir a su hija a la calle sin una carabina, es decir, un vigilante. Si la dejan salir sola, puede volver con una tripa. Sea como sea, si posees un burdel puedes acumular una fortuna. Allí la gente no se avergüenza de ir con una furcia. Todos lo hacen. Cuando llega el sábado, los prostíbulos están abarrotados. El problema es que las hembras no se conservan frescas mucho tiempo. En un par de años están acabadas y hay que buscar nuevas. Allí, Kéileshi, no florecerías como aquí. Estarías en servicio un par de años y te irías al desguace.

—Yo no me iría allí ni que me pusieran delante un saco de oro.

—Estoy refiriéndome a las chicas, no a las matronas. Una cosa es traer mercancía y otra es ser mercancía uno mismo.

—Yo quiero ser una persona y no una mercancía.

—Bueno, ya hablaremos más tarde sobre eso. ¿Sabéis qué? Vamos a salir ya y buscaremos un *droshky*. El tercer acto no es interesante: Tsírele se divorcia de ese charlatán, Bessie se muere y ella se casa con su tío. Los cristianos lo tienen prohibido, pero los judíos pueden hacerlo. El casamiento sobrina-tío es considerado *kosher*, mientras que no lo es el de sobrino-tía. ¿Qué diferencia hay? Así lo dispuso Moisés, nuestro maestro.

—Quiero quedarme hasta el final—objetó Keyle.

—Está bien. Ya suena el timbre. Adelante. Enseguida nos vemos.

Max se dirigió velozmente hacia su asiento y Yarme comentó:

—¿Cómo era aquel chiste? Ah, sí: «El sordo oyó cómo el mudo dijo al ciego: mira cómo corre el cojo».

—Yármele, no quiero ir con él a la taberna.

—¿Cómo dices? Yo tampoco quiero, pero se nos ha pegado como una liendre. Puede que nos proponga algún negocio.

—¿Qué clase de negocio? Yo quiero que estés conmigo. Me niego a

caer, Dios nos libre, en manos de cualquiera.

—¿Y a qué quieres que me dedique? ¿A trabajar de porteador?

—No tendrás que hacer nada. Viajaremos a algún lugar y yo saldré a trabajar.

—¿Y qué harás? ¿Sacar gansos a pastar?

—Por ti estoy dispuesta a trabajar de criada.

—¡Tonterías! Estamos acostumbrados al dinero fácil. No soy ningún gorrón. Si él me prestara dinero para comprar unos billetes de barco e irnos a Argentina, se lo devolvería con intereses.

—Yarme. De él no aceptaré ni un groschen.

—Por el modo en que te lanzaste a sus brazos, pensé que lo echabas de menos terriblemente.

—¿Que yo me lancé a sus brazos? Fue él quien se abalanzó sobre mí como un ladrón y casi me tira al suelo. ¡Yarme, no quiero volver al arroyo!—dijo Keyle con firmeza.

—Bueno, tranquila. No te obligaré a nada. Va a comenzar el tercer acto.

6

En el camino de regreso al salir del teatro, el *droshky* pasó por delante de la plaza Alexander y de la enorme catedral ortodoxa que construyeron los rusos. Luego giró por la calle de los Senadores hacia la plaza Bankowy y llegó a la calle Zhabia, delante de un portal de hierro. Cada vez que durante el trayecto entraban en una nueva calle, Max el Cojo saltaba en el asiento y señalaba algo con un dedo. Le venían recuerdos de los tiempos en que pensaban robar un banco en la plaza Bankowy, aunque finalmente aquello quedó en agua de borrajas. Más que un banco era una fortaleza. «En América, sin embargo, no se da gran importancia a un banco. Allí un banco es como una tienda más», comentó. A través del portal de hierro se veía luz en las ventanas del salón vienés. Se estaba celebrando una boda.

Llegaron a la semioscura calle Krochmalna, donde la taberna de Eliézer estaba abierta y llena de clientes. Al entrar sintieron el golpe del tufo a cerveza, a coñac, ajo, ganso asado y a hígado picado con cebolla. El olor a *béiguels* recién salidos del horno provenía de la panadería de al lado.

Allí estaban sentados todos los que, en la mañana de ese mismo sábado, habían ido a visitar a Itche el Ciego en el hospital: Shmuel el Nata, Réitzele la Gorda, Leibush el Larguirucho, Shaye el Sabiondo, Rívkele la Cuba y Mórdjele la Llama. Reconocieron a Max el Cojo e

intercambiaron con él besos, exclamaciones y palmadas en la espalda. Juntando algunas mesas de clientes fijos, acercaron sillas e hicieron sitio para Yarme, Keyle y Max el Cojo. El propio Eliézer, el tabernero, con un delantal azul y la camisa remangada hasta los codos, comenzó enseguida a servir la mesa: jarras de cerveza y, para picar, tortitas con semillas de amapola, salchichón y pechuga ahumada, paté de hígado, tripas rellenas calientes, chucrut y mostaza. Max el Cojo anunció de antemano que invitaba él.

Shmuel el Nata, alto y de enorme barriga, con un chaleco de colores del que colgaba una leontina formada por rublos de plata, preguntó:

—Yármele, ¿dónde has encontrado a éste?

—En el teatro.

—Bueno, hoy ya no vamos a dormir. Muchachos, ¡es una fiesta!—Y Shmuel el Nata dio tal puñetazo sobre la mesa de roble que hizo vibrar las jarras y los platos.

—¿Quién quiere un cigarro?—ofreció Max el Cojo, mientras empezaba a repartirlos.

Shmuel el Nata, acostumbrado desde hacía años a fumar cigarros, contempló con burla cómo aquellos que nunca en su vida lo habían hecho, de pronto, al ser gratis, se lanzaron a cogerlos. No sabían bien cómo encenderlos. Shmuel sujetó con cuidado el suyo con dos dedos, lo hizo rodar y se lo acercó a las fosas nasales:

—¡Juro como me veis aquí vivo que es un puro habano!—exclamó—. ¡Ay, Máxele, no me lo puedo creer!

—¡Sólo es tabaco, no es oro!—dijo Max.

—¡Menuda mina de oro habrás encontrado por allí!—exclamó Leibush el Larguirucho.

—América es un país rico. Sólo hay que saber cómo arreglárselas.

Yarme se inclinó hacia Keyle y, al verla beber, le insinuó al oído que no se pasara. Sabía que mientras ella no se emborrachara mantendría la compostura. Últimamente se había vuelto demasiado ensimismada, había caído en una especie de obsesión hipocondríaca. Temía constantemente que le sucediera algo malo a Yarme, que enfermara o que lo acusaran en falso de algo. Sólo por las noches, en la cama, se volvía apasionada.

Tampoco Yarme se resistió a comer y beber esa noche. El almuerzo del sábado había sido escaso y, antes de salir hacia el teatro, no había habido cena ni para clavar un diente. Encima, la opulencia americana de la obra de teatro había despertado en él cierta ansia de emprender algún cambio en su vida.

Con preocupación observó cómo Keyle iba vaciando una copa tras otra, tanto de coñac como de cerveza, al igual que los demás, que

bebían, comían y hablaban a la vez, esforzándose por ver quién gritaba más. Réitzele la Gorda, tan obesa que su trasero ocupaba un par de sillas, bromeó intentando fumar un puro, lo que provocó la risa general, con alaridos y aplausos. Algunos clientes del local se arrimaron a la larga mesa, y el embriagado y enardecido Max animaba a todos a que comieran, bebieran y lo pasaran bien, todo ello a su cuenta. Eliézer dio a entender, medio en chanza, que Max corría el riesgo de quedarse sin fondos para regresar a América. Max, al oírlo, sacó del bolsillo una abultada cartera llena de billetes rusos de veinticinco, cincuenta e incluso cien rublos, y le entregó a Eliézer dos billetes de cien que llevaban el retrato de la zarina Catalina.

—Aquí tienes un adelanto. ¡No vayas a hacerte caquita en los pantalones!

En el rostro de Keyle, ya de un rojo encendido, los ojos verdes brillaban como dos grosellas silvestres mientras reía y aplaudía. Al cabo de un rato, se lanzó a besar a todos los hombres, incluso a los que se habían acercado de otras mesas.

—¡Máxele, llévame a América!—gritó.

—¿Esta noche?

—¡Máxele, ven a bailar!

Aunque Yarme también estaba bebido, le avergonzó el comportamiento de Keyle. Se había agarrado a Max e intentaba arrastrarlo. Lo sujetó con una mano mientras él se agachaba para levantar el bastón que había caído al suelo. El vestido subido dejó ver las bragas con encaje. Mientras tiraba de Max, gritaba como una posesa. Yarme intentó recordarle, mediante palabras y señas, que Max era inválido e incapaz de bailar, pero Keyle exclamó:

—¡No sufras, Yármele, que no va a hacerme perder la virginidad! —gritó, estallando en carcajadas mientras sacudía a Max y lo besaba en la calva.

—¡Borracha como Lot!—comentó Shmuel el Nata.

—Keyle la Pelirroja, la de siempre—gruñó Réitzele.

—Es una pena que Itche el Ciego esté en el hospital—refunfuñó Leibush el Larguirucho.

—¡Esta Keyle sigue teniendo una complexión de hierro!—comentó, con conocimiento de causa, Rívkele la Cuba, matrona de dos burdeles.

Las prostitutas apostadas en los diversos portales al acecho de posibles clientes hasta altas horas de la noche, al oír el jolgorio procedente de la taberna de Eliézer, corrieron a presenciarlo. Ataviadas con zapatos color naranja, chaquetas moradas y medias verdes y amarillas, con las mejillas pintarrajeadas, los párpados azules, ojerosas y apretujadas en el umbral, se partían de risa. «¡Madre mía, que me meo! ¡Mirad esto! ¡Menudo guirigay! ¡Keyle, Keyle la

Pelirroja, deja a ese viejo cojo! ¡Ay, madre mía, que me muero!», exclamaban algunas.

Entretanto, los proxenetas que no dejaban de vigilar a las rameras para que no perdieran tiempo y buscaran clientes, también acudieron a toda prisa. Vestidos con chaquetas ceñidas, pantalones estrechos, gorras de larga visera y botas altas, comenzaron a sacar de allí a las prostitutas, repartiendo bofetadas y tirándoles del pelo. «¡Eh, imbécil, suéltame!», rugió una de ellas. Otra, más joven, cayó de bruces sobre el suelo de piedra, cubierto de serrín, mientras un individuo alto le daba un empujón con la punta de la bota y le escupía encima. Eliézer fue corriendo hacia el grupo.

—Pero ¿qué alboroto es éste? ¡Largaos de aquí! ¡Esto es una taberna, no una pocilga!—aulló.

—Aún volverán a entrar para cebarse—espetó, con un eructo, la gorda Réitzele.

Un anciano sereno, encargado de vigilar las tiendas y las casas, se acercó escandalizado para ver qué sucedía. Pese a ser verano, llevaba una chaqueta guateada y un gorro de lana. Tras unos golpes de chuzo en el suelo, hizo sonar las llaves y ordenó algo a través de la maraña de su barba y bigote. Keyle soltó a Max y, con los brazos abiertos, corrió hacia el viejo sereno.

—¡Abuelito, ven a bailar!

Lo agarró por los hombros, pero él forcejeó para librarse mientras Keyle bailaba alrededor de él e intentaba sujetarlo. Las prostitutas rompieron a reír y a caer en brazos unas de otras. Yarme trató de arrancar al hombrecillo de las manos de Keyle.

—¡Déjame, Yarme, ladrón!—gritó ella—. ¡Este no es asunto tuyo, so sifilítico! ¡Él es mi abuelo, no el tuyo, maricón!

A Yarme le invadió en ese instante una rabia salvaje. Propinó a Keyle un puñetazo directo en la nariz. Ella se tambaleó y cayó de espaldas. En el suelo, entre violentas sacudidas y con el vestido subido, gemía entre llorando y canturreando:

—¡Bandido! ¡Asesino! ¡Inútil! ¡Así se pudran tus huesos de cerdo! ¡Que te salgan llagas en la lengua!

—¡Keyle! ¡Te arrepentirás de esas palabras!—exclamó Yarme, agitando un dedo acusador.

—¿De qué he de arrepentirme? Me tienes como a un animal en una jaula. No me das de comer. Lo único que oigo es: amor, amor, amor. Viajaré con Max a Buenos Aires y empezaré una nueva vida. Si quieres hacerte pasar por un falso santo, búscate una chica respetable. Yo he sido puta, y puta seguiré siendo. ¿No es así, Máxele?

—Si tú lo dices…

—¿Aún es posible encontrar un hombre que se interese por mí en

Buenos Aires?

—Más de uno, pero…

—¿Lo oyes, Yarme? ¡Aún hay quien pecaría por mí!—Y rompió a reír mientras tosía y se asfixiaba con las palabras. Shmuel el Nata la reprendió:

—Keyle, no sabes beber.

—He olvidado cómo se bebe. Él no deja entrar en nuestra casa una gota de alcohol. Además, está más pelado que una rata. Lo único que sabe hacer este mojigato es hablar. Yo necesito un hombre, no un beato detrás de la estufa.

—¡Levantadla!—ordenó Shmuel el Nata, como lo haría un jefe.

Leibush el Larguirucho y Shaye el Sabiondo se levantaron con intención de acercarse a ella, pero Keyle soltó un grito:

—¡Quietos! No necesito que me lleven. No soy un Cristo. Aunque Yarme me ha chupado la sangre, aún no estoy muerta. Todavía mostraré al mundo lo que Keyle la Pelirroja es capaz de hacer. Máxele, ¿dónde vives? Llévame contigo.

—Keyle, no me enredes.

—Viajaremos en un transa… tlántico y sin el sifi… lítico.

Todos entendieron a quién se refería y estallaron en risas. Yarme palideció:

—¡Keyle, se ha acabado todo entre nosotros! ¡Lo juro por Dios!

CAPÍTULO II

1

Yarme incumplió su juramento. Cuando Keyle recuperó la sobriedad lloró amargamente ante él. Le besó los pies y juró por su difunta madre que, si Yarme no la perdonaba, se dirigiría a la estación ferroviaria de Kalish y se arrojaría sobre las vías. Se tiraba de los pelos y golpeaba la cabeza contra la pared mientras las lágrimas, gruesas como habas, le bañaban el rostro. Cuando Yarme finalmente la acogió en su cama, tuvo que reconocer que aún no conocía todas las habilidades de su mujer para excitar y satisfacer sexualmente a un hombre. Al preguntarle quién la había adiestrado de ese modo, Keyle mencionó por su nombre a varios proxenetas, ladrones e incluso a un vidente. Este último, mediante un oscuro espejo que tenía en su casa, mostraba a sus clientes figuras de antiguos amantes, ya perdidos o incluso difuntos, que los echaban de menos y ansiaban aparearse con ellos, con los que todavía vivían. Keyle lo contaba de un modo tan impetuoso y con detalles tan horripilantes que un escalofrío recorrió la espina dorsal de Yarme. ¿Cómo se le había ocurrido pensar en desprenderse de una mujer como aquélla? Resolvió acudir a un rabino para que lo absolviera de sus juramentos.

Con Max el Cojo volvió a encontrarse varias veces y poco a poco pudo descubrir que su repentina visita a Polonia no obedecía únicamente, según había dicho, a querer echar una ojeada a las viejas calles de Varsovia y a los *shtétlej* de los alrededores, y saludar a algunos antiguos camaradas, sino que también traía planes para cubrir los gastos del viaje y tal vez hasta para lograr un buen botín.

Al parecer, en Buenos Aires, en Río de Janeiro y, de hecho, en varias capitales de América del Sur había escasez de hembras y se necesitaba importarlas de Europa. Según habían publicado los periódicos, los negociantes dedicados a la trata de blancas en Polonia realizaban redadas montados en coches de caballos cubiertos. Tras asaltar y violar a las muchachas, las encadenaban y enviaban al otro lado del océano. Según Max, sin embargo, todo eso no eran más que

inventos de periodistas de medio pelo: «¿Cómo es posible—argumentaba—secuestrar así a mujeres adultas, llevarlas al otro lado de la frontera y embarcarlas contra su voluntad? ¡Sandeces! ¡Disparates! Las muchachas deciden hacerlo por sí mismas. Un buen engatusador puede seducir a tantas hembras como quiera. Siempre hay entre ellas las que sólo esperan que alguien las descarríe. Son nuevos tiempos. Las hembras tienen los mismos apetitos que los varones. Se niegan a casarse con cualquier inútil y a quedarse preñadas, dar a luz y perder los mejores años de su vida entre cunas y pañales, nodrizas y chupetes. Sólo es necesario saber cómo hablar con ellas».

A continuación, Max presentó a Yarme su proyecto: consistía en que Keyle la Pelirroja se uniera al negocio. «Tiene mucha labia—dijo—. En América se haría de oro». Yarme intentó objetar que él quería a Keyle para sí mismo.

—¡Por mi vida, Yármele!—argumentó Max—. Hablas como un mentecato. No se puede tener a nadie para uno solo y para siempre. Incluso una *rébbetsin*, en cuanto cierra los ojos a su marido el rabino, se casa con otro hombre. Mantener a Keyle la Pelirroja encerrada entre cuatro paredes para que se ocupe de la casa y zurza los calcetines de su hombre es como querer ponerle arreos al viento en mitad del campo.

Poco a poco Max fue revelando su plan. En un periódico americano había leído algo acerca de una mujer que montó un negocio que consistía en casarse con hombres ricos y, tras la boda, quedarse con su fortuna o estafarlos y dejarlos tirados. Esa tiparraca había atrapado en su red a decenas de primos como ésos y se había hecho millonaria. Y lo que se podía hacer en América, arguyó Max, se podía hacer en Polonia. En Polonia había muchos judíos ricos. Una mujer como Keyle, con su atractivo y su pico de oro, podría cautivar hasta a los sabios más grandes; mientras él y Yarme podrían seducir a dos docenas de mozas para llevarlas a América del Sur. Con el dinero que Keyle habría conseguido ganar fácilmente, unos cientos de miles de rublos o muchos más, los tres podrían fundar en Argentina, Brasil, Bolivia y Uruguay una red de grandes burdeles y vivir como reyes. Incluso podría suceder que Yarme y él, antes de viajar al otro lado del océano, lograran casarse con un par de viudas ricas. Max describió todo esto con gran entusiasmo.

—¡Yármele! Allá el oro está tirado en las calles. Sólo hace falta saber cómo recogerlo. Yo me he hecho tan rico como el rey Midas. Si quisiera, ahora podría comprarme un palacio y vivir como un príncipe. Pero eso lo dejo para la vejez, no a mi edad. ¡Yo no puedo parar! Soy un culo de mal asiento. Tengo que hacer algo, de lo contrario me amodorro y empiezo a fantasear. ¡Yármele, tú estás

hecho de la misma pasta que yo! Nada más verte aquella noche en el teatro supe que teníamos que ser socios. Tu Keyle es todo un tesoro… ¡Ya lo creo!

—¿Qué propones? ¿Un *ménage à trois*?

—No necesariamente. Yo estoy, gracias a Dios, saciado. Viajé desde Río a Londres en primera clase del barco, y si te contara lo que conseguí en esas dos semanas en el mar, dirías que soy el mayor de los fanfarrones. Hermanito, ya no es preciso acercarse a ellas con ningún pretexto. Yo voy enseguida al grano y les digo: «Mira, tú me gustas. Estoy solo en mi camarote. En cuanto te vi, me quedé prendado de ti». Ya lo dice el versículo: «No hables demasiado con una mujer». Con las mujeres, sí es sí y no es no. Yo no sé cómo será para otros, pero para mí siempre es sí. Y no puedo decir que yo sea una belleza: menudo, calvo y cojo. ¿Tú lo comprendes?

—Creo que sí—respondió Yarme.

—¿Qué quieres decir? ¿Que ellas se compadecen de mí?

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Tu lengua. Eres capaz de convencer a una piedra.

—Sí, sí. Es una especie de, ¿cómo lo llaman?, magnetismo. Si un imán puede atraer a un alfiler, ¿por qué no iba a poder un hombre atraer a una incauta? Sólo es necesario hablarle con las palabras adecuadas. Nosotros tres podríamos conquistar el mundo.

Max y Yarme estaban conversando mientras tomaban un café y tarta de queso en la posada de la calle Krochmalna, 6. Luego tuvieron otro encuentro en el café de Lurs y, más tarde, otro en el café Samodenin, en la plaza del Teatro. Cierta noche, en la cama, Yarme se le contó todo a Keyle. Al principio, ella protestó: «No y cien veces no. Keyle ya no quiere otros. Quiere un Dios y un Yarme». Pero Yarme argumentó: «¿Cuánto tiempo podemos quedarnos aquí encerrados en nuestro pisito de Krochmalna, temblando por cada groschen? Y no sólo esto. Uno llega a hartarse incluso de una exquisitez, un pastelillo de carne o una confitura de pera. Varsovia es una ciudad pequeña. Uno se harta de ver siempre las mismas calles: Krochmalna, Smocza, Stavka, Nizka, y vuelta a empezar. América es un mundo nuevo. Muchos don nadie emigraron de Polonia y se hicieron millonarios en América. Sólo hace falta conseguir aquí el primer par de miles de rublos. Luego todo va como la seda.

—¿Qué quiere ése que hagamos?—preguntó Keyle.

—Que entre los tres formemos una alianza. Él pondría el dinero del negocio. Se propone vestirte como a una princesa. Quiere que vivamos en un hotel.

—Yármele, acabará queriendo algo más. Me devoraba con los ojos.

—Socios quiere decir socios, y nada más.

—¡Ay, Yármele! ¡Tengo miedo!

—¡Quien tenga miedo, que rece a Dios!

—¡Abrázame fuerte! ¡Con ambos brazos! ¡Así!

Keyle se agarró a Yarme con tal fuerza, que temió romperle una costilla. Era como si ella quisiera abrirse camino en sus entrañas con las rodillas. Le mordió en los labios y pareció que había dejado de respirar. Durante un buen rato siguieron abrazados en silencio, escuchando el despertar de su pasión.

—Yármele, ¿no sería mejor morir?—preguntó Keyle.

—¿Y por qué?

—Siempre he querido morir por alguien.

—Para eso siempre hay tiempo. El Ángel de la Muerte no va a huir.

—Quiero morir joven, no vieja.

—Las mujeres como tú se mantienen jóvenes.

—Querría que tú me mataras. Yo besaría tus manos hasta que mi aliento se extinguiera.

—Antes de morir hay que vivir la vida.

Continuaron enlazados largo tiempo sin decir nada más, y refrenaron su pasión hasta quedarse dormidos, ya de madrugada. A las nueve de la mañana, un sueño sobresaltó a Yarme. Durante un instante lo recordó con claridad, pero enseguida olvidó qué pasaba en él. Sólo conservaba fogonazos de rostros ensangrentados, gritos salvajes, vísceras arrancadas y sangre derramada. «¿Habrá sido un pogromo? ¿Un asalto de ladrones? ¿Un ardid del diablo? Tal vez todo junto… ¿Por qué olvidamos tan rápidamente un sueño?», se preguntó. Aunque había dormido pocas horas, se sentía descansado. Dirigió la mirada a Keyle. Dormía destapada a medias, dejando ver sus pechos y los rojos pezones. Con un ojo semicerrado, parecía reír en su sueño. «¡Cielos—se dijo Yarme, asombrado—, hasta con mil hombres se habrá acostado y se ha mantenido tan fresca como una rosa! ¿Cómo es posible?».

Desnudo, se asomó a la ventana. Una franja de cielo azul cubría el patio. El sol iluminaba las casas en diagonal. Se abrían ventanas. Desde tan temprano ya había muchachas sacudiendo la ropa de cama. Un buhonero pregonaba *beiguels* frescos, y otro vendedor anunciaba arenques ahumados. Enseguida, pensó Yarme, empezarían a llegar los malabaristas, los mendigos, los músicos que cantaban el hundimiento del *Titanic*, y también los inválidos, los ciegos, y los lisiados de pies o manos en la guerra contra los japoneses.

En un extremo del patio tenía su vivienda un matarife ritual; no uno de los que trabajaban con licencia de las autoridades municipales, sino un matarife de pacotilla que, por menos dinero, sacrificaba las

aves en un sótano, sobornando a los policías para que no lo arrestaran. En otro rincón del patio, en un oratorio jasídico, a esas horas ya se estaba rezando. Yarme oyó el sonido del *shofar*, el cuerno de carnero: «¿Habrá llegado ya el mes de *Elul*?», se preguntó. El verano había pasado extraordinariamente rápido. Al escuchar los diferentes acordes recordó lo que, en el *shtetl* de donde él provenía, se decía: «El *shofar* se toca para asustar a Satanás, para hacerle creer que ha llegado el Mesías y que no se atreva a acusar a los judíos ante Dios». Además, representaba una llamada a cada judío para que hiciera penitencia. «Tal vez también yo debería hacer penitencia—se dijo—. Igual que el verano pasó tan rápidamente, del mismo modo pasará toda la vida». Pero en realidad sólo estaba jugando con la idea. No estaba dispuesto a dejarse crecer una barba y tirabuzones, a casarse con una mujercita con peluca, ni a llenar la casa de criaturas, tal como hacían los judíos piadosos. «Y, además, puesto que no existe Dios, ¿a quién le importa el arrepentimiento?». En ese momento, Keyle abrió un ojo.

—Yarme, ¿qué hora es?

—Continúa durmiendo. Es temprano.

—Bien.

Enseguida, Keyle volvió a quedarse dormida.

2

Las cosas evolucionaron con rapidez. Max el Cojo entabló, o más bien retomó, una antigua amistad con una tal Berta Shtein, o Berta «Mámzer» [la 'Bastarda'], como era conocida. Aunque nacida en la calle Krochmalna, Berta vivía ahora en la calle Ptasha. Tiempo atrás había dirigido un prostíbulo en la calle Wronia para clientes acomodados, pero acabó dejándolo y, en su lugar, creó una pensión con habitaciones bien amuebladas. Berta era muchas cosas a la vez. No sólo regentaba esa pensión, también agenciaba criadas para hogares ricos y suministraba hembras a hombres pudientes y discretos que, por tener esposa y familia, necesitaban mantener su pecado en secreto.

De su primer matrimonio, Berta tuvo dos hijas, a quienes mandó a estudiar en un internado, a fin de que no se enteraran de los negocios de su madre. Su primer marido había fallecido, y del segundo se divorció. Luego tuvo, durante algún tiempo, un amante, Jáskele «Shmáiser» [el 'Cochero'], pero se deshizo de él, sustituyéndolo por un estafador. Jáskele le clavó entonces un cuchillo, hiriéndola en el cuello, un crimen por el cual pasó tres años en la prisión de Mokotov. Al salir de la cárcel, se marchó a saber dónde, abandonando sin más a

una esposa y cinco hijos. El actual amante de Berta, Hertz Kaláshnik, administraba el edificio en el cual ella regentaba una planta completa reservada para el alquiler de apartamentos especialmente amueblados. Como actividades adicionales, cuando era necesario, Kaláshnik proveía de un pasaporte falso, una ficticia partida de nacimiento u otra clase de documentos.

Hertz Kaláshnik estaba, al igual que Shmuel el Nata, conchabado con la policía, nada menos que con el segundo jefe de la comandancia, y hacía favores a todo aquel que estuviera dispuesto a pagárselos. Tenía esposa, un hijo que estudiaba Medicina y otro, el primogénito, que se había unido a los revolucionarios en 1905 y había recibido una bala en el estómago en una manifestación frente al ayuntamiento. Tras dos años en la cárcel de Páviak, al salir se hizo religioso y se adhirió a los *jasídim* de Umán, conocidos como los *jasídim* muertos, debido a que eran asiduos de la tumba del *rebbe* Najman de Breslev, fallecido varios siglos atrás, y hasta habían levantado un oratorio en su nombre en el propio cementerio.

Yarme el Espino, Keyle la Pelirroja, Max el Cojo y Berta la Bastarda se reunieron a almorzar en el restaurante de la calle Krochmalna, 2, muy conocido en la zona. La comida era *kosher*, pero los clientes fijos eran ladrones, proxenetas y vendedores de mercancía robada, aunque también los comerciantes de fruta al por mayor de la calle Mirowska o los vendedores del mercado de Yánov frecuentaban el local.

Durante la noche había música en la sala grande del restaurante. Éste había adquirido fama por los entrantes—callos, pata de ternera, pulmón e hígado—, y por ser el único en el que se organizaban apuestas sobre cuánto podía llegar a comer alguien, o cuántas jarras de cerveza podía beber. Allí Moyshe el Barrigudo había engullido una vez la mitad de un ganso, junto con veinte bollos, rociándolo con quince jarras de cerveza. Un tal Léibele el Lisiado intentó seguir el ejemplo de Moyshe, pero, en mitad de la comida, le dio una apoplejía. Había, además, una sala especial donde se jugaba a los dados, al dominó y a las cartas. Allí un tal Jáyim el Matraca perdió a su esposa jugando al Veintiuno, y cuando el ganador acudió a la casa para recoger la ganancia, se encontró con que la pareja había abierto el gas.

Max había pedido en este restaurante un reservado. Sin contar alimentos ni bebidas, le había costado nada menos que quince rublos. Las paredes estaban empapeladas en un rojo burdeos y el suelo de piedra cubierto por una alfombra del mismo color.

Berta ya había cumplido cincuenta años, tal vez sesenta, pero por su aspecto nadie le echaba más de cuarenta. Tenía una espesa cabellera negra, natural o teñida, la nariz picuda y los ojos redondos como los de un búho. Siempre vestía de negro, con manga larga y

cuello alto para ocultar la cicatriz que Jáskele le había causado. Le encantaba hablar y odiaba que se le interrumpiera.

Empezó tratando temas generales. Los tiempos cambian, ya no es lo que era. La gente ilustrada, los judíos que frecuentaban la sinagoga, los ricos y a la vez devotos ya no eran tan fanáticos como antes. La generación joven debía formarse, y aunque el padre viajara para consultar al *rebbe*, a sus hijas las mandaba al instituto no judío. Y la madre, aunque su hijo estudiara en la *yeshive* meciéndose sobre el libro de la Guemará, viajaba en verano a un balneario, donde se quitaba la peluca, se ponía un sombrero y paseaba por el malecón hablando en polaco o en alemán. En lo que respecta a las hijas, se enamoraban de estudiantes, de viajantes de comercio e incluso—y ojalá no fuera así—de militares. Berta se jactó de que, si contara todos los secretos que conocía, quién sabe cuántas familias se romperían, pero sus labios estaban sellados. Se lo llevaría todo, como suele decirse, a la tumba.

La situación en Polonia era tal, prosiguió Berta, que los pobres se hacían cada vez más pobres, pues el coste de vida aumentaba, mientras los ricos se enriquecían aún más. Y con el dinero crecen los apetitos. ¿Qué debe hacer un hombre cuando su esposa lleva años enferma y no puede acercarse a ella? Algunas mujeres engordaban tanto que su cuerpo se quedaba abotargado y daba pena mirarlas. No vivían para sus esposos, sino para sus hijos, hijas y nietos. Por otra parte, también había viudas ricas que ya no querían volver a casarse, o a quienes, ya fuera por feas o por no ser tan jóvenes, los hombres se acercaban pensando sólo en su fortuna y no en ellas. Pero ya se sabe, cuando se mete a un hombre en la casa, enseguida se hace el amo y es capaz de despilfarrar y derrochar todo el dinero. De modo que a una mujer de esta clase le podía venir muy bien encontrar un hombre decente con quien viajar cada año a algún lugar en el extranjero donde sólo hubiera desconocidos. Y a veces sucedía que entre esa pareja surgía un amor de verdad. A cualquiera de los interesados, Berta podía proveerlo de todo: desde una habitación para una noche, hasta un apartamento amueblado para meses o años; desde una cuidadora para un enfermo al que había que atender día y noche, hasta un curandero para una muchacha que tenía que deshacerse de su tripita; y desde una cocinera que, además de saber cocinar, era capaz de acompañar discretamente a su amo al teatro o a la ópera—mientras la esposa buscaba para su hija una pareja en Carlsbad o en Franzensbad, Checoslovaquia—, hasta una querida para toda la vida. En resumen, con dinero se podía conseguir todo, pero había que saber cuándo, cómo, quién y con quién. Un hombre y una mujer, sentenció Berta, son como una llave y un cerrojo. Cuando encajan bien es perfecto, y cuando no, muy amargo.

Poco a poco fue entrando en el tema. No lo haría para ningún desconocido, pero Max era un viejo amigo a quien conocía desde hacía más de doce años, y para ella la amistad valía más que el dinero. Incluso un amigo de un amigo lo consideraba un tesoro. Max era muy rico—librado fuera del mal de ojo—, y todavía joven, en sus mejores años. Tenía mucha sabiduría, era inteligente, había visto mundo e intuía dónde había una puerta que ella podía abrir. Por otra parte, Berta conocía a un hombre, ya no tan joven, de sesenta y tantos años, tan forrado de dinero que no hablaba de miles, sino de millones. Ni siquiera él, Serguéi Davidovitch, sabía cuánto poseía. Su malvada esposa era una verdadera Jantipa, y sus cuatro hijas, todas parecidas a la madre. El hombre era un negociante de primera fila y el matrimonio vivía en Kiev, ya que a los judíos de su rango les estaba permitido vivir en toda Rusia, y no sólo en la llamada Zona de Residencia. Incluso había llegado a tener una audiencia con el zar. Aunque su familia o, como podría decirse, su calvario residía efectivamente en Kiev, él llevaba todos sus negocios en Lodz, en Varsovia o incluso en el extranjero. Cuando visitaba Varsovia, lo invitaban al palacio del gobernador general. Él y Skalon[3] eran como dos hermanos. A Berta la conocía desde hacía años, y le había confiado todos sus problemas. En la casa de ella ocupaba un apartamento, amueblado como para un zar. Tanto si venía a Varsovia como si no, ella recibía el dinero del alquiler por correo. El hombre mantuvo, durante años, una querida, Sofía Mijailovna, a quien adoraba, y ella a él también, pese a que de apuesto no tenía nada. Pero un hombre no necesita ser guapo; con ser más hermoso que una mona, le basta. Pero sí tiene que ser inteligente y de buen corazón, saber amar a una mujer y gastar dinero en ella. Serguéi Davidovich tenía estas virtudes y otras muchas también. Sofía Mijailovna, unos veinte años más joven que él, era preciosa, culta y hablaba ruso, polaco y yiddish, todo lo que se le puede pedir a alguien. De pronto, esta mujer se metió en la cama, enferma, supuestamente, de un catarro, y en una semana falleció. Cuando esto sucedió, Serguéi Davidovich se encontraba en Carlsbad, porque sufría del hígado y tenía que tomar las aguas. Para cuando Sofía le permitió a Berta telegrafiarle para decirle que ella estaba enferma y él logró llegar a Varsovia, ya se habían llevado el cuerpo de Sofía al tanatorio del hospital judío de la calle Czysta.

—Mis queridos amigos, no quiero extenderme—continuó Berta—, pero el hombre cayó en algo más que en la melancolía. Sencillamente, la desgracia lo había roto, destrozado. Así lleva ya dos años y he intentado consolarle y encontrar para él alguien que le devuelva a su anterior estado, porque lo que la tierra cubre hay que olvidarlo. Pero nadie ha podido contentarlo, ninguna mujer es tan hermosa, tan

inteligente y tan encantadora como Sofía. Tengo verdadero miedo de que esto acabe con su vida. Había legado todo un capital a Sofía Mijailovna, pero lo heredaría un marido canalla que se había negado siempre a darle el divorcio, amargándole así la vida. Sería la mayor de las injusticias que el dinero cayera en manos de ese personaje. Y si el dinero, en cambio, fuera a parar finalmente a la despreciable esposa de Serguéi Davidovich y a sus hijas, también sería un pecado.

»Cuando Max, de pronto y después de tantos años, apareció como caído del cielo la semana pasada y me contó todo acerca de Keyle, los demás detalles y sus planes, súbitamente se me ocurrió que tal vez ella podría obrar el milagro y reanimar a ese hombre. En casos como éste, nunca se puede saber cómo acabará todo.

Durante largo rato, todos guardaron silencio. Keyle había enrojecido extrañamente, de ese modo que a veces le sobreviene a alguien por exceso de alcohol o en un ataque de apoplejía. Hasta el rojo de su cabellera pareció apagarse en comparación con el rostro. Cualquiera diría que sus mejillas, la frente, el cuello, el escote de su vestido, hasta las raíces de su cabello se habían teñido de sangre. Yarme se estremeció y, a la vez, palideció. Max el Cojo abrió la boca como si hubiese olvidado cerrarla de nuevo. Berta puso una mano sobre la mesa:

—Si tú, muchacha, aún puedes sonrojarte así, no eres de las peores.

—Soy una persona, no un animal—respondió Keyle con voz ahogada, y su cara, en un instante, se llenó de sudor. Se diría que una mano invisible hubiera volcado sobre ella una jarra de agua. Gruesas gotas, hilos continuos se deslizaban por sus mejillas.

—Keyle, ¿qué te pasa?—preguntó Yarme.

—Nada, nada—musitó ella.

3

Para Yarme todo ocurrió como en las novelas por entregas que leía en los periódicos. Bajó por la mañana a telefonear a Berta desde la tienda de embutidos y ella le informó de que Serguéi Davidovich se encontraba en Varsovia y esperaba a Keyle.

—¿Estaría ella dispuesta a acercarse a su apartamento rápidamente en un *droshky*?

—¿Por qué en un *droshky*?—preguntó Yarme—. Desde aquí a la estación hay dos pasos.

—Dile que haga lo que yo digo—respondió Berta—. Que el emparejamiento no se frustre por cuarenta kopeks.

Cuando Yarme, al regresar junto a Keyle, le relató su conversación con Berta, ella empezó a temblar y a tartamudear como una casta doncella y no como la fulana que se había revolcado en el lodo. Puso como condición que Max la acompañara en el *droshky* y que la esperara sentado en un banco de la plaza, frente al portal de hierro. Yarme le dijo:

—Keyle, deja de temblar. El viejo hace ya mucho que no sirve para nada. A lo máximo que puede aspirar es a un beso. Lo hemos planeado todo.

—¿Qué harás tú mientras tanto?—preguntó ella.

—Tengo una cita con la reina de Saba.

—¿También a ti Berta te ha propuesto alguien?

—Sí, Kéilishe. Una viuda picada de viruela, de cincuenta años.

—Yármele, recuerda mis palabras: ¡ese Max es nuestro Ángel de la Muerte!

—Bueno, el Ángel de la Muerte también es para las personas y no sólo para los perros—dijo Yarme—. Pero hay que jugar un poco antes de estirar la pata. De ti quiero una sola cosa: toda la verdad.

—Yármele, te he jurado sobre el libro de oraciones de mi madre que no te ocultaré nada.

—Eso es todo lo que quiero oír.

—¿Qué debo ponerme? ¿La chaqueta roja o la amarilla?

—La amarilla, y no te entretengas.

El propio Yarme también se engalanó. Consiguió en algún lugar una camisa con lunares de oro y una corbata a juego. Se notaba que también él estaba nervioso, pues daba chupadas apresuradas a un cigarrillo. Al cabo de un rato, ambos salieron y se detuvieron ante el portal. En ese instante, un desplumador de aves de las carnicerías *kosher* empujaba a una bandada de pavos para que entraran en el patio. Los manipulaba hábilmente a fin de que no escaparan.

—¿Van al matarife, eh?—preguntó Keyle.

—Sí, Kéilishi—respondió Yarme—. A los pavos hay que sacrificarlos. Así lo quiere Dios.

Al cabo de un momento pasó un *droshky* desocupado y Yarme la ayudó a subir. Los holgazanes y los gamberros de la plaza observaron curiosos cómo Keyle la Pelirroja se subía a un *droshky* sin ir cargada con ningún fardo. Yarme también subió, pero no se sentó. Se mantuvo de pie en el estribo y, al final de la calle Gnoina, bajó con un ligero salto hacia atrás, pues, como antes había informado a Keyle, la viuda que le propusieron vivía en la calle Grzibowska.

El *droshky* giró a la izquierda. Keyle recordó de pronto la primera vez que, acompañada por Záinvel el Desgarbado, acudió al burdel de Pesie Shtupak. Aún no había cumplido los quince años. Záinvel tuvo

que empujarla una y otra vez, debido a lo asustada que iba. Más adelante llegó a hacerse tan astuta y experimentada que superó a las demás prostitutas por sus desvergonzadas palabras, sus chistes subidos de tono y los insultos a quienes la maltrataban. Los hombres se disputaban por estar con ella y le pagaban el doble. Pese a todo ese descaro, sin embargo, en el fondo seguía siendo tímida. ¿Quién podía comprenderlo? Tal vez sólo Dios. Dos años y medio hacía que vivía con Yarme, y era como si hubiese olvidado su comportamiento anterior. Sólo hablaban de su amor. Ella quería tener un hijo con él. Por desgracia, antes de que esto sucediera, Itche el Ciego la había hecho caer de nuevo, y ahora el diablo había traído a Max el Cojo.

La mañana era soleada. Se aproximaba *Rosh Hashaná*, la fiesta del Año Nuevo en la que se inscribe en el cielo quién habrá de terminar vivo ese año y quién no. «Ésta podría ser la última vez que celebre *Rosh Hashaná*. ¡Dios mío! Ojalá el viejo tenga una botella de coñac», rogó en su pensamiento. Ciertamente, fue el poder del alcohol el que la ayudó a aguantar durante todos aquellos años la vergüenza y la degradación. Cuando se emborrachaba se transformaba en otra, era una Keyle diferente. Su alcoholismo había llegado a tal punto, en el momento en que Yarme entró en su vida, que ya no podía dejar pasar un minuto sin beber. Por la mañana, directamente antes del desayuno, se echaba al estómago medio vaso de aguardiente. El doctor Krumerman, a quien visitaba cada mes para que la examinara y le diera un certificado de que su sangre estaba limpia de bacterias, le advertía de que iba a quemarse las entrañas. Yarme la rehabilitó de ese amargo trago, por las buenas y a veces por las malas. No obstante, en ese preciso momento, sentía que necesitaba beber. De lo contrario, no lograría intercambiar ni una palabra con ese ricachón. «Padre mío, desde el cielo haz que no me hable en ruso», pensó Keyle. Quién sabe cuántos hombres polacos y soldados rusos había tenido entre sus clientes, pero nunca aprendió realmente esas lenguas extranjeras, salvo tacos y maldiciones.

El *droshky* se detuvo y junto al portal y Keyle se encontró con que la estaba esperando Berta. La escudriñó de arriba abajo y de abajo arriba. Tan desconcertada estaba que olvidó entregar al cochero la moneda de plata de cuarenta kopeks, pese a haberla tenido todo el tiempo apretada en el puño. Berta tuvo que recordárselo y, ya en el mismo portal, le advirtió:

—Keyle, antes de que subamos quiero decirte algo. En primer lugar, que sepas que este hombre no pertenece a la escoria, a esa chusma que tú bien conoces. Serguéi Davidovich es una persona refinada, un hombre de negocios de primera categoría. Ha viajado por todo el mundo. Ha tenido entrada en las casas más importantes. A él hay que hablarle, como suele decirse, a través de un pañuelo de seda.

Hay que escucharlo atentamente y no contradecirlo.

—¿Habla ruso?—preguntó Keyle, con sequedad en la garganta.

—Habla ruso, además de yiddish, polaco y alemán; todo lo que quieras oír y recordar. Puedes hablarle en yiddish. ¿Quién no conoce la lengua materna? En segundo lugar, quiero que sepas que no oye bien. No está sordo, pero cuando uno llega a su edad ya no se es lo que era. Sofía Mijailovna sabía cómo hablarle, en voz no demasiado baja ni demasiado alta. Porque si se le grita, se le confunde. En tercer lugar, tiene un problema en la vista. Sufre glaucoma, así lo llaman. No está ciego, pero a veces no ve bien. Incluso las gafas no siempre le ayudan. No te voy a recomendar hablarle de cosas mundanas o noticias de periódicos, ya sé que no estás al tanto. Pero procura ser delicada con él, escúchalo, le gusta conversar y contar. Sin duda te hablará de Sofía Mijailovna. Habla de ella todo el tiempo. No le interrumpas. Muestra que sientes hacia él, como suele decirse, empatía. ¿Me entiendes?

—Sí.

—Y si te da un beso o te hace una caricia, sé amable con él. No creo que lo haga tan pronto, pero un hombre es un hombre, incluso cuando yace moribundo en la cama. No le cuentes quién eres ni a qué te dedicabas hasta ahora. Dile que eres una modista que acaba de llegar del pueblo. Y realmente lo eres.

—Sí, sí.

—Si, por un milagro del cielo, te mandara meterte en la cama con él, demuestra primero que te da vergüenza, que no estás acostumbrada a ello, pero no te resistas, no regatees durante demasiado tiempo. Él no tiene ni la fuerza ni la paciencia para largas conversaciones. Sofía Mijailovna, descanse en paz, me contó alguna vez que, incluso sintiéndose muy enfermo, conservaba la virilidad. Pero eso era hace un par de años. Desde entonces, ya no es el mismo. Seguramente te preguntará cómo te llamas, y Keyle no es un nombre bonito. ¿Sabes a qué recuerda en yiddish ese nombre? A un orinal. ¿Por qué los padres darán a sus hijos tales nombres? Nunca lo entenderé: Keyle, Yente, Yajne, Shprintze, Guele, Grine, Peshe, son nombres de hace siglos. Dile que te llamas Sonia. En Rusia, una de cada dos muchachas se llama Sonia. ¿Cómo se llamaba tu padre?

—¿Mi padre?—respondió ella con una pregunta.

—Sí, tu padre. Si has tenido padre, seguramente tenía un nombre.

—Sí.

—¿Y cómo se llamaba?

Por extraño que parezca, en su confusión, Keyle había olvidado el nombre de su padre. Berta esperó un rato y volvió a preguntar:

—¿Cómo se llamaba? O tal vez aún vive.

—Mi padre ha fallecido.

—Fallecido, ¿eh? ¿Y cómo se llamaba?

—Lo he olvidado.

—¿Olvidado? No puedo creerlo. Trae hijos al mundo para eso…

—Estoy tan confundida que…

—¿Cómo se llamaba tu abuelo?

—Un abuelo mío se llamaba Zalman.

—¡Ah, Zalman está bien! Dile que tu padre se llamaba Zalman y él te llamará Sonia Zalmanovna. Los rusos, incluidos los judíos rusos, llaman a cada uno por el nombre de su padre. Ésa es la costumbre.

—Ya recuerdo cómo se llamaba mi padre—despertó Keyle.

—¿Cómo se llamaba?

—Bóruj Yoine.

—Bóruj Yoine es un nombre difícil en ruso. Que se quede en Zalman. En tu pasaporte él no va a mirar. Seguramente tendrás un pasaporte amarillo, ¿no?[4]

—Sí, uno amarillo.

—Si más adelante vas a querer viajar a Buenos Aires, el pasaporte amarillo no te valdrá. Con ese pasaporte no te dejarían subir al barco. Nosotros te haremos otro, pero de eso ya habrá tiempo de preocuparse. Ven.

Berta agarró a Keyle por el brazo, y notó que temblaba. Se detuvo.

—No tiembles, muchacha. Estás tiritando como una gallina camino del sacrificio. Serguéi Davidovich es un hombre muy fino. No te hará daño, al contrario. Estuvo enamorado de mí todos estos años. Cuando sucedió la tragedia con Sofía, yo fui la que le dio la negra noticia y lo acompañé al hospital para que velara el cadáver en el tanatorio. Él se agarraba a mí como si yo fuera su hija. Aunque Sofía no era su esposa, guardó los siete días preceptivos de luto por ella. Diez judíos pobres recibieron donativos para formar el quórum necesario y rezar el *kaddish* por ella, como si se tratara del duelo por su esposa. Él permaneció todos esos días sentado en una banqueta y ojeando un libro sagrado. Fui a verlo una tarde para consolarlo en su luto, como suele decirse, y él me dijo: «Bértachka, querida. Sólo tú podías darme consuelo en mi desgracia», y me contó que, ya antes de encontrarse con Sofía Mijailovna, me amaba a mí. Había tomado a Sofía porque a mí no pudo tenerme. Yo le dije: «Serguéi Davidovich, yo también le amo, como a una persona, como a un padre, como a un hermano, pero mi corazón pertenece a Hertz Kaláshnik». Serguéi lo comprendió y nunca más lo mencionó. Ven.

4

Berta abrió la puerta y entraron en una estancia espaciosa, con dos ventanas de pesadas cortinas y el suelo cubierto por una alfombra. «¡Oh, vaya salón!», se dijo Keyle. De las paredes colgaban grandes retratos y cuadros de paisajes. Además de una cómoda y, a su lado, varias sillas tapizadas, había un sofá y un aparador de puertas acristaladas. Así como en la calle brillaba el sol, en la habitación reinaba la penumbra como si ya anocheciera. En un rincón, sentado en una butaca con flecos rojos, estaba un hombrecillo, menudo como un enano, cuya cabeza calva, con perilla blanca y casi sin cuello, asomaba entre unos hombros alargados. Llevaba puesta una bata estampada y zapatillas, y apoyaba las piernas, muy cortas, sobre un taburete tapizado en terciopelo. En sus labios asomaba la colilla de un cigarro puro. En una rinconera había media naranja. «¡Es un monstruo!», pensó Keyle.

Berta le sujetaba el brazo con fuerza, entre conduciéndola y arrastrándola. Una vez que se aproximó más al anciano, levantó la voz:

—Serguéi Davidovich, aquí está la muchacha. Es un poco tímida, pero enseguida se le pasará la vergüenza.

Serguéi Davidovich, con mano temblorosa, colocó el cigarro en un cenicero al lado de la media naranja y, para oír mejor, ahuecó una mano junto a la oreja. Con la otra mano rebuscó en el bolsillo superior de la bata un par de lentes con montura dorada, atadas a una cinta negra. A través de los gruesos cristales, sus ojos parecían grandes y saltones como los de una ternera. Pronunció algunas palabras en ruso y enseguida pasó al yiddish.

—Bueno, bueno, siéntense. Estoy un poco molesto, no me encuentro del todo bien; un catarro, un poco de resfriado. Pero no importa, no importa. Berta Moiséyevna, ¿dónde la encontró usted? Una belleza, una belleza. Y todavía joven, es joven. ¿Qué edad tiene, eh? Íbamos a preparar un refrigerio, pero Zoshka, la sirvienta, bajó a algún lugar a hacer una compra. Sonó el teléfono y yo pensé que era… Pero cuando llegué a él nadie respondía…

—¿Ah, sí? Bueno, si alguien le necesita llamará otra vez—dijo Berta. Y añadió, dirigiéndose ahora a Keyle—: Sonia Zalmanovna, cuando necesites algo o si el señor Serguéi Davidovich te lo pide, en la cocina hay de todo: un hornillo de gas, una tetera, té, azúcar, limón, galletas. Yo le encargué a Zoshka que comprara unos medicamentos y, de camino, se acercara al correo para comprar unos sellos. ¿Le apetece tomar un té?—le preguntó al anciano.

—¿Cómo dice? No.

—Hay agua en la tetera, sólo hace falta encender el gas. Yo me voy

a mi apartamento y les dejo solos. Mi puerta es la primera a la izquierda. Si hubiera necesidad—dijo dirigiéndose a Keyle—, puedes llamar a mi puerta. No tocando el timbre, sino con unos golpecitos. El cuarto de baño está en la cocina a la izquierda. No olvides tirar de la cadena.

—Muchas gracias.

—No estés tan asustada. ¡Nadie te va a morder aquí!—dijo Berta, en tono de enfadada.

Antes de salir, le lanzó un guiño. En ese momento, Serguéi Davidovich se dirigió a Keyle:

—Acérquese usted más, más. Siéntase en casa, en casa. No me encuentro del todo bien de salud, pero ya estoy mejor, incluso mucho mejor. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Keyle quiso responder, pero no recordaba el nombre que Berta le había puesto. Nunca había estado en una casa tan despampanante como ésa. A cada instante veía nuevos detalles que había pasado por alto: un teléfono en una mesita y, al lado, una botella de vino o de licor; tras el cristal del aparador, una cajita de plata junto a una torrecita para especias, también de plata, con letras hebreas grabadas; y, además, libros con cubiertas de cuero y letras doradas. El hombre debía de ser abogado, se le ocurrió pensar a Keyle.

Él le hablaba en yiddish, pero Keyle, por alguna razón, no captaba su pronunciación. Recordaba lo que le sucedió unos años atrás. Trabajaba en el prostíbulo de la calle Tomkis y un oficial la había llevado a su casa para pasar toda la noche con él. Ella estaba borracha como una cuba y no le importaba nada. Ahora sólo recordaba una escalera de mármol y que aquel bruto le hablaba en ruso. De pronto, se le ocurrió colocarle una copa de coñac sobre la cabeza mientras la apuntaba con una pistola. Luego la mandó desnudarse y entrar en la bañera con él. Al día siguiente, muy temprano, la llevó adonde la había recogido. Keyle se enteró más tarde de que la matrona le había cobrado por la noche nada menos que veinticinco rublos. Pero aquí todo era diferente. El viejo no la tuteaba, sino que la trataba de usted, como si fuera su igual. Le pidió que se sentara, pero, sin saber por qué, Keyle no se atrevió a hacerlo en una silla de brazos de madera labrada y asiento de mimbre. A duras penas aguantó el llanto. Le invadió una vergüenza que nunca había sentido. Tuvo ganas, para armarse de valor, de agarrar la botella de vino y bebérsela de un trago, pero tampoco podía hacer eso. Le apremiaba un deseo: huir de allí. Pero ¿qué diría Berta? ¿Y qué pensaría de ella Max el Cojo? ¿Y Yarme? ¿E incluso ese señor tan bien educado?

Sonó el teléfono. Serguéi Davidovich se puso en pie lentamente y fue hacia el auricular. Empezó a hablar en ruso y, de vez en cuando, decía alguna palabra en yiddish. «Tan enfermo y, al mismo tiempo,

tan inteligente y culto», pensó Keyle sorprendida. En su interior sintió como si fuera a romper a llorar. Como si, por arte de magia, se hubiera desvanecido su descaro, su desinhibición, su desfachatez de adulta, y hubiera vuelto a ser una niña desamparada, una huérfana. En ese momento, se sentía perdida en la gran ciudad, al lado de aquel anciano cuya vida colgaba de un hilo y que, pese a ello, era mundano, listo, lleno de conocimientos. Incluso le vio sonreír varias veces. «Podría ser que esté riéndose de mí», pensó Keyle.

El hombrecillo, después de despedirse diciendo adiós en ruso, colgó el auricular. No volvió a sentarse, sino que entró en la cocina. Tras un largo rato, Keyle oyó cómo empezaba a correr el agua en el baño. Se decidió a sacar el corcho de la botella que había sobre la mesa y echar un largo trago. Era una especie de licor dulce. Esperó un minuto y bebió de nuevo. «De todos modos, ya estoy perdida», se autojustificó. Al instante empezó a sentirse más fuerte, más segura de sí misma e incluso algo más animada. «¿Por qué tengo tanto miedo? Mi situación no va a ser peor de la que es ahora», se consoló. Gracias a esos buenos tragos, había vuelto a ser la que era. Incluso recordó que su nombre ahora era Sonia, y que el nombre de su padre no era Bóruj Yoine, sino Zalman, como el de su abuelo.

Cuando Serguéi Davidovich apareció de nuevo en la puerta de la cocina, Keyle corrió hacia él, lo agarró del brazo y le ayudó a volver al sillón. Al sentarse, el viejo lanzó un suspiro, como si acabara de dejar atrás una carga pesada.

—*Spasibo*, gracias. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaba?

—Sonia. Y mi padre se llamaba Zalman.

—Zalman, ¿eh? Sonia Zalmanovna. Cuando uno es joven cree que seguirá siendo joven para siempre, pero una vez que se echa encima la vejez, uno empieza a perder las fuerzas. Cada día le asalta una enfermedad u otra. Siéntese, siéntese. Una silla es para sentarse. Yo tuve una gran amiga en mi vida. Sofía se llamaba, Sofía Mijailovna. Yo estaba seguro de que dejaría este mundo mucho antes que ella, pues era bastante mayor. Pero el destino decidió otra cosa. Sofía era también amiga de Berta Moiseyevna. Estas dos mujeres me sostenían en la vida. Fui víctima de un mal matrimonio, un paso en falso de esos que se dan una vez y uno queda atrapado para siempre. La dejé sana a Sofía, y cuando regresé ya estaba muerta. Bueno, así es la vida. Tal vez quiera usted beber algo. Aquí tengo un licor dulce, un licor para mujeres. Yo no debo tomar ninguna bebida alcohólica, a causa de mi estómago, mi hígado y mi vejiga. El médico también me ha prohibido fumar, pero fumo un par de cigarros al día. ¿Qué daño puede hacer eso? El cuerpo es como una prenda de vestir. Es fuerte y aguanta hasta que de pronto empiezan a rompérsele todas las costuras. Remiendas una de ellas y enseguida aparecen descosidas otras tres. Sírvase una

copita. Aquí está la botella y la copa.

Keyle se fijó por primera vez en aquella copa. Se parecía a la que utilizaba su abuelo para recitar el *kiddush*. Tras llenarla de vino hasta arriba, pronunciaba una palabra que ella leía en el libro de oraciones en yiddish, pero que ya había olvidado. De pronto, sintió cariño hacia aquel anciano que conversaba con ella, que le abría su corazón y le ofrecía beber una copa. Keyle temió que ya no quedara bastante licor para llenarla, pero afortunadamente no fue así.

—*Na zdrowie,* a su salud—dijo en polaco, y vació la copa de un trago.

Luego, casi hizo un ademán como para lanzarla contra la pared, como había visto hacer a los soldados y oficiales cuando bebían demasiado. Tras una vacilación, sin embargo, puso de nuevo la copa sobre la mesa.

—*Na zdrowie. Lejaim*!—exclamó el anciano.

¡Ah! Ésa era la palabra que ella había querido recordar: *lejaim*. La había tenido en la punta de la lengua. Y justo en ese instante hizo algo que le asombró a ella misma.

Corrió hacia Serguéi Davidovich, le agarró la cabeza con ambas manos y empezó a besarle la calva una y otra vez, muchas veces, deprisa, deprisa, con una especie de avidez, como si temiera que el anciano fuera a prohibirle seguir. Le pareció que el rostro del viejo se acaloraba en sus manos, o quizá el calor venía de ella. Tras la calva, empezó a besarle en la frente, en la nariz y en la boca, en su blanca perilla. Él no le devolvía los besos, sólo se revolvía como si quisiera decir algo, pero ella le tapaba los labios con los suyos. Todo esto no duró más de un minuto. Luego Keyle se separó de él, toda temblorosa, y retrocedió. Las lentes de Serguéi Davidovich se le habían soltado y colgaban de la cinta. Su rostro era una mezcla de manchas blancas y rojas, con la perilla despeinada y torcida. La miró desde debajo de sus cejas blancas. Con signos de faltarle el aliento, murmuró:

—Vaya, ¿conque sí? ¿Qué habré hecho yo para merecer esto?

Keyle quiso responder, pero de nuevo le faltaron las palabras y espetó, extrañada ella misma de lo que decía:

—Es usted un hombre de bien.

5

Cuando Yarme dijo a Keyle que Berta había encontrado una viuda para él, no mentía. La mujer residía en la calle Grzibowska, frente al Consejo de la Comunidad Judía. Berta le mostró una foto: nariz gruesa, rostro picado de viruela y papada. Yarme ya había oído hablar

de ella. Su marido, Nátanle «Kile» [el ‘Hernia’], se había enriquecido provocando hernias inguinales a jóvenes reclutados para que se libraran del Ejército. Algún recluta lo denunció una vez, y Nátanle fue a dar con sus huesos en la cárcel de Paviak, donde murió, dejando una fortuna a Bronie, su esposa. Se casó después dos veces, y en ambos casos se había divorciado. Confió a Berta que ya no quería volver a casarse. Tres veces bajo el palio nupcial era suficiente. De modo que buscaba un amante y, con absoluta franqueza, así se lo planteó a Berta: «Con esta cara picada por la viruela, nadie se va a prendar de mí», y, por tanto, estaba dispuesta a pagar por el amor, como lo haría un hombre.

Max el Cojo había ido a verla, pero a continuación dijo a Berta que, ni poniéndole delante una montaña de oro, la tocaría. Tampoco a Bronie le había gustado Max. Aparte de lisiado, era demasiado menudo. Berta le enseñó entonces la foto de Yarme, y Bronie, tras echarle una ojeada, había afirmado: «Éste sí es un hombre para mí».

Yarme se dejó convencer. Ya que Keyle iba a tener trato con Serguéi Davidovich, ¿por qué iba él a quedarse sentado en casa como un desgraciado? Se dijo a sí mismo que, después de tres años de relación con la misma mujer, un hombre como él necesitaba un cambio. Max lo animó. Todo eso de la fidelidad entre un hombre y su esposa no tenía importancia. En algún lugar había leído que tanto los hombres como las mujeres, en el fondo de su corazón, deseaban que sus parejas les fueran infieles. No obstante, ya de camino a la calle Grzibowska, a Yarme le salió al paso el demoníaco poder que Keyle ejercía sobre él. Le sobrevino el miedo a mostrarse impotente con Bronie; seguramente ya habría olvidado o perdido su anterior destreza en el trato con hembras. Decidió ir a pie, en lugar de subir a un *droshky*, y a cada dos pasos se detenía. En la calle Zhabia se paró a mirar un escaparate de sombreros femeninos. Aunque aún era verano, en la tienda ya los había de fieltro, de algodón, de terciopelo, e incluso pieles para la temporada de invierno. Otra tienda se especializaba en sombreros de crepé oscuro con velos negros para mujeres que estaban de luto. A través del cristal del escaparate, Yarme se fijó en la joven que ordenaba los sombreros. El mundo estaba lleno de mujeres jóvenes y, sin embargo, allí estaba él, camino de encontrarse con una monstruosidad, vieja como Matusalén y encima picada de viruelas como un rayador. «Cerraré los ojos, imaginaré que es Keyle», se animaba a sí mismo. Si aspiraba a ser un seductor profesional, no podía arriesgar a enamorarse. Tenía que ser capaz de fingir como un actor. Años atrás era capaz de hacerlo, pero en cierto modo se había desacostumbrado a los trucos de antes. Ahora envidiaba a Keyle. Una mujer podía fingir fácilmente. Podía tener cien hombres y mantenerse fría como el hielo.

Bronie vivía en una casa lujosa. Subió la escalera de mármol hasta la vivienda. Tenía que parecer animado, juguetón, pero era consciente de su amarga situación. Keyle tenía razón, pensaba para sus adentros. Max era un ángel de la muerte. El demonio negro lo había traído para convertir todo en ceniza y fango, y después destruirlos a los dos. Percibió con claridad que dentro de él luchaban dos seres. Uno afirmaba: «¿Para qué necesitas todo este embrollo? Mejor comer un mendrugo, antes de liarte con un canalla como Max. Ve adonde se encuentra Keyle, llévala a casa y no dejes que Max aparezca nunca más ante vuestra vista, pues sólo quiere arrastraros al fango. No caigas en su red». El otro, el instinto del mal, le preguntaba: «¿En qué vas a trabajar? ¿En desplumar gallinas en el matadero? ¿En llevar cestos de carbón a las casas o vender manzanas en el mercado?».

En los últimos dos años, Yarme parecía haber perdido el gusto por los negocios ilícitos. Se había vuelto blando, asustadizo. En este momento se hallaba al mando de dos jefes, uno le daba la orden de volver a casa, y el otro dirigía sus pies hasta la puerta de Bronie. Carraspeó y se armó de coraje. Llamó a la puerta y apareció Bronie. Maquillada con polvos y colorete, llevaba bata y zapatillas. Parecía haberse peinado y teñido el pelo en alguna peluquería. Tras repasarlo de arriba abajo y de abajo arriba, vaciló un instante y, sólo después, lo invitó a entrar.

—Yarme, ¿eh? Entra.

Lo condujo por un largo pasillo hasta una habitación empapelada en color burdeos y con una alfombra a juego. Encima de una cómoda había un gramófono con un enorme cuerno. Colgado de la pared, un retrato de Nátanle el Hernia mostraba una cara redonda y la barba recortada en la misma forma. Sus ojos sonreían como si estuviera vivo. A Yarme le pareció que decían: «Esto le pasa a un hombre cuando está a cuatro codos bajo tierra». En un sofá con numerosos cojines se veía una muñeca vestida de seda y encajes. Sobre una mesa había una botella de vino, otra de licor y una fuente con galletas. Las ventanas estaban tapadas por pesadas cortinas, de tal modo que, en mitad del día, había una lámpara de gas encendida. Bronie quitó la muñeca del sofá e hizo señal a Yarme para que ocupara su lugar. Ella se sentó en un sillón, tapizado con tela y flecos rojos. Sonreía, enseñando su dentadura postiza, y preguntó a Yarme con voz masculina:

—Te envió Berta, ¿eh?

—Sí, Berta.

—La conozco. Está en todo. Mi marido, descanse en paz, y Hertz Kaláshnik eran buenos camaradas. Más de una vez, Hertz solía venir aquí y jugábamos a las cartas, sobre todo al sesenta y seis. Si alguna vez se enredaba y caía en manos de las autoridades, mi marido lo sacaba de apuros. Ahora, Hertz Kaláshnik es todo un pez gordo y Berta

hace el papel de gran dama. Pero él no puede casarse con ella. Ya tiene esposa.

—Sí, lo sé.

—Se dice que además está liado con otra mujer—añadió Bronie.

—¿Berta no es suficiente para él?—preguntó Yarme.

—Así son los hombres, sus ojos no descansan. Aunque luego, cuando llega la hora de la verdad, no valgan para nada. ¿Por qué no brindamos? ¿Qué quieres? ¿Coñac o licor?

—Que sea coñac.

Bronie llenó dos copas. Yarme se fijó en que tenía unas manos grandes, como de varón. Tomó de un trago la bebida. Le escoció la garganta y sintió ardor en las vísceras.

—¿Otra copa?

—De acuerdo.

—No te vayas a emborrachar. Cuando un hombre bebe, enseguida quiere dormir.

—No sólo—respondió Yarme, sin estar seguro de lo que decía.

—¿Keyle sabe dónde estás? Berta me lo ha contado todo.

—No soy ningún rabino, ni ella ninguna *rébbetsin*—respondió Yarme, sorprendido de sus propias palabras.

—A mí me gusta que todo se desarrolle en silencio. Que sea discreto… No quiero que nadie me venga con reproches.

—Nada de reproches.

—Toma algún dulce.

Yarme bebió otra copa y se apresuró a tomar una galleta. Quería mostrarse distendido, decir algo gracioso, pero no se le ocurría nada. Así como a Keyle la bebida siempre la animaba, a él, en cambio, le producía pesadumbre. Bronie lo miró de soslayo, con una expresión huraña y llena de desprecio. A Yarme se le ocurrió pensar: «Realmente tiene el aspecto de un cerdo». No sentía ningún deseo de aproximarse a aquella obesa criatura. «¡No debería haber venido!». Sentía vergüenza, no tanto por lo que ella pensaría, sino por lo que contaría después a Berta, y Berta le transmitiría a Max. Le invadió un temor: que de ahí en adelante sería impotente con Keyle. Ella le había contado una vez que algunos clientes venían a los burdeles y no eran capaces de satisfacerse; luego exigían que les devolviera los diez kopecs que habían pagado de antemano. Otros pedían que los golpearan, que los escupieran, les tiraran del pelo o los fustigaran.

Yarme seguía sentado en silencio. Miraba fijamente la botella, como si estuviera dudando entre llenar otra copa o no. «No—se impuso a sí mismo—. Eso me ayudaría como unas ventosas a un cadáver». Finalmente, preguntó:

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Allí, en el pasillo.

Salió al pasillo, echó una mirada a la puerta de entrada, la abrió silenciosamente y echó a correr por las escaleras como un muchacho asustado. La vergüenza corría también con él. Bajaba los escalones de dos en dos. «Bueno, estoy acabado», gritaba algo en su interior. Salió a toda prisa del portal y continuó corriendo por la calle Granitszna. Sentía las piernas extraordinariamente ligeras. Mientras corría decidió que nunca más tendría trato con Max. Lo mandaría al diablo y, si se negaba a dejarle en paz, le clavaría un cuchillo. Se propuso también sacar a Keyle del fango. «Escaparé con ella a América y empezaré una vida recta». Le vino a la memoria un versículo, aprendido en sus años de *jéder*: «Desnudo salí de la matriz de mi madre y desnudo retornaré».[5] ¿Quién lo había dicho? ¿Moisés nuestro maestro? ¿Jacob nuestro padre? De pronto le invadió el deseo de ver a Keyle. «Tengo que poseerla, ¡ahora mismo!».

De nuevo se hallaba en la calle Ptasha y entró en el portal donde vivía Berta. «Ojalá no me la encuentre en la escalera—le rogó a Dios, o a quien se encargara de esa clase de encuentros—. Sólo que ¿dónde vive Serguéi Davidovich?». Yarme pensaba derribar su puerta y, en caso de encontrar a Keyle en la cama del viejo, estrangularlos a los dos. Eso era amor, amor de verdad. «Cuando a una hembra se la desea tanto, no se la debe entregar a otro ni por un millón de rublos».

Desde una planta superior descendía en ese momento una muchacha de rostro triangular, cubierto de pecas. Llevaba un vestido corto y zapatillas gastadas. Yarme la detuvo para preguntarle sobre el domicilio del viejo. Pero en ese momento había olvidado su nombre.

—¿Dónde vive aquí un viejo que habla ruso? Un viejo enfermo, de Rusia, ¿eh?

—No lo sé.

—¿No vives aquí?

—Yo sirvo aquí. No sé nada.

—Un hombre rico.

—Pregunte a otra persona.

Yarme sintió impulsos de agarrar a aquella tonta y tirarle del pelo, pero se aguantó. Podría empezar a gritar, y todavía terminarían llevándolo al calabozo. Se hizo a un lado y la dejó pasar, aunque de forma que tenía que rozarlo. «Estoy borracho, totalmente borracho», se autojustificó.

Max el Cojo, o Leon Gempner, como figuraba en su más reciente pasaporte, se hallaba en su habitación del hotel Krakowski, leyendo el periódico yiddish. Por alguna razón que él no conocía y que ningún médico le aclaró nunca siempre tenía calor. En verano dormía desnudo y ni siquiera se tapaba con una sábana. En invierno, tanto de día como de noche, siempre dejaba entreabierta una ventanilla. La pierna lisiada le dolía y, en cuanto se quedaba solo, se descalzaba. Tras leer algunas líneas y fumando un cigarrillo, empezó a hablarse a sí mismo, soltando palabras como si fueran guisantes. No sabía si tenía esa costumbre desde su infancia o había desarrollado el hábito en alguna de las cárceles donde estuvo: en Varsovia, en Radom, en Buenos Aires. No sólo hablaba consigo mismo, sino que guiñaba, torcía los labios, sonreía y hasta, a veces, abría y cerraba la boca como un perro que pilla una mosca en el aire.

Leyendo la novela por entregas en el periódico, había llegado a un punto en el que el conspirador y seductor Zbigniew Koczinski, tras colocar una escalera en la ventana del castillo del conde Leopoldo Kurowicz, había secuestrado a la señorita Helena. Max rió con voz aguda: «Tonterías, estupideces. De ningún modo ha podido ser, como si se anunciara la Pascua en mitad del invierno. Estos escritorzuelos hablan por hablar. En su imaginación, pueden ver una feria en el cielo. Desvaríos, fantasías…». Y lo resumió todo con un dicho: «a palabras necias, oídos sordos».

Aunque a veces él mismo no lo creía, había estudiado Talmud y sus comentarios en una *yeshive* de Piask. Incluso lo había examinado un rabino. Aún guardaba en la memoria ciertas expresiones de los sabios. ¿Cuánto tiempo hacía que se alejó de todo aquello? No más de quince años. Pero le parecía una eternidad. En esos quince años había vivido, no una vida, sino cientos. Si intentara poner por escrito lo que le había sucedido, nadie lo creería. Los mismos idiotas que leían esas fantasías de las novelas y se las tragaban como si fueran la ley del cielo, a él lo considerarían un mentiroso. Pero ¿acaso era posible describirlo? Tenía hermanas, hermanos e incluso hijos a los que nunca había visto. Había abandonado esposas sin concederles el divorcio, en Polonia, en Argentina, en Canadá. Había ido a parar a lugares como México, Bolivia, Uruguay, Trinidad. Había jugado en los casinos de Montecarlo y de Mar del Plata. Hablaba, además de yiddish, polaco y ruso, y se las arreglaba en alemán, español, portugués e inglés. En un tren, viajando de Kiev a Odesa, la esposa de un general lo metió una noche en su cabina de primera clase y se le entregó. En un viaje en barco de Londres a Brasil, se lio con una francesa, una alemana, una italiana y una hembra negra, de la que ya no se acordaba de su nombre ni de dónde provenía. ¡Qué extraño que, pese a todas esas conquistas de mujeres, se sintiera atraído por los hombres! En las cárceles donde

estuvo encerrado, siempre encontraba algún homosexual. Aquel sábado, en el teatro yiddish, había fingido toparse con Yarme inesperadamente. Lo cierto era que lo había echado de menos todos esos años y, en realidad, había ido a Varsovia especialmente para buscarlo. «¡Vaya pajarraco soy! Lo que esté pasando en mi enmarañada sesera, ni Dios, si es que existe, puede saberlo».

Terminó de fumar el cigarrillo y enseguida empezó otro. Encendió la cerilla en la suela del zapato. Llevaba encima una pistola de oro y tres pasaportes, uno en la maleta y los otros dos en los bolsillos superiores de la chaqueta. En una bolsa guardaba medicamentos contra el dolor de cabeza, el dolor de tripa, el estreñimiento y el ardor de estómago, y toda una colección de pastillas para dormir. Ya hacía unos cinco años que un médico le había asustado diciéndole que estaba mortalmente enfermo. Le había mandado llevar una vida tranquila, dejar de fumar y no tener mucho trato con mujeres. Le había recetado un tratamiento mediante corriente eléctrica, baños medicinales y masajes con alcohol. Le había advertido que, si no llevaba una vida ordenada, podría caer muerto en cualquier instante.

Max se reía de todo. ¿Una vida tranquila? ¿Controlarse? ¿Cómo podía estar tranquilo cuando su cerebro funcionaba como una máquina veinticuatro horas al día? Y una vez que llegaba a conciliar el sueño, le invadían pesadillas imposibles de expresar con palabras: volaba como un águila; lo revolcaban en la sepultura; le disparaban con una honda; lo arrastraban por el desierto, y también por el infierno, sobre camas con clavos o sobre ascuas; lo enterraban bajo montones de nieve y lo bajaban a fosas y cuevas. Le habían disparado, ahorcado, fustigado, le habían hecho correr sobre llamas mientras los cosacos le golpeaban con la culata de los fusiles, o lo atravesaban con espadas, con bayonetas y con lanzas. Seres monstruosos aparecían ante él, mitad personas, mitad animales, con largas narices protuberantes, morros de cerdo, ojos llameantes, barbas y trenzas, y con órganos sexuales de ambos sexos. Le gritaban con voces estridentes, ladraban como perros, rugían como leones, gruñían como jabalíes. Lo hundían a él en lodo, en estiércol, en flema y en basura. Oía cantos fúnebres, lamentos y palabras locas, imposibles de captar ni recordar después. Neurastenia, lo había llamado el doctor. Pero ¿qué era la neurastenia?

Y sus horas de vigilia eran como las de su sueño. Constantemente se sentía empujado a hacer planes, a fantasear, a construir castillos en el aire. A la vez razonable y loco, era en unas ocasiones compasivo y en otras un asesino salvaje. Religioso y, al mismo tiempo, supersticioso y blasfemo, valiente y cobarde; derrochaba dinero y llevaba cuenta de cada groschen que gastaba. Arriesgaba su libertad y se metía en los mayores peligros. Temblaba ante el mal de ojo y le

intimidaba cualquiera que viniera de frente con una vasija vacía, o un gato negro que se cruzara en su camino. Entre los objetos que llevaba en los bolsillos había figuritas de marfil, amuletos y trozos de ámbar. En cuanto podía acudía a videntes, cartománticos, astrólogos que leían su horóscopo personal y alguna médium que convocaba a los muertos, traía saludos de ellos y mostraba sus figuras en un espejo negro.

Cierto día encontró en el periódico yiddish un anuncio de un tal Schiler-Skolnik que ayudaba a encontrar parientes perdidos, objetos extraviados, esposos o esposas desaparecidos. Ofrecía amuletos para curar la impotencia, la artritis, el reuma y el hipo crónico. Trataba a los pacientes con magnetismo, hipnotismo o quiromancia según las líneas de la mano y la fisonomía de la persona. «No será más que un farsante y un timador—se dijo Max mientras, pese a todo, recortaba el anuncio con una tijera—. Quién sabe. A lo mejor este personaje tiene poderes ocultos. Antaño existían hechiceros, ¿por qué no podrían existir ahora?».

Abrió un cajón y sacó un álbum en donde tenía pegadas fotografías de todas las mujeres y hombres con quienes había tenido relaciones. También guardaba cartas de amor, certificados de compromiso y de matrimonio. Eran pruebas contra sí mismo que no debería llevar encima, pero de todas esas aventuras no le había quedado nada más que estos *souvenirs*. Por milésima vez contó sus víctimas, se fijó en sus rostros, les habló una y otra vez. Él amaba a las mujeres y a la vez las odiaba. Todas le habían decepcionado. Dormido, soñaba con hombres. Utilizaba su deseo por los hombres para satisfacer a las hembras. Las llamaba con nombres masculinos. Buscaba mujeres de pecho plano y exigía que ocultaran los signos de su femineidad. Con frecuencia, las convencía para que se entregaran a otros hombres.

Un empleado del hotel llamó en ese momento a la puerta y le avisó de que lo llamaban por teléfono. Max dio un salto, se echó encima una bata y cojeando salió al pasillo, en donde agarró el auricular. Era Berta. Le comunicó que Keyle la Pelirroja estaba con Serguéi Davidovich y que Yarme había ido a ver a Bronie, la viuda de rostro picado por la viruela. Max se animó enseguida:

—Bértashe, el asunto marcha muy bien.

—Tú, Max, lo puedes todo, hasta juntar una pared con la de enfrente.

—¿Yo? Todo lo has hecho tú. Si no estuvieras ya liada con Hertz Kaláshnik, juntos podríamos poner el mundo boca abajo.

—Máxele, muérdete la lengua.

—Bértashe, voy a necesitar algunos pasaportes más.

—¿Aún más? ¿Cuántos necesitas? ¿Cien?—se rio.

Max pensó: «Tiene voz de hombre», pero lo que dijo fue:

—Si Jetró, el de la Biblia, usaba siete nombres, yo necesito siete veces siete pasaportes.

CAPÍTULO III

1

En mitad de la noche cacareó la gallina que Keyle había previsto mandar sacrificar al día siguiente, en vísperas del *Yom Kipur*. Yarme se negaba a cumplir con esa tradición, pues la consideraba una superstición y una necedad. De repente, marido y mujer se despertaron a la vez. Keyle le preguntó:

—Yarme, ¿lo has oído?

—Sí, lo he oído.

—Yarme, es un mal augurio.

—¿Por qué?

—Si la gallina cacarea es señal de que no se llegará con vida al final del año.

—¿Te referirás a la gallina?—bromeó Yarme.

—Yarme, no te burles. No importa el resto del año, pero el *Yom Kipur* es un día sagrado. Yo siempre, al margen de cómo hubiera ido el año, en vísperas del *Yom Kipur* mandaba sacrificar una gallina y llevaba un cirio a la sinagoga. La llama eterna, en palabras del bedel de la sinagoga.

—¿Y en Tomkis qué hacías si ese día llegaba un cliente?

—Podía llegar el mismísimo zar. En el *Yom Kipur* ayunábamos todas. Entre nosotras había dos compañeras cristianas y se ocupaban de todos los clientes que llegaran ese día. Al oscurecer, acudíamos a la puerta de la sinagoga para oír el toque final del *shofar*.

—Todo eso son puerilidades. Dios no existe—dijo Yarme.

—Yarme, no hables así. Si me muero, contrata a algún judío para que rece el *kaddish* en mi memoria.

—Pero ¿qué te pasa? Tú eres fuerte como el hierro.

—Yármele, nadie sabe qué será de él el día de mañana. A mí me enterrarán en el cementerio del barrio de Praga detrás de la valla, pero te ruego que pongas una lápida sobre mi tumba y que hagas grabar sobre ella mi nombre y el de mi padre. Tengo ahorrado el

dinero para eso.

—Conque tienes unos ahorrillos, ¿eh? ¿Quién te ha dado dinero? ¿Serguéi Davidovich?

—Lo tengo y basta. Él no me lo dio. Es para pagar una parcela, el sudario y todo lo demás. No quiero yacer con el sudario de otro.

—Bueno, todavía no. Mucha agua correrá bajo el puente del Vístula hasta que llegue tu hora.

Durante largo rato, marido y mujer guardaron silencio. La gallina cacareó de nuevo.

—Yarme, ¿lo oyes? ¡Ay, tengo miedo!

—Lo oigo, lo oigo. Te han timado dándote un gallo en lugar de una gallina, eso es todo.

—No, Yármele, es una gallina. No tiene cresta. Cuando la sacrifiquen mañana, verás que tiene un huevo en su interior.

—¿Cómo sabes lo que tiene dentro?

—Al comprarla, palpé en ella un huevo.

—Eso son tonterías. Entre nosotros solíamos decir que una obsesión es peor que una enfermedad. En nuestro pueblo, a una muchacha que salió de noche sin cubrirse la cabeza con un pañuelo, se le enredó un murciélago en el cabello. Todos decían que no llegaría al final del año. Ella lo tomó tan a pecho que dejó de comer. No hacía más que llorar amargamente y lamentarse. De eso murió, y no por el murciélago.

Marido y mujer enmudecieron y aguzaron el oído, pero también la gallina guardó silencio. Yarme empezó a carraspear y murmurar.

—¿Qué te pasa, Yármele?

—Keyle—dijo él—, ya que crees en Dios, quiero que jures sobre una Biblia que el viejo no te…—Y Yarme utilizó una palabrota.

—Yármele, ¿qué dices? Ya juré por mi madre difunta que con él no llegué a más allá de un beso. El hombre apenas respira. El alma le cuelga de un hilo en la punta de la nariz.

—Quiero que lo jures sobre una Biblia.

—¿Acaso tienes una aquí? Estoy dispuesta a ir a jurar sobre un rollo de la Ley con velas negras a cada lado.

—Quiero que lo jures durante el *Yom Kipur*.

Keyle se sobresaltó.

—¿Por qué me torturas? Ya juré que siempre te diría la verdad, que no ocultaría nada. Cuando Itche el Ciego me tomó a la fuerza, enseguida te lo conté.

—Itche el Ciego está enfermo. Era como un padre para mí. Me enviaba paquetes de comida cuando yo estaba entre rejas. Este perro viejo, en cambio, es un extraño. Puesto que somos marido y mujer, no quiero que cualquier canalla te posea.

—Eres tú el que mandó que me arrimara a él. Y tú has sido quien indujo a Max a pensar que ya soy suya. No lo quiero, ni a él, ni tampoco al viejo. Una vez dijiste que estabas dispuesto a vivir conmigo a pan y agua.

—El pan y el agua tampoco te los dan gratis, y el alquiler también hay que pagarlo. Siempre estás repitiendo que no necesitamos nada, pero cuando salimos a pasear te fijas en cualquier dama y comentas: «¡Qué bonito vestido! ¡Qué preciosos zapatos! ¡Qué bellos pendientes!». Cuando en un escaparate ves los maniquíes vestidos a la última moda, te quedas pegada al cristal y cuesta trabajo arrancarte. Te gustaría vestirte con esa ropa.

—Es falso. ¡Me gusta mirar y nada más!

—Keyle, no podemos quedarnos atrapados en este agujero. Pagamos dieciséis rublos al mes y las paredes están plagadas de chinches. Oigo corretear a los ratones. Cuando friegan el suelo del piso de arriba, el agua cae del techo como de un canalón.

—Estoy dispuesta a trabajar como sirvienta.

—Tampoco quiero eso. Tú misma me has contado lo que sucedió cuando el agente de empleo te envió a servir en una casa. Tanto el amo como su mimado hijito reptaban detrás de ti.

—Ahora nadie reptará detrás de mí.

—Reptarán, reptarán.

Keyle se incorporó en la cama con tal ímpetu que crujieron las tablas bajo el colchón de paja. Alzó la voz:

—¿Por qué me acosas? Tú fuiste quien me llevó al viejo de la calle Ptasha. Desde que Max el Cojo está aquí, ambos pensáis en cómo venderme. No puedo esperar a que ese anciano muera. Eso no está en mi naturaleza. No puedo recordarle una y otra vez que me deje una herencia.

—Me has dicho que él ya te lo había propuesto.

—Sabes muy bien cómo son los viejos. Unas veces dicen sí y otras lo contrario. De pronto empieza a hablar como si ya estuviera en su lecho de muerte. Y a continuación dice que quiere viajar a los balnearios y llevarme con él.

—¿Has estado acostada con él en la cama?

—En la cama no. Encima de la cama.

—¿Él lo intentó, eh?

—Sí y no. Un beso, una caricia. Me agarraba el pelo, diciendo: «Cabello de oro, como la corona de una reina».

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Qué te hizo Max?

—¿Cuándo? Nada. Habla por los codos, pero todo se queda en

palabras. Dijo que tú estabas de acuerdo con todo, que habíais hecho un pacto. Habla yiddish, pero como si fuera un abogado. Una cosa debes saber: si viajamos con él a los países lejanos y paga con su dinero los pasajes, él será el jefe. Para él no soy más que un trozo de carne que poner a la venta. Lo sabes muy bien, pero te haces el tonto. Puesto que él va a ser tu socio y yo la mercancía, ¿por qué finges? Mira, ya está amaneciendo.

—Sí, es verdad.

—El cielo está rojo como la sangre. También allí arriba es la víspera del *Yom Kipur*.

—Tal vez sí, tal vez no.

—Quiero cumplir con la tradición y mandar sacrificar el ave. Cuando una gallina cacarea hay que sacrificarla enseguida.

—Los matarifes duermen todavía. Y yo también voy a echar una cabezadita.

Yarme se volvió de cara a la pared. Keyle, sentada, se recogió el cabello con ambas manos. Se había despertado con un sabor amargo en la boca y sensación de pesadez en el pecho. Hubo un tiempo en que, diez veces al día, agradecía a Dios que hubiera enviado a Yarme para que la rescatara del arroyo, pero desde que regresó Max, Yarme ya no era el mismo. Se dirigía a ella como si no fuera su marido, sino su proxeneta. No paraba de hablar acerca de la fortuna y la felicidad que podrían encontrar en los países lejanos, en donde el oro se recoge a puñados. Aunque, al parecer, sentía celos de Max, pedía a Keyle que le mostrara los pechos. No cesaban de bromear acerca de dormir los tres juntos en una cama. ¿Estaría harto de ella, o acaso le movía la avidez por conseguir dinero? Aunque vilipendiaba a Max sin ocultarlo, elogiaba constantemente lo astuto y ricachón que era, además de experto en temas de judaísmo. A veces intercambiaban un guiño y una sonrisa de complicidad.

El asunto con Serguéi Davidovich se había convertido en una desgracia para Keyle. Cada vez que iba a su casa, su corazón palpitaba como el de un bandido. Pensaba que Berta, al igual que Max y Yarme, aún eran capaces de envenenar al viejo. Ya hablaban sin reparo de que sus días estaban contados. Si esto sucediera, harían que la culpa recayera sobre ella. Keyle se echaba a temblar. Los siete buenos años de su vida con Yarme quedaban atrás. De nuevo querían arrastrarla a la basura.

Al cabo de un rato volvió a acostarse. Incluso antes de quedarse dormida comenzó a soñar. Se veía desnuda entre Serguéi Davidovich y Max. Serguéi Davidovich aún no era viejo. Su barba era todavía negra y no blanca. Los dos hombres la acariciaban y le rizaban el pelo. De pronto entraba Yarme desde la cocina con un gorro de chef y delantal blanco. En una bandeja traía comida para los tres. Súbitamente, Keyle

advirtió que su delantal estaba lleno de manchas de sangre. ¿Se habría convertido en matarife o cocinero? ¿Ya no era su marido? ¿Cuándo se habían divorciado? De repente, Yarme estalló en risas y empezó a relinchar como un caballo. Dejó caer la bandeja con un golpe tan fuerte y con tal estrépito, que Keyle se sobresaltó. El cielo brillaba como un río de fuego, mientras una balsa de carbón ardiente lo atravesaba dejando caer chispas llameantes. ¡Ah, eso debía de ser el infierno!, pensó Keyle. Veía claramente una cama de clavos y varios gigantes con cascos de bomberos. Oyó un grito sofocado. Nunca había soñado algo parecido y le quedó claro que su final estaba cerca.

2

Keyle había preparado en la víspera del *Yom Kipur* la misma comida que recordaba de su antiguo hogar. Al regresar a casa, después de haber llevado la gallina al matarife, le sirvió a Yarme el desayuno: *jalá* dulce con miel, un potaje de avena molida gruesa guisado con carne, y de postre una compota de ciruela. A mediodía le preparó un caldo de pollo con pastelillos rellenos de carne picada. Durante los años que pasó en los prostíbulos, nada había añorado tanto como ese trajinar y guisar en la cocina. Le gustaba hacer la compra de alimentos, remojar y salar la carne para hacerla *kosher*, espumar el caldo e incluso fregar los platos. Ahora también, y mientras que Yarme y Max insistían en llevarla a comer a la posada o al restaurante al final de la calle Gnoina, Keyle prefería preparar ella misma un almuerzo o una cena. Sentía una especie de calidez en el espíritu mientras el fuego ardía en la cocina y el vapor subía de las cazuelas.

Yarme, mientras tomaba la comida de la tarde, preparatoria del ayuno del *Yom Kipur*, denostó todas las tradiciones judías. ¿Para qué esa comida especial si él no pensaba ayunar? Lo decía abiertamente: no existía ese Dios que, sentado en el cielo sobre un sillón de oro, sentenciaría el destino de cada uno, para bien o para mal.

Al anochecer, justo a la hora del rezo solemne del *Kol Nidrei*[6] en la apertura del *Yom Kipur*, Yarme se reunió con Max en una cafetería fuera del barrio judío. Keyle, por su parte, acudió a la sinagoga de la calle Krochmalna, 23. Iba acompañada por otras prostitutas y no se les permitió entrar, pero desde la puerta escucharon las plegarias del cantor oficiante, las oraciones en voz alta de los feligreses y los llantos de las mujeres. Cuando Yarme volvió a casa, bien entrada la noche, e intentó abrazar a Keyle en la cama, ella no se lo permitió. *Yom Kipur* pertenecía a Dios.

Al día siguiente, Yarme, después de bañarse, enjabonarse la barba

y afeitarse con navaja, se fumó un cigarrillo: graves pecados en ese día. A continuación, se preparó él mismo el desayuno y dijo a Keyle que iría a visitar a Itche el Ciego, que acababa de salir del hospital. Ella sabía, sin embargo, que iba a verse con Max y volvería a casa ya tarde por la noche.

Pese a lo mucho que había comido en la víspera, y bebido agua hasta once veces para no sentir sed durante el ayuno, Keyle se despertó hambrienta y sedienta. A la sinagoga no le apetecía acudir. ¿Para quedarse en el exterior con las demás rameras? ¿Para escuchar sus habladurías? Tal vez podría haber adquirido un asiento reservado para mujeres en alguna sinagoga de una calle donde no la conocieran, pero tampoco tenía un vestido digno para un día tan señalado. Además, ni sabría rezar, ni tenía el libro de oraciones correspondiente. «En fin—se dijo—, de todos modos, mis años ya están sentenciados».

Nunca le pesaba tanto su desconexión de Dios y de las personas como en ese día sagrado. ¿Por qué iba a ser inscrita ella en el libro de los que seguirían vivos? Sentada en una silla, se sumió por completo en los recuerdos. Durante días, semanas y meses olvidaba que aún tenía hermanos y hermanas en algún lugar; tal vez su tía Tile y su tío Bóruj Guétzel vivieran todavía; el *shtetl* donde nació le parecía tan lejano, y a sí misma se veía tan vieja, como si todo lo que había vivido hubiera sucedido en un sueño o en otra vida. En ese momento, sin embargo, comenzaron a emerger experiencias olvidadas, así como rostros y voces que se materializaban. No, ella no había nacido de una piedra. Provenía de generaciones de judíos que habían sufrido, servido a Dios y criado hijos. En el cementerio yacían sus abuelos y abuelas, y sobre sus sepulcros había lápidas con letras hebreas grabadas. Seguramente se avergonzaban de ella, de Keyle, tanto en el mundo venidero como también en éste. Pese a ello, no habrían podido borrarla completamente. ¿Acaso no la había creado Dios? Él le había dado manos y piernas, vientre y pechos, y una cabeza para pensar. Sin Dios, ella no habría podido estar allí sentada ni respirar durante un solo minuto.

Se tumbó en la cama y se adormeció. Despertó cuando el reloj de pared que Yarme le había comprado el año anterior indicaba que había dormido tres horas. Esta vez no había soñado nada o no lo recordaba. Del oratorio jasídico de enfrente llegaban voces. Los fieles rogaban a Dios, clamando por que les otorgara algún medio de vida, salud y satisfacción con sus hijos, además de fuerzas para estudiar la Torá. También los cristianos, cuando iban a la iglesia, se santiguaban y rezaban a Jesús. Pero si el Dios de los judíos era el verdadero, ¿cómo podía permitir que los gentiles vivieran, tuvieran esposas e hijos y comieran cerdo? ¿Por qué no mandaba del cielo un fuego que los quemara? ¿Y cuándo llegaría el Mesías? ¿Cuándo resucitarían los

muertos? Keyle sentía necesidad de hablar con alguien experto en los textos sagrados. Yarme, en el pasado, había estudiado, pero ahora se burlaba de todo lo judío.

Tendida de nuevo en la cama, concilió el sueño. De pronto, se sobresaltó asustada. Alguien la estaba despertando: Max. Estaba allí de pie, engalanado con el traje a cuadros, el cuello de la camisa almidonado, corbata y sombrero hongo. Con una mano sujetaba el bastón de empuñadura de plata. Olía a perfume y alcohol. La agarró del pelo e inclinándose hacia ella, exclamó:

—¡Feliz fiesta, Keyle!

—¿Dónde está Yarme? ¿Qué quieres?

—Un pecado de *Yom Kipur*.

—¿Qué dices? ¡¡¡No!!!

—¡Sí!

Y se arrojó sobre la cama. Nadie había intentado jamás violarla en todos esos años. ¿Por qué lo iba a hacer? Ella se entregaba sin oposición. Intentó gritar, pero Max le tapó la boca con una mano. El largo sueño parecía haberla debilitado, ¿o acaso fue el ayuno? Se había despertado en ese momento, entumecida e indefensa. Max ejerció una fuerza desmedida para una persona tan menuda y además lisiada, como era él. Keyle luchó, conteniéndolo para que no le rasgara el vestido. Pero él saltó sobre ella con la agilidad de un demonio. Con una mano la abofeteaba y con la otra le tiraba del pelo. Empujando con ambas rodillas como cuñas, la forzó a abrir las piernas y la violó, sin que ella pudiera impedirlo. A la fuerza que él ejercía se unió la debilidad de ella. Keyle sintió deseos de caer tan bajo que nunca más pudiera ni intentara levantarse. «Soy una perdida, de todos modos», gritaba una voz en su interior. Paralizada, le dejó hacer, dispuesta a morir por su pecado o sufrir cualquier castigo que mereciera. Él le hablaba y ella no respondía. Bajó los párpados como si se hubiese entregado a la oscuridad y a la perdición, como si ya estuviera muerta y yaciera, en lugar de en una cama, en un sepulcro. Max, como si se diera cuenta de lo que estaba pasando dentro de ella, aulló:

—¡A mí no me vengas con tus trucos! ¡No te he matado!

Le dio una última bofetada y bajó de la cama. Con el bastón removió las sábanas como si buscara algo, mientras balbuceaba:

—Ahora dirás que te he desvirgado, ¿eh? ¿Tú, una mujer santa, una pura *rébbetsin*? ¡Basura, cosida con hilo *kosher*!

De nuevo comenzó a sacudirla y a tirarle del pelo. Pero ella estaba decidida a no mirarle a la cara ni responderle con una sola palabra.

—De ahora en adelante—le oyó decir—tendrás que quererme hasta con la última gota de tu sangre. Si yo te mando vivir, vivirás, y si te mando estirar la pata, la estirarás. Ahora tienes dos esposos. A mí y a

Yarme. Abre los ojos—le ordenó—. ¿O quieres que te arranque las entrañas?

Los párpados de Keyle temblaron como si estuviera a punto de abrirlos, pero fue para apretarlos con más fuerza. Él se inclinó sobre ella y la besó en la frente, la nariz, los ojos cerrados y los labios. Sujetando un rizo de su cabello, lo enrolló en un dedo como si quisiera arrancarlo de raíz.

—Si estás muerta—exclamó airado—, mandaremos llamar al carro funerario y te enterraremos como es debido. Pero si quieres vivir y disfrutar, harás lo que te digamos. ¡No eres más que un trapo, una puta, una ramera, una zorra!—Diciendo esto, le lanzó un salivazo que a ella le quemó la mejilla—. ¡Que tengas un buen *Yom Kipur*! ¡Nos veremos mañana!—le gritó al abrir la puerta con un crujido.

Y la cerró con tal fuerza, que resonaron los cristales de la ventana.

3

A las cinco de la madrugada, Max se despertó de pronto y, como de costumbre, debido a un susto. Alguien había llamado al timbre. ¿Sería la policía? ¿Alguien le habría delatado? Agarró la pistola que guardaba bajo la almohada y preguntó quién era. Nadie respondió. Abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. Había sido su imaginación. De pie, y todavía con la pistola en una mano temblorosa, no salía de su asombro. La puerta de su habitación no tenía timbre. Por lo general, las puertas que daban a un pasillo le recordaban las de una cárcel. «Son mis nervios, siempre tensos», pensó. No había noche que no lo despertara alguna fantasía: alguien le golpeaba en el hombro y lo llamaba por su nombre; a veces era el ruido de cadenas, el sonido de una trompeta o la detonación de un disparo. Ese miedo iba siempre asociado con el sexo, con el deseo por una hembra, un varón o tal vez una criatura que no era de este mundo, como la Lilit de los sueños, que inducía a un estudiante de *yeshive* a cometer actos obscenos.

Max se acercó a la ventana, descorrió la cortina y contempló el amanecer de una nueva mañana en Varsovia. Las estrellas iban palideciendo en el cielo; los pájaros trinaban; los obreros, con sus fiambreras y cajas de herramientas, se dirigían a las fábricas o esperaban el tranvía. Así era como Dios creó el mundo: unos a trabajar duro para ganar un groschen y otros a derrocharlos por miles, pensó Max. Ningún parlamento o Duma, ninguna constitución, ninguna revolución lograrían cambiar eso.

Desde su infancia había tenido la sensación de que moriría joven y con frecuencia se sorprendía de haber llegado a vivir tanto. Le

dominaba la avidez por aprovechar las cosas y disfrutarlas antes de extinguirse. Codiciaba cometer más pecados, correr más aventuras, realizar cosas que hicieran al mundo reír o llorar, que se escribiera sobre él en los periódicos y los libros de historia. ¿Tal vez matar al zar? ¿Quizá incendiar un palacio? ¿O arrojar una bomba sobre el castillo de Skalon, el gobernador general? No pasaba día sin que en el periódico, en el yiddish, no se leyera acerca de Rasputín. ¿Por qué no podía él, Max, ser otro Rasputín?

Volvió a la cama al cabo de un rato, pero ya no intentó conciliar el sueño. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y se dedicó a hacer cálculos acerca de cuánto dinero poseía, cuánto podría durarle, cuánto le costaría el hotel; lo que gastaría con Yarme, Keyle, Berta, y qué le costaría realizar un transporte de hembras a Suramérica. Cuando le sobrevino el cansancio cerró los ojos. Pero alguien llamó a su puerta, esta vez de verdad. Lo llamaban al teléfono. Se puso rápidamente la bata y las zapatillas y salió al pasillo. Era Berta.

—Máxele, ¿te he despertado? Ya son las nueve.

—¿Despertado? Yo siempre estoy despierto. Como Dios: «No se adormecerá ni dormirá»[7] el guardián de su pueblo, Israel.

—¿Cómo te ha ido el *Yom Kipur*?

—El jamón en Polonia es sabroso. Hice, además, una visita a Keyle la Pelirroja.

—Sea como sea, espero que hayas rogado por que sea un buen año.

—Yo no ruego nada a nadie.

—No se debe hablar con tanta arrogancia. Tengo que comentar algo contigo, así que escúchame.

—No estoy sordo.

—Serguéi Davidovich se puso enfermo repentinamente.

—¿Acaso estuvo sano alguna vez?

—No bromees. Ha perdido el habla. Yo le había suplicado que no ayunara, pero fue a la sinagoga y lo trajeron en una camilla. Una apoplejía o quién sabe qué.

—¿Has llamado a un médico?

—Todavía no he llamado a nadie.

—¿Lo has cacheado?

—¡Máxele! No lleva encima su fortuna.

—¡Qué lástima! ¿Qué hay del testamento?

—Lo tiene en algún lugar, en una caja fuerte, pero ¿dónde? Tal vez en Rusia. Después de la muerte de Sofía Mijailovna él hablaba de reescribir el testamento, pero no sé lo que hizo finalmente. Si no lo reescribió, su gran fortuna puede caer en manos del marido de Sofía, ese canalla, ese rufián. Y en cuanto a la esposa de Serguéi, tampoco es mucho mejor. Es una arpía.

—Pídele a tu Kaláshnik que escriba un testamento y que el viejo lo firme, por las buenas o por las malas.

—Ya no es capaz de sujetar una pluma.

—Ponedle una pluma entre los dedos y, entre tú y Kaláshnik, podéis conducir su mano de algún modo para que dibuje una firma. No esperes demasiado.

—¿A nombre de quién debería dejarlo todo? Un testamento necesita testigos. La perra de su esposa en Rusia tiene toda una banda de abogados. Empezarán juicios y qué sé yo. No quiero que me arrastren a los tribunales. No es que yo me tenga por una santa, pero te hacen jurar sobre la Torá. Nada bueno podría salir de todo eso.

—Palabras necias. ¿Qué es una Torá? La piel de una vaca que alguien convirtió en pergamino. ¿Y el escriba? Un indigente que no servía para nada más. Nuestro maestro Moisés subió al cielo, como yo subí a la Luna. Si untas bien a quien haya que untar, lo conseguirás. Tendrías que haberle sacado el dinero antes.

—No quise convertirme en su amante.

—Bueno, por ello te compensarán con la cola del Leviatán en el Paraíso.

—Máxele, quedémonos con nuestro plan anterior. Que deje la mayor parte de sus posesiones a Keyle la Pelirroja y que ella sea la que jure en falso. Es joven y guapa, a ella la creerán. Nosotros, de todas formas, recibiremos los caramelos.

—¿Yarme ya sabe que el viejo está enfermo?

—Nadie sabe todavía nada. Solo tú, yo y Dios.

—¿Qué hay de tu Hertz?

—Él no habla. Máxele, vístete y ven. Te prepararé un desayuno. Tú eres un hombre y no tienes corazón. Yo, sin embargo, después de ver en qué se convierte una persona en un par de minutos he perdido las ganas de todo. ¿Para qué tanto esfuerzo si la vida ha de terminar de ese modo? Respóndeme.

—Si yo conociera la respuesta, echaría de su sillón al *rebbe* de Yehúpetz y ocuparía su lugar. Todo este disparate no es más que un juego del diablo.

—¿Vienes?

—¿Tengo alternativa? Tú estás enamorada de Hertz Kaláshnik y yo de ti. Así de sencillo.

—¡Embaucador! Yo ya soy una vieja yegua.

—Tienes más fuego dentro de ti que diez jóvenes juntas.

—Ven.

Berta colgó el teléfono. Max volvió a su habitación. «¡Vaya comienzo del día!», se dijo en voz alta. Le gustaba eso de que se hubiera formado una maraña, una nuez dura de cascar, y se le pidiera

a él consejo. «¿Acaso tiene mérito avanzar sobre una calzada lisa? No existe enredo del que no se pueda salir si se tienen agallas».

Se aseó en el lavabo y se vistió. Había días en que se arrepentía de haber venido a Varsovia, pero por alguna razón esa ciudad le atraía. Aquí no mezclaban el yiddish con el español o el inglés, como en Buenos Aires o en Nueva York, sino que hablaban la lengua materna pura. No lejos de donde estaba ahora, a pocas horas en tren, o en carro tirado por un buey, vivían sus antiguas esposas, las que habían criado a sus hijos. En Varsovia había dejado incluso amantes que no había olvidado, ni ellas a él. «¿Acaso era posible olvidar algo parecido a eso? Uno se lo lleva hasta el sepulcro».

Max no sentía ninguna atracción especial hacia Berta, pero le gustaba despertar en otra persona el deseo hacia él. «Además, nunca se puede saber el sabor de un cuerpo hasta que no se saborea—se dijo —. En Polonia se oyen palabras que ya han olvidado quienes se fueron a América. Aquí la gente comprende un chiste, una agudeza. Las hembras son más cariñosas y toman al hombre más en serio. Sólo una cosa falta en Polonia: el dinero».

4

Se reunieron todos: Berta, Hertz Kaláshnik, Max, Yarme y Keyle. Previamente mantuvieron una conversación en casa de Berta. Hertz Kaláshnik ya había redactado el testamento: Keyle Lea Kupermintz debería heredar la mitad de las posesiones de Serguéi Davidovich Koifman. El pequeño grupo había elegido a Keyle como la heredera, debido a que hasta ahora nunca había sido encerrada en una cárcel, ni había estado metida en ningún juicio criminal. Además, para los jueces sería más comprensible que un hombre dejara una gran suma a una joven amante antes que a una vieja matrona de burdel.

Según el testamento, los albaceas serían Hertz Kaláshnik, Berta Shtein y Leon Gempner (Max). Hertz Kaláshnik mantenía buena relación con un notario que tenía experiencia en cómo sacar tajada de toda clase de maquinaciones y corruptelas. Lo único que necesitaban era dibujar una firma que los expertos en caligrafía no pudieran detectar como falsa, además de algunos testigos. Hertz y Berta lo habían preparado todo. Un testigo sería Zoshka, la criada, y el segundo, el bedel del edificio de la calle Ptasha, del que Hertz Kaláshnik era administrador. El bedel, como testigo contratado, firmaría cualquier documento que su patrón le pusiera delante.

Después de que todo estuvo decidido y Berta hubiera servido un desayuno de *béiguels* frescos, bollos con mantequilla y requesón,

arenque y, finalmente, café con crema, los cinco entraron en la vivienda de Serguéi Davidovich. Zoshka abrió la puerta del dormitorio. La ventana estaba tapada por una persiana, además de la cortina. Serguéi Davidovich, acostado en la cama con los ojos cerrados, tenía la palidez de un muerto. Apenas se notaba su respiración. Hertz Kaláshnik trajo un tintero y una pluma, el testamento, y un cartón para apoyar el papel.

Al ver al enfermo, Keyle se retorció las manos e hizo un gesto como para llorar, pero Yarme, con una señal airada, le mandó que se mantuviera callada. Todo se desarrollaba según lo planificado. Hertz Kaláshnik puso el cartón sobre la cama y extendió sobre él la hoja de papel del testamento. Cuando sacó de debajo de la manta la fláccida mano de Serguéi Davidovich, el viejo torció el rostro, hizo una mueca y sus labios se movieron como si quisiera decir algo o gritar, pero Hertz, rápida y hábilmente, le puso la pluma entre el índice y el pulgar y empezó a guiarla cuidadosamente sobre el papel, con la vista fija en otra firma real de Serguéi Davidovich para comparar cada letra. Varias veces el enfermo se sobresaltó, pero Hertz Kaláshnik le sujetaba la mano con tanta fuerza que no le dejaba moverse. En medio de esa tensión, Max le dio un pellizco a Berta en su gruesa nalga. Hertz Kaláshnik indicó con un movimiento de cabeza que la firma parecía auténtica y no una falsificación. Max, haciéndose el entendido, comparó las dos firmas y lo felicitó.

—¡Perfecto! Se merece una medalla—proclamó con un chasquido de lengua que sonó como un disparo.

Era un experto en chasquear con la lengua, mover las orejas, hacer sonar una melodía por la nariz como por una trompeta y hablar desde el vientre. En la época en que Keyle todavía estaba en el burdel de la calle Tomkis, Max el Cojo hacía allí unas demostraciones de toda clase de trucos obscenos que despertaban el asombro y la risa de las prostitutas.

Hertz Kaláshnik, alto y delgado, con patillas canosas, rostro estrecho y bigote recortado, se comportó como un alto funcionario, como si perteneciera a las autoridades y no a los bajos fondos. Normalmente vestía sombrero hongo y corbata negra, y rara vez se le veía fuera de la casa sin una carpeta en la mano. En el bolsillo superior de la chaqueta llevaba bolígrafos y un par de quevedos con cristales gruesos para leer. En la habitación donde tenía su escritorio, a la que designaba su oficina, tenía horas de recepción, como un médico. En el momento en que Kaláshnik abrió su carpeta e introdujo el testamento, Max exclamó:

—¡Keyle, eres una mujer rica! *Mázel tov*!

—¿Qué será de él?—preguntó Keyle.

—No tiembles. No lo van a escabechar en salmuera—aseguró Max.

Esa noche, en la cama, Yarme le dijo a Keyle que habían llevado a Serguéi Davidovivh al hospital en la calle Czista. Berta había telegrafiado a la señora Koifman, la esposa de Serguéi Davidovich, avisándole de que su marido se hallaba paralizado. A la vuelta de correo llegó un telegrama de Kiev diciendo que ella estaba en camino. Yarme intentó dar ánimos a Keyle.

—Kéileshi, Max no es ningún ángel de la muerte como tú dices, sino el mismísimo profeta Elías. Nos traerá la buena suerte. Con él haremos muchos viajes, nos llevará al extranjero y seremos socios en el disfrute de la herencia del viejo. Max tiene una suerte extraordinaria, todo cuanto toca se convierte en oro. Además, es culto, un verdadero abogado.

—Yármele, no me hables más de él.

—¿Por qué tiemblas? Es una persona, no un demonio.

—Yármele, mi corazón me dice que de todo esto no saldrá nada bueno.

Keyle no había contado a Yarme lo que Max le había hecho, pero todo indicaba que Yarme de algún modo lo sabía. Nunca la había dejado sola durante el *Yom Kipur*. El año anterior la había acompañado a una sinagoga de una calle elegante de un barrio no judío. Este año, en cambio, había regresado a casa ya bien tarde y oliendo a alcohol. Esa misma noche, después de lo que había hecho Max, Keyle no sintió ninguna atracción por Yarme, pero él la asaltó, como un borracho desconocido. Cada vez que ella intentó decir algo le tapó la boca con la mano. Keyle lo veía claro. Yarme se había ausentado intencionadamente para que Max la poseyera. Incluso llegó a llamarlo «mi cuñado». Keyle no sabía leer ni escribir, pero conocía a Yarme, con todas sus artimañas, evidentes u ocultas. A veces él fingía sentir celos e incluso la pegaba por haber sonreído a un desconocido. Pero al mismo tiempo añadía que él nunca había podido querer a una muchacha honesta. Sólo le atraía una hembra que, como dicen los polacos, hubiera comido de muchas cazuelas. En una ocasión le confesó que, cuando estuvo encerrado con Max en la cárcel del Arsenal, tuvo con él una relación homosexual.

Hubo un tiempo en que Keyle estuvo convencida de que Yarme se reformaría, encontraría un trabajo por su cuenta o a cuenta de otro y la sacaría del arroyo. Pero él ni siquiera intentó buscar un empleo. Los planes que había hecho con Max para engañar a mujeres y llevarlas al otro lado del océano a prostituirse, así como el hecho de que la enviara a casa de Serguéi Davidovich y, finalmente, permitiera a Max que la violara, todo tenía un significado: Yarme quería convertirse en proxeneta y volver a mandarla a ella al prostíbulo. Keyle abrigaba incluso la sospecha de que Serguéi Davidovich no había enfermado de modo natural, sino que Berta lo había envenenado. El testamento que

habían falsificado, con intención de que Keyle recibiera la herencia del viejo, podría llevarla a la horca. En ese momento oyó que Yarme murmuraba:

—Kéileshi, Max está loco por ti en cuerpo y alma. Hemos tenido una larga conversación. He cerrado con él una alianza.

—¿A qué te refieres?

—Quiere que los tres seamos como una sola persona.

Yarme temblaba mientras lo decía. Poco a poco reveló lo que habían pactado: que él, ella y Max iban ser como hermanos y hermanas, marido y mujer, un alma y un cuerpo. De ahí en adelante, Keyle tendría dos esposos: Yarme y Max. ¿Por qué un hombre podía tener dos esposas y una hembra no podía tener dos esposos? En cierto país, más lejano que la China, una mujer podía tener varios esposos. Así estaba escrito en el almanaque del mundo; unas veces los esposos eran hermanos entre sí, y otras, ni siquiera eso. Cuando nacía un niño, todos los maridos eran sus padres. «Max no es un extraño para nosotros—dijo Yarme—. Viviremos bajo el mismo techo. Los tres dormiremos en una cama amplia, comeremos juntos, beberemos juntos, iremos juntos al teatro». Los tres serían ricos en cuanto Serguéi Davidovich cerrara los ojos y recibieran la parte de la herencia correspondiente a Keyle. Yarme y Max posiblemente tendrían que casarse con las «primas» que llevarían a Suramérica, pero eso sólo sería para engañar a los funcionarios de aduanas y a los oficiales del barco.

—¿Por qué tiemblas de ese modo, Keyle?—preguntó de pronto Yarme—. A ti no te vamos a vender como a un gato en un saco. Los dos te amamos. En Brasil abriremos un salón elegante y tú serás la matrona. Personas importantes vendrán a nuestro salón y vamos a tener las hembras más bonitas del mundo. Pagarán por ellas cien rublos la noche. Un lacayo estará en la puerta. Te compraremos pieles, diamantes y todo lo que tu corazón desee. Comeremos mazapanes y beberemos champaña. ¿Por qué estás tan callada?

—Cuando nos casamos, dijiste que abrirías un negocio.

—¿Qué clase de negocio? Los negociantes más grandes quiebran. En Lodz hay una gran crisis. En las fábricas, cada lunes y jueves hay un paro. En Rusia han declarado huelga, tanto los trenes como los barcos del río Volga. De nuevo quieren destronar al zar. Tenemos que marcharnos de aquí.

—¿Cómo sabes que allí todo será mejor?

—Allí no hay guerras. Hace demasiado calor. Los muy pobres comen bananas. El clima es tal, que los hombres tienen que acudir a los burdeles, incluso los que tienen esposas. El calor enciende la sangre como el fuego. Allí las prostitutas no tienen pasaportes

amarillos. Allí a un prostíbulo lo llaman «una institución».

—¿Cómo sabes todo eso? ¿A través de Max?

—Lo sabía antes de la llegada de Max. Está en los periódicos. Allí por cada mujer hay diez hombres, y cuando ven pasar a una por la calle se quitan el sombrero.

Se impuso el silencio. Sólo se oía el runrún de algún ratón bajo el suelo. Ya era de madrugada cuando la pareja se quedó dormida. Por la mañana, cuando Keyle abrió los ojos, oyó golpes de martillos. Se aproximaba el *Succot* (o fiesta de las Cabañas) y los vecinos del patio, como todos los años, clavaban tableros para construir las paredes y ajustar las puertas. Un hombre con larga barba blanca y tirabuzones arrastraba tablas mientras su esposa, cubierta con bonete, lo seguía con una sierra. Un carro cargado con ramas entró en el patio por el portal. Los campesinos de las aldeas sabían cuándo llegaba la fiesta judía. Ella, Keyle, sin embargo, se había enredado en pecados de tal calaña que, incluso entre los no judíos, rara vez eran mencionados.

CAPÍTULO IV

1

En la madrugada de la víspera del *Succot*, Yarme salió para ir a encontrarse con Max. Tenían previsto volver a citarse con Berta y tal vez acudir al hospital para preguntar por el estado de Serguéi Davidovich.

Hacía un día despejado y Keyle, sola en la casa, salió al patio. Lo encontró repleto de cabañas, desde el portal hasta el establo, donde Léizer el cochero guardaba los caballos. Sólo una de esas cabañas estaba bien construida. En las demás abundaban los parches, al haber aprovechado viejos tablones, unos estrechos, otros más anchos. En alguna pared alguien había clavado una tabla de cortar fideos; en otra, una de salar la carne, y acá y allá, viejas tablas de algún embalaje. Las puertas colgaban torcidas, o incluso se habían sustituido por sábanas y mantas. En el interior de las cabañas, muchachos del seminario rabínico y los pequeños alumnos del *jéder* habían colgado al azar objetos decorativos, como lámparas de papel, cadenetas de colores, o una manzana, una pera o un racimo de uvas.

En cada vivienda las amas de casa ya cocinaban por adelantado la comida de los días de fiesta. Olía a carne, a pescado, a estofado de zanahorias y a compota de ciruelas. No importaba lo frugal que fuera lo que guisaban el resto del año, para el *Succot* las amas de casa deseaban lucir la esplendidez de los platos que ofrecerían a los hombres dentro de la cabaña, en una mesa con un mantel blanco impoluto y con lo mejor de la vajilla y cubertería. Las mujeres rezongaban que, durante la fiesta, ellas comían lo mínimo, mientras los varones disfrutaban de los manjares más sabrosos. Eso sí, al anochecer ellas entraban a bendecir las velas en la cabaña. Para ello se engalanaban con su ropa festiva y algunas alhajas, si es que no las habían empeñado o vendido antes.

Keyle, pese a que había vivido tantos años sumida en el arroyo, abandonada por Dios y por las personas, recordaba muy bien las costumbres judías. Su padre era bedel de una sinagoga y, de

madrugada, solía recorrer las calles del pueblo para recordar a los hombres, con un mazazo sobre los postigos, que debían levantarse para acudir al servicio del Creador. En lo que respecta a su madre, siempre cubierta con bonete, era la encargada del *mikve*, el baño ritual para las mujeres. En el *shtetl* donde Keyle nació, las tradiciones judías impregnaban el ambiente.

Es cierto que ella comenzó desde muy temprana edad a comportarse de un modo disipado. A los nueve años, con ocasión de una feria, había presenciado en el mercado cómo un semental montaba a una yegua. Desde entonces se despertó en ella un deseo sexual que nunca llegó a desaparecer. Ya a los doce años comenzó a enredarse con chicos de los bajos fondos, incluso no judíos, aunque nunca olvidó su hogar. Casarse con Yarme había sido la mayor felicidad de su vida, pero ahora Max el Cojo lo había destrozado todo. Ese hombre no se contentaba con dedicar su vida al derroche y el libertinaje, también se empeñaba en ofender a Dios. Pero ¿cómo podía un hombrecillo menudo, una miserable mosca, librar una guerra contra Dios? La abuela de Keyle, Yajne Guite, decía a menudo: «Dios espera mucho, pero castiga bien».

No pasaba un día sin que alguien en la calle no se desplomara por alguna enfermedad. En el mismo patio del número 8, cada cierto tiempo entraba un carro funerario, y no sólo los ancianos entregaban su alma, sino también personas jóvenes. Con frecuencia, desde el oratorio jasídico, se oían los lamentos de mujeres que acudían a rogar a Dios ante el Arca Sagrada por la curación de algún enfermo.

Keyle añoraba celebrar la fiesta. Léizer, el cochero, invitaría a Yarme a sentarse en su cabaña. Pero Yarme no era mejor que Max. No rezaba ni pronunciaba la bendición del *kiddush* el sábado. Gracias a muchas súplicas, Keyle había logrado que la autorizara a colgar una *mezuzá* en la entrada de su vivienda. Ahora, aquellas palabras de Yarme anunciándole que iba tener dos esposos la habían llenado de pavor. Desde que profanó el sagrado *Yom Kipur*, Keyle tenía la sensación de que no viviría hasta el final de ese año.

Las pesadillas la habían atormentado durante la noche anterior. Veía mujeres muertas, con el rostro amarillo y un sudario. La reprendían a gritos y le escupían. Empleaban palabras del *Tejine*, el libro de súplicas en yiddish, para amenazarla con salvajes castigos, y la rociaban con sangre. También se le apareció su abuelo vestido con una túnica y una mitra en la cabeza, cubierto con su taled y la barba blanca hasta las rodillas. Esa barba debió de haberle crecido en el sepulcro, pensó Keyle, porque cuando vivía no era tan larga. Agitaba contra Keyle un huesudo puño y, soplando un cuerno de carnero negro, largo y torcido, le gritaba: «¡Que la anatema caiga sobre ti! ¡Que tengas una muerte violenta!». Del cuerno salían, como

disparados, llamas y humo.

Keyle, que solía despertarse hambrienta, sedienta y con necesidad de fumar, esta vez tenía la lengua sucia, el estómago hinchado y una sensación de pesadez en todos sus miembros. Había avergonzado a su abuelo en el Paraíso y él había venido a vengarse. «¿Será éste mi último día? Mañana va a ser el primer día de la fiesta. ¿Se podrá efectuar un entierro?». Seguro que no. Alguna de las ancianas del patio tendría que prestarle la mortaja. Toda clase de antiguas historias le volvieron a la memoria: historias de demonios, de espíritus que corrían detrás del ataúd de los pecadores; del ángel de la quietud y el silencio que aparecía ante el cadáver para preguntarle si conocía su versículo y, al no recibir repuesta, partía el sepulcro con una vara de fuego; de ángeles destructores que arrastraban al muerto durante cientos de años sobre espinos, fosas, pantanos y estiércol antes de dejarlo entrar en la *Guehenna*, donde esos mismos ángeles lo tumbarían sobre una cama de clavos, lo colgarían por la lengua o por los pechos y lo harían rodar del fuego a la nieve y de vuelta al fuego.

Alguien, al parecer, estaba gravemente enfermo en la vecindad, porque un grupo de mujeres de pronto irrumpió por el portal y, retorciéndose las manos entre llantos y lamentos, se dirigió al oratorio de los *jasídim* para abrir allí su corazón ante los rollos de la Torá. Keyle las siguió con la mirada. Ella anhelaba con frecuencia entrar en el oratorio, pero no se atrevía a cruzar ese umbral sagrado con sus pecaminosos pies.

Estuvo largo rato contemplando cómo un vecino tintorero, ya anciano, teñía de negro sobre una mesa una chaqueta roja. La introdujo en un cubo lleno de tinte y la frotó con un cepillo. Mientras trabajaba gruñía, suspiraba y desde debajo de sus alborotadas cejas lanzaba miradas furiosas hacia Keyle. De vez en cuando también escupía en su dirección.

A continuación, Keyle se detuvo delante del sótano donde trabajaba Guétzel el matarife. A él acudían amas de casa y muchachas con gallinas, gallos, patos y gansos. Guétzel trabajaba de pie, inclinado sobre un cubo lleno de sangre. A Keyle le pareció que las aves gritaban con voces humanas. Había plumas volando por el aire.

«¡Dios del cielo! ¡Yo no quiero vivir más!», le gritaba una voz desde sus adentros. El hedor la había debilitado; un sabor amargo le llenaba la boca y veía destellos ante sus ojos. Quería vomitar, pero no podía.

Las mujeres que habían entrado en el oratorio ya habían salido al patio. En sus ojos lacrimosos brillaba una sensación de triunfo, como seguras de que su oración había sido oída. En cuanto las vio salir, Keyle comenzó a gritar y entró corriendo en el oratorio. Ella también quería rezar por la salud de Serguéi Davidovich y la suya. Abrió de

par en par las puertas del Arca Sagrada y se fundió en un lamento que a ella misma le asombró. Después de las oraciones de las mujeres alguien ya había corrido la cortina interior del Arca. Keyle la descorrió apresuradamente, abrió las puertecillas y vio ante sus ojos los rollos de la Torá, envueltos en mantos de terciopelo bordados y con flecos colgantes. Sobre uno de ellos brillaba una corona de plata. La madera que cubría el interior del Arca tenía el color rojo del vino. Un aroma a cera y clavos aromáticos golpeó a Keyle en la nariz. Abrazada a un rollo de la Torá, arrimó a él su rostro, mientras el llanto, que no pudo controlar, le estallaba en la garganta. El manto de terciopelo con la estrella de David se volvió caliente y húmedo. Aferrada a ese rollo, Keyle bramó como un animal herido. De sus labios salían palabras que ella misma no comprendía. Los hombres que, dispersos por el oratorio, estudiaban junto a las mesas, detuvieron su canturreo y la escucharon. De vez en cuando, un suspiro escapaba de alguno de ellos. Alguien se acercó a la espalda de Keyle para decirle:

—Mujer, ¡basta ya! ¡No está permitido llegar a tal extremo! Dios es misericordioso. Él mandará la curación completa.

Era el bedel. Medio empujándola, la condujo hasta la puerta.

Mientras salían, Keyle observó, a través de una cascada de lágrimas, los estantes llenos de libros sagrados, las mesas con el Talmud abierto, los jóvenes con sus tirabuzones, el atril, el rótulo de *Shiviti*,[8] los bancos. Todo era exactamente como en la sinagoga donde su padre hacía de bedel. Incluso los olores eran los mismos. De niña, Keyle solía entrar los viernes para ayudar a rociar el suelo y barrerlo. En la fiesta de *Simját Torá*, la Alegría de la Torá, blandiendo una banderita en cuya punta había clavada una manzana con una velita dentro, contemplaba el baile y los cánticos de los hombres alrededor de los rollos de la Ley.

De nuevo, se encontró sola en el patio. Aunque quisiera regresar a su casa, los pies, como por iniciativa propia, la llevaron a la calle. Corría y gritaba con los brazos abiertos sin que ella misma supiera hacia dónde, con ojos nublados por las lágrimas. La gente se detenía y la miraba al pasar. Entró en el portal número 10, y sólo entonces advirtió hacia dónde corría: hacia el rabino, hacia el querido y santo hombre a quien solía acudir puntualmente cada año para consultarle sobre una fecha de aniversario de fallecimiento. Su madre había muerto en un año bisiesto, en el segundo mes de *Adar*, y Keyle nunca sabía cuándo debía llevar una vela en su memoria a la sinagoga. El rabino se lo aclaraba cada año. En esta ocasión, subió corriendo las escaleras. Tropezó con una moza que bajaba un cubo de basura y que la reprendió con una palabra fea. Entró en una cocina y enseguida se encontró en el despacho del rabino, semejante a un oratorio, con numerosos estantes de libros y un Arca Sagrada. Allí estaba él, un

hombre menudo y delgado, con gabán de terciopelo, un ancho fajín, una *kipá* que cubría su alta frente y barba pelirroja. Estaba de pie junto a un atril y hojeaba un libro abierto. Keyle irrumpió con un grito:

—¡Santo rabino!—Y de nuevo estalló en un amargo llanto.

2

El rabino, *reb* Menájem Mendel de Tomaszow, estaba leyendo el tratado sobre el *Succot*. Era su costumbre, antes de cada festividad, repasar las leyes relacionadas con los respectivos días de la celebración: una cabaña no debía medir más de veinte codos de altura, no debía penetrar en ella más sol que sombra y debía tener al menos tres paredes. *Reb* Menájem Mendel bebía mientras tanto un vaso de té pálido con un terrón de azúcar en la boca y de vez en cuando daba un tirón a la pipa. El mes de *Tishrí* estaba lleno de días festivos: *Rosh Hashaná, Yom Kipur, Succot, Hoshaná Rabbá, Shemini Atzeret* y *Simjat Torá*. Entre *Rosh Hashaná* y *Yom Kipur* había diez días de arrepentimiento. Para el *Succot*, además del precepto de sentarse a comer en la cabaña, había que bendecir el *etrog* o toronja. Y también el *lulav* con las ramas de mirto, de palmera y de sauce, que Keyle vio en ese momento apoyado contra la ventana. A su lado, en un estuche con lecho de lino, estaba la toronja. Tenía un brillo granulado y un ápice íntegro, como el rabino deseaba y ese año había conseguido.

Desde la cocina llegaban los olores de la comida que la *rébbetsin* estaba preparando para la cena festiva. *Reb* Menájem Mendel tenía siempre presente lo que estaba escrito: Dios amaba a los hijos de Israel y por esta razón les otorgó la Torá y sus preceptos.

Los rayos de sol entraban por la ventana y se reflejaban en su barba, tiñéndola de color oro. Releía con sus ojos azules los comentarios de Rashi[9] y los *Tosafot* en el Talmud de Vilna, que había comprado a plazos. Cuatro mil años después de que Moisés les entregara la Torá en el monte Sinái, los judíos, pese a sus dos mil años de exilio, continuaban estudiándola, ampliándola, enriqueciéndola y embelleciéndola.

Reb Menájem Mendel, con un dedo, rizaba de vez en cuando alguno de sus tirabuzones. «¡Qué privilegio ser judío y estudiar la Torá!», pensaba. Nunca había olvidado el versículo del Salmo: «Me regocijo en Tus palabras, como quien halla una gran fortuna».[10]

La puerta se abría con frecuencia mientras él estudiaba. Llegaban mujeres para consultarle, por ejemplo, si la gallina que traían era *kosher*, o qué hacer si encontraban un clavo dentro de una molleja, o

un ala quebrada, o ampollas en los intestinos. También había preguntas sobre otros temas: ¿qué hacer si al rebosar la leche habían caído unas gotas en la sopa de carne? *Reb* Menájem era muy consciente de que no era poca cosa declarar impura el ave de alguien o un guiso. La mayoría de la gente de ese barrio era humilde, trabajaban duro por unas pocas monedas. Por tanto, procuraba buscar una salida para declararlo *kosher*. Para ello se basaba en tres libros de leyes rabínicas del siglo XVII, además de otro del XIX, según los cuales, cuando una de esas discrepancias surgía en víspera del sábado o de una fiesta, o bien si se causaba una sensible pérdida a causa de la decisión, se podía ser tolerante y declarar el ave apta para el consumo.

Aquella víspera del *Succot* era un día cálido y la ventana permanecía abierta. Se oía los pregones de vendedores y vendedoras, así como el traqueteo de los *droshkys* y de los carros que arrastraban cargas. De vez en cuando llegaban también las voces de discusiones entre tenderos, los gritos de muchachos o las desenfrenadas risas de muchachas. *Reb* Menájem Mendel agradecía cada día al Señor del Mundo que a él le hubiera tocado encontrarse entre los que estudiaban la Torá y no entre las multitudes de la calle.

Estaba habituado al llanto de las mujeres. Dado que ejercía de «rabino de barrio», como se le conocía, y no de rabino oficial conectado con una sinagoga, la gente de la calle acudía a él con sus desgracias y amarguras. A veces le venían ganas de alzar un grito semejante al de Jacob, nuestro padre bíblico: «¿Acaso puedo yo sustituir a Dios?». No obstante, ¿a quién, si no a él, iban a acudir esas atormentadas almas para buscar consuelo?

En ese momento oyó el grito desgarrador de Keyle y *reb* Menájem Méndel la miró de soslayo.

—¡No llores, mujer!—dijo—. Hoy es víspera de fiesta. Dios mandará desde el cielo una curación total.

Y comenzó enseguida a murmurar una rogativa por los enfermos, así como por sí mismo, mientras en su corazón suplicaba que él, Menájem Mendel, hijo de Teme Blume, no cediera, Dios nos libre, a la tentación de reprochar al Creador las muchas calamidades que mandaba sobre el mundo. «¡Ay, ay! ¡Ya es hora de que venga el Mesías—se limitó a advertir al Señor en sus pensamientos—, el agua ya nos está llegando al cuello!». Aquella mujer seguía llorando amargamente al lado de la puerta. *Reb* Menájem Mendel esperó pacientemente a que se tranquilizara para decirle:

—El enfermo se repondrá gracias a la santidad de la fiesta que comienza.

—Rabino, nadie está enfermo—gimoteó Keyle.

—¿Eh? ¿Entonces?—Desconcertado, *reb* Menájem Mendel la miró de reojo de nuevo y vio a una mujer joven, tal vez soltera o quizá

casada. Le volvió de nuevo la espalda—. ¿De qué se trata?

—Rabino, quiero realizar una buena acción—dijo Keyle llorando.

—¿Una buena acción? ¿Y por qué llora si es eso lo que quiere? Buenas acciones no faltan, a Dios gracias, por realizar.

—Rabino, ¿qué debo hacer?

—Rece al Creador que está en el cielo. Haga una acción de caridad. Con un par de groschen es posible alegrar a una persona. La pobreza abunda. En esta calle hay judíos que no tienen lo necesario para preparar la fiesta.

—Rabino, he pecado. Quiero hacer una buena acción importante.

—Cuando uno peca, debe volver al camino recto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es necesario arrepentirse y obligarse a no pecar nunca más. El Creador es misericordioso y compasivo. Si uno vuelve al camino recto de todo corazón, Él perdona.

—¡Ay, rabino!—Keyle, con un sollozo sofocado, dobló el cuerpo como si se le hubiera quedado atascado un mendrugo en la garganta. Al cabo de un momento, espetó llorando—: Pero ¡¿qué debo hacer?!

—¿Es usted, soltera, casada?—preguntó *reb* Menájem Mendel.

—Soy una mujer de la calle.

El rabino, durante largo rato, guardó silencio. Se acariciaba la barba mientras reflexionaba y escuchaba a esa mujer que, al lado de la puerta, se sofocaba con el llanto.

—Arrepentimiento—sentenció—. Eso ayuda siempre. Cuando el peor de los malvados se da cuenta de que ha roto el mandamiento del Creador y desea cambiar su conducta, su arrepentimiento es aceptado en el Cielo. No es fácil. Debe hacer penitencia, debe ayunar, hacer caridad, recitar salmos y rezar. ¿Usted sabe rezar?

—No sé nada. Mi padre era muy buen judío, bedel de una sinagoga. Pero yo me descarrié del buen camino y…

Keyle no pudo seguir hablando. El rabino enarcó las cejas.

—Nunca es demasiado tarde para arrepentirse. Incluso cuando uno yace moribundo, no lo quiera Dios, aún se puede arrepentir. Naturalmente es mejor si se corrige antes. Quien se rebela contra el Todopoderoso está viciado, tiene una mancha en el alma. Y cuando una prenda tiene una mancha, hay que lavarla y limpiarla…

—¡Sí, rabino, sí!

—El hecho de que usted llore de ese modo es señal de que se arrepiente de corazón y con toda el alma. Comience enseguida, hoy, ahora mismo.

—Rabino, ¿qué debo hacer?

«Habla con sinceridad—pensó *reb* Menájem Mendel—. Esta pobre mujer es un alma pura que ha caído en la concupiscencia…». Y lo que

dijo fue:

—Acabo de acordarme de algo. En este patio vive *reb* Shmerl, un sastre que, sálvenos Dios, se encuentra realmente enfermo. Es viudo. Es un hombre pobre, un indigente. Cada año, durante esta fiesta, solía venir a comer en mi *succá*. Ahora, cuando han querido llevarlo al hospital se ha negado, porque teme que allí la comida no sea *kosher*. Yo lo animé a que fuera, porque la salvación de la vida prevalece sobre cualquier precepto. Pero él se resistió. Aunque es judío devoto, no conoce bien la Ley. De modo que se ha metido en la cama, solo y sin tener quien lo cuide. Mi esposa y mi hija le llevan la comida que pueden, pero en estas vísperas de fiesta las mujeres están muy ocupadas en la cocina. Vaya usted a verle y ayúdele con lo que pueda. La visita a un enfermo es una buena acción, y muy importante. Su fruto se cosecha en este mundo, según se dice, además de ser recompensada en el venidero.

—Rabino, ¿dónde vive ese hombre?

—Aquí mismo, en el patio, en una buhardilla. Todos lo conocen: *reb* Shmerl «Schneider» [el 'Sastre'].

—Rabino, ¡quisiera entregarle algo!

Reb Menájem Mendel se echó hacia atrás.

—¿A mí? ¡De ningún modo! No soy un hombre rico, pero los judíos del barrio me pagan el salario cada semana. Gracias a Dios, en casa ya hemos preparado la fiesta.

—¡Santo rabino! Quiero besarle los pies.

Dio un rápido paso hacia delante y se postró en el suelo, se asió a los pies del rabino y comenzó a besar sus zapatillas. *Reb* Menájem Mendel se estremeció. Soltó los pies de las manos de la mujer y miró a la puerta como queriendo huir.

—¿Qué está usted haciendo?—exclamó—. Ése no es un comportamiento judío. Nosotros somos siervos del Todopoderoso, no siervos de siervos. ¡Levántese, levántese!

—¡Hombre santo! ¡Pise sobre mí! ¡Escupa sobre mí!

—¡No, no, no! Ése no es el camino. ¡Levántese! ¡En este mismo instante!—ordenó *reb* Menájem Mendel.

En su confusión, tropezó con el atril. El libro de la Guemará, junto con el tintero y la pluma, así como la pipa, cayeron al suelo.

En la cocina se oyó el estrépito y la *rébbetsin* entró corriendo. Era una mujer delgada, pálida, de rostro alargado y peluca rubia, ataviada con un ancho vestido, largo hasta la punta de los zapatos. Detrás de ella entró su hija Tsírele, una muchacha ya crecida, de cabello castaño y mejillas sonrosadas. Su rostro pareció deslumbrar a Keyle. Vestía una blusa rosa y una falda más estrecha y más corta que la de su madre. Al cabo de un instante entró Búnem, el hijo soltero de *reb*

Menájem Mendel, más alto que los demás. Keyle ya se había puesto en pie y extendió los brazos como si estuviera dispuesta a abrazar a todos a la vez.

—¿Qué sucede aquí? ¿Quién ha vertido la tinta?—preguntó la *rébbetsin*.

—¡Mamá, ésta es Keyle la Pelirroja!—exclamó Tsírele.

—¿Quién es Keyle la Pelirroja? ¿A qué viene todo este alboroto?

Tsírele se acercó a su madre y le murmuró algo al oído. Búnem se agachó y empezó a recoger los objetos caídos. Keyle también intentó inclinarse para ayudar a limpiar el suelo, pero Búnem le cerró el paso, como para impedir su acto de cortesía.

—¿Qué está pasando aquí?—preguntó la *rébbetsin*, tensa y con voz de enfado. Y dirigiéndose a su esposo—: Estamos en víspera de la fiesta. Oí un golpe y pensé que te habías caído, Dios nos guarde. Acaban de fregar el suelo y ya tenemos de nuevo este lío…

Lanzó a Keyle una mirada furiosa con sus grandes ojos grises e hizo una mueca como de asco. No era la primera vez que entraban prostitutas en su casa. Solían presentarse para hacer una sola clase de pregunta: en qué fecha caía el aniversario de la muerte de algún pariente próximo. Pero acostumbraban a quedarse al lado de la puerta, paradas, sumisas y envueltas en un chal; *reb* Menájem Mendel miraba el calendario y les daba la respuesta. En cambio, esta ramera pelirroja, de pie al lado del rabino, despeinada, con un vestido corto y manchas rojas en la cara, al parecer había perdido el habla porque, aunque movía los labios, no le salía voz alguna. *Reb* Menájem Mendel exclamó:

—Sheva, no te enfades. Es una auténtica hija del pueblo judío. Quiere arrepentirse. ¡El arrepentimiento ayuda siempre!

—¡Santa *rébbetsin*! ¡Perdóneme!—exclamó al fin Keyle, y de nuevo rompió a llorar. Su rostro se encogía y de sus ojos comenzaron a caer lágrimas, gruesas como habas. Un extraño chillido salió de sus labios, como el de un ratón al agarrarle el gato con las uñas.

Tsírele empezó a retroceder. *Reb* Menájem Mendel se tambaleó como si estuviera a punto de caerse. Búnem dio un paso hacia delante como queriendo sostener a su padre e impedir que cayera.

—El arrepentimiento, desde luego, es bueno—dijo la *rébbetsin*—, pero no por ello hay que poner la casa patas arriba. —Y también ella empezó a tambalearse. Tsírele la sujetó por un brazo.

La *rébbetsin* y su hija se quedaron en el despacho con el rabino y Búnem volvió a la cocina. Allí estaba leyendo un libro cuando Keyle, de camino a la salida, le preguntó qué entrada llevaba a la vivienda de Shmerl el Sastre. El joven se puso en pie.

—Te llevo hasta ella—dijo.

Bajó la escalera que llevaba al portal para acompañar a Keyle. Ahora que había secado sus lágrimas, ella pudo verlo mejor: alto, delgado, de cutis blanco y con los rubios tirabuzones recortados. Sus ojos eran grandes y azules. Iba vestido a la manera jasídica, con un gabán algo corto y gorra de algodón, pero con corbata negra. En su prisa por mostrarle la entrada al piso de Shmerl, olvidó dejar en casa el libro. Keyle observó en la cubierta unas letras no judías.

—Ese Shmerl es un idiota—comentó el joven mientras bajaban la escalera—. Está enfermo de tifus y quisieron llevarlo al hospital judío, pero él teme que la comida allí no sea suficientemente *kosher*. Aquí nadie le va a prestar ninguna atención y puede morir víctima de su fanatismo. Eso es lo que son: una banda de idiotas.

—¿Tifus?—preguntó Keyle.

—Sí, tifus. Ten cuidado. Del tifus puede uno contagiarse fácilmente.

Aunque el joven hablaba yiddish, Keyle no lo comprendía todo. Nunca había oído palabras como «fanatismo», «idiotas» y ni siquiera «contagioso». En los prostíbulos, a menudo se hablaba de contagiarse de sífilis o de gonorrea y utilizaban la expresión polaca «*zarazić się*».

«¡Oh! Un muchachito precioso, hijito de mamá, sano y dulce—pensó Keyle—, y culto, además. Me sacrificaría por una uña suya». De nuevo le entraron ganas de llorar. Si no se hubiera liado con aquellos rufianes, ella podría ser ahora una madre y criar hijos como ese joven y su hermana.

El patio, de modo similar al de su casa en el número 8, estaba repleto de cabañas, aunque aquí parecían un poco más sólidas y con menos parches. Keyle preguntó al joven:

—¿Cómo te llamas?

—Búnem.

—¿Búnem? Yo tenía un sobrino que se llamaba Búnem. ¿Y qué haces? ¿Estudias en la sinagoga?

—No. En el oratorio y en casa.

—¿Ese que llevas bajo el brazo es un libro en polaco?

—En ruso.

—¿Sabes hablar ruso?

—Bueno, por sí mismo uno no sabe nada. Hay que estudiar.

—¿Tú también quieres ser rabino?

—No. ¿Para qué? Hay demasiados rabinos. Uno de cada tres judíos

en Varsovia es rabino. Yo quiero hacer algo que sea útil para mí y para la sociedad.

—¿Qué quieres ser?

—¡Oh! Todavía no lo sé. Aquí los rusos no dejan que los judíos se formen. No permiten la entrada de niños judíos en el instituto, y en la universidad, aún menos. Yo quisiera estudiar, pero para hacerlo hay que irse al extranjero. A veces he pensado en marcharme a Palestina.

—¿Dónde está eso? ¿En América?

—Palestina es la tierra de Israel. Ahora hay allí asentamientos judíos. Trabajan la tierra, la labran, la siembran e incluso plantan viñedos. Los judíos llevan allí una vida normal. No como aquí, donde cuelgan del aire.

«Seguramente no sabe quién soy, pues habla conmigo de igual a igual—pensó Keyle—. ¡Ay! Podría besar cada miembro suyo». Keyle sintió que un abatimiento desconocido la envolvía, como si hoy se hubiera dado cuenta por primera vez de lo bajo que había caído. Con dificultad aguantaba el impulso de volver a estallar en llanto. Una vez que llegaron al portal, el joven le preguntó:

—¿Cuál es tu ocupación?

Keyle no comprendió realmente la palabra «ocupación». Búnem empleaba palabras que le eran extrañas. Al cabo de un rato, él volvió a preguntar:

—¿A qué te dedicas?

A Keyle se le formó un nudo en la garganta. De nuevo, las lágrimas la cegaron a medias. Carraspeó unos instantes:

—¡Vivo en la indecencia!—espetó, y entró corriendo donde Búnem le indicó.

Comenzó a subir las escaleras corriendo, como si temiera que el joven la fuera a perseguir. En cada planta, a través de las puertas abiertas le llegaban los olores de alguna cocina en víspera de los próximos días de fiesta: caldos, guisos, galletas recién horneadas, fideos preparados y zanahorias glaseadas. Las mujeres cocinaban mientras los maridos aún trabajaban, cada uno en su oficio: martilleaban, serraban, limaban y hacían funcionar las máquinas. El hedor a engrudo, a cola de carpintero, a cuero, a nafta, se mezclaba con los olores a alimentos. Cuanto más subía, más pobres parecían las puertas, las viviendas, los muebles. Las cunas chirriaban, los bebés gritaban y las madres intentaban tranquilizarlos cantando o enfadándose: «¡Duerme, duérmete!», y luego: «Liu, liu, ah, ah, ah, ah». Una madre impaciente incluso soltó una maldición: «¡Duerme, duérmete de una vez, bastardo! ¡Maldito sea tu nombre!». Hacía tiempo que Keyle no había oído nada como eso.

En el patio del número 6, donde ella vivía con Yarme, residían

algunas parejas: los hombres eran porteadores, desplumadores de gallinas, vendedores de gansos. «Aquí, en cambio, la gente sabe lo que es un hogar, un *shabbat*, un día festivo», se dijo Keyle. Sin querer pisó la cola de un gato y la pobre criatura huyó con un maullido. Keyle alcanzó pronto la última planta, por donde se accedía a las buhardillas. Todas las puertas estaban abiertas salvo una, y Keyle supuso que ésa debía de ser la de Shmerl el Sastre. Se habría peinado, pero no llevaba su bolso con el peine. «¿Qué es lo que me pasa hoy?», se asombró. Le sobrevino un intenso afecto hacia Búnem, el pálido hijo del rabino, que le había hablado con tanta franqueza y confianza. Su voz viril aún le resonaba en los oídos. Ahora sentía vergüenza por haberlo dejado plantado en el patio, sin haberle dado siquiera las gracias. En pocos minutos, él le había dicho cosas que nunca había oído. Bueno, ¿y su padre? Ese judío santo le había dado esperanza al decir que nunca era tarde para regresar a Dios. Tendría que practicar la caridad y ayunar.

Keyle empujó la puerta cerrada y ésta se abrió. Un intenso tufo le golpeó la nariz. Era una buhardilla estrecha, con un tragaluz en el tejado inclinado, lleno de polvo y suciedad. De las paredes colgaban diversas prendas a medio coser: gabanes, pantalones, chalecos y chaquetas. En algunas de ellas asomaba el guateado y en otras el forro. En una cama de sucia cobertura estaba acostado un hombrecillo con *kipá*, las mejillas ardientes, anchos tirabuzones y una barbita rala de color paja gastada. Los ojos amarillos miraban fijamente hacia delante. Llevaba puesta una camisa con manchas de sangre, como si le hubiese goteado de la nariz. Sobre una pequeña estufa de hierro, cuya chimenea se incrustaba en el tejado, había cazuelas con restos de comida, así como varios cuencos, platos y vasos. La peste a orina y basura se extendía por la habitación. El hombrecillo soltó un grito:

—¿Qué quieres? ¡Cierra la puerta!

«Enfermo y todo, grita como un hombre sano», pensó Keyle.

—¿Es usted Shmerl el Sastre?—preguntó.

—¿Qué quieres?

—El rabino, ese judío santo, me ha dicho que está usted enfermo y que había que cuidarlo.

—Sí, ¿eh? Todos se han olvidado de mí. Me han dejado aquí acostado sin nadie que me acerque una cuchara de agua caliente. Aquí moriré y ningún gallo cacareará por ello.

—Yo le ayudaré.

—¿En qué puedes ayudarme? Mis vecinos son todos unos malvados. El casero quiere desahuciarme para alquilar la vivienda a un zapatero. Ya se ha presentado aquí el alguacil y ha hecho una lista de mis pertenencias. Si no fuera por el rabino y la *rébbetsin*, hace

tiempo que habría muerto. ¿Tú quién eres? Tu cara me suena. ¿Vives en esta calle?

Keyle guardó silencio.

—¿No serás, por casualidad, una de ésas? Sí, te conozco. ¡Fuera de mi casa! ¡Ahora mismo! ¡Puta! ¡Zorra!—El enfermo gritaba con voz potente. Se incorporó rápidamente y Keyle se acercó a la puerta.

—El rabino me envió. Él sabe lo que soy. Quiero volver a ser una hija del pueblo judío.

—¿Cómo? Alguien como tú profana la casa. ¡No se puede estar a cuatro codos de ti! ¡Furcia! ¡Fuera!

Tras lanzar estos bramidos, el enfermo echó a un lado la manta y saltó de la cama en camisón, mostrando unas piernas torcidas, densamente cubiertas de vello rubio. Gritaba palabras que Keyle no comprendía. La empujó hacia la puerta y, tras abrirla de par en par, la arrojó con tal fuerza que ella cayó de espaldas. A continuación cerró dando un portazo. «¡Ay! Me ha roto la espalda y la cadera», pensó Keyle, dolorida, e incluso lo murmuró. Los vecinos, al parecer, oyeron el estrépito y enseguida acudieron, hombres, mujeres y niños. Keyle yacía con los pies en el suelo del rellano y la cabeza sobre el último peldaño de la escalera. La incorporaron y la ayudaron a sentarse. Keyle oyó a alguien decir:

—Ese hombre tiene cuarenta y dos grados de fiebre.

—Debe ser lo máximo—dijo una joven casada.

—¡Mirad! ¡Si es Keyle la Pelirroja!—exclamó un joven.

Alguien trajo una jarra de agua y le dieron de beber. Le preguntaron cómo había llegado allí y ella respondió que el rabino la había enviado para atender al enfermo. Y añadió:

—Quiero volver a ser una hija del pueblo judío.

La pusieron en pie y le hicieron doblar las extremidades para asegurarse de que no tenía alguna fractura. También le hicieron inclinar la nuca.

—¡Ay! Ha sido un milagro del cielo—comentaron algunas mujeres.

De pronto apareció Búnem, el hijo del rabino.

—¿Qué barullo es éste?—preguntó.

—Señores, este joven es el hijo del rabino. Él es testigo de que el rabino me envió aquí. ¡Díselo! ¡Díselo!—gritó Keyle. Su voz pasó a ser un sollozo. Inclinándose, empezó a escupir como si estuviera a punto de vomitar.

—Sí, es verdad—dijo Búnem—. Mi padre la envió para que hiciera la buena acción de ayudar a Shmerl el Sastre, pero ¿qué ha pasado?—preguntó dirigiéndose a Keyle.

—Si no me ha matado, es que viviré para siempre—dijo Keyle, como si lo canturreara—. ¡Me ha atacado como un asesino!

Los vecinos empezaron a hablar todos a la vez. La joven casada que se había pronunciado sobre la fiebre del enfermo dijo:

—Debe de tener la máxima fiebre.

—Hay que llevarlo ahora mismo al hospital—dijo Búnem, dirigiéndose a todos y a nadie a la vez.

—Eso sólo lo puede hacer la policía.

4

Un vecino salió a la calle para pedir a un guardia que solicitara por teléfono el envío de una ambulancia. Pasó mucho tiempo y, al final, no volvió. Los vecinos regresaron a sus viviendas y cerraron las puertas, como para dar a entender que daban por terminado el asunto. Búnem se había quedado esperando de pie en las escaleras, entre una planta y otra. Keyle volvió a quejarse:

—Si no me ha matado en el acto, ha sido gracias a Dios. ¿Cómo puede un enfermo tener una fuerza tan diabólica? Seguramente es por la fiebre. ¿Y qué debo hacer yo ahora? Cuando me casé, pensé que Dios me había ayudado y mis problemas se habían terminado. Mi marido se llama Yarme, tal vez lo conozcas. Ahora, sin embargo, ha llegado de Buenos Aires un ser demoníaco que quiere empujarme de vuelta al arroyo. Y ha embaucado también a mi marido.

—¿Qué quiere?—preguntó Búnem.

—Que me compartan los dos. Algo que no se oye ni siquiera entre matarifes de cerdos.

—¿Y quién es ese hombre? ¿Un proxeneta?

—Quisieron venderme a un anciano de Rusia, pero éste enfermó y lo llevaron al hospital. Entonces prepararon un testamento falso. ¿Quién sabe? Tal vez se hayan propuesto envenenarlo. Yo soy la que soy, pero matar a una persona es algo que Dios castiga. *Yom Kipur* es un día sagrado para mí, pero ese Max llegó y me asaltó como una bestia. Yarme dice ahora que no le importa. Ambos intentan arrastrarme a algún país al otro lado del océano y convertirme allí en matrona de un burdel.

—¡Huye! ¡Como de un incendio!

—¿Adónde puedo huir? Tengo un pasaporte amarillo. Con esta clase de pasaporte no se puede viajar a ningún lugar. Si lo ve la policía, enseguida me encierra en un calabozo.

—¡Huye a América! Allí es un nuevo mundo.

—Con mi pasaporte no permitirán que suba a ningún barco.

—No hace falta pasaporte. Si cruzas clandestinamente la frontera,

te dejarán subir a un barco sin pasaporte. Lo único que necesitas es pagar el billete para el viaje. ¿Tienes dinero?

—Tengo trescientos rublos. Nadie sabe de ellos, ni siquiera Yarme. Los guardo por si me muero, para tener con qué pagar la parcela y el sudario, y no yacer sobre la tierra desnuda.

—Todavía no te vas a morir. Eres joven y lozana.

—Nadie sabe a quién pertenece el mañana. El carro funerario no cesa de rodar durante todo el día. Hay gente joven que cae y, antes de darse cuenta, se acabó todo. ¿Cuánto vale el pasaje?

—Unos cincuenta rublos. No más de cien.

—¡Ay! Y yo que creía que había encontrado el buen camino. Mis compañeras sintieron envidia, porque mujeres como yo que lleguen a casarse se cuenta una entre mil. Ahora ha venido Max el Cojo, así lo llaman, y estoy de nuevo en la calle. Quieren grabarme algo en el brazo como señal de que les pertenezco, y lo que ellos graban jamás se quita lavándolo. Con esa marca en la piel no se puede tener un entierro judío.

—¿Por qué hablas continuamente de entierros? Ahora estás empezando a vivir.

—¿Adónde debo ir? ¿Qué debo hacer? Si ellos llegaran a enterarse de que he ido a ver al rabino y le he contado todo esto, me romperían las costillas. ¿Dónde se consigue el pasaje? ¿Dónde está la frontera? ¿Dónde está el barco? Si alguien cae al mar y los peces se lo comen, nunca podrá resucitar.

Búnem sonrió y preguntó:

—¿Cómo sabes todo eso?

—¡Oh! Lo sé. Soy una persona, no un animal. Una vez, cuando todavía estaba en el burdel de la calle Tomkes, llegó un hombre culto, no un cliente, sino un buhonero que vendía camisas, camisetas, bragas, medias, todo a plazos. Sabía escribir y, si se lo pedían las muchachas, escribía cartas para ellas. Nos contó todo acerca del infierno y del paraíso, esto y aquello, todo está escrito en los libros sagrados.

—No todo lo que está escrito es verdad.

—¡Qué sé yo! Quien no sabe leer ni escribir es ciego. Si tú aceptas hablar conmigo, es como si me pusieras una corona sobre la cabeza. Los vecinos escuchan cada vez que una puerta se abre. Todavía son capaces de hablar mal de ti, pero…

—¡Que hablen! No temo a nadie.

—Eres mi héroe. Quisiera besar tus pies. Yo soy una mujer caída en lo más bajo, más bajo que el polvo de la tierra. Aquel hombre, el que escribía para nosotras en Tomkes, dijo una vez que, en la Antigüedad, a las mujeres como nosotras las lapidaban, les abrían la

boca a la fuerza y vertían en ella plomo derretido que les quemaba las entrañas. Quisiera poder pasar la noche en algún lugar, para no tener que volver con ellos. Pero ¿quién me va a dejar entrar? En cualquier parte hay que registrarse, y cuando vean el pasaporte amarillo, me insultarán y me rechazarán.

Durante largo rato ambos guardaron silencio. Luego, Búnem dijo:

—Me parece que tengo una solución.

—¿Qué clase de solución?

Búnem no respondió enseguida.

—Mi padre no lo sabe, pero yo estoy estudiando para ser pintor. ¿Cómo dices? No, nada de pintar paredes, sino retratos, paisajes de árboles, de praderas, pájaros, la naturaleza. Cuando los pintores quieren pintar a una mujer han de tener una modelo, tienen que contemplar a alguien, y luego pintar su imagen. Somos un grupo de jóvenes pintores, una panda de amigos. Tenemos un taller en una buhardilla con techo de cristal. Cada uno paga lo que puede, realmente como amigos. Tú podrías ser nuestra modelo. Ellos te pintarían.

—¿Pintarme a mí?

—Hacer de ti un retrato, quiero decir. No tenemos dinero para pagar a modelos, pero podrías pasar la noche allí. Hay un sofá.

—¿Dónde está ese lugar?

—En la calle Twarda, 1.

—¡Oh! El mismísimo Dios te ha enviado. Cuando los guardias se enteren del asunto del anciano ruso, nos arrastrarán a todos a la cárcel. Se trata de un hombre rico. Serguéi Davidovich se llama. Está «conchabado» con todos los peces gordos. Hay un refrán que dice: el grande, a perdonarlo; el pequeño, a colgarlo. Dime, ¿cómo puedo llegar a ese sitio donde hacen retratos?

—No podemos ir juntos por la calle. Yo iré primero y te esperaré al lado del portal, en la calle Twarda, 1. ¿Sabes cómo se llega allí?

—¿Cómo no? Estuve durante algún tiempo en Patcheyov, no lejos de Banga, y pasaba por esa calle casi cada día. Tal vez debería acercarme a mi casa y llevarme algo, un vestido, una chaqueta, una camisa. Quizás alguna manta también. Sólo que eso haría un fardo demasiado grande.

—Podrías parar un *droshky* y pedir que te lleve hasta allí.

—¿Un *droshky* yo sola? Si los gamberros de la plaza me ven hacerlo sin Yarme armarán un escándalo. Iré a pie.

—¿Cuánto tiempo tardarás? Hoy es vísperas de la fiesta y al anochecer debo cenar en la *succá* y todo lo demás.

—Tardaré unos minutos. Agarraré lo que tenga más a mano. Tú y tu padre sois ángeles, no seres humanos. Quisiera convertirme en

vuestro sacrificio expiatorio, que me pisotearais, que os bañarais en mi sangre.

—Los judíos no nos bañamos en la sangre de nadie. Otros se bañan en nuestra sangre.

—No sé lo que digo. ¿Tienes la llave de ese piso de los retratos?

—Sí, tengo una llave.

—¿Tenéis allí una *succá*?

—¿Una *succá*? No, no comemos dentro de ninguna *succá*.

—¿Por qué no?

—¡Oh! No creemos en esas cosas—respondió Búnem tras cierta vacilación.

—¿No creéis en Dios?

—Creemos en Dios, pero no creemos que Dios haya mandado sentarse a comer en una *succá*.

—¿Y qué es lo que ha mandado?

—No manda nada. Guarda silencio.

—Tu padre, ese hombre santo, dijo que Dios perdona.

—Mi padre no ha estado en el cielo. Repite lo que otros han dicho. Y ellos tampoco han estado en el cielo.

—¿Y Dios sí está en el cielo?

—Tal vez sí, tal vez no.

—Me voy. Espérame allí. Te lo agradezco mil veces. Nunca, hasta el día en que pongan cascotes sobre mis ojos, te olvidaré.

5

El recorrido hasta la calle Twarda lo hizo Búnem, no caminando, sino corriendo. Los propios pensamientos lo impulsaban. «¿Qué es lo que me pasa? ¿Por qué me estoy enredando con una persona como ésta?». Seguramente en casa lo estarían buscando y no sabrían dónde se había metido. ¿Qué iba a decir a Kliatchko y a los otros pintores? ¿Y qué le contaría a su amiga Solche? Si esos proxenetas llegaran a enterarse de lo que estaba haciendo, su vida estaría en peligro. «Mi padre tiene razón cuando me tilda de botarate, de aventurero insensato», se decía Búnem. ¿Tal vez aún estaba a tiempo de desentenderse de todo este asunto? ¿Tal vez no debía ir a la calle Twarda? Sin embargo, dejar que esa mujer humillada y abatida lo esperara en vano junto al portal sería la mayor de las crueldades. En algún libro había leído que, según el filósofo Schopenhauer, la compasión era la base de la ética, y no la inteligencia, como afirmaba Espinosa. Sólo la compasión por todo lo que vive y sufre. Sí, ésa creía que era la razón por la que él no podía

ser socialista o anarquista. No se puede sentir compasión y al mismo tiempo lanzar una bomba capaz de alcanzar a personas inocentes. Desde el punto de vista de la compasión, toda persona es, de hecho, inocente. Búnem llegó al portal de la calle Twarda, 1 y decidió esperar. Sacó del bolsillo de su chaleco un reloj de níquel que había recibido dos años atrás del relojero Meir Yoel Schwartzshtein como premio por haber sabido recitar de memoria cincuenta páginas de la Guemará. Sobre la esfera del reloj había una inscripción en hebreo: «Sobresaliente en sus estudios».

Búnem esperó allí de pie, en actitud de observador. Pasaban algunos judíos que habían comprado el *lulav* y la toronja en el último minuto de la víspera de la fiesta: los sobrantes, después de que los mejores hubieran sido vendidos a los más ricos. Con esas gangas en la mano, importadas incluso de la isla griega de Corfú, los hombres se apresuraban hacia sus respectivas casas. Dentro del patio de la calle Twarda, 1 se había montado un mercadillo donde las vendedoras ofrecían dátiles, manzanas, peras, ciruelas, uvas, así como verduras. Al lado del portal, también vendían pan trenzado y tarta de pasas. En el centro de ese mercadillo se habían levantado varias cabañas, en cuyo interior aún se estaba colocando el ramaje de los techos y decorando con lámparas, cadenetas de papel y demás artículos embellecedores. «¡Qué extraño!—pensó Búnem—. Un pueblo que lleva dos mil años en el exilio, durante los cuales ha sufrido expulsiones, inquisiciones, cruzadas e incluso hoy en el siglo XX se ve obligado a concentrarse en la limitada Zona de Residencia, sin embargo continúa fiel a un Dios de cuya existencia no hay la menor prueba, y sigue observando todo ese tiempo una Ley escrita en un libro sagrado, no sé sabe cuándo ni por quién. Bueno, por otra parte, sí que existe alguna fuerza, y da igual que la llamen Dios, el Absoluto, la Naturaleza o cualquier otro nombre. Por sí solo no ha podido surgir todo esto—pensaba Búnem—. ¿La evolución? ¿Qué es la evolución? ¿Quién hizo evolucionar a la evolución?».

Búnem no tenía ni veinte años, diecinueve recién cumplidos, pero a veces le parecía que ya era un anciano por lo mucho que había aprendido en la vida. Había empezado a discurrir y a plantearse preguntas incluso antes de empezar a estudiar en el *jéder*. Atormentaba a su madre con interrogatorios. En cuanto aprendió a leer el yiddish y a entender algo de la lengua santa, comenzó a buscar y a hurgar en libros jasídicos y cabalistas, de pensadores, por si en ellos pudiera encontrar respuestas. A los doce años ya había empezado a leer los libros apócrifos, literatura popular y fascículos sobre ciencias naturales, historia, geografía, astronomía y biología.

A los catorce años le sobrevino la pasión por el sexo femenino, con tal fuerza que realmente sentía cómo la sangre le hervía en las venas.

Leía literatura yiddish, hebrea, y traducciones de otras lenguas. Su mente bullía con fantasías que le avergonzaban, e incluso le asustaban, tanto cuando estaba despierto como cuando soñaba. Los malos pensamientos, o cualquier poder que mandara sobre ellos, no excluían ni siquiera a la madre o a la hermana. Poco más tarde, quiso hacerse pintor y luego escritor, intentó obtener un título como estudiante externo, y aspiraba a viajar al extranjero e ingresar en una universidad.

Al trabar conocimiento con el escultor Abraham Kliatchko, éste le ofreció trabajar en su estudio y se convirtió en su maestro de pintura. En el más absoluto secreto respecto a sus padres, Búnem se compró en la calle Wolowe un traje de chaqueta y un sombrero, los colgó en el estudio y solía ponérselos cuando iba con Solche al teatro o a la biblioteca. Llevaba la vida de un rebelde, al estilo de los nihilistas, los *naródniks* o los socialistas, sobre cuyos avatares había leído. No obstante, ninguno de esos esfuerzos y proyectos suyos llegó a cuajar: ni la pintura, ni los estudios, ni tampoco el amor. Aún no había probado el sabor del amor carnal, pues aunque Solche se tenía por anarquista y predicaba el amor libre, se mantenía virgen y pura. La idea de acudir a una prostituta le venía a la mente con frecuencia. La calle Krochmalna estaba plagada de ellas, pero nunca pudo decidirse, debido a que Abraham Kliatchko le había entregado un folleto que describía los peligros de las enfermedades venéreas. Hombres con la nariz carcomida rondaban por las calles vecinas. Hacía no mucho tiempo, un artesano del barrio, fabricante de polainas, que sufría de gonorrea crónica, se había suicidado.

Búnem llevaba esperando en el portal tres cuartos de hora y Keyle no aparecía. «Seguramente se le ha olvidado», pensó. Las personas como ella viven totalmente sujetas a sus estados de ánimo. En cierto sentido, confirmaban la teoría de la *Ética* de Spinoza, que Búnem había leído en la traducción del doctor Rubin al hebreo.

«Esperaré otros cinco minutos», se dijo. Sacó el reloj de su bolsillo y decidió que, si Keyle no llegaba antes de que la aguja grande se posara sobre el número tres, volvería a casa. Alzó la mirada y la vio venir. Llevaba, además de su bolso, un cesto, tan lleno como si fuera a mudarse de vivienda. Con cara pálida y sudorosa, se acercó a Búnem.

—¿Has esperado mucho tiempo?—preguntó.

—Bueno, no importa.

—He tenido que recoger un vestido, un poco de ropa interior, algo de esto y de lo otro…

—Sí, comprendo.

Entraron en un patio alargado, repleto de tiendas, puestos ambulantes, carros de caballos, como en una feria. Allí se negociaba con toda clase de víveres: cereales, alubias, frutas, quesos, huevos e

incluso muebles, zapatos y retales. La entrada al estudio se encontraba al final del patio. Búnem y Keyle subieron las cinco plantas. Él abrió la puerta con llave y Keyle vio una sala grande llena de esculturas, algunas de cerámica y otras de escayola, en buena parte hembras denudas exhibiendo los pechos. Acá y allá había alguna figura cubierta con un saco. Keyle exclamó, sobresaltada:

—¡Ay! ¡Pero si está lleno de esculturas, como en un cementerio cristiano!

—Son esculturas de figuras humanas, y no de Jesús, como en un cementerio. Ven, hay otra habitación.

La condujo a un cuarto donde había en el suelo varios botes de aguarrás y, tirados sobre un sofá, telas, papeles, lienzos, pinceles, paletas de colores, libros, trapos.

—Esto es lo que hay—dijo Búnem—. Para pasar la noche, podrás despejar el sofá y arreglarte una cama. En algún sitio por aquí debe de haber una almohada y una manta. Puesto que hoy es víspera del *Succot*, seguramente no vendrá nadie. Puedes quedarte a dormir aquí.

—¿Yo sola? Me da miedo.

—¿Qué te da miedo?

—Las figuras.

—No son más que esculturas de terracota o escayola. No pueden hacerte daño.

—De todos modos, pasaré miedo. Esto parece una iglesia.

—Tengo que marcharme. Si te entra miedo, tendrás que volver con tu Yarme.

—Es posible que él ya esté de vuelta en casa. Y cuando se dé cuenta de que me he marchado y he recogido mis cosas, se pondrá furioso. Y si, además, está con Max el Cojo, armarán un escándalo. Pero ¿dónde están los demás? Habías dicho que aquí había…, he olvidado cómo los llamaste…, pintores, escultores… Pero ellos no viven aquí, sólo vienen a trabajar. Tal vez vengan mañana. ¿Qué les voy a decir? Van a pensar que he entrado a robar.

—Les dirás que yo te he traído aquí y que quieres ser una modelo.

—No podré repetir eso. ¿Qué es una modelo? Espera, he traído una botella de coñac. Está aquí, dentro del paquete. Me temo que te he enredado en balde. Debo echar un trago, porque si no…

Keyle desató el paquete y sacó una botella de coñac, llena hasta los tres cuartos.

—No veo por aquí un vaso. Lo beberé así.

Se llevó la botella a los labios y se oyó el gorgoteo al tragar. Con el rostro enrojecido, sus ojos parecían más grandes y la mirada, más penetrante. Continuó bebiendo sin apartar la mirada de Búnem.

—No bebas tanto—le dijo él—. Te vas a quemar las entrañas.

La risa inundó los ojos de Keyle.

—Dentro de mí ya está todo quemado, en cualquier caso. ¡Ven, quiero darte un beso!

Arrojó la botella como hacen los campesinos en las tabernas. Dio un salto hacia él, lo abrazó y empezó a apretarlo con fuerza. Él enrojeció y, acto seguido, palideció de deseo. Forcejeaba con ella a la vez que la acercaba a su cuerpo. Ella hizo como si le mordiera los labios, y a Búnem el olor a coñac pareció embriagarlo. Ya no era consciente de si la estaba empujando al sofá o si era ella la que al caer lo arrastraba. Él no sabía qué hacer y Keyle le ayudaba.

—¡Niño mío! ¡Mi dueño!—le gritaba—. ¡Tómame! ¡Mátame! ¡Haz conmigo lo que quieras! ¡Mi Dios, mi hermano, mi padrecito! Te amo y quiero morir por ti.

Clamaba a Dios, a la vez que soltaba obscenidades. Levantó las piernas con la agilidad de una acróbata, como esas muchachas que acuden a los patios a dar volteretas, tragar fuego, balancear un barril sobre la planta de los pies o apoyar la espalda desnuda sobre una tabla de clavos. En un instante, Búnem dejó de ser un indefenso estudiante de *yeshive*, se convirtió él también en un gimnasta capaz de voltear, doblar y enlazar sus miembros con los del otro cuerpo. De sus labios brotaban balbuceos de palabras de cariño y promesas de amor, exageraciones que a él mismo le asombraban. Keyle, por su parte, estalló en tales aullidos de gozo que Búnem temió que los vecinos los oyeran y se produjera una avalancha. Para colmo, había olvidado cerrar con llave la puerta. Los placeres que habían llenado sus fantasías durante meses y años en unos minutos se habían hecho realidad. Envuelto en toda esa lascivia, sin embargo, por su mente cruzó que aquella prostituta podía contagiarlo de sífilis. «¡Bueno, ya estoy perdido de todas formas!—pensó mientras le asaltaba un ataque de risa—. ¡Si mi padre se enterara! ¡Y mi madre! ¡Y Tsírele! ¡Y Solche! ¡Ya me he convertido en un Jeroboam ben Navot, en un Elisha ben Abuyá! ¡Apóstata total!».

La había poseído, pero aún no se sentía saciado. Una fuerza desconocida se había apoderado de él, como nunca había imaginado. Keyle, con los brazos enlazados a la nuca de él y pegada a su cuerpo, no dejaba de exclamar:

—¡No me dejes, mi héroe! ¡Mi rey! ¡Te amo, te amo, te amo! ¡Escupe sobre mí, mátame, ahógame, rómpeme en pedazos!

Búnem se despegó finalmente y se levantó. Como ella seguía tendida y descubierta, él le arrojó encima las bragas. «¿Acaso soy feliz ahora?—se preguntó—. ¿Soy desgraciado?». Todo había sucedido demasiado rápido, demasiado repentino, y además a causa de una prostituta que ya se habría entregado a cualquier borracho, canalla o leproso. El reloj, aquel que un día recibió por las cincuenta páginas de

la Guemará que había memorizado, se le había caído y se había parado. Mientras lo levantaba del suelo, se oyó a sí mismo decirle a Keyle:

—Habías acudido a mi padre para hacer una buena acción.

Una burla embriagada iluminó los ojos de ella:

—Ésta ha sido para mí la mejor buena acción.

Y de nuevo tendió los brazos hacia él.

6

¿Era eso amor? ¿Lujuria? ¿Locura?

Por la tarde, Búnem acompañó a su padre al oratorio del *rebbe* de Sojachow. Ambos iban vestidos de fiesta: su padre con gabán de satén y sombrero ribeteado de piel, Búnem con gabán de seda y gorro de terciopelo. Iban juntos, pero Búnem había dejado algo en el estudio junto con Keyle, no sólo físico sino también anímico. Al cruzar la calle alguien casi atropelló a padre e hijo. En el oratorio, cuando los muchachos y los jóvenes se dirigieron a Búnem, él apenas captó lo que decían. De vuelta en casa, *reb* Menájem Mendel, como hacía todos los años, recitó la bendición del vino en la *succá* y dio a beber de la copa a la *rébbetsin*, a Tsírele y a los dos hijos más jóvenes, Shlóimele y Jáyimle. Búnem recitó la bendición sobre su propia copa de vino, pero en voz tan baja que nadie lo oyó. Nadie tuvo la oportunidad de responder amén, puesto que no percibieron cuándo terminó.

Reb Menájem Mendel no ocultaba su enfado con Búnem. Apenas lo miraba. Lo vio, ensimismado en su asiento, llenar de caldo su cuchara y olvidar llevársela a la boca. Desde las llamas de las velas, hilos de luz se enfilaban hacia sus ojos. Cuando se levantó, después de haber bendecido la comida, su cabeza chocó con la lamparilla de papel que decoraba la *succá*.

Normalmente, Búnem se acostaba tarde, especialmente durante la fiesta, cuando su padre pasaba la noche en la *succá* y él se quedaba dentro de la casa como único varón adulto. Esta vez, sin embargo, se metió en la cama temprano y apoyó la cabeza en la almohada. Su mente rotaba como un molino. Lo revivió todo: la irrupción de Keyle en el tribunal de su padre, sumida en llanto, su modo de preguntarle a él acerca del camino a la casa de Shmerl el Sastre, sus palabras en la escalera, su encuentro en el portal del estudio, la borrachera de ella una vez en el interior, los salvajes apodos con que luego lo llamaba, los besos, los aullidos, sus súplicas para que él la escupiera, la mordiera, la ahogara. La había poseído no una, sino varias veces, y entre una y otra ella intentó convencerle de que viajaran juntos a

América, la convirtiera en su concubina o en su esposa y tuviera un hijo con ella, o sencillamente que se uniera a ella en un pacto suicida en el Vístula. ¡Qué no llegó a balbucear en esas dos horas! Le juró fidelidad y le exigió que jurara que nunca la abandonaría. Se jactó ante él, sin pudor alguno, de los clientes que la deseaban y pagaban un alto precio por poseerla; de los proxenetas que se peleaban por ella; de las demás prostitutas que por envidia le rajaban los vestidos; de la ternura con que la acogió Serguéi Davidovich, el viejo millonario, y las promesas que le había hecho. Las palabras de esa mujer, tan pronto le producían asco como de nuevo despertaban el deseo por su cuerpo. Ella se explayaba hablando de sus difuntos padres y de su miedo a las enfermedades, al castigo de Dios, a los demonios, los fantasmas y duendes, hasta que de pronto soltaba un cúmulo de obscenidades que harían sonrojarse a un cosaco. Cuando finalmente Búnem le dejó la llave y se despidió, Keyle bajó detrás de él por la escalera, llorando histéricamente entre amenazas de que, si no volvía con ella al día siguiente, se tiraría por la ventana.

«¿Cómo ha podido suceder tantas cosas en tan poco tiempo?», se preguntaba Búnem, perplejo. Se había sumido en un estado de agitación que jamás había experimentado. A la vez que quería borrar de su memoria a esa mujer, la echaba de menos. ¿Podría eso ser amor? ¿Era posible enamorarse de una ramera, cuyo cuerpo cualquiera podía poseer por unos kopeks? Si esto fuera posible, todo lo que se escribe en las novelas sería una gran mentira.

No, era sólo lujuria, y de la clase más baja, decidió Búnem para sus adentros. Y, además, ¿acaso no había reyes, príncipes y millonarios que mantenían a prostitutas y las colmaban de oro? ¿Acaso el gran Jean-Jacques Rousseau no convivió con mujeres como ésta e incluso permitió que dejaran abandonados a los hijos que juntos habían traído al mundo?

Cada vez que empezaba a conciliar el sueño, algo le sobresaltaba y se despertaba. ¿Podría ir al día siguiente a verla al estudio? El día anterior había inventado unas mentiras ridículas para justificar su ausencia de casa en víspera de la fiesta y regresar al fin poco antes del encendido de las velas. ¿Podría repetirlo al día siguiente? ¡Imposible! Tanto su madre como Tsírele sufrían ataques de histeria. A Tsírele le sobrevenían espasmos cada cierto tiempo, empezaba a parpadear y caía desmayada. Desde que la prometieron como novia a ese Mordejái Zéraj, no dejaba en paz a nadie. Su madre había caído enferma, atacada de los nervios y escuálida a causa de ella, y el curandero tuvo que prescribirle pastillas para dormir. En ese preciso momento la oía toser o suspirar de vez en cuando, acostada pero despierta en su dormitorio. Era demasiado inteligente para dejarse engañar por los burdos inventos de Búnem. «Si yo me enredara con una escoria tan

baja como Keyle, mamá no sobreviviría, Dios no lo quiera. Bueno, ¿y Solche? Le había jurado amor y fidelidad…

»¡Tengo que dormir! Me calmaré y me hundiré en el nirvana—decidió—. Imaginaré que soy un faquir y que acabo de permitir que me entierren vivo. He de concentrar toda mi fuerza de voluntad en hacer más lenta la respiración, también el pulso, y entregarme por completo al dominio de Brahma, Krishna o como sea que se llamen esos ídolos. Estás libre, Búnem, de todas las emociones. Estás de nuevo sumergido en la Madre Tierra, en el Universo, en el Absoluto. Sus metas son tus metas. Nada malo puede sucederte, porque tú y el cosmos sois uno.

Empezó a adormecerse, pero en ese momento sintió un pinchazo, como el de una aguja, y de nuevo se despertó. «Tengo que ir al estudio a ver qué hace—pensó—. He sido yo quien la convenció para que se quedara entre las figuras de terracota. Podría morir de miedo. Kliatchko puede llegar mañana y encontrarla muerta. Abriré el portal. Ya encontraré alguna excusa. De todas formas, ya está todo perdido. No hay duda de que mi vida se ha desquiciado, aunque tal vez la locura sea el fundamento de la existencia. Tal vez la misma Omnipotencia esté desquiciada, y los mundos que ha creado no sean más que producto de su desvarío. No fue la palabra el comienzo de todo, sino la locura. ¿Cómo es posible que esta idea no se le haya ocurrido hasta ahora a ningún filósofo?».

Búnem se adormeció finalmente y soñó con Keyle. Cuando abrió los ojos, vio que amanecía un día gris. Fue hacia la ventana y se asomó. En la calle desierta, los postigos de las tiendas estaban echados y los cerrojos colgaban. Un gato cruzó la calle de una acera a otra. Los pajarillos ya habían despertado y trinaban. Búnem empezó a vestirse a toda prisa. Tenía que salir furtivamente de la casa antes de que su madre o Tsírele se levantaran. Abrió la puerta con cuidado de que no chirriara y bajó las escaleras. El portal todavía estaba cerrado y al cruzar el patio divisó, a través de una rendija de la *succá*, a su padre, dormido sobre una cama plegable que le habían preparado. A su lado tenía una jarra de cobre con agua para la ablución matinal. Búnem no recordaba haber visto jamás a su padre dormido, ya que él estudiaba hasta muy tarde por la noche y luego se levantaba antes que el resto de la familia. Ahora lo vio ahí acostado con los ojos cerrados, el *tsitsit* puesto y una *kipá* en la cabeza. Un sosiego de inocencia infantil flotaba sobre su rostro. Los rayos del sol saliente, que penetraban entre el ramaje del techo, dibujaban una malla rojiza sobre su amplia frente. Con frecuencia soportaba las críticas de su esposa por no haberse esforzado como otros en conseguir un puesto de rabino oficial en una ciudad grande en vez de ejercer en una humilde calle de barrio, y él respondía: «¿Qué más da dónde se vive? Al pie del monte

de Sinaí estuvieron presentes las almas de todos los judíos, sin excepción».

Búnem atravesó rápidamente la calle Krochmalna y salió a Gnoina. Allí la calle se ensanchaba, lo mismo que el retazo de cielo que enrojecía sobre los tejados de zinc, las altas chimeneas ennegrecidas por el hollín y los torcidos canalones. Provisto de una larga escoba, el portero de una de las casas barría las boñigas de los caballos. Se apoyó un momento sobre el palo y siguió a Búnem con la mirada, como si se preguntara qué hacía un joven *jasid* tan temprano, en una mañana festiva, y adónde iba con tanta prisa. Un tranvía sin pasajeros pasó por la calle Grzibnow. En ese barrio casi no vivían gentiles y los judíos observaban la prohibición de viajar en las fiestas de guardar. El revisor, de pie al lado del maquinista, mantenía con él una distendida charla.

El portal de la calle Twarda, 1 estaba abierto y Búnem entró corriendo con ímpetu, como si temiera que fueran a cerrarlo de nuevo en sus narices. El día anterior, allí dentro hervía el tumulto de un mercadillo. Ahora reinaba el sosiego de los sábados y días de fiesta. Atravesó la puerta del pasillo que llevaba al estudio. «No, no voy a correr—decidió—. No quiero llegar sudoroso». Pero enseguida empezó a subir los escalones de dos en dos. «¿Qué pasará si ella no está? Puede haberse ido con la llave. Incluso puede haberse llevado mi traje de vestir», pensó Búnem, avergonzado de sus propias ideas compulsivas. Llamó a la puerta, pero nadie respondió. «¿Se habrá marchado? ¿Se habrá ahorcado? ¿Se habrá metido en la casa a algún imbécil borracho y estarán acostados juntos en el sofá? Todo es posible, todo es posible», se decía para justificar sus negras sospechas. Dio un empujón a la puerta y ésta se abrió. Cruzó rápidamente el estudio y llegó al umbral de la alcoba. Allí estaba Keyle, ya vestida y sujetando con ambas manos el cesto y el paquete que llevaba el día anterior, cuando se habían encontrado en el portal. Pálida y despeinada, no debía de haberle oído entrar, ya que, al verlo, soltó un grito. Búnem le preguntó:

—¿Adónde vas? ¿Cómo es que estás vestida tan temprano? ¿Qué te ocurre?

Keyle lo miraba desconcertada.

—No lo sé. Voy a ir adonde me lleven los pies. He pasado una noche que no desearía ni a mis peores enemigos.

—¿No has dormido?

—No he pegado ojo. Si no he muerto de miedo, es que viviré eternamente.

—Yo tampoco he dormido. Toda la noche he estado preocupado por ti.

—¿Ah, sí? Quise encender el gas, pero no tenía cerillas. Ni siquiera he podido fumarme un cigarrillo. Sentada en la oscuridad, y con la luna sobre mi cabeza, creí que ya estaba en el cielo. Quise ir a… ya sabes, adonde hasta el zar va solo y a pie, pero al entrar en la habitación grande vi los monstruos y volví corriendo. Parecían vivos. El frío me calaba los huesos, como en las mayores heladas del invierno.

—Suelta los paquetes. No ha sido una noche fría. Mi padre sigue dormido dentro de la *succá*.

—¿Ese hombre santo? ¡Ay, me he acordado de él! Ahí sentada no lograba dormir y han cruzado por mi cabeza toda clase de ideas raras. Búnemel, ya no puedo volver con Yarme, pero tampoco puedo estar sola. Le he dado tantas vueltas a la cabeza que temí volverme loca. Creí que ya no vendrías y que todo había sido un sueño.

—Keyle, te amo—se oyó decir Búnem.

—Búnemel, no he dejado de pensar en ti en toda la noche. Podía verte como si estuvieras aquí. Oía tu voz. ¡Tómame, ya soy totalmente tuya!

Keyle arrojó el cesto y el paquete al suelo.

CAPÍTULO V

1

La nieve había estado cayendo dos días seguidos. A continuación, sobrevino la helada. El hielo dejó limpia la calle y cubrió los desagües y los excrementos de los caballos. La nieve había guateado los balcones con edredones y almohadas; había blanqueado los herrumbrosos tejados, y nivelado los baches de la calzada y las aceras. Cristales de hielo en forma de arbolitos decoraron las ventanas de la vivienda de *reb* Menájem Mendel. Cada año el rabino hacía el mismo comentario: «Esos arbolitos son el reflejo de las higueras y las palmeras que crecen en la Tierra de Israel».

Pese a que los ingresos del rabino eran precarios, la *rébbetsin* no escatimaba carbón para calentar la casa, pues nadie en la familia aguantaba el frío. La estufa alicatada del despacho del rabino se mantenía siempre encendida. Lucía el sol y los rayos proyectaban los colores del arco iris sobre los baldosines, a la vez que dibujaban retazos de luz sobre el oro amarillento de las paredes, cuyos desconchones dejaban a la vista la cal y las antiguas capas de pintura. Los leones que soportaban las tablas de la Ley sobre el Arca Sagrada parecían aquella mañana más vivos que nunca, con sus doradas melenas y sus lenguas rojas. También sobre el cristal de la estantería de libros, en cuyos lomos aún perduraban las letras doradas, se reflejaba el sol.

Reb Menájem Mendel, como siempre, se había despertado con el alba. De pie junto a su atril escribía, en una estrecha hoja de papel, una larga columna de observaciones justificativas de alguna reserva sobre los comentarios de Rashi. Tsírele, su hija ya comprometida, le preparaba cada noche el carbón en el samovar. Lo único que él tenía que hacer por la mañana era prender una cerilla.

Reb Menájem Mendel estudiaba sin dejar de beber un vaso tras otro de un té pálido. La infusión le calentaba las entrañas y le ayudaba a prepararse para la oración. La madrugada era para él el mejor momento para el estudio diario de la Guemará. Más tarde empezarían

a llegar mujeres con preguntas acerca del *kashrut*, o surgiría algún juicio, una boda y hasta un divorcio. Sheva y los hijos se levantaban un poco más tarde que él. Aquel día, sin embargo, Búnem madrugó y *reb* Menájem Mendel lo observó con suspicacia. Ese joven no iba por el buen camino. Hacía demasiadas preguntas. Se había recortado la barba y ya no llevaba tirabuzones. Afirmaba tenazmente que él no se sometería a un matrimonio concertado, como su hermana Tsírele, sino que esperaría hasta encontrar una muchacha que le agradara. Ese joven alto, de pálido rostro, mejillas hundidas y grandes ojos azules, se había convertido en el enemigo en casa, obstinado y rebelde, un extraño. Ciertamente, era buen estudiante y, unos años atrás, apuntaba a prodigio. Pero el conocimiento de la Torá debía venir acompañado del temor a Dios, y el muchacho se comportaba con frivolidad. Leía libros heréticos, pintaba cuadros y hasta había publicado alguna sandez en un periódico. Los tiempos en los que Menájem Mendel mantenía fogosos debates con él pertenecían al pasado. Además, Búnem había influido negativamente sobre su hermana mayor, Tsírele, al empujarla a exigir la anulación del compromiso con el novio, Mordejái Zéraj. En sus rezos diarios, *reb* Menájem Mendel rogaba que Búnem no alejara del judaísmo a su hermano menor, Shlóimele.

Del mismo modo que él había dado por perdido a Búnem, éste había desistido de intentar convencer a su padre de que se había quedado anclado en la Edad Media y que estaba criando una generación de inútiles y parásitos. Él, sólo por cumplir, se ponía a diario las filacterias y murmuraba las bendiciones saltándose palabras y párrafos enteros, mientras paseaba de un lado a otro. «¡Qué insensatez—pensaba—, ponerse esas cajitas negras sobre el cráneo y envolver el brazo con una cinta de cuero negro, incluida la mano!». Al mismo tiempo que sus labios pronunciaban las oraciones, su pensamiento las rechazaba. ¿Cómo se podía agradecer a Dios no haber nacido hembra, esclavo o gentil? ¿Qué sentido tenía repetir dos veces al día: «Dios es bueno con todos y misericordioso con todas sus criaturas», cuando el mundo era un gran matadero y en cada generación se llevaban a cabo pogromos contra el supuestamente elegido pueblo de Dios? ¿Y dónde estaba esa misericordia en lo que respecta a los lobos hambrientos y a los corderitos devorados?

Búnem terminó de pronunciar en silencio las *Dieciocho bendiciones* y enseguida salió sigilosamente de la casa. Tsírele, mientras tanto, se había levantado y puesto la bata y las zapatillas. Era sólo un año y medio mayor que Búnem, pero con frecuencia lo trataba como si fuera su hijo. Tal vez pensara igual que él, pero ¿cómo podía una muchacha oponerse a sus padres? Ya la habían prometido al hijo de un maestro, a un mequetrefe, un holgazán que nunca sería capaz de mantener a

una familia, que sólo valía para inclinar la cabeza sobre la Guemará y gesticular mientras rezaba.

Tsírele y Búnem eran muy diferentes entre sí. Ella era de menor estatura, más parecida al padre que a la madre. De cabello castaño oscuro, rostro redondo, mejillas sonrosadas y ojos azules, tenía el carácter de su padre: normalmente afable, con tendencia a creer en las personas, devota a medias, dada a la risa o al llanto. Por otra parte, se entusiasmaba con las noveluchas que publicaban por entregas los periódicos y, aunque comprendía que todo aquello era ficción, podía pasar horas parloteando acerca de los protagonistas y sus destinos. También le gustaba canturrear toda clase de canciones folclóricas y populares procedentes del teatro yiddish. Las facciones de Búnem, por el contrario, denotaban agudeza, determinación y cierta amargura, para la que no existía, ni podía existir, consuelo alguno.

Hermano y hermana se sentían próximos y a la vez distantes. Existía entre ellos la misma barrera que separaba a sus padres entre sí. Búnem intentaba, desde la infancia, encontrar respuesta a las eternas preguntas: ¿qué es la vida? ¿Qué es la muerte? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es la eternidad? En algún lugar había leído la expresión «replanteamiento de los valores establecidos» y se dijo a sí mismo que su meta sería ésta: no basarse en ninguna verdad aceptada, en ninguna autoridad, evaluar y sopesarlo todo de nuevo, según su propia visión, y extraer sus propias conclusiones. Desde edad muy temprana encontraba contradicciones en la Biblia y en otros libros sagrados. Creció en la seguridad de que todos, tanto los padres, como los maestros del *jéder* y los libros sacros de las estanterías lo habían engañado. Más adelante, empezó a descubrir que otra clase de textos, los libros laicos, estaban llenos de clichés, que amontonaban palabras vacías que no conducían a ninguna acción concreta. Por ejemplo, ¿qué querían decir todos esos escritores con grandes palabras como *moralidad, deber, cultura, evolución, progreso, historia*? ¿Por qué hacían mención tan a menudo a términos pomposos como *lucha, ideal, responsabilidad, problema, unidad, sistema, solución, clase social, convicción*? De hecho, ¿a qué obligaban conceptos como la «sustancia», lo «absoluto», la «existencia» (*Dasein*), la «mónada», el «espíritu de este tiempo» (*Zeitgeist*), la «base de la ética» o el «imperativo categórico»?

Acudía a la biblioteca Bresler y hojeaba esos libros. Solche lo llevaba a escuchar al conjunto musical hebreo Ha'Zamir y al Teatro Polaco. Había asistido a una larga conferencia del escritor I. L. Peretz acerca de la emancipación, la autonomía, la cultura y el Renacimiento judíos. Sin embargo, en concreto, ¿qué tenía que hacer él, Búnem?

Su madre sufría de insomnio. Con frecuencia no conciliaba el sueño hasta la madrugada, y era Tsírele quien preparaba a Búnem el desayuno: pan con mantequilla, un trocito de queso, otro de arenque y

un vaso de café con achicoria. Con frecuencia entablaban conversación, como en esta ocasión:

—¿Qué dices de ese Zbigneiew Kochinski?—preguntó Tsírele—. ¡Qué canalla! Mal lo va a pasar Helena si cae en sus manos. Ese duque, su marido, es un tonto sin remedio, un inútil perdido. ¿No es así?

—Cuando alguien está enamorado no puede pensar con lógica—respondió Búnem, por decir algo.

—¡Qué verdad es ésa! ¿De dónde lo has sacado, Búnemel? ¿De alguien de quien te has enamorado o lo has leído en un libro?

—Sí, en un libro.

—¿Qué clase de libro? Últimamente andas por ahí totalmente despistado. Además, has adelgazado bastante. ¿Adónde vas tan temprano? Ahí fuera está helado. Ponte una camiseta. ¿Llevas los calzones largos?

—Sí. Es decir, no.

—¿Es que quieres acatarrarte?

—No, no quiero acatarrarme.

—Ayer decía el periódico que en París las mujeres han empezado a usar pantalones. Tres jóvenes modelos salieron a pasear por la calle con pantalones y miles de personas corrían tras ellas. Se armó tal barullo que la policía tuvo que dispersar a la multitud. ¿No resulta cómico, mujeres en pantalones?

Al decir esto, Tsírele rompió a reír hasta saltársele las lágrimas.

2

Cuando Búnem abrió la puerta del estudio, Abraham Kliatchko ya estaba de pie al lado de una de sus figuras de terracota y, con una cuchilla, le perfilaba la nariz. Antiguo estudiante de *yeshive*, era unos doce años mayor que Búnem, tenía esposa y dos hijos, además de renombre. Fotografías de sus esculturas se imprimían en los periódicos, y no sólo en los judíos (donde casi todas aparecían en blanco y negro), sino también en la prensa polaca. Se especializaba en producir lápidas para judíos ricos y asimilados, y puesto que la Comunidad no habría permitido que en su cementerio se colocaran figuras humanas por respeto a la prohibición de los Diez Mandamientos, las lápidas de Abraham Kliatchko iban acompañadas por esculturas de ciervos, leones, águilas, manos de los sacerdotes bendiciendo, así como simples esbozos de rostros humanos.

Hijo de un *jasid* de Sochaczew, él fue quien descubrió el talento de

Búnem para la pintura. Abrahan Kliatchko era hombre de baja estatura y cargado de espaldas, casi jorobado, tenía una espesa cabellera negra, una nariz ancha y grandes ojos también negros que transmitían buen humor y esperanza en el futuro. No sólo le cedió a Búnem un lugar donde pintar en su estudio, sino que también le presentó a Solche, que ya posaba para él. Le complacía entablar con Búnem conversaciones eruditas acerca de cuestiones de la Guemará, que ambos recordaban de memoria al haber estudiado algunos años para convertirse en rabinos.

Cuando Búnem entró en el estudio, Abraham le preguntó, sin preámbulos:

—¿Qué pasará con algo como *Veyesh omrim she'be Mordejái*?[11]

Búnem sonrió. Esa expresión se mencionaba en la apertura del libro *Pri megadim*,[12] al tratar del preceptivo cuidado de remojar y salar la carne para hacerla *kosher*. El tema sólo lo estudiaban quienes aspiraban a recibir el certificado de rabinos. Búnem respondió:

—*Veyesh omrim she'be Mordejái* permanecerá donde está.

—Me temo que sobrevivirá a la civilización moderna, a todo eso que llamamos cultura, y que, mucho después de que Shakespeare, Heine y Max Nordau hayan sido olvidados, en alguna *yeshive* seguirá sentado un joven que estudiará y memorizará el *Veyesh omrim she'be Mordejái*…

—La eternidad de Israel, ¿eh?—replicó Búnem—. Si la Tierra termina chocando con un cometa, como publicaba el periódico ayer, también desaparecerá el *Veyesh omrim she'be Mordejái*.

—Puede que subsista en el planeta Marte.

—Sí o no.

—Solche telefoneó ayer a mi casa y dijo que hoy llegará un poco tarde.

—¿Por qué tiene que telefonear? De todos modos, siempre llega tarde—comentó Búnem.

—Una muchacha encantadora. ¿A qué esperas, Búnem? ¿A que otro te la arrebate?

—Que me la arrebaten.

—Estás presumiendo de valer más que ella, ¿eh? Si yo estuviera soltero y ella quisiera casarse conmigo, iría hoy mismo a ponerme bajo el palio nupcial.

—Solche no iría al palio nupcial ni contigo ni conmigo—replicó Búnem—. No se cansa de decir que la institución matrimonial es obsoleta, anticuada, falsa e hipócrita. Y tiene razón: es una gran mentira.

—El amor libre, ¿eh? ¿Y qué será de los hijos? Cuando regreso a casa, mis niñas me abrazan entusiasmadas, como si no pudieran

esperar a que vuelva. «¡Aquí está papá!», gritan. Los niños necesitan un padre y no las sabihondas palabras de Bakunin. Con la institución matrimonial sucederá lo mismo que con *Veyesh omrim she'be Mordejái*. Sobrevivirá a todas las modas.

—Que una mentira perdure mucho tiempo no demuestra que sea verdad.

—Sí lo demuestra. El tiempo es el juez supremo en la historia, en la ciencia, en el arte e incluso en asuntos sociales.

La puerta se abrió y entró Solche, con abrigo verde y boina a juego sobre el corto cabello castaño. De cuerpo pequeño pero plenamente desarrollado, busto alto y anchas caderas que contrastaban con el rostro menudo, joven, casi de niña, con grandes ojos oscuros bajo unas cejas que se juntaban sobre la pequeña nariz. En una mano sujetaba una cartera y en la otra algunos libros. Los zapatos, también pequeños, se prolongaban con unas polainas hasta las rodillas. Todo su aspecto era de una alumna de instituto, pese a que se había graduado dos años atrás. Dibujaba, componía poesía en polaco y estudiaba biología en la Wszechnica, una universidad popular donde los estudiantes no necesitaban poseer un diploma de instituto. Por otra parte, participaba activamente en el movimiento anarquista, pese a que esto suponía la cárcel e incluso el patíbulo. En cuanto entró en el estudio, empezó a hablar y a sonreír, y en ambas mejillas le asomaron unos hoyuelos.

—¡Ay! ¡Qué frío más terrible!—dijo en polaco—. El termómetro de la farmacia próxima al portal de hierro señalaba dieciséis grados bajo cero. La gente ya se desplaza en trineo. Buenos días, Abraham; buenos días, Búnem. La helada quema mientras que el sol brilla, y hace un día maravilloso. El tintineo de las campanillas colgadas de los caballos aún me resuena en los oídos. A veces se me antoja que el invierno debería durar eternamente. ¡Varsovia parece tan elegante cuando nieva! Quiero decir, por la mañana, antes de que la gente pisotee la nieve.

—Solche, alguna vez dijiste que querrías que fuese eternamente primavera—apuntó Abraham.

—¿Yo dije eso? Puede ser. ¿Por qué no podría ser invierno y primavera al mismo tiempo? Si Dios es realmente todopoderoso, como aseguran los rabinos y los curas, debería ser capaz de todo: que *Janucá* y *Pésaj* se celebraran simultáneamente, que todas las personas fueran hombres y mujeres a la vez, y que Varsovia fuera Londres o París. Una vez soñé que Varsovia se encontraba en América. Saliendo de los Jardines Sajones, entraba directamente en Nueva York, con edificios altísimos, casi hasta el cielo. Todos hablaban inglés.

—¿Cómo sabías que era inglés?—preguntó Búnem—. Tal vez fuera turco.

—¡Oh! Sé bastante inglés como para reconocer la diferencia. En

sueños se sabe todo. Búnem, tú siempre tan malvado. Si quieres realmente empezar a pintar mi retrato, hoy es el día. Me he librado de todas mis obligaciones. Hoy soy enteramente tuya.

—¿Y por qué no puede ser a la vez mío?—preguntó Abraham Kliatchko—. Mientras él te dibuja o te pinta, yo esculpiré en terracota tu cabeza.

—Vale, os entrego mi cabeza a los dos y vosotros la compartís. Pero hoy hace demasiado frío para posar. ¿La estufa no está encendida?

—Está encendida, pero el frío penetra a través del tejado.

—Si yo fuera cristalera de profesión y hubiera aquí una escalera, me subiría y sellaría las ventanas con masilla. Pero, dado mi peso, rompería el tejado. Ayer el *Correo de Varsovia* decía que en París todas las damas quieren ser esbeltas, pero aquí en Varsovia todas anhelan ser gordas. Mi mamá no cesa de reprocharme que no pese unos kilos más. Por suerte no puedo, ni ganar peso ni perderlo. Mi cuerpo es como una piedra: siempre el mismo, y da igual si como mucho o si ayuno.

—Un cuerpo poco frecuente—señaló Búnem—. Si yo tuviera un cuerpo como el que describes, lo presentaría de inmediato en la Facultad de Medicina para que investigaran cómo se puede subsistir sin comer. Tal vez eso resolvería el problema de las masas hambrientas y nos ahorraríamos la revolución social.

—¡Vaya! ¡Éste se ha levantado hoy absolutamente malvado!—exclamó Solche—. Las masas no necesitan esa clase de remedios. Comida hay suficiente para todos. En Brasil, los propietarios de las plantaciones de café han arrojado miles de sacos de café al mar con el fin de que el precio no cayera. Lo he visto en el *Correo de Varsovia*.

—Todo está en el *Correo de Varsovia*. Sin embargo, cuando tu gente se reúne, escupen sobre ese periódico, y a los reporteros los llaman bandidos de la pluma.

—Eso es lo que son: bandidos de la pluma. Cierto que a veces, por descuido, dan alguna noticia que les arranca la máscara. Karl Marx, ese traidor, lo llamó así: la contradicción capitalista, pese a que él mismo se contradecía más que todos los capitalistas juntos. ¡Eh, caballeros! Os he traído algo para masticar. Mamá me dio la mitad de una tarta que ha preparado en nuestro horno. La tengo en la cartera. Yo serviré el té.

Solche lo hacía todo con rapidez. Dejó caer el abrigo y la boina, y entró corriendo en la otra habitación, la alcoba, donde estaba el fregadero y el hornillo de gas. Abraham Kliatchko no disimulaba que estaba enamorado de ella. Los otros dos pintores que compartían el estudio con él y sólo pagaban un tercio del alquiler también

aseguraban, medio en broma y medio en serio, que estaban chiflados por ella. Solche besaba a todos como corresponde a alguien que, habiéndose despojado de los prejuicios burgueses, predica el amor libre. Pese a lo cual, se mantenía virgen. A Búnem le había dicho una y otra vez que sólo se entregaría a un hombre en el momento en que él tuviera suficiente coraje para vivir con ella y convertirse, si ella se quedara encinta, en el padre de su hijo. Amor libre, sí, pero nada de promiscuidad. Solche citaba siempre *El catecismo revolucionario* de Bakunin y sus ideas sobre el matrimonio libre. Mientras la sociedad no fuera capaz de mantener a una madre soltera junto con sus hijos, debían hacerlo el padre y la madre a la vez.

Los otros dos pintores, Henij Adler y Moris Karbinsky, no acudieron ese día al estudio. Abraham Kliatchko y Búnem, mientras uno esculpía y el otro dibujaba, se enzarzaron en sus eternas discusiones acerca del sionismo, el socialismo, el anarquismo, el objetivo del arte, la situación de los judíos en Rusia y el papel de la mujer en la sociedad moderna.

Sin dejar de hablar en defensa de la institución matrimonial, Abraham Kliatchko logró esculpir un busto fiel de Solche. Búnem, en cambio, realizaba un dibujo tras otro, pero ninguno se parecía a Solche. Rompía el papel y empezaba de nuevo. En su fuero interno, hacía tiempo que había decidido dejar la pintura, ya que ningún cuadro, ni siquiera el más genial, podría nunca transmitir la turbación de la mente humana, las complejidades de la vida. ¿Cómo sería alguien capaz de retratar con el pincel lo que le había sucedido a él, Búnem, en las últimas semanas? Incluso el lenguaje, con todas sus posibilidades, era demasiado pobre para ello. No obstante, dejar de acudir al estudio de pintura le resultaba imposible: primero, por no decepcionar a Abraham; y segundo, porque en ese estudio se veía con Solche. Incluso a Keyle la había llevado allí.

La conversación derivó, por enésima vez, hacia la monogamia y la poligamia.

—Ya que todo el tiempo hablas sobre la necesidad de acabar con los prejuicios—argumentó Búnem ante Solche—, ¿qué dices del peor prejuicio, y la mayor mentira, la monogamia? La idea de que un hombre sólo puede amar a una mujer la impusieron los cristianos sobre la especie humana. ¿Cómo es que ni Bakunin ni Kropotkin tuvieron el coraje de rebatir esta mentira?

—¡Oh, ya empieza otra vez con el viejo tema!—dijo Abraham Kliatchko, mientras añadía un puñado de terracota al busto de Solche.

Solche se sacó el cigarrillo de la boca.

—Antes de llamar mentira a cualquier cosa, Búnem, debes estar seguro de que lo es. La monogamia existía miles de años antes que la cristiandad. También existe, aún hoy, entre muchos animales. Las

palomas y otras aves son monógamas. Si todos los hombres fueran polígamos, ¿dónde encontrarían esposas todos ellos? Lo cierto es que la poligamia es la peor manera de explotación: mientras un jeque o un califa se reserva diez esposas, nueve beduinos no tienen ni una sola.

—¿Y por qué no eliminar por completo la institución matrimonial? ¿Por qué no podrían vivir hombres y mujeres sin el control de ningún régimen?

—¡Eso precisamente es lo que queremos!—exclamó Solche.

—¿Y qué será de los hijos?—preguntó Abraham Kliatchko—. Bakunin, Nietzsche y como se llamen los otros pueden decir lo que quieran, pero los niños necesitan un padre. Mis dos hijas corren a abrazarme cuando llego a casa. Si mi esposa, Mírele, se acostara con veinte hombres, ¿cómo sabría yo de quién son hijas las niñas?

—¡Oh! ¡No le tomes en serio, Kliatchko, no tomes en serio a Búnem!—exclamó Solche—. Tan pronto habla hoy como el peor reaccionario y repite sencillamente las palabras de Stolypin y otros caníbales, como al día siguiente toma una postura más revolucionaria que cualquiera de ellos. Bakunin, en su *Catecismo revolucionario*, dijo claramente que los hombres y las mujeres adultos tienen el derecho de unirse y separarse cuando quieran. La unión entre hombre y mujer debe ser libre. Tanto el hombre como la mujer que se casan deben disfrutar de libertad completa y…

—Si tienen libertad, ¿para qué sirve el matrimonio?—preguntó Búnem.

—Porque la mayoría de los hombres y las mujeres, y yo soy una de ellos, quiere traer nuevas generaciones al mundo. No es cierto que estemos dispuestos a poner fin a la especie humana, como nos atribuyen los capitalistas decadentes y degenerados en todos los países. En realidad, todos estos pesimistas sólo persiguen sus propios privilegios: que sigamos, los padres y las madres, trayendo hijas al mundo, que las criemos, las proveamos de ropa, alimentos y todo lo necesario para que luego vengan los desalmados donjuanes y las exploten. Y, cuando la muchacha quede embarazada, ellos se escabullan. En eso consiste su contribución revolucionaria. ¿Es verdad o no?

—Tú eres la que predica el amor libre, no yo.

—Mi concepto del amor libre consiste en la relación entre dos personas que se unen porque se aman, sin la bendición del rabino o del cura. Y si el amor se extingue, ninguno intenta imponerse al otro. Se separan sin la intermediación de ninguna autoridad religiosa o civil. Y si hay un hijo, ambos asumen la obligación de mantenerlo y hacer por él lo máximo posible. Así es como lo entendió Bakunin.

—El problema es que la naturaleza humana no ha leído el manual

de Bakunin y tiene sus propias leyes o caprichos.

—¿Qué clase de caprichos? ¿Que una parte apechugue con todo y la otra se dedique a disfrutar?

—¿Y qué debe hacer un hombre que ama en serio a dos, tres o cinco mujeres? En las novelas que leo, el amor siempre brota entre un hombre y una mujer. ¿No será ésta una de las mentiras que tú quisieras eliminar? ¿No sería posible imaginar que alguien esté locamente enamorado de más de una mujer? ¿Qué manda hacer Bakunin en un caso como éste? ¿Deportar al hombre a Siberia?— preguntó Búnem.

—¡Oh, déjalo, Solche! Es sólo un chiquillo. Aún no ha crecido— intervino Kliatchko—. Con talento, pero un chiquillo. Parte de la base de que una persona debe lograr todo lo que su corazón ansíe. Pero la civilización entera se basa en la idea de que una persona debe refrenar su deseo. Y si no puede por sí mismo, la sociedad debe encargarse de ello. Sobre esto descansan los Diez Mandamientos y toda la justicia humana.

Búnem y Solche iban a responderle cuando se oyeron unos golpes en la puerta. Los tres intercambiaron una mirada. Cuando Abraham Kliatchko estaba trabajando, nunca se cerraba la puerta del estudio con cerrojo ni pestillo desde el interior. Rara vez entraba algún extraño. Los pintores que compartían con él el estudio, Henij Adler y Moris Karbinsky, tenían llave.

—¡Adelante!—dijo Abraham en yiddish, levantando la voz, y luego en polaco—: *Prosze*! [‘¡Por favor!’].

Por un momento se hizo el silencio, como si quien llamaba a la puerta vacilara o se hubiera arrepentido.

Solche saltó ágilmente desde el alto taburete en el que posaba sentada y se acercó corriendo a la puerta. En ese instante se abrió con un chirrido y apareció una mujer con la cabeza cubierta por un chal, el rostro pálido y la nariz roja y respingona. Al parecer, Solche la conocía, porque, dando una palmada, pronunció un nombre polaco. Al cabo de un momento, hizo una especie de guiño a los dos hombres y, en vez de invitar a la desconocida a que entrara en el estudio, salió con ella al pasillo.

—¿Quién puede ser?—se preguntó Abraham Kliatchko—. ¿Por qué habrá salido Solche a hablar con ella sin ponerse un abrigo? Podría resfriarse.

—La verdad es que no lo sé.

—Su madre, no. Es toda una dama. Debe de tratarse de su criada, Antosha. Ése es el nombre que mencionó.

—Si dijo Antosha, entonces es la criada de su familia—dijo Búnem —. En varias ocasiones me ha mencionado su nombre.

—¿Por qué no la ha hecho entrar?—preguntó Kliatchko, tanto a Búnem como a sí mismo—. Tenía aspecto de estar congelada. Espera, les diré a las dos que entren.

Abraham Kliatchko lo hacía todo despacio. Dejó el cuchillo con el que estaba alisando la frente de la escultura y se acercó a la puerta con pasos mesurados para no tropezar con alguna de las figuras. En ese instante, Solche volvió sola. La mujer que había ido a verla seguramente había bajado por las escaleras.

—Una visita corta—dijo Kliatchko.

—Corta, sí, pero importante—respondió Solche—. Tal vez me haya salvado la vida.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha habido un registro en nuestra casa. Fue un milagro que yo dijera a mi mamá adónde iba. Era nuestra criada, Antosha.

—Es extraño que la dejaran salir—comentó Abraham—. Normalmente, en un registro no dejan salir a nadie.

—Ya no puedo ir a dormir en mi casa hoy—afirmó Solche—. Alguien me ha delatado, o a saber qué ha pasado.

—Espero que no vengan a buscarte aquí—dijo Abraham—. Si es una delación, seguramente saben que vienes aquí a menudo.

—Tal vez tengas razón. Es mejor que me vaya.

—Te acompaño, espérame—exclamó Búnem.

—¿Sí? Como quieras, pero debemos darnos prisa. ¿Dónde está mi abrigo?

Solche y Búnem se pusieron rápidamente los abrigos. Búnem se calzó además los chanclos. Kliatchko les dijo al despedirse

—De verdad, lo siento mucho. Llamadme por teléfono. Quiero saber lo que ha sucedido.

—No me pillarán. Ya sé, Búnem, lo que vas a decirme: que me habías advertido.

Solche fue corriendo hacia Kliatchko, le agarró la cabeza con ambas manos y lo besó. De paso, miró de reojo la escultura terminada y exclamó:

—¡Maravilloso! ¡De verdad, una obra maestra!—Y de nuevo le dio unos besos.

—¿Cuándo volverás?—preguntó Kliatchko a Búnem.

—Si no me ahorcan, mañana—respondió.

—¿Por qué iban a ahorcarte a ti?—preguntó Solche—. ¿Por mis pecados?

—Ojalá no sucediera, pero viene siendo habitual.

—Vamos. Espera, yo voy delante, no vaya a haber alguien apostado junto al portal. Aguarda cinco minutos. Encuéntrate conmigo

en el portal del número 6. Mira si alguien me sigue. ¡Si es así, huye!

3

Búnem llegó al número 6 de la calle Twarda, al lado de cuyo portal se hallaba Solche esperándolo.

—Nadie me seguía—dijo ella sonriendo—. Ven, entremos en algún sitio. En la calle Grzybow hay una pastelería.

Caminaron durante unos minutos y llegaron a esa pastelería. Búnem se palpó los bolsillos. Su padre no le daba dinero para gastos, pero su madre le entregaba de vez en cuando furtivamente unos veinte kopeks. Pensaba que un joven adulto no podía arreglárselas sin un groschen. Además, Búnem daba clases, una vez a la semana, a un muchacho llamado Lólec. El joven estudiaba en el instituto laico y su padre, un rico propietario, quería que también aprendiera la Biblia, la Mishná y algo de la Guemará. Por esa clase pagaba a Búnem un rublo y cincuenta kopeks. El padre de Lólec era mitad *jasid*, mitad *maskil*. Vestía gabán corto y cuello almidonado con corbata. En el *shabbat* solía acudir a rezar en el oratorio del *rebbe* de Sochaczew.

Solche notó que Búnem rebuscaba en los bolsillos y exclamó:

—¡Tengo dinero!

Entraron en la pastelería, donde había dos salas. En la primera, había tartas, pasteles y otros dulces sobre el mostrador y, en la segunda, mesas para los clientes que venían a tomar un café y algo más. A esa hora, antes del almuerzo, no había clientes. Una camarera se acercó a la mesa y ambos pidieron galletas de huevo y café. Solche reflexionó sobre sus preocupaciones.

—¿Cómo ha podido suceder? Todo este tiempo hemos estado más que vigilantes. No habrán encontrado nada, porque en casa no guardo ningún panfleto. Mi papá es el mejor censor. Siempre rebusca entre mis libros y papeles, y si encuentra en algún lugar la menor referencia a que el pueblo ruso no está totalmente satisfecho con la oligarquía ni con la camarilla de reaccionarios que detenta el poder en San Petersburgo, lo arroja directamente al fuego en la cocina. Lo que temo es que alguien nos haya delatado. Pero ¿quién? Cuando comienzas a sospechar de alguien y temes una provocación, la vida se convierte en un infierno. Hasta ahora no hemos tenido ningún delator, al menos no lo ha habido en mis tiempos. Hubo un personaje del que se descubrió que tenía contactos con la Ojrana y uno de nuestros camaradas lo eliminó enseguida. Desgraciadamente, ese camarada fue capturado después por los asesinos de la propia policía secreta zarista, y los de la Ojrana lo ahorcaron.

—Al haber matado a alguien, también él se convirtió en un asesino.

—¡Oh! ¡Qué insensatez! Quien mata a un delator no es asesino, sino un idealista. Búnem, no empieces con estas discusiones. No estaré nunca de acuerdo contigo, y me temo que tú tampoco conmigo. Me he resignado a la idea de que eres políticamente inmaduro y seguramente así seguirás. Tu clase de pacifismo, o como se llame, lleva a una sola idea: que hay que dejar a los tiranos gobernar para siempre. Ellos pueden aniquilar a millones de personas inocentes, mientras que nosotros no podemos liquidar ni a un traidor. Quiero contarte algo, aunque te ruego que no te agarres a ello como prueba contra nuestro movimiento. El hecho de que, de vez en cuando, un gusano entre en una manzana no quiere decir que haya que dejar de comer manzanas. Ha llegado a nosotros un jovencito de Galitzia. Supuestamente ha estudiado en la Universidad de Cracovia. Habla a la perfección, además de yiddish, alemán, polaco y ruso. Proviene de una región poblada por rutenos que hablan un dialecto ucraniano, y él estudió el ruso en la universidad. Por qué se trasladó a Varsovia, no lo tengo claro. Alguien lo habrá enviado, o qué sé yo. Ha conseguido un puesto de contable en un negocio de lámparas al por mayor que, de hecho, es una fábrica y un comercio a la vez.

»Es una persona menuda, enjuta y habla con una voz débil. Mirándolo, dirías que no es capaz de contar hasta dos, pero predica una clase de violencia con la que ni Bakunin, ni Kropotkin o Stirner estarían de acuerdo. Afirma que, si es por ayudar a la causa, da igual aplicar la violencia contra el régimen que contra individuos. En Rusia hay un grupo, he olvidado cómo se llama, que proclama esa clase de lucha. A mis ojos es una insensatez. ¿De qué ha servido la bomba que se lanzó hace tiempo contra el hotel Bristol? No era un edificio del régimen. No sé por qué, pero ese joven me parece sospechoso. En cierto sentido, no he confiado en él nunca. Intentó de un modo refinado acercarse a mí y le dije que ya tenía a alguien. Pero no deja de intentarlo. Normalmente no doy mi dirección a nadie, ni siquiera a los próximos, pero en una ocasión me encontró por casualidad en la calle y me acompañó hasta casa. Ahora se me ocurre que, quién sabe, tal vez sea obra de él. Te lo ruego: no empieces enseguida a argumentar contra nuestro movimiento.

—No, claro que no.

La camarera trajo el café con las galletas de huevo. Solche siguió hablando:

—No debería habértelo contado, pero no puedo decírselo a ninguno de los nuestros. Si resultara que sospecho falsamente de él, yo quedaría en tal situación que me vería obligada a huir de Varsovia o bien suicidarme.

—Me temo que ambos tendremos que marcharnos de Varsovia en cualquier caso. Dentro de un año y medio o así deberé presentarme al Ejército. Y no tengo la menor intención de dejarme cortar unos dedos o sacarme dientes a fin de librarme de ser reclutado. Tendré que marcharme al extranjero. Lo mejor sería ir a América.

—Año y medio es mucho tiempo. Ya te he dicho que iría contigo adonde fueras, tal como se describe en la Biblia. Pero con una sola condición: tendríamos que oficializarlo. No puedo decirle a mi papá ni a mi mamá que voy a vivir con un hombre en amor libre. Para ellos sería una catástrofe absoluta. La salud de papá no es del todo buena y eso acabaría con él. De todos modos, ya sabes que para mí ni el contrato matrimonial rabínico ni el anillo de compromiso tienen significado alguno. Si dejaras de quererme, o yo a ti, ambos quedaríamos libres. No vale la pena destrozar a los padres por una minucia como ésa. Todo esto ya te lo he dicho muchas veces, pero cada vez finges no haberlo oído.

—No finjo nada, pero yo también tengo padres. Para ellos, tener una nuera cuyo padre se afeita la barba y cuya madre muestra abiertamente el cabello significa convertirse en consuegros de gentiles. Empezaría entonces toda una historia, tendrías que ir al *mikve* y quién sabe qué más. Yo los quiero, pero son unos fanáticos.

—Entonces, ¿cuál era tu plan para empezar? Si todo el asunto es demasiado complicado para ti, sólo necesitas decir una palabra. Sabes lo lejos que estoy de imponerme a alguien.

—Solche, yo te quiero. Casi iba a añadir: «Dios es testigo». Pero ¿qué clase de testigo es? Yo me enamoré de ti en el primer minuto, de hecho, en el primer instante de aquella velada en Ha'Zamir. Pero no entiendo por qué hablamos de esto precisamente ahora, cuando tienes otras preocupaciones en la cabeza. ¡Ah, sí! Porque mencionaste huir de Varsovia. Si te vieras obligada a ello, no podrías aplazarlo año y medio. Y si la Ojrana te busca, tampoco tiene sentido celebrar una boda. Son capaces de llegar y sacarte a rastras de debajo del palio.

—¿Qué quieres, pues? El café se está enfriando.

—Lo mejor sería viajar ya, ahora. Aunque, en realidad, no podríamos viajar sin cruzar la frontera secretamente. Yo no puedo decirles a mis padres que me voy a América. Para ellos esto sería como si me suicidara o me convirtiera. Tampoco podemos solicitar un pasaporte extranjero si la policía te busca. En cualquier caso, cuesta demasiado dinero y, encima, te obligan a esperar meses hasta que recibes el trozo de papel.

—¿Qué quieres hacer? ¿Que huyamos sin despedirnos?

—Para mí, eso sería lo más fácil.

—Búnemel, no puedo hacer eso a mis padres. Prefiero morir.

—Empiezo a creer que soy yo el anarquista y no tú.

—Si el anarquismo es, como afirman nuestros enemigos, irresponsabilidad, o «un brote tan salvaje como el perejil», según el dicho yiddish, entonces tal vez sí eres anarquista. Pero para mí el anarquismo es el más alto grado de responsabilidad: para uno mismo, para los próximos y también para los más lejanos. Para nosotros no hay lejanos, cada individuo es nuestro prójimo. Incluso si finalmente decidiera dejarlo todo y a todos, y huir a América, no lo podría hacer ahora. Puesto que los perros de la Ojrana me buscan, no puedo regresar a mi casa. Debo encontrar hoy mismo un lugar donde pernoctar, y no sólo hoy, sino también mañana, y tal vez para siempre. Aunque, de hecho, ¿qué tienen contra mí? Ninguna prueba concreta.

—Si ese joven de Galitzia es un infiltrado, podría proporcionarles pruebas.

—Lo único que podría hacer él es testificar contra mí en el tribunal, pero nunca llegaría con vida al juicio. Sólo hay una persona con quien puedo contactar, y para hacerlo tendrías que ayudarme. Aunque si no te bebes el café ahora mismo, nuestra relación está acabada.

—Vale, vale. ¿Quién es esa persona? ¿Qué puedo hacer yo?

—No te asustes. No arriesgas nada. Es el profesor de biología de la universidad popular, en donde estoy estudiando. Cada tarde, o casi, acude a un café en la calle Dluga llamado Pod Bliajem [‘Bajo el Tejado’], al lado de la plaza Krashinski, pasada la calle Med. Nuestros camaradas no van allí. Quienes sí van son una pandilla de antiguos marxistas que, asustados tras la revolución de 1905, se han convertido en renegados. Se han reconciliado con el régimen y hasta con Dios y con el papa. Lo único que tendrías que hacer es acercarte a él y decirle que le estoy esperando en la plaza del Teatro, a la entrada de la Ópera.

—¿Cómo se llama? ¿Cómo lo reconoceré?

—Su nombre no importa. Es fácil reconocerlo: es alto, calvo y con perilla negra. Su mesa siempre está llena de periódicos. Lee todos los que puede conseguir. Gasta la mitad de sus ingresos en la prensa. Es un poco demasiado dogmático para mi gusto, pero no todos podemos pensar igual. En esa clase de igualdad no creemos. Bakunin defendía en cada oportunidad el individualismo humano.

—¡Deja ya de citar a Bakunin!

—Es quien merece ser citado. Lo previó todo. Era un gigante. Alexander Hertz dijo de él que no nació bajo una estrella sino bajo un cometa, un cometa que ilumina el horizonte entero. Bakunin, hace cuarenta o cincuenta años, lo vaticinó todo. Incluso la división en el

movimiento socialdemócrata. Marx, en comparación con él, era un enano. En cuanto entres en el Pod Bliajem lo verás. Me refiero a mi profesor, no a Bakunin. Ojalá aún viviera. Entonces no podrían inventar, en nombre del anarquismo, tantas estupideces.

—¿Qué debo decirle?

—Dile que Stasha le espera en la entrada de la Ópera. Así es como me conoce. No sabe más de mí, ni desea saberlo.

—¿A qué hora debo estar ahí?

—A las siete de la tarde. Yo lo esperaré al lado de la Ópera a las siete y media.

—¿Es judío?

—¡Qué más da! Nació judío, pero su padre lo convirtió al cristianismo. El padre había sido en su día estudiante en un seminario rabínico. Casi todos los estudiantes de aquel seminario se convirtieron. ¿No es gracioso?

—A mis ojos, ya nada es gracioso.

4

«Ya no puedo engañarla más; tengo que contarle la verdad—se decía Búnem—. En esto consistía nuestro pacto: nunca ocultar nada uno al otro». Pero cada vez que quiso empezar a relatar a Solche lo sucedido con Keyle, terminaba hablando de otro asunto. En la calle helaba y no tenían adónde ir. Pidieron más café con galletas. No era momento, decidió Búnem, para «plantear la verdad». Continuó sentado en silencio y Solche, al parecer, también se sumió en sus pensamientos. «La quiero demasiado para causarle tanto daño, y menos aún cuando ella está en semejante situación», pensó. Por enésima vez, tenía ganas de decirle que ni el socialismo ni el anarquismo ni ningún otro ismo podrían curar la desdicha humana, pero también se abstuvo.

Mientras tanto, por extraño que fuera, notó que, en mitad del invierno, en la cafetería había sobrevivido una mosca, una única mosca, de abdomen verde dorado. Había olvidado que, en invierno, una mosca debía morir. Volaba alrededor de la lámpara de techo y se detuvo en el plato de Búnem, al lado de una miga que quedó de la galleta. «Seguramente eso es para ella un montón de alimento. ¿Habrá comido? ¿Habrá observado sólo la miga de la galleta? Estuvo mucho tiempo allí, al parecer rumiando pensamientos de mosquita. ¿Tendrá cerebro? ¿Tendrá memoria? ¿Echará de menos la compañía de otras moscas? ¿Sentirá la soledad? ¿Cómo habrá conseguido ser la única mosca en quedar con vida?». La atención de Búnem se había concentrado totalmente en esa criatura, que según todas las reglas de

la higiene habría que aniquilar, puesto que nace en la basura y lleva consigo bacterias de toda clase de enfermedades.

Al igual que Solche, Búnem también se interesaba por la biología. En consecuencia, a menudo conversaban acerca de libros, como el que recientemente Solche le había traído: *La vida de una ameba*. Qué extraño era saber que esa mosca tuvo un padre y una madre, y que era hija (o hijo) de incontables generaciones de moscas que volaron, zumbaron, buscaron alimentos, murieron y dejaron generaciones tras ellas. Si Darwin tenía razón, esa mosca era el resultado de la mutación de otro insecto, y aquel insecto, a su vez, era descendiente de quién sabe cuántas generaciones de su especie. ¿Habrá existido algo como el primer insecto? ¿Será que la vida evolucionó realmente a partir de una combinación aleatoria de moléculas? Bueno, ¿y cómo se crearon las moléculas? ¿Y los átomos? Últimamente, Búnem había leído, en artículos científicos del *Correo de Varsovia*, que ya no se tenía la seguridad de que el átomo fuera realmente la más pequeña partícula de la materia. El descubrimiento del radio había causado una revolución en la física. Se había empezado a dudar de la existencia del éter, supuestamente el conductor de la radiación electromagnética.

De hecho, justamente en su tiempo se habían producido descubrimientos que revolucionaron la forma de pensar sobre la naturaleza. Resultaba que los rayos de luz vibraban y se movían a una velocidad de un millón de veces por segundo. A través de un espectroscopio se había podido determinar de qué materia están hechas las estrellas. Se construían telescopios cada vez más grandes y la Vía Láctea ya sólo era una más entre los millones de millones de constelaciones. ¿Sería el espacio realmente tan infinito como afirmaba Newton o tendría un límite? Pero ¿era posible un límite en el espacio? Y en mitad de todo eso, él, Búnem, hijo de Sheva y Menájem Mendel, se había enredado, por amor o por pasión, con Keyle, una prostituta que había huido de su proxeneta. Finalmente, la prostituta había ido a despachar en una panadería de la calle Nizka, mientras que él, Búnem, estaba sentado junto a una anarquista que se hallaba en peligro de caer en las manos de la Ojrana. ¿Era real todo esto? ¿O más bien, como afirmaba George Berkeley, un sueño o pesadilla de la divinidad?

Una cosa era segura: él y Solche no podían quedarse sentados allí todo el día. La camarera ya empezaba a mirarlos mal. La mosca ya había volado y estaba pegada al techo, donde el aire estaba un poco más caldeado. Solche bostezaba, mostrando su blanca dentadura. A sus ojos asomaba la somnolencia junto con el desconcierto de alguien que está en un serio apuro.

—¿Qué opinas?—dijo—. ¿Debería telefonear a mi casa? Alguien dijo que la Ojrana tiene agentes en la central telefónica para poder escuchar conversaciones.

—No creo que eso sea posible. Por si acaso, no digas desde dónde estás llamando ni dónde vas a estar.

—Dónde voy a estar, ni yo lo sé. Eso lo decidirá mi profesor.

—¿Cómo sabré dónde vas a estar?

—Ya encontraré un modo de hacértelo saber.

—¿De verdad estás dispuesta a viajar conmigo a América?

—Sí, de verdad. Pero no podré sin el consentimiento de mis padres. Así de sencillo.

5

Cuando Búnem regresó a casa, la cena aún no estaba preparada. Su padre no había vuelto todavía de la oración de la tarde en la sinagoga. Tsírele estaba leyendo, a la luz de la lámpara de queroseno, una de las novelitas rosas de Shómer. A menudo se burlaba de este autor, de su estilo, de su yiddish germanizado, pero así y todo lo leía. Eran novelas de amores románticos y personajes intrigantes que intentaban separar a la pareja enamorada. La acción no tenía lugar en Varsovia, sino en Francia, en la Riviera, o en Roma, y especialmente en Suiza. Tsírele solía decir que leer a Shómer era como hacer un viaje al extranjero.

En cuanto a su madre, sentada junto al fogón mientras se cocinaba algún potaje, leía el libro *Los deberes del corazón* y en el regazo tenía *El camino de los justos*. Aparte de estos tratados sobre la moral, leía de vez en cuando otros, tan profanos como el *Libro de la alianza* y también *Los caminos del mundo*, en el que un autor ilustrado describe países lejanos, tribus salvajes, extrañas costumbres de los chinos, de los japoneses y de los habitantes de islas del Pacífico. Mientras tanto, un grillo chirriaba, escondido en una rendija detrás del horno, y contaba una historia en su propia lengua. De vez en cuando hacía una pausa, como al final de una parrafada, y luego empezaba de nuevo. Sobre la mesa de la cocina había un periódico yiddish, que madre e hija ya habían leído y lo guardaban para el viernes. Con él envolvían la olla del *chólent* para que no se enfriara hasta la comida del sábado.

Hubo un tiempo en el que la madre preguntaba a Búnem, cuando llegaba a casa, dónde había estado. Pero él, entre vacilaciones y tartamudeos, nunca le daba una respuesta clara, así que ella dejó de preguntar. En general, el padre no hablaba con él. Búnem se comportaba en casa como si ya tuviera una esposa en algún lugar. Tsírele lo miraba, mitad con envidia y mitad con admiración, consciente de que él había logrado algo que sólo un hombre era capaz de lograr: seguir su propio camino. La madre continuó leyendo hasta el final de la página, en la que el rabino Bajya demostraba que la

persona que sirve a Dios se halla en mejor situación que el alquimista que puede transformar todo en oro. Luego dejó el libro y preguntó a Búnem en tono de reproche:

—¿Has venido para quedarte o vas a salir corriendo enseguida?

—Tengo que marcharme pronto.

—La cena aún no está lista.

—Comeré lo que haya.

—No hay nada. Espera, buscaré algo, hijo «indómito y rebelde».[13]

—En mi infierno, tú no vas a estar.

—Me temo que sí. Así está escrito: «Recaiga sobre mí la maldición»[14]—respondió Sheva, como erudita hija de un rabino que era.

Búnem la miró de reojo. «Tiene un rostro interesante—pensó—. Podría hacer de ella un extraordinario retrato». Su madre tenía la nariz fina, el mentón puntiagudo y las mejillas hundidas. Sus grandes ojos grises traslucían una severa preocupación. La naturaleza había cometido un error: Sheva debería haber sido un hombre. *Reb* Menájem Mendel entraba a veces en la cocina para preguntarle dónde localizar este o aquel versículo de las Escrituras. En otras ocasiones, buscaba su consejo acerca de una cuestión de *kashrut* que planteaba un ama de casa. Sheva era capaz de distinguir, mejor que él, si el ala de una gallina estaba rota o sólo dislocada. Era experta en localizar la vesícula biliar oculta del ave. Podía entenderse, además, con mujeres que acudían a consultar acerca de algún tema íntimo femenino, en especial relacionado con el número de días puros en el mes.

—Lávate las manos—dijo a Búnem—. Y tú, Tsírele, pon el mantel.

—Puede comer sin mantel, el gran aristócrata.

—¡Haz lo que te digo!

Tsírele extendió el mantel de modo que cubriera sólo la mitad de la mesa. Era mayor que Búnem, casi lo había criado. Mientras ella seguía siendo menuda, él era alto y esbelto. Las muchachas de la calle Krochmalna le clavaban la mirada al pasar. Los casamenteros lo inundarían de propuestas. Podría conseguir fácilmente una dote de mil, o incluso mil quinientos rublos, más seis o diez años de mantenimiento a costa de un suegro. Sin embargo, después de que un discípulo del rabino de Sochaczew lo viera una vez pasar por la calle con chaqueta corta y un sombrero sencillo, ya quedó bien claro que no le buscarían para un matrimonio concertado. Además, llevaba en la mano una carpeta grande con dibujos suyos. Cuidaron de que todo esto no llegara a conocimiento de *reb* Menájem Mendel, pues de lo contrario lo echaría de casa.

La madre sirvió a Búnem un trozo de carne que había cocinado dentro del potaje y unas cucharadas de habas. Colocó al lado del plato

un trocito de pan y volvió a su libro, aunque de vez en cuando lanzaba una mirada inquisitiva a su hijo.

«Ha crecido como un árbol, librado sea del mal de ojo. Se ha descarriado del camino recto, pero al menos no es tan parlanchín como su hermana ni se queja continuamente como ella».

Entre madre e hija se libraba una callada guerra. Tsírele culpaba a su madre de haberle concertado el matrimonio con Mordejái Zéraj a fin de que se marchara de casa cuanto antes. Es más, había llegado a decir que si se suicidara, como aquella vecina modista del número 16, la culpa sería de su madre.

Búnem comía deprisa. Tenía que estar a las siete en punto en el café Pod Bliaje y después desplazarse hasta algún lugar de la calle Nizka, en el otro extremo de Varsovia. Cuando se puso en pie, oyó la voz de mando de su madre:

—¡Recita la bendición por la comida! ¡Todavía no eres un *goy*!

Búnem hizo caer unas gotas de agua en la palma de su mano y comenzó a murmurar: «En esta casa hay que loar constantemente a Dios por los sufrimientos que decreta sobre el pueblo de Israel. Encima, alabarlo pensando que, en su misericordia, reconstruirá Jerusalén. Y finalmente decir amén». Antes de que saliera de la casa, su madre le advirtió:

—Ponte el abrigo. Las calles están heladas.

—No necesito ningún abrigo—respondió Búnem, y se marchó.

Corrió por las aceras resbaladizas. De las farolas de gas bajaban nebulosos rayos de luz con reflejos del arco iris. Por encima de los tejados cubiertos de nieve se alzaba una brillante franja de cielo, y de la chimenea del número 7 de la calle saltaban chispas. Los pasteleros horneaban *béiguels* y pan.

Antes de salir de la casa, Búnem pidió a Tsírele en secreto que le prestara cuarenta groschen. Ya le debía un rublo y cincuenta kopeks. Tsírele los sacó de los ahorros que guardaba para el sastre que cosía su ajuar. No tener ni un groschen en el bolsillo no sólo era algo doloroso para Búnem, sino que también lo avergonzaba. Lo veía como un símbolo del fracaso de la educación religiosa que se daba a los hijos para que fueran mendigos y parásitos. Él proyectaba huir a América, pero ¿dónde conseguiría el dinero para pagar el pasaje?

A medias corría y a medias resbalaba sobre el pavimento de la acera. El periódico había publicado que mientras en Berlín, en París y en otras capitales europeas las calles se limpiaban de nieve, en Varsovia se mantenían sucias durante todo el invierno. Búnem llegó al restaurante Pod Bliajem a las siete en punto.

Abrió la puerta y enseguida vio al profesor de Solche. Era exactamente como ella lo había descrito: calvo y con perilla, y estaba

sentado a una mesita llena de periódicos y revistas. Fumaba un cigarrillo y leía. Del bolsillo de su chaleco colgaba la leontina. Búnem lo observó durante un rato. Ahí estaba el profesor, planeando cómo llegar a establecer el anarquismo. Búnem se acercó a su mesita y murmuró:

—Stasha le está esperando a la entrada de la Ópera en la plaza del Teatro. Ha habido un registro en su casa.

El hombre ni siquiera pestañeó. Sin inmutarse, sacó el reloj del bolsillo del chaleco y dijo alzando la voz:

—Son las siete y cinco.

Al instante, Búnem captó que se trataba de un ardid de conspiradores, a fin de que pareciera que había preguntado por la hora. Búnem se sentó en otra mesita y pidió un té. El profesor siguió leyendo sentado algún tiempo. Después recogió los periódicos y los introdujo en una carpeta. Pagó a la camarera que se había acercado a su mesa y, acto seguido, salió a encontrarse con Solche.

Búnem sorbía el té caliente mientras miraba a su alrededor. Pese a que Solche le aseguró que en ese restaurante los clientes habían hecho las paces con el régimen y con Dios, parecían rebeldes: hombres con espesa cabellera despeinada, algunos incluso con blusones negros atados con fajines, y muchachas con el cabello corto. Allí sentados, planeaban la revolución mundial, cada uno a su manera. Algunos de los jóvenes leían en voz alta para las muchachas trozos de noticias o fragmentos de artículos. Supuestamente observaban las prudentes reglas de la conspiración, pero de hecho sus ropas y cada movimiento los delataban. En cualquier momento podía llegar al lugar el carro negro de la policía y arrestarlos a todos.

Búnem pagó y echó a correr hasta llegar al número de la calle Nizka donde había quedado con Keyle. Ella se hallaba de pie junto al portal, envuelta en un chal. Sólo asomaba una parte pálida de su rostro. En las semanas transcurridas desde que se alejó de Yarme, había adelgazado y palidecido. Aparentaba exactamente lo que era ahora, una criada. Cuando vio a Búnem, los ojos se le iluminaron por un momento. Él se disculpó por haberse retrasado.

—Búnemel, no necesitas disculparte—dijo ella—. Estaba dispuesta a esperarte toda la noche. En cuanto has llegado, todo se ha vuelto claro de nuevo.

Durante un buen rato caminaron en silencio a lo largo de la oscura calle. «¿Debería decirle algo acerca de Solche?—se preguntaba Búnem—. ¿Debería engañarla?». Keyle había depositado en él todas sus esperanzas. Había aguardado pacientemente en el frío. Búnem temía que ella gritara, llorara, incluso que se desmayara. «Se lo diré más tarde», decidió.

Siguieron caminando unos pasos más y se detuvieron. Ella lo sujetaba por el brazo, mientras la mano le temblaba y vibraba.

—Vamos a volver—dijo de pronto.

—¿Adónde?—preguntó él.

—He encontrado un cuarto en la casa del viejo panadero. Nadie entra en él.

—Todavía podrían pillarnos.

—No, ya verás.

Keyle empezó a contarle algo acerca del panadero al que servía. En ese cuarto almacenaba palas y atizadores y una pila de sacos vacíos. Estaba caldeado, porque a través de una pared llegaba el calor del horno. Desde dentro se podía cerrar la puerta mediante una cadenita. El viejo panadero y su único aprendiz estaban ocupados en ese momento en preparar la masa para los *béiguels*, que después hervirían en una gran vasija antes de hornearlos. También la vieja les ayudaba en la panadería. Transcurrían semanas sin que nadie se asomara a ese cuarto.

—He pasado toda la noche sin dormir, pensando en ti—dijo Keyle —. ¡Ay, Búnemel! ¡Quién podría creerlo! He dejado todo y a todos y me he convertido en una criada. Los viejos me aceptaron tal como soy. Como suele decirse, vacía y desnuda. Eres mi única esperanza.

Búnem comenzó a atragantarse con las palabras.

—Keyle, tengo que decirte algo.

—¿Qué?

Él sintió un nudo en la garganta.

—Amo a una muchacha.

Keyle, afortunadamente, no gritó ni estalló en lamentos. Se detuvo y ambos guardaron silencio.

—¿Qué quieres que haga?—le preguntó finalmente—. ¿Que vuelva con Yarme?

—No quiero engañarte.

—Bien, así sea. Perdida ya estoy, de todos modos.

Durante largo rato siguieron allí, inmóviles y callados.

—Llévame a algún sitio—dijo ella a continuación, con un temblor en la voz—. Necesito un trago.

CAPÍTULO VI

1

Max estaba acostumbrado a que todo saliera tal como él quería. Últimamente, sin embargo, algo indicaba que su suerte se había ensombrecido. En primer lugar, el plan con el testamento de Serguéi Davidovich terminó en fracaso. La malvada esposa del anciano llegó desde Kiev y se llevó al marido a su casa. De momento, seguía vivo. En segundo lugar, Yarme, después de que Keyle lo abandonara, se había dado a la bebida. Ya no «ingresaba» ningún dinero y el que recibía de Max lo despilfarraba bebiendo. Éste le repetía que era una necedad creer en el sexo femenino, pero de nada sirvieron sus palabras. Yarme echaba de menos a Keyle y seguía buscándola. Le echaba a Max la culpa de que ella hubiera huido. Ya no le atraía la homosexualidad. Prefería seguir buscando a Keyle y emborracharse.

En consecuencia, pareció que Max, que había venido a Polonia sólo para encontrarse con Yarme, ya no tenía nada más que hacer en Varsovia. Por otro lado, en Estados Unidos, en Canadá y en Buenos Aires lo buscaba la policía. Además, había abandonado a algunas esposas. Sólo podría regresar a Río de Janeiro, a condición de llevar con él un transporte de «mercancía viva». A cambio de ello, había recibido un importante adelanto, además del coste del viaje. Pero también este proyecto se le había complicado.

El plan inicial había sido recorrer con Yarme y Keyle las provincias en donde era fácil reclutar mujeres aptas para llevarlas al extranjero. Él se «casaría» con algunas de estas «primas», las más confiadas, y convencería a Yarme para hacer lo mismo. A Keyle le tocaría el papel de ser la hermana de uno de los dos, además de actuar de intermediaria para los compromisos matrimoniales. Ahora bien, Keyle había desaparecido y Yarme no aceptaba salir de Varsovia. Seguía confiando en que ella regresaría o en que él la encontraría en algún lugar.

Max había traído a Polonia una gran cantidad de dinero, pero vivir en un hotel, desplazarse en *droshkys* y comer en restaurantes salía muy

caro. A esto se añadía que Yarme le sableaba para poder beber y encima tenía que pagarle su alquiler. Aunque lo peor de todo era que algo había sucedido con las fuerzas de Max, ya fuera por los nervios o como lo llamaran. Por mucho que le atrajeran los hombres, también era capaz de tener relaciones con mujeres. Durante años fue un «corruptor», un experto en seducir muchachas vírgenes y luego prepararlas para el prostíbulo. Se jactaba de conocer la psicología femenina: cómo persuadirlas y cómo enredarlas hasta que ya no encontraban más salida que dejarse vender. Se había convencido de que poseía un poder magnético. Lo que le sucedía era imposible de explicar por medio de la razón. Echaba una mirada a una mujer y enseguida ella le tomaba afecto. O se concentraba en ella y la hipnotizaba con la mente. Había logrado en su vida triunfos que no había contado a nadie porque lo considerarían un fanfarrón. Tal vez su fuerza consistiera, afirmaba él, en que no creía a las mujeres, no depositaba en ellas ninguna confianza, conocía sus trucos, sus simulaciones y falsas sonrisas. A la vez, nunca le fallaba su potencia viril. Prolongaba el placer de la hembra el tiempo necesario y no se lanzaba sobre ella con el ímpetu de aquellos que sólo buscan su propia satisfacción.

Tiempo atrás, antes de abandonar Varsovia, Max había tenido en la ciudad una amante, una entre otras muchas, con la cual llegó a pensar en casarse, aunque en su corazón sabía que nunca se uniría a ella del todo, pues su verdadero deseo no se orientaba hacia las mujeres.

Se llamaba Féiguele o Fania Lepkin. Quienes la conocían la llamaban Fania la Negra. Era morena como una gitana, de baja estatura, con ojos rasgados como los de un tártaro, altos pómulos, boca de dientes blancos y labios gruesos. Sus cabellos eran negros como el alquitrán, y se los peinaba con dos cortas y gruesas trenzas. Tenía la edad de Max, era incluso algo mayor que él, y procedía de un *shtetl* de la provincia de Lublin. Había llegado a Varsovia después del fallecimiento de su madre y encontró trabajo en una tienda de fajas y ropa interior femenina. Rápidamente aprendió a fabricar esas fajas y a arreglarlas, así como a coser camisetas. Los propietarios, Isidor e Ida Goldin, eran un matrimonio anciano y sin hijos. La mujer, muy enferma, sufría del hígado y del corazón. A menudo la pareja pasaba tiempo en los balnearios de Otwock o Carlsbad tomando aguas minerales, y dejaban a Fania llevar el negocio como si fuera de su propiedad.

Se trataba de una pequeña tienda en la calle Med, atestada desde el suelo al techo de mercancías de todas las tallas y estilos. Acudían a ella mujeres desde las calles más apartadas e incluso de las provincias, en especial mujeres cuyas medidas requerían ajustar a su cuerpo lo

que compraban. Fania consiguió tal fama en esa especialidad que otras empresas quisieron atraerla, pero ella siguió fiel a los Goldin, demostrando una asombrosa honradez. La habían contratado con un sueldo bajo, e Isidor Goldin, en cada ocasión que surgía, le ofrecía un aumento e incluso le proponía convertirse en socia, pero Fania lo rechazaba:

—¿Por qué? Gano bastante; tengo todo lo que necesito.

Al cabo de algún tiempo, el matrimonio la invitó a que se fuera a vivir con ellos en el gran apartamento que tenían en la calle Dluga y empezaron a considerarla como su heredera. Isidor Goldin escribió en su testamento que, al fallecer, el negocio lo heredara ella. Algunos casamenteros, o simplemente mujeres aficionadas a emparejar a las personas, la inundaron de propuestas matrimoniales. Pero Fania se mantuvo soltera. Cada vez, tras echar una mirada al candidato para novio, decía lo mismo:

—No es mi tipo. —Y también a veces—: Le falta garra.

Pues bien. Resultó que Max conoció entonces a Fania en el teatro yiddish. Isidor la llevaba como acompañante cuando su mujer no quería o no podía asistir debido a su enfermedad. Pero Fania también iba sola cuando el matrimonio viajaba para descansar en los balnearios. En una de esas ocasiones, un sábado por la noche, coincidieron ambos sentados uno al lado del otro en la platea. Fania compraba siempre una entrada de las más caras, de un rublo o de diez guilders y, en cuanto a Max, entraba gratis por ser muy amigo del director. La obra se reveló tan mala que Fania, sin conocer a su vecino de butaca, comentó:

—Un asco.

—Una mierda con diploma—añadió Max.

Fania lo miró de reojo y pensó: «Éste sí es mi tipo». Enseguida entablaron conversación, pues resultó que Fania procedía de un *shtetl* que no estaba lejos del de Max, e incluso eran parientes lejanos, muy lejanos.

Max la invitó a tomar té y tarta la tarde siguiente, en el restaurante Hirshfeld. A continuación, ella lo llevó a su casa, en la vivienda de los Goldin. Tras una larga conversación, le confesó a Max que ya no era virgen, y que en secreto se acostaba con su jefe, Isidor Goldin, cuya esposa ya no podía satisfacerle sexualmente. Max le preguntó si amaba a Isidor.

—Como a un padre, no como a un hombre—respondió Fania.

—Con un padre no se acuesta uno—comentó él.

—Si el padre es un extraño, está permitido—replicó ella.

Muy pronto Max se atrevió a besar a Fania y ella le devolvió los besos murmurándole:

—Tú sí tienes garra.

Aunque disponía de su propia habitación y su propia cama, Fania lo condujo a la cama de Isidor.

—Lo que no se sabe, no hace daño—dijo.

—Tienes un dicho para cada situación—observó Max.

—Soy tuya, pero no quiero tener hijos bastardos—respondió Fania.

Max pensó que era la mejor hembra que jamás había poseído. Con ella, sin embargo, no le valieron sus estratagemas para que accediera a viajar con él a Argentina. «Para mí, Varsovia es suficientemente buena», había replicado.

Justo cuando estaba a punto de casarse con Fania, Max entró en la cárcel por haber cometido algún delito. Durante los meses que estuvo en la prisión, donde coincidió con Yarme, dejó de pensar en ella. Le avergonzaba que se enterara de que había caído en manos de la policía, sobre todo porque desde la ventana de su casa se podía ver el edificio del Arsenal donde estaba encerrado.

Fania ya le había advertido muchas veces que abandonara los negocios ilícitos, ya que en sueños se le había aparecido dentro de una prisión. Y es que ella también poseía poderes ocultos. Jurando por el alma de su difunta madre, afirmaba que, en una ocasión, estando sentada en un sillón del salón las piernas se le quedaron dormidas; al fijar la mirada en el reposapiés arrimado a la pared de enfrente pensó que, si pudiera levantarse en ese momento, lo acercaría a su sillón. En ese instante, el reposapiés empezó a deslizarse hasta llegar a ella, como si una mano invisible lo estuviera empujando. Fania contó otras maravillas como ésta que le habían sucedido. Muchos de sus sueños se habían realizado. Max temía esa clase de vaticinios, siempre relacionados con enfermedades, la muerte y la cárcel.

Después de salir de prisión, Max se marchó a Argentina sin despedirse de Fania. ¿Para qué? No tenía intención de regresar a aquel puerco país; estaba decidido a no casarse nunca en serio, y Fania no era alguien a quien se pudiera atrapar en una red de engaños. Nunca le escribió una carta desde las Américas.

De regreso en Varsovia, a Max le había picado la curiosidad y había mirado la guía de teléfonos para ver si encontraba el nombre de Fania Lepkin. Había comprobado que, efectivamente, seguía viviendo en el antiguo apartamento de Isidor Goldin. Eso significaba que el anciano había fallecido y que Fania no se había casado. Había apuntado su número de teléfono y cada noche pensaba en telefonearla, sin embargo, tras su reencuentro con Yarme y con Keyle, no lo había hecho. Había decidido que era mejor no visitar tumbas y que Fania era demasiado honrada para su gusto, demasiado obstinada y segura de sí misma y de sus poderes y sueños. Además,

sencillamente le avergonzaba telefonearla después de tantos años como si no hubiera pasado nada.

Ahora, sin embargo, con Keyle desaparecida y Yarme entregado a la bebida, una tarde Max decidió por fin telefonear a Fania. Temía recibir un diluvio de reproches, o que ella le colgara el auricular. Él le dijo, sin más:

—Al habla Max.

Y Fania respondió en el mismo tono:

—Sí, Max.

—Aún estoy vivo—dijo él.

—Sí, lo sé—respondió Fania.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Max.

—Tengo mis informadores.

Todo esto en un tono como si se hubiesen separado el día anterior.

2

Normalmente, cuando Max se preparaba para un encuentro con una mujer lo hacía en un estado de ánimo alegre. Pero esta vez, al ir a encontrarse con Fania en el antiguo apartamento de Isidor Goldin, sintió pesadez en el corazón. Era un lluvioso y frío día de otoño. Max no se había traído ropa de invierno y se resistía a adquirirla porque después, en Brasil, no la usaría nunca. Además, allí las modas eran diferentes a las de Polonia, donde los hombres se abrigaban con pellizas, sombreros de piel, chanclos y calzones largos de lana. Por otro lado, había errado en sus cálculos cuando viajó desde París a Varsovia. Había pensado que todo sucedería tan rápido como acostumbraba: buscaría a Yarme, juntos conseguirían media docena de hembras bonitas y tomarían un barco a Brasil. Allí, juntos podrían tener todos los placeres y ganar mucho dinero. Olvidó, al parecer, que tanto en Rusia como en Polonia todo se hacía despacio y se alargaba indefinidamente.

A su manera, Max se había enamorado de Keyle la Pelirroja. A menudo se decía que con ella y con Yarme podría obtener todos los placeres posibles y, por añadidura, ganar mucho dinero. Ahora, la huida de Keyle y el alcoholismo de Yarme le habían demostrado que el hombre nunca debe estar demasiado seguro de su propia fuerza. En realidad, Keyle no había huido de Yarme, sino de él, de Max. Era la primera vez que algo así le sucedía.

Entró en una pastelería en la calle Bialanska y adquirió una caja de bombones para Fania. En otro comercio compró un paraguas y una

chaqueta de lana. De vez en cuando echaba una mirada hacia atrás para asegurarse de que no le seguía ningún agente secreto. Llevaba demasiado tiempo en Varsovia. Los empleados del hotel Krakovski lo miraban con suspicacia. La policía podría encontrar una buena cantidad de delitos del pasado. Las esposas que había dejado abandonadas y sin divorcio posible seguramente lo buscaban y habían solicitado órdenes de detención. De modo que, aunque el camino entre la pastelería y el apartamento de Fania era corto, Max tomó un *droshky*.

El *droshky* se detuvo en la dirección requerida y Max subió por la escalera a la tercera planta. Recordaba la casa como muy elegante, pero en comparación a Nueva York y Río de Janeiro todo le parecía provinciano, deslucido y anticuado. En cada planta había una escupidera con arena. Las puertas eran altas, anchas y pesadas, toda una fortificación. La del piso donde vivía Fania aún tenía pegada la placa de bronce con el nombre del propietario fallecido.

Max pulsó el timbre. En el pasado, en cuanto lo tocaba Fania abría la puerta. Ahora, en cambio, lo hizo esperar. Al cabo de un rato se oyeron sus pasos. La puerta, sujeta por una cadenita, se entreabrió. Durante un rato, unos rasgados ojos negros lo atravesaron con la mirada.

—Sí, soy yo. ¡Abre!—dijo Max.

Fania lo dejó entrar en el vestíbulo y exclamó en polaco:

—*Jak Boga kocham*! [‘¡Por amor de Dios!’]. —Y añadió en yiddish —: No te he reconocido.

—He envejecido, ¿eh?

—¡Al contrario! Tienes aspecto de un dandy joven.

—Tú sí que no has cambiado un ápice—la piropeó.

Fania le pareció más menuda de lo que él recordaba, y su rostro, algo amarillento y plano, como de una mujer china. Sus dos gruesas trenzas se habían convertido en un moño. La siguió a la habitación que ella solía llamar el salón. Los muebles le parecieron viejos, abandonados y pesados; había un aparador de los tiempos de Matusalén y la alfombra persa estaba raída y descolorida. Sintió un olor a insecticida. Max intentó darle un beso al entrar, pero Fania dio un paso atrás. Fue a la cocina a preparar un refrigerio, y allí se entretuvo bastante rato. Luego trajo té con unas galletas saladas. Max le preguntó cuánto tiempo había pasado desde que Isidor Goldin había fallecido.

—Un año y medio.

—¿Y ahora todo esto es tuyo?

—Pago un alquiler por la vivienda y la tienda. Me legó la mercancía.

—¿Y que se hizo de todo su dinero?

—Al parecer no guardaba dinero. La enfermedad de su mujer le costó una fortuna.

—¿Vives aquí sola?

—¿Con quién voy a vivir? ¿Con el *rebbe* de Shiniev? Si metes a una mujer en la casa, introduce la nariz en tus cazuelas y se cuela en tus huesos. Un hombre, en cambio, tendría que ser mi tipo. Yo no soy como tú, que corres tras cualquier falda. Dime, ¿por qué te encarcelaron?

—No por recitar salmos.

—¿Has violado a alguien?

—Doy gracias a Dios de que no me violaron a mí.

—¡Vaya! ¡El mismo Máxele! Te fuiste sin despedirte. Tampoco has escrito ni una carta. No sabía siquiera si estabas vivo. ¿Dónde has estado metido todos estos años?

Max había decidido contarle lo menos posible sobre sí mismo, pero siempre sentía necesidad de presumir. A medida que ella le interrogaba, se confesaba como lo haría un católico ante un cura. Le contó, no sólo lo que había hecho en las Américas, sino también lo de antes, en Piask y en los demás pueblos. Los ojos de Fania se entristecían un momento y al siguiente reían. Examinándolo con una burlona mirada de soslayo, dijo:

—No sabía que eras esa clase de pájaro.

—No te he contado ni la décima parte.

—¿Qué más has hecho? ¿Matar a un padre y una madre y asarlos en el horno?

—Sangre no he derramado nunca.

—¿A qué has venido a Varsovia? ¿A pagar en la cárcel por todos tus pecados?

—Te he echado de menos.

—¿Existirá en este mundo un sinvergüenza mayor que tú? ¡Qué pena que no hay nadie aquí para reírse de lo que dices! Puedes embaucar a cualquiera, pero no a mí. Desde el principio he sabido quién eras.

—Y, sin embargo, te acostaste conmigo.

—Eso es otra cosa. ¿Cómo es que la nariz no se te ha caído? A tipos como tú se les cae la nariz por las enfermedades.

—Estoy completamente sano, gracias a Dios.

—Antes de que me toques, tendría que meterte en agua hirviendo, como se hace con una cazuela antes de utilizarla en el *Pésaj*—dijo Fania.

—Mientras no me quemes entero, estaré encantado.

Normalmente, conversaciones tan sugerentes enardecían la lascivia de Max. Pero, por alguna razón, ahora permaneció frío. «¿Qué me pasa? ¿Me habrá hechizado Keyle la Pelirroja?—se preguntaba—. ¿Acaso me influye mi inclinación por Yarme?».

Pese a sus éxitos amatorios del pasado, Max temía la impotencia. Cuando leía en la prensa un anuncio de algún médico que curaba la «debilidad sexual masculina», esas palabras le asustaban. Todos sus negocios, todas sus jactancias estaban estrechamente ligadas a su potencia sexual. Si ésta le abandonara, había pensado muchas veces, se dispararía un tiro en la cabeza.

Fania fue al cuarto de baño, donde había un calentador de gas para el agua. «¿Se propondrá de verdad darme un baño?—se preguntaba Max—. Debe de estar hambrienta de amor». Pero él no estaba dispuesto, ni de lejos, a esa clase de aventuras. «Vamos, yo no soy el "macho cabrío" de la comunidad. No tengo que satisfacer a todo el mundo». Sacó un cigarrillo y lo encendió. Pensó pedirle a Fania que le sirviera un coñac, aunque sabía que el alcohol le causaría sueño.

—Como eres tan impuro—dijo ella al regresar al salón—, habrá que frotarte mucho para transformarte en *kosher*.

—¿Qué has estado haciendo?

—Estoy calentando agua para ti en la bañera.

—Mejor me das algo para calentarme las entrañas—dijo Max.

—¿Qué prefieres? El anciano, descanse en paz, me dejó toda una bodega.

—¿Tienes coñac?

—Sí, y algo para acompañarlo.

Fania fue a traer la bebida. Max se levantó. «Quizá haya llegado la hora de pegarse el tiro en la sien—pensó—. Pero no hay que darse prisa. La sepultura no huirá». Se acercó a la ventana y abrió la cortina. Desde allí se veía el Arsenal, donde estuvo encerrado largos meses con Yarme. Un tranvía pasó tan cerca del edificio que pareció que iba a arrancarle una esquina. «Vaya, he desperdiciado mi vida—se dijo—. Tal vez Keyle la Pelirroja tenga razón al intentar huir del fango». Pero y él, Max, ¿adónde podía escapar? ¿Y qué podría hacer? ¿Planchar pantalones en Nueva York? ¿Viajar a Palestina para arar la tierra pedregosa y visitar la tumba de la matriarca Raquel? Alguien como él tenía que sacar de la vida todo lo que pudiera o bien estirar la pata.

Fania le trajo una botella de coñac y una bandeja con galletas.

—¡Ahí tienes, bebe!

—Vamos a brindar juntos.

—¿Eh? Bueno, adelante. ¡Ay, he olvidado las copas!

Salió de nuevo y, mientras, Max descorchó la botella y echó un buen trago. Sintió ardor en las entrañas. Se apresuró a volver a meter

el tapón, antes de que Fania llegara con dos copas. Llenó una para él y un tercio de otra para ella.

—¿Qué debo desearte?—le preguntó—. ¿Que tengas todas las mujeres que puedas ambicionar?

—No. Que asista, Dios mediante, a la celebración de tu boda—respondió Max.

—¿Mi boda? ¿Quién me va a tomar por esposa? Los hombres que yo quiero no me quieren y a los que me quieren no los quiero yo.

—Yo te quiero—dijo Max.

—¡Mentiroso! ¡Adulador! ¡Tú quieres mi cuerpo, no mi alma! Ya lo dijo aquella actriz de teatro, he olvidado su nombre.

—¿Qué es lo que dijo?

—Dijo que… que… también eso lo he olvidado. Tengo la memoria de un gato. Cantaba una canción acerca de la vida humana y todo lo demás. Mientras vivimos nuestros años, no sabemos para qué ni para quién. Luego viene el Ángel de la Muerte y todo se acaba. ¿Qué queda, entonces? *Lejaim*!

Bebió un sorbo e hizo una mueca. Max vació la copa.

—Lo que queda entonces no es más que un saco con huesos—recalcó.

3

Max y Fania estaban en la cama. Previamente, ella lo había lavado y frotado en la bañera. Se ocupó de él como lo haría una madre. Sus manos le hacían cosquillas y él reía como un niño. Luego, cuando ella se le acercó en la cama, de pronto le desapareció el deseo. Le vino al recuerdo el blanco cuerpo de Keyle. El de Fania, en cambio, era moreno y algo amarillento, con varices en las piernas, con los dedos de los pies montados unos sobre otros y, además, algunas verrugas. La abrazó y ambos guardaron silencio.

—Bueno, ya ves—dijo Max—. Ya no sirvo para nada.

—No necesitas justificarte. A mí me vale también así.

—¿De quién era esta cama? ¿Del viejo o de la vieja?

—Del viejo. Murió en ella.

Conversaron durante largo rato. Fania le contó lo sucedido con la tienda. Había intentado llevar sola el negocio y además cuidar de la casa. Pensaba que tenía mucho aguante, pero pronto se sintió tan debilitada que se vio obligada a acudir a un médico. Le diagnosticó anemia y le recetó un medicamento que contenía algo de hierro. Puesto que necesitaba ayuda, contrató a cierta joven divorciada.

Parecía honrada y, aunque no le inspiraba mucha confianza, la dejó ocuparse de la tienda. ¿Qué alternativa tenía? Uno no puede cuidar y contar cada groschen que gana. El viejo había apilado tanta mercancía que Fania no sabía lo que había allí, sobre todo en los estantes de arriba. Eso le obligaba a menudo a subirse a una escalera para averiguarlo, y siempre encontraba cosas en las que no se había fijado antes. El viejo tenía esa manía: adquirir las mercancías pertenecientes a comerciantes que se habían arruinado.

—En este oficio—dijo Fania—, hay que mantener un buen surtido de artículos. Con frecuencia, entran clientas con medidas tan increíbles que si no las vieras con tus propios ojos no creerías que algo así existe. Algunas con bustos tan enormes que no caben en ningún sujetador. Otras, en cambio, tienen un pecho plano como una tabla, menos incluso que un hombre. Bueno, y qué decir de las que han pasado por operaciones. A veces entra una mujer joven, bella como el oro, pero sólo tiene un pecho; otra, con un bulto que después se convertiría en cáncer. A cada una hay que ajustarle la prenda que necesita. Mi dependienta no es muy experta en el oficio, pero más vale poca ayuda que ninguna. Si me roba, tampoco eso tiene remedio. Uno no se lleva nada a la tumba. El viejo acumulaba y acumulaba, pero cuando llegó su hora, desapareció. ¿A quién dejaré yo todo esto? Hijos ya no voy a tener.

—¿Por qué no? Aún eres joven.

—Bueno, no tan joven. Es bueno tener hijos en la veintena, no en la treintena. Lo mejor es empezar a tenerlos justo después de la boda, a los diecinueve o veinte años. Entonces uno no se para a pensar. Se vive y al mismo tiempo se cría a los hijos. ¿Qué sería de mi tienda si yo empezara con embarazos y partos? Todo se vendría abajo. Tampoco tengo ya cabeza para eso. Y si empiezas a profundizar en el tema, te preguntas dónde está la lógica de todo ello. ¿Para qué crear personas nuevas, con nuevos problemas? Y, además, ¿con quién tendría yo hijos? ¿Con el ángel Gabriel?

—¿No puedes encontrar un marido?

—No, Max. No puedo. Algunas veces entran clientes en mi tienda, viajantes, agentes de fábricas y de empresas. Empiezan a hablar conmigo y a enseñarme las muestras que traen. La mayoría están casados, pero incluso si alguno de ellos es soltero, no son mi tipo. Les falta garra.

—Se puede prescindir de la garra.

—No, Max. Cuando un hombre es tonto o pesado, o ambas cosas a la vez, no lo puedo soportar. Incluso los diez o quince minutos que paso con él en la tienda son para mí una carga. Allí se queda hablando, divagando, repitiendo cada cosa cien veces, mientras yo sólo tengo un deseo: que se marche de una vez. Bueno, ¿y qué es de tu

vida? ¿Estás enamorado de alguien?

—¿Enamorado? No.

—Sí que estás enamorado. Estás pensando ahora en la otra. ¿Quién es ella? A mí puedes contármelo. Para ti soy una amiga.

—¿Cómo sabes que se trata de una «ella»? Tal vez sea un «él».

Fania guardó silencio un momento y preguntó:

—¿Te estás burlando, acaso?

—Se puede estar enamorado de alguien del mismo sexo.

—No, no se puede.

«No le voy a contar nada», decidió Max. No obstante, a los pocos minutos empezó a explayarse acerca de Yarme y Keyle. Fania escuchaba y callaba. De vez en cuando, tosía ligeramente.

—Max, te lo estás inventando—dijo.

—No, es la verdad.

—¿A quién deseas, a él o a ella?

—A los dos a la vez.

—¿Qué es todo esto? ¿Una especie de obsesión?

—Llámalo como quieras.

—¡Ay, Max! Me das pena. Si yo fuera tú, dejaría de lado todas esas necedades e intentaría vivir como una persona.

—No soy una persona.

—Lo eres. Sí lo eres. Dado que no eres un animal, tienes que ser una persona. Te has dejado llevar por chifladuras. Todo viene de estar solo. Si te casaras conmigo, yo te enderezaría.

—¿Tú te casarías conmigo? ¿Después de todo lo que sabes?

—Sí, Máxele.

—¿Es porque tengo garra?

—Un millón de garras. Pero si no tomas las riendas de ti mismo y te abandonas cada vez más, serás un hombre perdido. Recuerda mis palabras.

Siguieron conversando un rato más. De pronto, Fania soltó un ronquido. Max estaba pegado a ella, con una mano sobre su vientre. Sentía el calor de su cuerpo. «¿Tal vez tenga razón?—pensó—. ¿Me habrá llegado el momento de sentar la cabeza? Bueno, pero ¿qué haría yo con ella? ¿Ayudarle a clasificar los sujetadores? ¿Aprender a coser fajas? ¿Y qué ocurriría si Keyle apareciera y me la llevara, junto con Yarme, a Brasil? Uno se va haciendo más viejo, no más joven. Una cosa es ser un sinvergüenza joven y otra, muy diferente, un sinvergüenza viejo. Yarme es un completo inútil, una bazofia. Lo único que sabe hacer es beber, no sirve para nada más. Sin Keyle, se derrumbará del todo».

Max empezaba a bostezar. Cansado de sus propios pensamientos,

se quedó dormido. Soñó que Yarme y Keyle se convertían en protagonistas de una novela por entregas en el periódico, Keyle en el papel de la *panna* [‘dama’] Helena y Yarme en el de Zbigniew Kozhinski. Se habían disfrazado así para que el duque, el marido de Helena, no los reconociera. Se presentaron carros de policías disfrazados de bomberos. En uno de ellos daba bandazos una escalera que en realidad era una horca. «Tengo que marcharme de aquí, debo huir. ¡Si no también me ahorcarán a mí!». Temblando de miedo, Max se despertó con un sobresalto. Invadido por el deseo, atrajo hacia él el cuerpo de Fania. Hasta pasado un rato ella no fue consciente de lo que había ocurrido. Luego permanecieron en silencio, sumidos por completo en el deleite carnal.

—Para ser alguien que ya no puede desear—comentó Fania—, te las arreglas bastante bien.

—De vez en cuando sucede un milagro.

—Sí. Yo te echaba de menos. Pensaba en ti todo el tiempo, ésa es la verdad.

Max era consciente de que su deseo se dirigía a otra mujer en el cuerpo de ella, pero qué importaba. Esa noche, en lugar de una derrota, cosechaba un triunfo. Sabía que para lograrlo había tenido que pensar en Keyle y Yarme. Comenzó a decir palabras en español que Fania no podía comprender, mientras que él conseguía expresar de ese modo lo que realmente quería. Todo un enredo, pero el amor y el sexo no eran algo sencillo.

—No voy a dejarte marchar por la mañana—murmuró Fania.

—¿Qué harás?

—Te ataré a la cama con una cuerda y aquí te quedarás. Dejaré a tu lado comida y bebida, como se hace con un animal doméstico.

—Deja también un periódico.

—Todo lo que desees lo recibirás, pero aquí en mi casa; en ningún otro lugar.

—¿Y qué pasaría si te pidiera que me trajeras a Keyle y a Yarme.

—¡Nunca jamás!

—Sólo una vez a la semana. ¡Hazme ese favor!—le suplicó.

Fania se paró a pensar.

—De acuerdo. Está bien. Una vez a la semana puedes ser un loco, pero no más.

«¡Ajá! Ya empieza a ceder—pensó Max—. De ellas se puede conseguir todo cuando aman». Y en voz alta le dijo:

—Voy a hacer lo contrario. Yo te ataré a la cama, y a tu lado pondré comida y bebida, como para un ave.

—¿Y quién se ocupará de la tienda?

—No necesitas ninguna tienda. Taladraré un agujero en la caja de

la Banca Landau y sacaré todos los caramelos. Te dejaré cada mañana una botella de champán y un solomillo. Ése será tu desayuno.

—Yo no me tomo un solomillo para el desayuno.

—¡Es cierto! He olvidado que estamos en Varsovia. Pensé que estaba en Buenos Aires.

—¡Estás en Varsovia, so chiflado!

Fania le besó y le mordió los labios.

4

La celebración de *Janucá* ya había pasado. En el oratorio de los seguidores del *rebbe* de Sochaczew los ancianos comentaron lo mismo que cada invierno: que no recordaban nevadas o heladas como aquéllas. Búnem se pasaba las tardes metido en casa. Solche había desaparecido en algún lugar; ya no venía por el estudio. Él había telefoneado a su casa, pero cada vez la madre le respondía que Solche no estaba. También acudió algunas tardes al restaurante Pod Bliaje, pero el profesor de Solche ya no se encontraba allí. ¿Habrían huido juntos a algún lugar? ¿Los habrían arrestado a ambos?

Aquella noche en que le confesó a Keyle su relación con Solche, Keyle había reaccionado diciendo que al día siguiente volvería con Yarme y Max. Arrastró a Búnem a una taberna de la calle Pawoznek, no lejos del cementerio católico, y allí vació una botella entera de coñac. Luego lo llevó a la casa del pastelero donde servía como criada. Lo introdujo en un almacén oscuro, lleno de sacos de harina y, a continuación, se entregó a él.

Sólo ahora, cuando la agitación de aquellos días había quedado atrás y pasaba las tardes en casa, Búnem se dio cuenta de los numerosos peligros que había corrido. En primer lugar, era de suponer que Keyle le contaría a Yarme con quién se había relacionado los últimos dos meses y él sería capaz de venir a asestarle una puñalada o dispararle un tiro.

También era posible, imaginaba Búnem, que Keyle le hubiera contagiado la sífilis. Por si esto fuera poco, se había enredado con una anarquista a quien buscaba la Ojrana y ella le había enviado a entrevistarse con alguien que, más tarde o más temprano, podría ser condenado a la horca. Además, Abraham Kliatchko había advertido a Búnem por teléfono que sería mejor que no apareciera por el estudio. Un personaje, seguramente agente secreto, había venido a interrogar al conserje acerca de las personas que frecuentaban el lugar. De modo que cualquier día podía producirse un registro policial.

Búnem pasaba las tardes sentado en la cocina, ojeando una

gramática rusa o leyendo algún libro de ciencias. Tenía que escapar de Varsovia antes de que él y su familia se vieran involucrados en problemas y acusaciones. Pero ¿dónde iba a encontrar dinero para ese gasto? La familia se estaba preparando para la boda de Tsírele y su padre había tomado un préstamo a interés muy alto. Además, aunque no estuviera endeudado, su padre no le daría dinero para viajar a un país donde los judíos trabajaban el sábado.

Pese a que sólo unos pocos pasos separaban el número 10 de su casa del número 8 donde vivía Yarme, a Búnem no le era posible averiguar si Keyle había vuelto con él. Las dobles ventanas del apartamento de *reb* Menájem Mendel, casi siempre cubiertas por el hielo que configuraba florecillas y arbolitos sobre el cristal, no dejaban ver lo que pasaba en el exterior. La calle Krochmalna, a causa de las heladas, estaba desierta casi a todas horas y los porches se veían llenos de nieve hasta arriba.

Cada noche Búnem se preparaba una cama sobre dos bancos en el despacho rabínico de su padre, pero dormía poco. En cuanto sonaba el timbre del portal, le asaltaba el temor de que vinieran a arrestarlo. De su sueño lo despertaban también tanto las preocupaciones como el deseo sexual. Echaba de menos a Keyle y sus historias acerca de los burdeles, de los proxenetas, de Yarme. Recordaba con todo detalle cada una de sus palabras de borracha, aquella última noche en el sótano del panadero. Reía un instante y al siguiente lloraba. Tan pronto se jactaba de que se iría con Max a la «otra América» y se convertiría allí en propietaria y matrona de un burdel para millonarios, como amenazaba diciendo que iría al Vístula, abriría un agujero en el hielo y se ahogaría.

La verdad era que añoraba tanto a Solche como a Keyle. En sus fantasías, se acostaba con ambas a la vez. Pero ¿de qué servían esas imaginaciones? Estaba inmerso en un dilema sin salida.

Cierta tarde, al bajar las escaleras con idea de respirar un poco de aire fresco en el patio (tenía miedo de salir a la calle por temor a que Yarme lo atacara) alguien en el portal oscuro le tiró de la manga y lo llamó por su nombre. Durante una fracción de segundo pensó que Yarme lo había agarrado, pero no, era Keyle quien, envuelta en un chal que apenas dejaba asomar un trocito de su cara, exclamó:

—¿Eres tú? ¡Te he atrapado!

Un fuerte olor a coñac golpeó a Búnem.

—Sí, soy yo.

—Llevo tres horas esperándote. Estaba a punto de marcharme. El propio Dios te ha mandado que bajaras. Estoy totalmente congelada, como un témpano.

Y le tendió una mano fría.

—¿Dónde estás alojada?—preguntó Búnem—. No podemos seguir aquí.

—Ven a mi casa, en el número 8. Yarme no está allí.

—¿Dónde está?

—Salió de viaje con Max. Iré por delante. Espera un minuto y luego sígueme.

Keyle salió del portal. Búnem, mientras esperaba, pensó: «Vaya, no se puede prever nada. Ni lo malo ni lo bueno». Cuando echó a andar, sintió las piernas extrañamente ligeras. Se detuvo un rato y observó a su alrededor. El cielo se teñía de un color violeta sobre los tejados nevados, como si se les hubieran quedado pegados trozos de luz solar. De las chimeneas subía un humo blanquecino. Una parte de las tiendas ya estaban cerradas. En otras, con puertas todavía entreabiertas, los compradores entraban a hurtadillas para que no los viera el guardia, aun cuando éste recibía de ellos su habitual soborno. Después de las siete, según la ley, todos los comercios debían cerrar.

El hielo se había derretido ligeramente y algunos jóvenes gamberros, con la visera de la gorra tapándoles los ojos, se lanzaban bolas de nieve los unos a los otros. Un joven con tirabuzones y un gabán hasta los tobillos llevaba bajo el brazo la Guemará. Volvía a casa desde el oratorio jasídico o desde la casa de estudios en el número 5 de la calle Gnoina. Búnem entró en el portal número 8, donde Keyle le estaba esperando.

—El apartamento no está caldeado—le dijo ella—, pero yo te calentaré.

Estas palabras bastaron para enardecer a Búnem. En la escasamente iluminada escalera, Keyle se detuvo y lo besó mordiéndole los labios. El olor a alcohol que ella le insuflaba le hacía sentir una especie de embriaguez. Keyle abrió la puerta. Una ráfaga de viento helado sopló desde la vivienda, como proveniente de una cámara de hielo. Keyle cerró la puerta con llave desde el interior y echó el pestillo:

—Ahora eres mío—afirmó.

—¿Dónde has estado? ¿Cuándo se marchó Yarme?

—No volví con él. He estado sirviendo en casa del panadero, donde se estrecha la calle Mila. Hoy es mi día libre, como todos los miércoles, y me he acercado hasta aquí para ver qué había sido de este lugar. El conserje me ha dicho que Yarme se había ido de viaje pagando por adelantado el alquiler. Se ha marchado con Max y se ha olvidado aquí la pitillera. Sus tres mecheros, en cambio, se los ha llevado. ¿Tienes hambre?

—¿Hambre? No.

—He traído una bolsita con algunos *béiguels*. Ven a la cama. No te

desvistas. Nos quedaremos tumbados como unos animales en su guarida.

Tiró de él y cayeron sobre la cama, uno encima del otro. Keyle lo cubrió con una manta. Ni siquiera le dejó quitarse los chanclos. Entre gemidos y chillidos sofocados, comenzó a contorsionarse como una acróbata, al igual que aquel día en el estudio de Abraham Kliatchko. Sólo ahora se dio cuenta Búnem de hasta qué punto la había deseado. Una fuerza salvaje se apoderó de él. En su pensamiento, se comparaba a un león feroz. «¡Ah, ¿de dónde me vienen estas fuerzas?», se preguntaba. Tras un largo revolcón se despegó de ella.

—¿No has vuelto con Yarme?

—Ya te he dicho que no.

—¿Por qué no me has avisado?

—Sólo dispongo de un día libre a la semana. Varias veces te he esperado aquí en el portal. Pero tenía miedo de que alguien me reconociera. Además, puesto que tienes otra mujer, ¿para qué insistir? He querido olvidarte, pero no he podido. Te recordaba en la cama, en la cocina, y oía tu voz. ¿Eres hechicero o qué?

—Sí, lo soy.

—Lo repasaba todo mentalmente. Por las noches yacía despierta hasta que empezaba a asomar la luz grisácea del día. Tanto el viejo como la vieja vuelven tarde de la panadería. Cuando llegan, derraman todo el dinero sobre la mesa y están contándolo hasta las dos de la mañana. En la cocina hace tanto calor que parece un horno, y los ratones brincan por allí a pesar de que hay tres gatos. Los viejos me dejan dormir hasta muy tarde. En sueños te hablaba. Te rogaba que volvieras conmigo. Mi difunta madre me vino a ver anoche, envuelta en su sudario, y me habló como yo hablo contigo ahora. «Keyle—me dijo—, si él no te quiere como esposa, conviértete en su criada. “Le lavarás los pies y beberás el agua”».[15] Ésas fueron sus palabras. Me levanté y fui a buscarte.

—¿No has tenido a nadie más en todo este tiempo?

—Nadie me ha tocado. Ni siquiera con el dedo meñique. ¿Quién lo iba a hacer? El viejo panadero está enfermo. Tiene una barriga como un tambor, con cicatrices de tres operaciones. Y su ayudante tiene esposa e hijos. Saben lo que soy, porque vivo allí sin estar registrada. Con un pasaporte amarillo no pueden registrarte. He tirado el pasaporte a la basura. Quiero viajar contigo a América. ¿Es bonita, al menos? Me refiero a tu novia.

—Bonita y culta.

—Caminaré tras ella llevándole el cesto de la compra. Criaré a sus hijos…

Al cabo de un rato, Keyle salió de la cama y encendió el fuego en

la estufa. Había restos de un montículo de leña, algunas astillas y un poco de carbón en un barril. Encima de la estufa vio una caja de cerillas. Encendió también la lámpara de queroseno. Muchas de las viviendas ya contaban con alumbrado de gas, pero en ésta, como en la de *reb* Menájem Mendel, se seguía usando queroseno.

Keyle puso al fuego una tetera y preparó el té. Mientras ella trajinaba en la cocina, Búnem tuvo una sensación extraña, como si ella fuera su esposa. Bebió el té caliente vestido todavía con el abrigo y los chanclos. Keyle le ofreció un saquito con ciruelas secas, de las que habían quedado en el que había sido su hogar. Luego se quitó el chal y se lo puso a Búnem sobre los hombros.

—Quisiera que fuera siempre de noche—dijo—y que te quedaras conmigo. Me convertiría en una hija decente del pueblo judío. Olvidaría todo lo pasado.

—No se puede olvidar.

—Se puede. Yo ya había empezado a hacerlo, pero llegó Max el Cojo y lo revolvió todo. ¿Por dónde andarán arrastrándose en estas heladas? Max quizá habrá tenido ya una docena de hembras, entre la ciudad y los pueblos. Además, tiene hijos. Hundirá a Yarme en el lodo, hasta que no puedan sacarlo ni con siete parejas de bueyes. En cuanto lo vi, dije: «Yarme, éste es nuestro Ángel de la Muerte». En cambio, cuando te vi a ti, sentado en la cocina de vuestra casa y leyendo un libro, e incluso antes, cuando entraste en el despacho rabínico y levantaste del suelo el tintero, pensé: «Éste es mi ángel del cielo».

—Keyle, no soy ningún ángel.

—A mis ojos, eres un ángel. Si fueras un par de años más joven y yo un par de años mayor, podría ser tu madre. Yo quería tener un hijo con Yarme, pero él decía: «¿Para qué? ¿Para que mi hijo tenga un criminal por padre?». Yo le respondía: «No tienes por qué ser un criminal. Búscate un trabajo o comercia con algo». Sin embargo, como suele decirse, la cabra tira al monte. Yo desearía tener un hijo contigo, un niño rubito con ojos azules.

—¿Con qué fin? ¿Para traer nuevos problemas al mundo?

—Un niño no es un problema. Mi tía solía decirlo: hasta un árbol desea dar frutos.

CAPÍTULO VII

1

Abraham Kliatchko comunicó a Búnem que Solche había sido arrestada. La habían encarcelado en la Citadelle, en la sección de los prisioneros políticos. A los pocos días, una tarde, cuando Búnem volvía a casa después de estar con Keyle, Tsírele salió a su encuentro con la noticia de que un policía había venido en su busca. Búnem lo comprendió al instante: en la Ojrana se habían enterado de sus relaciones con Solche. Si no huía, lo detendrían esa misma noche. No había tiempo ni siquiera para despedirse de su padre y de su madre. Dio un beso en la frente a su hermana y le dijo:

—Tsírele, ¡adiós para siempre!

—¿Adónde vas a ir corriendo?—le preguntó Tsírele.

—Adonde me lleven los ojos y mis pies.

Aquella noche, cuando se separó de Keyle, la había dejado en el número 8 de la calle Krochmalna, en su vivienda anterior. El apartamento estaba muy abandonado, y las ratas habían invadido la casa, huyendo del frío en el exterior. Keyle le dijo que iba a fregar a fondo el suelo esa misma noche. El frío aún no había aflojado, pese a que ya se aproximaba la primavera y la fiesta de *Purim*. Afortunadamente, Búnem encontró todavía abierto el portal del número 8 y pudo entrar. Subió la oscura escalera y llegó hasta la puerta de Keyle. Pudo oír, al otro lado, el ruido del cepillo fregando el suelo. Golpeó repetidamente con el puño.

—¡Keyle, soy yo! ¡Keyle, abre!—gritó.

Ella debió de reconocer la voz, pues enseguida abrió la puerta. Descalza, con la falda subida por encima de las rodillas, lo miraba asustada.

—¡Madre mía! ¿Qué te ha pasado?

—¡Déjame entrar!

Búnem entró y exclamó con el aliento entrecortado:

—Keyle, ¡tengo que huir de Varsovia!

—¿Por qué?

—La Ojrana me busca. Ven conmigo.

—¿Cuándo? ¿Adónde?

—¡Ahora mismo! ¡A América!

—¿Qué dices? ¡Madre mía! ¡Madre mía!

—¡No disponemos ni de un minuto! ¿Cuánto dinero te queda?

—Aún conservo todo. Casi trescientos rublos. Los patronos me adelantaron media paga.

—¡Tenemos que huir!

—¿Y no has embalado nada?—preguntó Keyle.

—Nada.

—¿Adónde vamos a huir de noche? Vamos a esperar a la mañana.

—¡Tenemos que marcharnos de Varsovia esta misma noche!

—Los patronos no sabrán adónde me he ido.

—Les escribirás una carta.

—No puedo marcharme así, con lo puesto.

—¡Ha de ser rápido, antes de que cierren el portal!

Keyle reflexionó un rato.

—Así lo habrá querido Dios—dijo finalmente—. ¿Qué hora es?

—Las diez menos cuarto.

—Vamos.

Se bajó la falda y empezó a empaquetar en un fardo algunos alimentos que había traído al piso, ropa interior que tenía allí guardada, una pastilla de jabón y un peine.

—Yo saldré antes—dijo Búnem—. Mejor que no nos vean juntos.

—¿Dónde me esperarás?

—En la esquina de la calle Gnoina.

—Espera. Para mí esta noche es como un *Yom Kipur*—dijo Keyle.

—Date prisa. Pronto cerrarán el portal.

—Sí, Búnemel. Todo esto es cosa de Dios.

Él salió del piso y enseguida estuvo de nuevo en la calle. Caminó en dirección a la calle Gnoina. Pensaba en el juramento sagrado que se había hecho: no utilizar nunca el sucio dinero de Keyle, el salario de una prostituta. Sin embargo, su destino le conducía a romper todas sus resoluciones. Sabía muy bien lo que significaba viajar con el dinero de Keyle: encadenarse a ella para toda la vida. Pero, en fin, cualquier cosa era mejor que estar encerrado en la cárcel de Pawiak o en la Citadelle, esperando la horca o la deportación a Siberia. ¿Cómo iba a demostrar a un tribunal que él no era uno de los anarquistas de Solche? En Rusia se estaba ahorcando a personas inocentes y desahogaban su furia sobre los judíos.

«¡Que no me detengan aquí en la calle!», suplicaba a esas fuerzas

celestiales que despreciaba. El miedo le hacía perder el aliento. Las piernas le flaqueaban. En el cielo había aparecido la luna nueva, señal de que era el comienzo del mes de *Adar*. Dos semanas más tarde sería la fiesta de *Purim*, y pasadas otras seis semanas, la pascua de *Pésaj*. Aquél estaba siendo el invierno más largo que recordaba. Toda una vida había transcurrido en esos últimos meses, desde que Keyle acudió a su padre como rabino y él, Búnem, la había conducido adonde vivía Shmerl el Sastre. Se detuvo a contemplar la calle, consciente de que era la última vez que la veía. «¿La recordaré? Tal vez la olvide enseguida», pensó. Ni siquiera se había despedido de su padre y su madre, ni tampoco de Shlóimele y de Jáyimle.

Seguía paralizado, aturdido por su situación y por lo rápido que sus palabras, proyectos y pensamientos se transformaban en acciones. No, todo eso no era casual. Una mano lo dirigía, la mano de la Providencia. Pero ¿por qué habría elegido para él un final como ése? ¿Sería un castigo por sus dudas, por sus pecados? En el salmo «Bienaventurado el hombre…», que cada judío debería pronunciar dos veces al día, se insiste en que Dios es misericordioso y responde a las plegarias de los que lo temen, pero ¿por qué merecían tal castigo sus padres? ¿Por qué personas temerosas de Dios sufrían hambre, penuria o morían jóvenes? Sí, la Providencia existe, se dijo Búnem, pero misericordiosa no es. Ni siquiera se compadece de los niños inocentes. Las guerras, las hambrunas y las plagas no tendrían lugar sin Su voluntad. Beilis[16] no se habría podrido en la prisión si así no lo hubieran dispuesto en el cielo. Las cruzadas, las falsas acusaciones de sangre, las expulsiones, los pogromos, no se habrían llevado a cabo sin el designio divino. Los judíos torturados por la Inquisición no tuvieron ninguna elección. Los suplicios duraban hasta que perecían. ¿Santificaban el nombre de Dios? ¿Para qué necesita Dios Todopoderoso que las personas se sacrifiquen por él? ¿Por qué un Ser omnipotente exigía que en Su nombre se lanzaran niños al fuego?

La angustia invadió a Búnem y despertó su espíritu de rebeldía. «¡Aunque Él exista, no lo serviré!—decidió—. No cumpliré ni uno de sus mandamientos. No le rogaré. Si quiere aniquilarme, que me aniquile. ¡Viviré en la degradación y en el oprobio y no le pediré que me ampare!».

Vio a Keyle que se acercaba. Llevaba en las manos un cesto y un paquete. Con la cabeza envuelta en un pañuelo, ahora no aparentaba lo que era. Más bien parecía una devota mujer casada que acabara de llegar de alguna provincia.

Mientras tanto, Solche, encerrada en alguna celda de la Citadelle, estaría esperando a que la juzgaran por haber querido salvar a la humanidad y establecer la justicia y la ética en este matadero, en este vertedero…

2

Por un momento, Búnem se sintió perdido al lado de Keyle, e incapaz de decidir qué hacer. ¿Debería ir con ella a la Estación Central de Viena e intentar tomar el tren a Mlowa hasta la frontera? ¿O quizá debería ir con ella al estudio en la calle Twarda y pasar allí la noche? Su traje y su sombrero estaban allí. ¿Qué sentido tenía viajar a América con un gabán largo y negro? Había judíos religiosos que se ponían chaqueta corta cuando viajaban a América. Sí, tenía que ir con ella al estudio. Mientras caminaba, se imaginaba el pánico que habría cundido en su casa. ¡Si al menos tuvieran teléfono podría hablar con sus padres y aclararles la situación! En ese momento le vino a la mente la ley rusa que exigía a los padres de cualquier joven que huyera del servicio militar pagar una multa de trescientos rublos. ¿Dónde iban a encontrar los suyos una suma como ésa? Sin embargo, él no podía quedarse en Varsovia y caer en manos de la Ojrana.

Ya empezaban a cerrar los portales. Búnem nunca había acudido al estudio tan tarde por la noche. El guarda nocturno no lo conocía. No era seguro que le fuera a abrir el portal y dejarlo entrar, especialmente yendo acompañado de una mujer desconocida. Metió la mano en el bolsillo y encontró un kopek. A eso se limitaban todas sus posesiones.

Fueron caminando hacia Twarda por la calle Grzibow. Todos los comercios estaban cerrados. Debido a que la nieve y el hielo habían cubierto el opaco cristal de las farolas, una lúgubre oscuridad que ninguna lámpara podría penetrar se cernía sobre la ciudad. Él caminaba, al parecer, demasiado rápido, porque Keyle se detenía de vez en cuando a tomar aliento. Fue entonces cuando Búnem le reveló por qué tenía que huir de Varsovia. Le contó que su novia, Solche, era una anarquista. La habían arrestado y encarcelado en la Citadelle. Y ahora lo buscaban a él.

—Creí que ya habían matado a todos los huelguistas—apuntó Keyle.

—Siempre queda alguien. Ella era todavía una niña pequeña cuando la revolución de 1905.

—¿Y qué pretende? ¿Que todos seamos iguales?—preguntó Keyle.

—Más o menos.

—Esos anarquistas venían a nuestro burdel de Tomkes y nos pegaban. Rajaban la ropa de cama de la matrona y hacían volar las plumas. Agarraban sillas, almohadas y platos y los arrojaban por la ventana.

—Sí, lo sé. Pero eso lo hacían los socialistas, no los anarquistas.

—¿Cómo es que te has liado con alguien de esa calaña?—preguntó Keyle.

Búnem no le respondió. Llevaría demasiado tiempo hacerle comprender. Además, hacía demasiado frío para seguir hablando. Búnem nunca estuvo de acuerdo con aquellos anarquistas, pero tampoco le atrajo jamás buscar una de esas muchachas respetables que aspiran a tener un novio para casarse y tener hijos. No tenía de qué hablar con esa clase de muchachas. Con las jóvenes izquierdistas, en cambio, podía mantener discusiones, debatir sobre algo. Se interesaban por la literatura, el arte y a veces hasta por la ciencia. Incluso alguien como Keyle le resultaba más interesante que una muchacha burguesa. Al menos, ella había pasado por algo especial en su vida. Hablaba con él como alguien que se ha asomado al abismo. Mencionaba con frecuencia la muerte y pronunciaba palabras que incitaban a pensar.

Ahora lo agarraba por el brazo y caminaba junto a él. Ni siquiera había preguntado adónde la llevaba. Las mujeres que, como ella, habían salido de las cloacas, no albergaban ni el miedo ni la ambición por el confort y el lujo, como las señoritas mimadas.

—¿No sabes cuándo la van a liberar?—preguntó Keyle de pronto.

—No sé nada.

—¿Qué sucederá si la liberan y viene a América?

—Pase lo que pase, tú y yo seguiremos siendo amigos.

Al llegar al número 1 de la calle Twarda Búnem pulsó el timbre. Otra pareja esperaba en el portal. Debían de volver del teatro. El guarda abrió y dejó entrar al patio a los cuatro. Búnem le puso su kopek en la mano. A través del cristal de la buhardilla no se veía luz, así que no debía de haber nadie en el estudio. Subieron las cinco plantas. Él llevaba el cesto de Keyle. Al abrir la puerta con la llave, le azotó una ráfaga de aire frío. Kliatchko rara vez encendía la estufa. Búnem condujo a Keyle sorteando las esculturas, los falsos ídolos, como ella los llamaba, y entró con ella en la alcoba. Sólo entonces sintió que tenía hambre. Como si hubiera leído su pensamiento, Keyle dijo:

—He traído algo para comer.

Búnem no encendió ninguna lámpara. No quería que el guarda viera luz alguna. Ahora, con Solche en la cárcel, el estudio podía estar bajo sospecha. Los guardas nocturnos mantenían continuo contacto con la policía. Estaban obligados a informar a la comisaría de todo lo que sucediera en los patios. Keyle sacó del cesto media hogaza de pan, un par de *béiguels* y un trozo de queso. Se sentaron a comer en la oscuridad. Emanaba de Keyle una intimidad parecida a la de una esposa. Resultaba difícil pensar que esa mujer se hubiera revolcado en la basura, en todos aquellos burdeles, y que hubiera tenido que ver con ladrones, asesinos, borrachos y sifilíticos.

—Cuando los viejos de la panadería se den cuenta de que no he regresado—dijo—pensarán que he vuelto ya sabes dónde. Además, les debo dinero. Me dieron media paga por adelantado. Está claro lo que dirán: que una ramera será siempre una ramera.

—¡Que lo digan!

—Búnemel, esto no va con mi modo de ser.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? Ya les enviarás el dinero desde América.

—¡Ay, Búnemel! Aunque he pasado por el infierno, me resulta difícil engañar a esa gente honesta. ¿Y qué dirá Yarme cuando vuelva y compruebe que estuve en nuestra vivienda? No estamos divorciados; aún somos marido y mujer.

—Lo sé. Si algo te retiene aquí, confiésamelo. No quiero obligarte a hacer nada.

—Búnemel, nada me retiene. Para mí es como si Yarme hubiera muerto, pero temo perderte a ti en la lejana América. Me han contado que allí hay millones y millones de personas. Vas por la calle con alguien, y de pronto lo pierdes de vista, como si la tierra lo hubiera tragado. Allí, si uno se extravía, está peor que muerto.

—Keyle, yo no te abandonaré. Voy a viajar gracias a tu dinero. Si no fuera por ti, caería en manos de los rusos. De sus garras ya no saldría con vida.

—Búnemel, te seré fiel. Besaré la tierra que pisas. En cuanto te vi, en aquella víspera del *Succot*, el corazón me dijo que, de alguna manera, tú me salvarías del arroyo. No aspiro a que te cases conmigo. ¿Cómo podría? No estoy divorciada y, además, tú tienes novia. Pero quisiera ser tu criada, tu cocinera, tu lavandera, todo. Y también… Bueno, mejor que me calle.

—Un hijo, ¿eh? Un niño como ése sería considerado bastardo, no sólo por los judíos, sino también por los cristianos.

—Un niño es un niño.

—Un niño bastardo paga por los pecados de los padres.

—En América, eso no se mira con lupa—dijo Keyle—. En América nadie sabe lo que se cuece en la olla del vecino.

Desató su paquete y sacó una botella de coñac.

—Búnem, necesito echar un trago.

—Si lo necesitas, lo necesitas.

—Bebe tú también.

Keyle tomó varios sorbos prolongados y a continuación acercó el cuello de la botella a los labios de él. Búnem vaciló unos instantes y luego también empezó a beber. Vestidos, se tumbaron en el estrecho sofá. Hacía frío. Se taparon con los abrigos y con el chal de Keyle. Aunque antes, en el número 8 de esa misma calle, ya habían pasado

varias horas juntos, el deseo se les despertó de nuevo. El cuerpo ardiente de Keyle excitó a Búnem. Ella le murmuró las palabras más tiernas que él había oído jamás. Lo llamó con toda clase de apodos cómicos y no dejaba de repetir que quería morir por él, sacrificarse por la más pequeña uña de sus dedos, ser un felpudo bajo sus pies.

A continuación, no cesaba de recordar a Solche. Sería su criada, y ella, el ama de casa; iría detrás de ella en el mercado llevando el cesto de la compra. Keyle se empeñaba en rebajarse ante él, en recordarle lo insignificante que era a fin de hacerle ver lo poco que le exigiría llevarla con él.

—¡Mi amor, mi dios, mi amo! ¡Escupe sobre mí! ¡Si muero en América, podrás tirar mi cuerpo a los perros!

—¿Qué manera de hablar es ésa?—protestó Búnem.

—Eres sagrado, eres puro, y yo soy un pedazo de lodo. Repugna comer un mendrugo junto a mí.

Sus palabras asombraban a Búnem, pero al mismo tiempo despertaban en él una renovada atracción hacia ella. Había perdido todo: a Solche, a sus padres, a Tsírele, a sus hermanos menores, la ciudad de Varsovia. Nada le había quedado, salvo esa extraña y singular mujer.

3

Búnem durmió con el profundo sueño que proviene de la pasión saciada y, al mismo tiempo, de la desesperación. Abrió los ojos y vio asomarse la luz del día. Tenían que salir del estudio antes de que llegara Kliatchko. Keyle estaba acostada a su lado y, a la mortecina luz de la madrugada invernal, su rostro parecía envejecido, grisáceo y prematuramente marchito.

Entró en la sala grande donde se hallaban las figuras de terracota, de piedra y de escayola, en las que la mano del maestro había impuesto formas y expresiones humanas. En un rincón, apoyado contra la pared, vio un paquete de grandes hojas con dibujos que él mismo había realizado, atados en un rollo. Ni siquiera le picó la curiosidad de volver a ver esos dibujos. Ya había decidido que la turbación emocional de la especie humana no se podía expresar a través de la pintura. Incluso dudaba de que el lenguaje tuviera ese poder. ¿Acaso existía la posibilidad de transmitirla? Además, si una persona pudiera un día leer acerca de lo que él, Búnem, había experimentado, ¿de qué serviría? Ninguna de las artes era capaz de atenuar la angustia del hombre, sus sufrimientos, su humillación, sus pasiones ni su temor a la muerte. Y la ciencia, ¿acaso había podido

lograrlo?

Búnem había leído, en libros de neurología, toda clase de consejos sobre cómo tranquilizar el espíritu alterado, pero ninguno con verdadera sustancia. Entre los propios neurólogos y psiquiatras sucedían, con frecuencia, suicidios. Hacía tiempo había aparecido un artículo sobre este tema en el *Correo de Varsovia*, con tablas estadísticas. La amarga conclusión era que nunca había existido consejo ni remedio para esos males. Quien dijo «No hay sabiduría, ni entendimiento, ni consejo frente al Eterno»[17] expresó toda la verdad.

Búnem volvió al dormitorio y vio que Keyle ya se había despertado. Sentada en el sofá, con los dedos de las manos hundidos en el cabello, miraba a Búnem fijamente y en silencio, casi como si no lo reconociera del todo.

—Tenemos que marcharnos—dijo él.

—¿El portal ya estará abierto?

—Creo que sí.

—¿Adónde iremos?

—A la Estación de Viena. De ahí sale un tren hacia Mlawa o un pueblo cercano.

—Búnemel, no quiero llevar el dinero.

Keyle había descolgado del cuello el saquito con los billetes. Búnem lo tomó y se lo metió rápidamente en el bolsillo. Ese dinero de la indecencia parecía quemarle los dedos. Por primera vez comprendió el significado del pecado. Un dinero como ése mancillaba a una persona para siempre. «El primer dinero que gane será para devolvérselo», se dijo.

—No guardes el dinero en el bolsillo delantero—le advirtió Keyle —. Podrían robártelo. ¿No tienes un bolsillo interior? Pero antes, cuéntalo.

—Más tarde, más tarde.

Keyle no tuvo que vestirse, pues había dormido con la ropa puesta. Búnem, en cambio, se puso el traje y el sombrero. Dejó el gabán y el gorro de tela en el estudio. Tal vez Abraham Kliatchko podría regalárselo a un indigente.

—Búnemel—dijo Keyle—, pareces un verdadero dandy. ¡Lo que la ropa puede hacer a una persona! No te habría reconocido. ¡Todo un conde Potocki!

—Soy el mismo, el mismo.

—¿Realmente vamos a ir a América?

—Sí, si no me detienen en el camino y si nos dejan entrar allí. A veces te atrapan si intentas cruzar furtivamente la frontera. Muchos milagros tienen que suceder hasta que lleguemos a América.

—Búnemel, un sagrado juramento me he hecho a mí misma: no

volver a ser nunca lo que he sido. De ahora en adelante, para mí existe un Dios y un hombre, y éste eres tú. Podrás tener una esposa, pero yo ya no quiero conocer a ningún otro hombre aparte de ti. Que muera de una muerte violenta y no tenga ningún reposo en la tumba si rompo el juramento. Dios del cielo, que seas Tú mi testigo.

—No jures, no jures.

—Sí juro, por Dios y por los huesos de mis padres. Si llega el día en que no quieres nada conmigo, viviré sola y te bendeciré y rogaré a Dios en tu favor cada día. Cada minuto de mi vida.

—Ven, Keyle. Tienes un alma pura.

Búnem cerró la puerta y le tomó el cesto de la mano. Bajaron las escaleras, cruzaron el patio y enseguida salieron a la calle. Acá y allá abrían alguna tienda. La ciudad no era consciente de quién se marchaba de ella ni quién llegaba. Varsovia no se despedía de nadie ni tampoco a nadie daba la bienvenida. El tranvía número 22 recorría su trayecto como siempre, abarrotado de pasajeros. El día se presentaba más suave que el anterior y el sol asomaba a través de la niebla. Con su luz parecía querer dejar al descubierto el desgaste y la suciedad del atuendo de los transeúntes, el agotamiento que impone un largo y duro invierno, los muros desconchados, y la palidez y tono cetrino de los rostros. Los ojos de las personas empezaban a iluminarse con la promesa de la primavera que ya se iba aproximando. Aguas turbias fluían por las alcantarillas hacia el Vístula, cuyo flujo, por mucha basura y suciedad que recogiera, se mantenía claro y transparente tras arrojarlo todo al mar.

En la calle Grzybow, las palomas revoloteaban alrededor de las torres de las iglesias. Piadosas mujeres católicas se dirigían a misa, con devocionarios y rosarios en las manos. Cada una con su personal súplica a Jesús, a Dios y a la Santa Madre; cada una con sus fracasos y la esperanza de que la suerte le sonriera en los años que aún le quedaban y le trajera la benevolencia divina. Las campanas de las iglesias tañían y esas mujeres polacas se santiguaban con dedos reumáticos, cansados de lavar la ropa, fregar los suelos y pelar patatas.

A Búnem le pareció que, mezclado con el humo de las chimeneas, le llegaba el olor a pan ázimo fresco. De vez en cuando pasaba un judío con su bolsa del taled, camino de la sinagoga o del oratorio jasídico. Nunca se le había ocurrido pensar que amaría Varsovia. En ese momento, sin embargo, se sintió ligado a esa ciudad que iba a abandonar para siempre y de la que no le quedarían más que algunas migajas de recuerdos.

Enseguida salieron a la calle Marshalkowska y llegaron a la Estación de Viena. Búnem preguntó por el tren a Mlawa y le informaron de que el siguiente no saldría hasta cuatro horas más

tarde. En la sala de espera de la tercera clase había un restaurante y entraron a tomar un café. Al principio, Keyle vaciló. Muchas veces la habían llevado a tabernas y posadas, pero sentarse en el restaurante de una estación ferroviaria le pareció una honra excesiva para alguien como ella. Algún policía o uno de sus antiguos clientes podrían reconocerla.

El propio Búnem tampoco se habría atrevido, vestido con gabán largo, a entrar en un restaurante como aquél. La ropa moderna le infundió coraje. Se sentaron a una mesa y enseguida se acercó un camarero. Aunque el dinero no era suyo, Búnem encargó bollos con mantequilla, arenque y café. Había caído bajo, pero mantenía la esperanza de devolver toda la suma a Keyle. Estaba dispuesto a trabajar duro en América e incluso a llevar allí, no sólo a Solche, sino también a su hermana Tsírele, y tal vez también a sus hermanitos, Shlóimele y Jáyimle.

Los judíos no tenían futuro bajo un gobierno ruso. Si en pleno siglo XX, un hombre como Beilis podía ser acusado de asesinato ritual, y un grupo de abogados y profesores podía afirmar abiertamente que los judíos utilizaban sangre cristiana para preparar el pan ázimo en su Pascua, era obligatorio huir del país.

4

Mientras Búnem desayunaba sentado junto a Keyle, notó que un hombre alto y con perilla, que llevaba una cazadora de color claro, gorro con visera de piel y una carpeta bajo el brazo, se detenía a mirarlo. «¿Quién es?—se preguntó Búnem—. Seguramente es uno de los antiguos clientes de Keyle». Sintiéndose avergonzado, bajó la mirada. «¿En qué clase de lodazal me he metido?», pensó. Al cabo de un rato, el hombre se acercó a la mesa.

—Usted no me reconoce—dijo en polaco a Búnem—, pero yo a usted sí. En el pasado nos encontramos, sólo por unos minutos, en el restaurante Pod Bliajem.

Búnem enrojeció y, a continuación, palideció. Era el profesor de Solche. Unas semanas atrás, había ido a comunicarle que Solche (Stasha, como la había denominado) le esperaba junto a la Ópera.

—Sí, le reconozco—replicó Búnem, tartamudeando.

—Seguramente ya sabe usted que Stasha está enferma—dijo el profesor.

Enferma, en lenguaje conspirativo, quería decir arrestada.

—Sí, lo sé.

—¿Qué hace usted tan temprano en la estación?—le preguntó el

hombre—. ¿Viaja a algún lugar?

Keyle lanzó una mirada asustada a Búnem, quien en ese instante había comprendido el problema que tenía. Lo había reconocido un compañero de Solche, uno de los anarquistas. Por un momento, Búnem perdió el habla. Luego dijo:

—Yo tampoco disfruto de buena salud.

—¿Ah, sí? En una ocasión me encontré con la madre de Stasha y me dijo que lo buscaban a usted. Ella había ido a visitar a su hija en el hospital y Stasha le pidió que le transmitiera algo. ¿Por qué no telefonea usted a su madre? Stasha está muy inquieta por usted. Puedo darle el número de teléfono de su madre.

—¿Aquí es posible telefonear?—preguntó Búnem.

—Sí, señor Finkelstein, es posible.

Búnem comprendió por qué el hombre lo había llamado Finkelstein. Debía dar ese nombre al telefonear. Circulaban rumores de que la Ojrana tenía pinchados los teléfonos. Tras unos minutos de silencio, el profesor preguntó:

—¿No estará usted abandonando nuestra ciudad?

—Me voy a América—respondió Búnem, y enseguida se arrepintió de sus propias palabras. Sin darse cuenta, se había delatado. El profesor midió con la mirada tanto a él como a Keyle.

—¡Conque sí!—dijo, sorprendido—. ¿Y ni siquiera se lo ha hecho saber a los padres de Stasha?

—Ayer, al volver a casa, mi hermana me advirtió de que la policía me buscaba—respondió Búnem. Sentía sequedad en la garganta y en el paladar, y las palabras le salían con dificultad.

—¿Tiene usted el número de teléfono de la madre de Stasha?—preguntó el profesor.

—Sí, sí.

—¡Telefonéela inmediatamente!—Pronunció estas palabras con severidad, como una orden.

Búnem, consciente de que debería presentarle a Keyle, no supo en absoluto cómo hacerlo ni qué nombre darle.

El profesor lo miraba con reproche.

—¡Hágalo enseguida!—exclamó. Y salió rápidamente del restaurante.

—¿Quién es ese noble señor?—preguntó Keyle.

—Un profesor.

Búnem rebuscó en su bolsillo delantero. Debía de tener allí una pequeña libreta con direcciones y números de teléfono, pero entonces recordó que se había cambiado de ropa por la mañana. Sin duda, había dejado la libreta en el bolsillo del gabán. Tal vez en la guía telefónica pudiera encontrar el número de los padres de Solche. En su

agitación, había olvidado el apellido. Lo único que recordaba era que vivían en la calle Med. Por otra parte, si conseguía su número de teléfono, ¿qué podía decirles a los padres de Solche? ¿Que iba a huir a América con una ramera?

—¿Qué te ocurre?—le preguntó Keyle—. ¡Estás blanco como la tiza!

—No es nada, nada.

Se puso en pie. Tenía que ir a ver si el profesor aún estaba en la estación o ya se había marchado.

—Espera aquí—dijo a Keyle—. Volveré enseguida.

—¿Adónde vas? ¡No me dejes sola!

Casi había pronunciado a gritos estas palabras.

—¡No tengas miedo! Sólo quiero telefonear—le dijo Búnem.

—¡Búnenel, vuelve enseguida!—le rogó Keyle asustada.

—¡No seas niña! ¡No te voy a abandonar!

Búnem entró en la gran sala de espera y vio al profesor. ¿Estaría a punto de viajar él también a algún lugar? El hombre, de pie en mitad de la sala, parecía estar pendiente de la llegada de alguien. «¿Debería pedirle el número de teléfono?—se preguntó Búnem—. De todos modos, no podía llamar a la madre de Solche. Entonces empezaría toda una serie de preguntas, un interrogatorio. ¿Quién sabe? Hasta podría querer venir a verme a la estación».

Ya se había decidido a regresar al comedor cuando, en ese preciso instante, la mirada del profesor se cruzó con la suya. El hombre, en unas pocas zancadas, se plantó a su lado.

—Quiere usted telefonear, ¿eh? Aquí no hay un teléfono para los pasajeros. Podrá encontrarlo en la sala de espera de segunda clase.

—No tengo el número.

—Espere, yo se lo daré. ¿Tiene papel y lápiz?

—Desafortunadamente, ni lo uno ni lo otro.

—No quiero entrometerme en sus asuntos—dijo el profesor—, pero ¿quién es la mujer con quien estaba sentado? ¿Viaja con ella a América?

—Es mi prima—respondió Búnem, y al decirlo tuvo una extraña sensación: la de haber perdido cualquier control sobre su lengua, como si ésta hablara a voluntad. No tardó en añadir—: Mis padres son pobres y yo no tengo un groschen. Cuando anoche mi hermana me dijo que la policía me buscaba, sólo tenía un kopek en el bolsillo. Fui a ver a esta prima y viajo con su dinero. Se lo devolveré todo en América.

—¿Tan deprisa se decidió ella a hacer el viaje?

—Hacía tiempo que quería ir a América.

El profesor frunció el ceño.

—La cuestión es la siguiente—dijo—. Stasha va a tener un juicio y en su defensa intentará demostrar que ninguna de las acusaciones contra ella tiene fundamento. Lo sé porque el abogado que se encarga del caso es amigo mío. Su plan es llamarle a usted como testigo. En calidad de novio de Stasha y, según he oído, hijo de un rabino, le podría ayudar mucho. Tal vez tendrían en cuenta que estaban ustedes a punto de casarse y todo lo demás. Si viaja usted a América perderemos, por así decirlo, un baluarte de la defensa.

—No obstante, dado que ahora la policía me busca a mí, también yo soy un acusado. Acostumbran a ampliar la acusación y arrastrar a personas inocentes.

—Sí, sí. ¿Cómo sabe todo eso? No debe marcharse de aquí antes de coordinarlo con los padres de ella. La propia Stasha está convencida de que entre ustedes todo sigue como antes. Si su relación con ella ha cambiado, tiene, al menos, el derecho a saberlo.

—Nada ha cambiado.

—Su prima, o quienquiera que sea, seguramente viaja como esposa de usted.

—No.

—Telefonee, telefonee.

El profesor metió la mano en su bolsillo interior y sacó lápiz y una hoja de papel. Rápidamente escribió el número de teléfono y se lo entregó a Búnem. Al cabo de unos minutos, el hombre desapareció tan súbitamente que Búnem no podía asegurar si había salido o se había mezclado con la multitud de pasajeros. Al regresar al comedor, Búnem vio a Keyle sentada, con la mirada clavada en la puerta. En su rostro se reflejaba un miedo que nunca había observado en ella. Con el cuello exageradamente estirado hacia delante, parecía querer encadenarse a la puerta con la mirada. Cuando divisó a Búnem hizo un ademán, como si fuera a saltar de la silla. Empezó a hablar antes de que él se acercara a la mesa.

—¿Adónde te has ido tanto tiempo? Vino el camarero y quiso que le pagara. Ese hombre con quien hablabas tenía pinta de ser un agente secreto. Llegué a pensar que te habría llevado a la comisaría o Dios sabe dónde.

—¡Keyle, no quiero guardar tu dinero!—exclamó Búnem, sorprendido de sus propias palabras.

—¿Cómo es eso?

—Guárdalo tú. Si necesito pagar algo, te lo pediré.

—No, no. A mí me lo robarán. Búnemel, ¿qué te sucede?

—No está bien que te quedes sin un groschen.

El camarero se acercó y les entregó la cuenta. Búnem le dio medio rublo. El camarero le devolvió el cambio y pareció hacer un guiño de

complicidad.

—¿Quién es?—preguntó Búnem a Keyle—. ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conozco? ¿Cómo voy a conocerlo?

—Keyle, tengo que ir a telefonear. Quédate aquí, pero no quiero dejarte sin el dinero. Eso te asusta.

Sacó la bolsita con el dinero y se la entregó.

—Todos están mirando—dijo Keyle—. Todavía me lo van a robar.

—No te muevas de aquí. Enseguida vuelvo.

5

El profesor había dicho a Búnem que podría telefonear desde el restaurante de la segunda clase. No obstante, él no se atrevía a entrar. Lugares como ése solían ser frecuentados por aristócratas, militares y a veces incluso policías. Búnem hablaba polaco con acento yiddish, y en yiddish iba a hablar con la madre de Solche. Además, aunque ya estaba vestido al estilo europeo, todavía tenía la sensación de llevar puesto el largo gabán negro.

Salió de la estación y comenzó a buscar un restaurante o alguna farmacia desde donde poder telefonear. El encuentro con el profesor le había amedrentado. No quería que Solche se enterara de que iba a viajar acompañado por alguien. Nunca le había mencionado que tuviera una prima en Varsovia. Tendría que explicar a la madre de Solche lo que le había sucedido o inventar una mentira plausible. Las palabras del profesor, advirtiéndole de que el abogado de Solche deseaba citarlo como testigo, le habían inquietado especialmente. Y no era de extrañar. De generaciones de ancestros había heredado el temor a comparecer ante autoridades locales y sus tribunales.

Se detuvo algún tiempo delante de la estación para contemplar la calle Marshalkowska. Aunque físicamente seguía en Varsovia, ya se había marchado de ella. Ya había roto con sus padres, su hermana y hermanos. Apenas reconocía esa ciudad que, de hecho, nunca llegó a recorrer más allá de las pocas calles judías donde se había criado. Los tranvías se desplazaban de un extremo a otro con el tintineo de campanillas y el chirrido de ruedas. *Droshkys* y carruajes se mezclaban con automóviles, todavía una rareza en las calles apartadas, aunque en el centro de la ciudad su número crecía de un día a otro. Todavía circulaban en Varsovia los llamados omnibús arrastrados por una terna de caballos, e incluso los últimos tranvías tirados también por caballos. «Si aquí hay este barullo, ¿cómo será en Nueva York?», pensó Búnem. Según le habían contado, allí había trenes que circulaban por encima de los tejados y se construían edificios de varias

decenas de plantas.

Finalmente entró en un restaurante y telefoneó, pero no hubo respuesta. El padre y la madre de Solche seguramente estarían en la fábrica o en la tienda. De pronto recordó sus nombres, que un rato antes había olvidado: el apellido era Buchbinder, el padre se llamaba Yacov y la madre, Irene. Regresó a la estación y entró en el restaurante de la tercera clase, pero Keyle ya no estaba. Fue a buscarla a la gran sala de espera y la encontró sentada en un banco. Detectó de nuevo en sus ojos el miedo de una extraviada.

—¿Dónde andabas?—le preguntó—. ¿Por qué has tardado tanto? Ya pensé que me habías abandonado y te habías marchado quién sabe dónde.

—Keyle, no digas tonterías.

—¡Ay! Con tanto tumulto y griterío alrededor casi me quedo sorda. Aquí, incluso una persona adulta puede perderse. Por mi cabeza han pasado ideas locas.

—¿Qué ideas?

—¡Oh! Que te habías arrepentido y te habías marchado a algún lugar. Desde que te conozco, no dejo de perderte. Un momento estás conmigo y al siguiente ya no; desapareces como un anillo mágico. Pasó por aquí un guardia y me miró de tan mala manera que pensé que no tardaría en llevarme a rastras a la cárcel y que cuando volvieras yo no estaría. Ellos me pedirían el pasaporte y, al no tenerlo, enseguida me meterían en un convoy de prisioneros y me enviarían a Dios sabe dónde.

—Pronto estarás en América. Es un país libre. Allí no hace falta tener pasaporte, ni meten a nadie en un convoy de prisioneros.

—Es posible que no me dejen entrar. ¿Qué haré entonces? Saltar al mar.

«Prostituta, pero tiembla como una muchachita ingenua», pensó Búnem, aunque sólo dijo:

—Te dejarán entrar. No llevas nada escrito en la frente.

—¡Oh! ¡A veces me parece que todos saben lo que soy! Los hombres me miran como si se burlaran de mí. Las mujeres escupen al pasar a mi lado. ¿Cómo pueden saberlo?

—No son más que imaginaciones tuyas.

—A Yarme ya estaba acostumbrada. Pero tú eres como un médico o un farmacéutico. Cuando ibas vestido con el gabán largo, me eras más próximo. Ahora eres como un dandy desconocido.

—En América hay que llevar ropa moderna, no largos gabanes.

—¿Qué vamos a hacer en América?

—En América hay que trabajar. Allí no te avergüenzas por ningún trabajo.

—¿Y qué haré yo? ¿Allí se necesitan criadas?

—Criadas hacen falta en todas partes.

—¡Ay, Búnemel! Por alguna razón, tengo miedo. Me parece que es por mi culpa que tú te marchas y dejas todo. Si no fuera por mí, te quedarías en casa. Mi suerte es tan negra que todo lo que se me arrima se convierte en un caos.

—Keyle, no es culpa tuya que la policía me busque.

—Tal vez Max te haya denunciado.

—¿Eh? No, no ha sido Max.

Ambos guardaron silencio. Keyle cerró los ojos y resultaba difícil saber si dormía o lo intentaba. Búnem estuvo mirándola unos minutos. «¡Qué extraño!—pensó—. Su semblante expresa delicadeza». Keyle no poseía los rasgos típicos de la persona que codicia lo que tienen los demás. Su rostro pálido, débil, casi de una persona enferma, de pronto le recordó a Búnem el de una muchacha fallecida que había visto, hacía algún tiempo, en casa de un vecino. Su expresión desprendía cierta ternura, la clase de bondad del cuerpo que ya no desea nada, al que nada puede afectar ya. «¿Cómo es posible que Keyle, después de haber pasado por todo lo que ha pasado—se preguntaba Búnem—, se mantenga tan pura? En fin, un rostro, por sí solo, puede inducir a error», concluyó.

También él empezaba a adormecerse. La noche anterior había dormido poco. En ese momento oía el silbido de los trenes y los soplidos de humo que lanzaban las locomotoras. Pese al del fragor de la estación, empezó a soñar.

Se veía ya en América, contemplando un tren que circulaba por encima de los tejados. La multitud que había abajo gritaba algo, un saludo o una advertencia. Dormía profundamente cuando, de pronto, se despertó con un sobresalto. ¿Habría perdido el tren? Alguien estaba inclinado sobre él y lo sacudía: una mujer con abrigo de piel y sombrero. Le decía algo, pero él apenas captaba sus palabras, como si saliera de un letargo hipnótico. Al cabo de unos instantes, oyó lo que la mujer decía:

—¿Es usted Búnem? ¿Búnem Tomáshover?

—Sí, soy yo.

—Me llamo Irene Buchbinder, soy la madre de Solche. Lo he reconocido por una fotografía. El profesor de Solche me telefoneó y me dijo que usted se iba a América.

Sólo al cabo de unos minutos comprendió Búnem lo que había pasado y vio claramente a la mujer. Era menuda y se parecía a Solche, pero todo lo que en ésta era encantador, en esa mujer era tosco, ordinario y ajado por los años. Tenía un busto prominente y una dentadura empastada en oro. Señalando a Keyle, allí dormida,

preguntó:

—¿Ésta es su prima?

En ese instante, Keyle abrió los ojos.

—Sí, esta es mi prima—respondió Búnem en voz más alta de lo acostumbrado, mientras furtivamente daba un empujoncito a Keyle con la rodilla, para indicarle que debería apoyar su mentira.

La mujer examinó con la mirada a Keyle y el paquete que tenía a su lado.

—¿Es eso todo con lo que viajan ustedes a América?

—Madame Buchbinder, la policía me busca. Ni siquiera he podido despedirme de mis padres.

—¿Cuándo decidió marcharse?

—Anoche.

—Y su prima, ¿enseguida aceptó viajar con usted? Haga el favor de salir de aquí conmigo. Hay tanto ruido que no puedo oír ni mi propia voz.

—¿Qué hora es?—preguntó Búnem a la mujer y a sí mismo.

La mujer echó una ojeada al gran reloj que había sobre la salida al andén. Aún faltaba casi hora y media hasta la salida del tren de Búnem.

—Keyle—dijo él—, quédate aquí sentada. Vamos al restaurante de la tercera clase y enseguida volvemos.

—¿Por qué te marchas otra vez? De nuevo te voy a perder.

—Keyle, no saldremos de la estación. Estaremos en el sitio donde hemos desayunado.

—Vuelve pronto. El tren saldrá enseguida.

Keyle dirigió una mirada, entre asustada y hostil, a la señora Buchbinder, quien hizo una mueca. Búnem le repitió:

—Quédate sentada aquí. No te vayas.

—Espera un momento, tengo que ir al servicio—dijo Keyle tras una vacilación.

—Bien, de acuerdo, aquí te esperamos.

—¿Dónde están los servicios?

Búnem no lo sabía, pero la señora Buchbinder, como antigua varsoviana, le indicó dónde estaban y cómo llegar.

—Me perderé. No sabré cómo volver—dijo Keyle.

—Fíjate en alguna señal al pasar. Nosotros estaremos sentados aquí, frente a la puerta.

Al cabo de un rato, Keyle se decidió a ir sola a buscar los servicios. Avanzaba unos pasos y se detenía para mirar hacia atrás. La señora Buchbinder se sentó en el lugar que ocupaba Keyle. Calló durante unos minutos.

—Discúlpeme si le he estorbado—dijo a continuación—. Cuando el profesor de Solche me llamó para decirme que usted viajaba a América, sin más, sin despedirse, no pude creer lo que oía. Es cierto que usted nunca visitó nuestra casa, pese a que le invitamos varias veces para conocerle. Solche lo justificaba diciendo que usted era tímido y todo lo demás, un joven jasídico, recién salido de la casa de estudio. Pero a mí no me parece usted ni *jasid* ni tímido. ¿Quién es esa mujer? No es su prima. Usted proviene de un linaje de rabinos, de judíos respetables, pero esta mujer parece más bien basta. Solche me había contado que no tiene usted ningún familiar aquí en Varsovia, que todos estaban en algún lejano lugar de provincias. Escúcheme bien—la señora Buchbinder cambió de tono—: no he venido aquí a darle ninguna lección de moral. Solche hablaba de usted como de alguien a quien estaba muy unida, alguien próximo, su novio, su futuro marido. Le ponía a usted por las nubes: su talento como pintor, su carácter. Pero ya se ve que no se comporta usted como alguien así. Usted sabe que Solche está en manos de unos asesinos y que su vida corre peligro. No queremos obligarle a nada. En cuanto Solche quede libre, ya encontrará una nueva pareja. En las dos ocasiones en que he ido a visitarla, no ha parado de hablar de usted. Por ello intenté encontrarle en el estudio, pero al parecer usted ya había dejado de ir por allí.

—Madame Buchbinder, anoche, cuando volví a casa, mi hermana me informó de que la policía rusa me estaba buscando. A toda prisa me marché con lo que llevaba puesto. Ni siquiera me despedí de mis padres.

—¿Dónde consiguió usted el dinero para los gastos? Por lo que sé, usted no va por ahí llevando encima cientos de rublos.

Búnem hizo una pausa para pensar.

—Mi prima me prestó el dinero para el viaje.

—Deje de llamarla mi prima. Es tan prima suya como yo soy la condesa de Potocki. Es su amante, eso es lo que es. Cómo están las cosas para que un joven, hijo de un rabino, se líe con una furcia. Yo no soy Solche. A mí no me puede engañar. Yo adivino la verdad en un segundo. ¡Vaya proeza, burlarse de una joven! El abogado de Solche quería llamarle como testigo de la defensa, pero como se va usted a América, y además con otra mujer, eso queda descartado. Ahora sólo le exijo una cosa: escriba una carta a Solche diciéndole que la ha engañado, que la ha dejado por otra y que todo ha terminado entre los dos. No quiero que mi hija se quede allí encerrada, sufriendo y encima haciéndose vanas ilusiones. Hay que saber la verdad, aunque duela. Mi marido no sabe nada. Está en la fábrica. Si se enterara de cómo ha tratado usted a su hijita, vendría corriendo y sólo Dios sabe lo que le haría. Solche es la niña de sus ojos. Hay noches que no duerme,

preocupado por ella, ni me deja dormir. ¿Cómo va a viajar usted a América? ¿Tiene un pasaporte internacional?

—No tengo nada.

—No tiene nada y se comporta usted como si fuera un gran terrateniente. Si mi marido estuviera aquí, haría que lo arrestaran en el acto. Y, además, con toda la razón, pero yo no quiero meterme en provocaciones de esa clase. Suficiente tengo con que mi niña haya caído en esa trampa. Seguramente fue usted quien la convenció de que se metiera en tales peligros…

Búnem estaba empezando a responder, cuando de pronto divisó a Keyle. En el centro de la estación, miraba hacia todos los lados. Parecía perdida, sin saber adónde ir.

—Perdone, enseguida vuelvo—dijo Búnem, y fue corriendo hacia ella.

6

Al aproximarse a Keyle, se dio cuenta del cambio que se había producido en ella. Habían pasado unos pocos minutos desde que se había marchado y, sin embargo, su semblante se había desencajado y palidecido. Con el cabello desaliñado y revuelto, denotaba la angustia de alguien que acabara de recibir una mala noticia. «¿Qué le puede haber ocurrido? ¿Estará enferma?», pensó Búnem. Notó que su vestido se había mojado y que de las mangas goteaba agua. Al cabo de algunos instantes, con la mirada clavada en ella, asombrado y casi sin habla, preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿Qué ha pasado?

Con un aullido terrible que, pese al jaleo de la estación, hizo que la gente volviera la cabeza desde todos los lados para mirar, Keyle exclamó:

—¡Mi dinero! ¡No está!

Empezó a soltar palabras que él no conseguía descifrar y que desembocaban en alaridos salvajes, al mismo tiempo que hacía aspavientos con los brazos hacia él. Con gritos parecidos ululaban las prostitutas de la calle Krochmalna cuando los proxenetas les propinaban una paliza tremebunda. Aunque Búnem intentó tranquilizarla, el llanto de Keyle se volvía más estridente. Se presentó un guardia y, enseguida, la señora Buchbinder se acercó corriendo. Keyle seguía agitando los brazos y pataleando. Con las uñas se arañaba la cara bañada en lágrimas. De pronto, al tropezar con el equipaje de algún pasajero, cayó al suelo. Búnem intentó levantarla, pero ella forcejeaba.

—¿Qué está sucediendo aquí, Dios mío?—preguntó la señora Buchbinder.

—¡He perdido todo! ¡Hasta el último groschen! ¡Madre, llévame contigo, ojalá yaciera yo donde tú estás! ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Déjame, Búnem! ¡Déjame! ¡No quiero seguir viviendo! ¡A-se-si-nos!

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Le han robado?—preguntó el guardia.

Sacó su libreta y un lápiz, dispuesto a registrar los datos. Una gran multitud rodeaba a Keyle. Puesto que Búnem no hablaba ruso, la señora Buchbinder respondió al guardia:

—Al parecer, así es: se disponía a viajar a América y le han quitado todo.

—¿Le han robado el bolso?

—No recuerdo si llevaba bolso—respondió la señora Buchbinder.

—¿Dónde ha pasado? ¿Aquí, en mitad de la estación?

—¡En los servicios!—chilló Keyle—. Yo le había dado el dinero a él para que lo guardara, pero me lo devolvió, y por eso…

Keyle apuntaba hacia Búnem con un dedo acusador. Por las comisuras de los labios le salía espuma, como a la víctima de un ataque epiléptico. A sus ojos, puestos en blanco, asomaba una chispa de locura. Algunos de los presentes reían, mientras que otros se compadecían. El vestido de Keyle se le había subido y Búnem se agachó para bajárselo de nuevo.

—¿Cómo se llama? ¿Usted la conoce?—preguntó el policía a la señora Buchbinder:

—Sólo conozco a este joven. No tengo ni idea de quién ni qué es ella.

—¡Mis cosas! ¿Dónde están mis cosas?—estalló de nuevo Keyle en llanto—. ¡Aún me quitarán eso también! ¡Así les caiga la peste negra encima! ¡Que se les pudran las entrañas! ¡Que ardan en el fuego del infierno!

—¡Keyle, levántate! ¡No armes tanto escándalo!

—¡Tú tienes la culpa! ¡Tú! ¡Tú!

Un grito inhumano salió de la garganta de Keyle, como el rugido de un animal. El policía preguntó:

—¿Cómo te llamas? ¿En qué trabajas? ¿Como criada? ¿Cuál es tu dirección?

—¡Mis cosas! ¡Aún me las robarán también!—chilló Keyle de nuevo.

Búnem se abrió paso entre la multitud y volvió al banco donde habían estado sentados. Las pertenencias de Keyle y su cesto seguían allí. Le habían robado el dinero. Lo único que él guardaba eran los billetes de tren a Mlawa que había comprado antes. «¡En el cielo no han querido que yo viajara utilizando ese dinero impuro!», murmuró

el creyente que llevaba dentro. Ahora temía volver con el policía. ¿Para qué? Eran capaces de llevarlo a la comisaría.

«¡Todos los poderes malvados se han aliado hoy contra mí!», le cruzó por la mente. A menudo había asegurado, tanto a Kliatchko como a su hermana y a sí mismo, que no tendría sentido una Providencia a nivel personal, incluso si existiera Dios. ¿Para qué iba a necesitar el Creador del mundo tener en cuenta a cada persona por separado? Si realmente es todopoderoso, podría crear leyes y fuerzas que fueran válidas y aplicables para cada caso y contingencia particular. Llevar una cuenta especial para cada persona, para cada microbio, para cada brizna de hierba, ni siquiera en el cielo podrían hacerlo. ¿Acaso no provee la naturaleza a cada árbol, a cada fruto y a un sinfín de semillas, todo lo que es necesario para hacer crecer un nuevo árbol? Y cada hombre o mujer, ¿acaso no poseen incontables veces más esperma y óvulos de los necesarios para producir nuevas generaciones?

En ese momento, sin embargo, Búnem sentía claramente que una mano oculta dirigía su destino, colocaba obstáculos en su camino y arruinaba todos sus planes. Al principio fue el encuentro con el profesor de Solche; luego, la llegada de la madre de ella, y ahora esta desgracia de Keyle. ¿Era posible que su padre, con sus oraciones, hubiera influido en el cielo para que no lo dejaran viajar? ¿O tal vez Solche poseyera esa clase de poder oculto? Junto al dolor y la vergüenza que había sufrido aquella mañana, a Búnem le sobrevino algo parecido al arrepentimiento. No obstante, ¿qué debería hacer ahora? ¿Huir de allí y dejar a Keyle sola en su desesperación y angustia? Más que nada, lo avergonzaba la presencia de la madre de Solche.

No hacía mucho tiempo había leído la *Ética* de Spinoza, en traducción del doctor Shlomo Rubin. En su quinta parte, en la sección sobre las emociones, un teorema establecía que dos sentimientos contrapuestos funcionan de tal manera que paralizan a la mente y no le permiten decidir qué hacer.

En ese momento, Búnem se encontraba en ese dilema. Sintió que las piernas le flaqueaban y debía quedarse sentado junto a las pertenencias de Keyle. «Que sea lo que tenga que ser, ya no tengo dominio sobre mi vida—pensó—. ¿Azar? No, no ha sido el azar». Durante unos instantes cerró los ojos. Como Keyle antes, suplicaba la muerte para sí mismo. «Ya no puedo soportar todo esto», se justificaba a oídos de quienes pudieran oír los pensamientos humanos.

Búnem imaginaba que en cualquier momento se le acercaría el guardia y lo arrestaría, pero los minutos transcurrían y nadie le molestó. De pronto, envuelto en todo aquel barullo, sintió algo parecido a un sosiego. Se le ocurrió que semejante calma sólo podía

invadir a alguien cuyo barco se hubiese hundido y se aferrara a un tronco o una tabla en medio de un mar tormentoso. Recordó la expresión: «Que el cielo me juzgue». Cuando todos los planes y las estrategias se deshacen en pedazos, el hombre tiende a creer que, según la sentencia que arriba en el cielo se pronuncie, así tendrá que suceder abajo en la tierra.

Percibió un ruido y abrió los ojos. La señora Buchbinder se acercaba al banco conduciendo a Keyle por el brazo, como se lleva a un enfermo grave al médico o a un vehículo de primeros auxilios. Keyle iba arrastrando los pies.

La señora Buchbinder preguntó, con el enfado con que podría dirigirse a un pariente próximo:

—¿Cómo es que se marchó usted en medio de todo este jaleo? Mírenle, ahí sentado dormitando como si no hubiera pasado nada. ¡No le han robado!—dijo alzando la voz—. ¡La bolsita con el dinero se le cayó dentro de la taza del cuarto de baño! ¡No he oído nada igual en mi vida!

—¿Cómo ha podido pasar?

—¡Pregúnteselo a ella! Al mirarla me he fijado en que tenía las mangas mojadas. Había colgado toda su fortuna de un débil cordel que, al romperse, cayó directamente en el agua sucia. Antes de que ella se diera cuenta, se hundió hasta donde ya no pudo recuperarle.

—¿Cómo es posible? ¡Aseguró que le habían robado!

—¡No le robaron!

—Yo se lo había suplicado—repetía Keyle, lamentándose entre sollozos—: guarda tú el dinero. Durante años colgó de mi cuello, bien seguro. De pronto, cayó directamente en el agujero. En el saquito había algunas monedas de oro. De no ser así, habría flotado.

Keyle hablaba con voz abatida, casi ronca, la voz de alguien exánime y que ya no es capaz de relatar más que los hechos desnudos. Búnem se puso en pie y ella se desplomó sobre el asiento.

—¿Qué hago ahora—preguntó—si no tirarme al Vístula?

—¡Por trescientos rublos no vale la pena ahogarse!—exclamó la señora Buchbinder. Se dirigía a Keyle, a Búnem y también a sí misma—. Sólo significa que Dios ha querido que se quedaran ustedes aquí en Varsovia. América, como la sepultura, jamás va a huir. Y ahora ya me pueden decir la verdad: ¿qué son ustedes? ¿Parientes, amantes? Uno no se decide, así como así, a viajar a América sin despedirse siquiera de los padres. Ni las personas más bajas y viles hacen tal cosa. Yo albergo una sola esperanza: que mi Solche escape de manos de los rusos. Búnem, tengo que marcharme. Mi esposo llegará a casa enseguida para el almuerzo y, si ve que no estoy, se preocupará pensando Dios sabe qué. En los veinticinco años que llevamos casados

nunca he faltado a un almuerzo a su lado, excepto cuando estuve en cama pariendo a Solche. Lleva a esta mujer a su casa—de pronto, la señora Buchbinder empezó a tutear a Búnem—, y tú ve a casa de tus padres. No has cometido ningún delito y, por tanto, no te van a ahorcar. Si te llamaran como testigo, preséntate al tribunal y di que mi hija es inocente. Si no tienes dinero, puedo prestarte cuarenta groschen para alquilar un *droshky*. —Señalando a Keyle, añadió—: En su situación no podrá ir a pie, ni tampoco la aceptarán en ningún tranvía.

La señora Buchbinder lanzó a Búnem una mirada furiosa y, con pasos rápidos, se encaminó a la salida de la estación. Búnem echó una ojeada al enorme reloj colgado sobre el andén.

—¡Keyle, ven!

—¿Adónde debo ir?—preguntó ella con voz apagada.

—A Mlawa. El tren sale dentro de un cuarto de hora.

—¿Tal como estoy? ¿Sin un groschen?—preguntó Keyle—. Además, voy completamente sucia.

—Ya te cambiarás en el tren. ¡Se trata de América o la muerte!

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VIII

1

Había transcurrido un año y algunos meses. Búnem y Keyle ya habían sobrevivido a su largo viaje: el trayecto en tren de Varsovia a Mlawa; el cruce clandestino de la frontera con Alemania sin la ayuda de contrabandistas; el traslado a Hamburgo, costeado mediante la venta de una pieza de joyería que aún conservaba Keyle, y, finalmente, la dura travesía del Atlántico durante dos semanas en la bodega del vapor alemán. Los billetes de embarque para ambos los había conseguido Búnem de un agente marítimo con el compromiso de pago de cinco dólares mensuales una vez que se instalaran en Nueva York. Por otro lado, la pareja, al presentarse como marido y mujer, había recibido de manos de una organización judeoalemana que ayudaba a los emigrantes de Rusia un subsidio por valor de treinta marcos.

Una vez que fueron autorizados a salir de Ellis Islands, Keyle consiguió un empleo como criada en East Broadway, en casa de un anciano médico viudo. Búnem, después de probar a trabajar de planchador, encontró un puesto en una fábrica donde durante diez horas pegaba etiquetas en cajas de cartón a cambio de dos dólares a la semana. Más adelante, logró que lo contrataran como maestro en una escuela privada para niños judíos. Allí se les enseñaba, después de las clases en el colegio público, a leer en hebreo los rezos y el Pentateuco, y se les preparaba para el *Bar Mitsvá*. Esos niños hablaban un yiddish primario, y Búnem aún no había aprendido a pronunciar correctamente el inglés. Además, los alumnos no mostraban deseo alguno de que un *greenhorn*, un recién llegado, les enseñara algo que tampoco guardaba relación con su vida en América. ¿A quién de ellos le importaba que miles de años atrás Jacob salió de Beer Sheva a Jarán, puso una piedra para apoyar la cabeza y soñó con una escalera apoyada en la tierra, cuyo extremo superior alcanzaba el cielo? Los niños masticaban chicle mientras imitaban el inglés de Búnem. Aún más aburridos que el Pentateuco les resultaban los extractos de los Profetas, que debían aprender a leer con cierta entonación. En uno de

esos textos se describía con todo detalle el templo construido por el rey Salomón; en otro, se consolaba a los judíos y se les prometía que regresarían a Jerusalén; en un tercero, se instaba a los hijos de Israel a que dejaran de servir a ídolos falsos y de sacrificar sus hijos al dios Baal, y a que volvieran al Dios verdadero. De no hacerlo, recibirían castigos, como la peste y la invasión de animales salvajes. Además, les atacarían los Ejércitos de Egipto, Asiria, Aram y Babilonia. Los niños no lograban repetir esas difíciles palabras y nombres propios. Algunos no paraban de bostezar por el cansancio y otros incluso se quedaban dormidos en mitad de la clase.

Búnem se daba cuenta de que esa enseñanza era un esfuerzo baldío y carente de sentido, puesto que aquellos niños, después de su *Bar Mitsvá*, nunca más en su vida se pondrían las filacterias o pronunciarían la bendición sobre los rollos de la Torá. Sus padres y sus madres trabajaban durante el sábado. Toda América era un crisol de culturas al que los inmigrantes llegaron para olvidar el viejo hogar, sus prejuicios y su fanatismo religioso. ¿Para qué necesitaban esos niños conocer la medida del lavatorio ritual en el Templo o la envergadura de las alas de los querubines sobre el Arca Sagrada? ¿De qué les servía aprender una lengua muerta desde hacía dos mil años? Del conjunto del judaísmo, pensaba Búnem, los judíos en América sólo habían guardado, al parecer, una ceremonia: el *Bar Mitsvá* de sus hijos.

Él necesitaba los cuatro dólares a la semana que le pagaban como profesor. De modo que temía que los alumnos dejaran de acudir a clase en cualquier momento y le obligaran a volver a trabajar en la fábrica, donde el aire era irrespirable y los oídos se ensordecían a causa de los golpes y las trepidaciones de las máquinas. Por si fuera poco, los obreros italianos e hispanos se burlaban de él y le hacían toda clase de trastadas.

El apartamento en el que enseñaba a los niños lo tenía alquilado un colectivo de inmigrantes procedentes de una ciudad de Besarabia o Rumanía para sus reuniones de cada sábado por la noche, en las que, además, participaban sus esposas. En cierta ocasión pidieron a Búnem que asistiera y redactara el acta de lo tratado en la reunión. El presidente del grupo imponía el orden y el silencio golpeando la mesa con un martillo de madera. Durante horas estuvieron debatiendo sobre temas diversos: el cementerio, el precio de las sepulturas y el de los entierros. Al hablar en yiddish utilizaban muchas palabras inglesas. Una viuda gruesa se quejó de que habían mandado enterrar a su marido al lado de su primera esposa.

Al terminar la reunión, el grupo se trasladó a un ruidoso restaurante a beber cerveza y comer salchichas calientes. Tan pronto discutían entre ellos como se besaban, tan pronto parloteaban acerca

de la muerte como comentaban las gangas—zapatos, vestidos, ropa interior—o los medios para depilar el vello de las piernas utilizando la electricidad. Uno de los compatriotas contó con todo detalle cómo su patrono, tras haber incendiado la fábrica para cobrar el seguro, había sido delatado por un competidor y acabado en la cárcel.

Finalmente, el grupo se dispersó y cada cual se dirigió a su casa. Búnem se quedó solo. Con dificultad y preguntando a los transeúntes, tardó mucho tiempo en llegar a la calle Attorney. Allí, en una cuarta planta, había alquilado para él y Keyle un apartamento con cuarto de aseo en el pasillo. Sólo los pisos más grandes tenían bañera, así que, una vez a la semana, acudían al establecimiento de un barbero, donde, mediante pago, también se podía hacer uso de una bañera.

El apartamento que alquilaron era exiguo: una cocina sin ventilación y una habitación donde comían y dormían, y de cuya ventana colgaba una escalera de incendios. En el edificio de enfrente, en una especie de sótano que allí llamaban *basement*, había un burdel. Las prostitutas se sentaban, descalzas y semidesnudas, en las escaleras de la entrada y se ofrecían a los transeúntes. Durante el día, a través de las ventanas abiertas de los pisos próximos, se oía a la gente hablar y cantar, así como la música de los gramófonos. En la mayor parte de los pisos se practicaba el subarriendo a *boarders*, a quienes las esposas de los inquilinos les cocinaban la comida y les lavaban la ropa, que luego tendían en las azoteas.

Búnem se sintió de nuevo en una especie de calle Krochmalna, sólo que ésta le parecía aún peor. En Varsovia los edificios tenían patio, con una sinagoga, un oratorio de estudio jasídico y un *jéder* o escuela infantil. En los pisos delanteros vivía gente acomodada, judíos distinguidos cuyas mujeres, todas ellas, llevaban peluca o bonete. Las rameras y los ladrones no se mezclaban con las muchachas decentes ni con los jóvenes estudiosos del oratorio. Cada cual tenía su posición social, su lugar. En América, en cambio, era difícil reconocer quién provenía de una familia respetable y quién de una casa ordinaria; quién vivía de su negocio o su trabajo y quién del hurto o de su desvergüenza. Se hablaba una lengua, que no era ni yiddish ni inglés. No se sabía quién era judío y quién no. Los niños jugaban en mitad de la calzada y aullaban con voces de adultos. Algunos de ellos, provistos de anchos guantes de cuero, apresaban una pesada pelota, que otros habían golpeado con gruesos palos, capaz de lisiar a un transeúnte o sacarle un ojo.

Delante de la puerta de cada casa había unos enormes cubos de basura y de cenizas. Durante todo el día se oían ruidos ensordecedores: de madrugada, cuando llegaban las carretas repartidoras de la leche; y más tarde, los golpes y el traqueteo de los vehículos con viajeros, así como de los carros que transportaban

carne, frutas y verduras, o grandes bloques de hielo para las neveras.

Keyle mantenía corrida la cortina de la ventana todo el día a fin de no ver a las prostitutas, que le recordaban su propia vergüenza. Gracias a Dios, pensaba, en este país nuevo para ella, en la gran ciudad de Nueva York, nadie la conocía, nadie sabía de su pasado ni de la relación ilícita que mantenía con Búnem. Los inquilinos la llamaban señora Tomáshover, y otros lo abreviaban a señora Tómash. Sabían que su marido era maestro de hebreo y hombre cultivado. A menudo, acudían a él algunas mujeres para pedirle que escribiera una carta en yiddish dirigida a sus parientes del viejo hogar. Trataban de pagarle algo por la molestia, pero Búnem se negaba a recibir dinero.

Entre las vecinas de la casa había algunas, ya de cierta edad, cuyos padres les habían dejado en herencia libros sagrados en hebreo, así como profanos en yiddish, que ni para ellas ni para sus esposos tenían utilidad alguna, y se los regalaban a Búnem. Había libros de la Guemará y la Mishná, diccionarios inglés-yiddish e inglés-hebreo, así como colecciones de revistas y recortes de periódicos. Keyle, que sentía un gran respeto por todo lo que estuviera impreso, adquirió una estantería de segunda mano para Búnem. Con frecuencia se lamentaba de no poder leer esos textos. Cuando Búnem leía o escribía, paseaba arriba y abajo en silencio por la casa. Así y todo, aprendía más palabras inglesas que el propio Búnem, pues las oía en la calle, en la tienda y de boca de los niños del vecindario. Él anotaba cuidadosamente los términos nuevos que leía en inglés, y guardaba las hojas en una caja de cigarros que alguien había desechado.

En ocasiones, Keyle le oía repetir las palabras: *table, ceiling, wall, picture*, con sus definiciones. Por lo general, sin embargo, se trataba de vocablos difíciles que ella nunca oía en las tiendas o en los puestos de ventas: *noun, verb, adverb*. A veces Búnem los repetía por las noches en voz alta, acostado, mientras Keyle se lavaba el pelo o cepillaba los dientes, costumbres que había adquirido en América, o fregaba los platos después de la cena. También, cada dos noches, dispersaba por la cocina una clase de polvo blanco que mataba a las *cockroaches*, como las llamaban allí.

Meterse en la cama, finalizado el día, se había convertido, para Búnem y Keyle, en un acontecimiento que se renovaba cada noche. Ya no tenían necesidad de ocultarse en el cuartito de un almacén o en un frío estudio, ni de hacer el amor en la bodega del barco, como durante el viaje a América. Nadie les exigía aquí ninguna prueba, como en Ellis Island, de que eran marido y mujer. Los americanos creían lo que se les decía. No les importaba el linaje de nadie. Aquí nadie tenía pasaporte, ni negro ni amarillo. En cuanto Keyle cerraba con llave la puerta y apagaba la lámpara de gas, comenzaba para ella y para Búnem una especie de fiesta nocturna.

Se iban a la cama temprano. Ella le informaba sobre su jornada de trabajo en casa del doctor Welcher, un solterón de casi setenta años, afectado por una tos permanente. Compasivo con los animales, evitaba comer carne y pescado. Los pacientes que acudían a él eran personas ancianas y humildes. El piso estaba lleno de libros y revistas, lo que imposibilitaba limpiar la vivienda. Keyle le hacía la compra de víveres y le cocinaba sus comidas vegetarianas. Era un trabajo liviano y el patrono le permitía con frecuencia marcharse a casa antes de la hora acordada.

2

En el transcurso del día, dentro de su apartamento, Keyle tenía a menudo la sensación de que aún estaba en el barco. La ciudad rugía como un mar agitado; las ventanas temblaban al paso de los pesados camiones y las furgonetas de reparto; incluso vibraban las paredes, el suelo y el techo. Desde la calle llegaban los gritos de los mercadillos del entorno. Tampoco faltaban, a menudo, el tañido de campanas de un camión de bomberos, el silbido de sirenas de una ambulancia, así como una variedad de voces y ruidos estridentes que Keyle no lograba distinguir si provenían de personas o de máquinas.

Llegada la noche, en cambio, imperaba el silencio. Acostada al lado de Búnem, por mucho que se arrimara a él, le parecía que no estaba suficientemente unida a su cuerpo. Él la tomaba con una pasión que Keyle no recordaba de ningún otro hombre. Sentía como si hubiese borrado de su conciencia todo el pasado, aunque sabía muy bien que según la ley seguía siendo la esposa de Yarme. No había recibido de él el divorcio, ni había entrado bajo el palio nupcial con Búnem. Sin embargo, ante la gente y tal vez también ante Dios, él era ahora su marido.

En la oscuridad, Varsovia dejaba de ser para ella un sueño, una fantasía. De nuevo la ciudad se le hacía cercana; de nuevo como marido y mujer, juntos recorrían las calles del barrio judío y Keyle recordaba todo lo que había dejado allí. Incluso retornaba con sus pensamientos al *shtetl* donde había nacido. En algún lugar debía de tener hermanas, hermanos, y era posible que aún viviera su madre. Todavía habría parientes que recordarían su nombre, aunque escupieran al mencionarlo. Keyle estaría dispuesta a sacrificar la mitad de los años que le quedaban con tal de que aquellas personas supieran que, desde hacía tiempo, ella había rechazado continuar en la indecencia y que ahora en Nueva York vivía como la esposa del hijo de un rabino, un hombre culto, pintor y maestro.

Él la poseía durante la noche, no una, sino varias veces, y en el intermedio conversaban. Keyle le había pedido que no le mencionara sus años pasados. Búnem, aunque se lo había prometido, solía romper su promesa. También a ella se le escapaban a veces palabras que no debería pronunciar. ¿Acaso era posible pasar por alto lo vivido tantos años? Los labios, por sí mismos, se negaban a cumplir su palabra. Búnem mostraba gran curiosidad por la vida anterior de ella y, poco a poco, le iba sonsacando los nombres de sus amantes, de aquellos con los que supuestamente había mantenido una relación y le arrebataban sus ganancias. Incluso exigía que Keyle le contara sus pecados de antes de que llegara a Varsovia y se convirtiera en prostituta. ¿Quién fue el primero, quién el segundo y el tercero? La obligaba a refrescar la memoria. Esas conversaciones se convertían para ambos en una especie de lodazal de lascivia, del que no podían salir ni hundirse en él. Todos los pecados, las aventuras y las tentaciones de ella habían permanecido sepultados en su mente.

El doctor Welcher guardaba en un aparador toda clase de bebidas. Él tenía prohibido probar el alcohol, pero Keyle se servía de vez en cuando una copita o bebía un trago de una botella. Temía que Búnem, al oler el alcohol, la regañara. Pero no fue así; sólo le advirtió que no se pasara de la raya. Él también tomaba algún vasito de whisky. En América bebían, no sólo los alcohólicos, sino también las personas respetables. Los vecinos de Keyle guardaban en sus casas botellas de coñac, de *scotch* o como quiera que llamaran a aquellas bebidas. La vida en ese país era dura, convulsa y acelerada. Resultaba necesario relajarse y levantar el ánimo de vez en cuando.

Las conversaciones acerca de Varsovia y del pasado se transformaron, para Keyle y Búnem, en una especie de embriaguez. Él no tenía gran cosa que contar, pues nunca había poseído a otra mujer. Pero le confiaba sus fantasías y le relataba lo que había leído en libros, revistas y periódicos. Le describió, además, con todo detalle, sus encuentros con Solche. Había escrito una carta a su madre, pero no había obtenido respuesta. ¿Seguiría Solche encerrada en la Citadelle? Quién sabe. ¿La habrían condenado a muerte? ¿O quizá la habrían arrojado a algún lugar en Siberia?

A veces la conversación giraba alrededor de Yarme. ¿Lo habrían arrestado junto con Max y, al verse encerrados en la misma celda, se habrían entregado de nuevo a su homosexualidad?

Búnem había escrito alguna carta a su familia, primero desde Hamburgo y más tarde también desde Nueva York. Sólo había recibido respuesta de Tsírele. Cuando los padres de su novio, Mordejái Zéraj, se enteraron de que Búnem había huido a América, reaccionaron devolviendo por correo el contrato de compromiso y la hicieron comparecer, junto con sus padres, ante un tribunal rabínico,

donde ella hubo de depositar un escrito de aceptación de la ruptura. Ahora ya no era una muchacha comprometida, sino de nuevo una joven casadera.

Aunque el tono de la carta era más bien burlón, Tsírele transmitía también en ella el dolor de los padres al enterarse de que Búnem había huido a América. La policía había vuelto a entrar en la casa. Alguien había comentado que sus padres tendrían que pagar una multa de trescientos rublos debido a que Búnem se había marchado sin haberse alistado para el servicio militar. Así lo fijaba uno de los malditos decretos que el zar dictó contra los judíos. Tasírele escribía, por último, que albergaba la esperanza de poder viajar a América antes de que sus padres la comprometieran con otro patán. Prefería trabajar duro en alguna fábrica o incluso como criada antes de caer en manos de algún otro idiota. Para terminar, Tsírele informaba a Búnem de que su padre lo había repudiado como hijo.

Después de aquella primera carta, no había tardado en llegar otra también suya, en que le decía:

> Querido hermano mío, Búnem, que tengas larga vida y buena salud.
>
> Te he escrito hace unos pocos días, pero algo ha sucedido que me obliga a hacerlo de nuevo. Hemos recibido una carta, escrita en polaco, enviada por cierta señora Buchbinder. En ella afirma que tú eras novio de su hija y que has huido a América con otra. Asegura, además, que supuestamente te encontró en la Estación de Viena y que tú viajabas con una mujer basta, que perdió su dinero en la estación, o se lo robaron. Como sabes, Búnemel, el polaco no es lo mío, y esa señora, además, utiliza una letra con muchas florituras. Me ha costado gran esfuerzo descifrar su carta. Es un milagro que mamá no estuviera en casa cuando el cartero me la entregó. Yo no me creo todo ese cuento, pero tampoco puedo imaginar que todo sea un invento. Hasta ahora no he mostrado la carta a mamá, porque desde tu huida a América está muy nerviosa y llora cada vez que se menciona tu nombre. Sólo le faltaba esto: oír una calumnia de esa magnitud. En la calle, la gente inventa toda clase de historias, sin pies ni cabeza, acerca de ti. Además, el recaudador que colecta el dinero para los honorarios semanales de papá se queja de que la gente ya no quiere aportar ni un groschen debido a que el rabino ha criado unos hijos herejes. Hasta Shlóimele y Jáyimle tienen que soportar toda clase de inconvenientes en el *jéder*. Se ha llegado a decir que no fueron mis futuros suegros los que devolvieron el contrato de

compromiso, sino que, al contrario, lo he devuelto yo. Me temo que papá tendrá que mudarse de calle. Pero ¿adónde podrá ir? Búnemel, ya no puedo aguantar más lo que dicen las malas lenguas y las intrigas, y no sé qué será de mi futuro en Varsovia. Dios debió de oír mis súplicas y me liberó de ese Mordejái Zéraj. Tal vez tú fuiste enviado a América, como está escrito en el Pentateuco que le sucedió a Yosef, para que, una vez en Egipto, llevara allí a sus hermanos. Aquí ya no puedo seguir. Me estoy asfixiando. Si me pudieras mandar un billete de barco, dejaría todo y huiría de este infierno. Papá, quiera Dios que conserve buena salud, no hace más que estudiar todo el día. Yo me he quedado con un ajuar que ya no necesito mientras que él está de deudas hasta arriba. De todos los lados nos reclaman dinero y advierten que nos quitarán hasta la ropa de cama y nuestros enseres. Ciertamente, no es como para tomarlo a broma.

Tu hermana que te quiere,

TSÍRELE

P. D.: ¡Escribe pronto! Espero tu carta impaciente. Saldré al encuentro del cartero para estar segura de que llega a mis manos. No es fácil, pero no quiero que en casa se monte un lío y la situación empeore.

Saludos de todo corazón y, si tienes alguien contigo, transmítele también mis saludos.

Con mucho amor de tu hermana Tsírele.

3

En el mes de julio, los padres de los alumnos de Búnem se marcharon de vacaciones con sus hijos a algún lugar en las montañas Catskill, y él se quedó sin el trabajo de maestro hasta septiembre. También el doctor Welcher cerró su apartamento y viajó a pasar el verano en Inglaterra, donde tenía alguna familia. Búnem y Keyle ya no ingresaban ningún dinero, y el alquiler de la vivienda les costaba doce dólares al mes. Búnem buscaba en los pequeños anuncios del periódico yiddish alguna oferta de trabajo, pero al parecer nadie necesitaba en esas fechas un maestro, ni de religión ni laico. Tampoco había demanda de criadas. Búnem se presentaba cada mañana en la oficina de la Educational Alliance para asistir a un curso de inglés. Algunos pintores exponían allí sus cuadros, en general, obras de

aficionados. Uno de ellos, con quien Búnem trabó conocimiento, le comentó que de vez en cuando llegaban a ese lugar damas ricas del *uptown* y a veces compraban algún cuadro que les gustaba. Búnem empezó a considerar volver a pintar, pero no podía gastar su último par de dólares en lienzos y paletas de colores. Además, la luz en su apartamento tampoco era adecuada para pintar.

Como disponía de mucho tiempo libre, cada día repasaba el periódico desde el principio al final, incluidas noticias y anuncios. La mayoría de los artículos de prensa trataba de Rusia y de las luchas que los liberales y los socialistas libraban contra el régimen zarista, declarando una huelga tras otra y sacando a la luz fascículos y panfletos ilegales. Los anarquistas, por su parte, arrojaban alguna bomba de vez en cuando. Después del atentado contra el primer ministro Stolypin, se produjeron arrestos masivos en todo el país. A América llegaban desde Rusia, Alemania e Inglaterra numerosos conferenciantes que informaban sobre la situación de la clase obrera en sus países. Muchos de esos oradores eran judíos, algunos hablaban ruso y otros yiddish. Predecían que la revolución se aproximaba.

En el periódico, los reporteros socialistas aseguraban, al igual que aquellos conferenciantes, que en cuanto triunfara la revolución en Rusia se eliminarían todas las discriminaciones contra los judíos; se anularía la Zona de Residencia y podrían vivir en San Petersburgo o en Moscú. Los líderes revolucionarios judíos formarían parte del gobierno ruso. En Nueva York, al igual que en toda América, multitud de socialistas judíos se preparaban, por tanto, para retornar a Rusia. Estados Unidos era un país supuestamente libre, y el Primero de Mayo los izquierdistas de toda clase celebraban siempre una manifestación. Enarbolando banderas rojas, pronunciaban discursos en los que denunciaban y maldecían a los Rockefeller, los Morgan, los Carnegie y al presidente Taft, pese a lo cual nadie los molestaba. Los escritores y oradores que venían de Europa insistían, sin embargo, en que América era un bastión de los capitalistas y que, en el fondo, los reaccionarios no eran mejores que las centurias negras rusas, los *junkers* alemanes o los conservadores ingleses. Rusia, tras su derrota contra el Japón, había pactado con las organizaciones que incitaban a la guerra desde Inglaterra y Francia, y ayudó a agudizar la crisis en la región balcánica, una región que tanto los articulistas de Nueva York como los de Varsovia consideraban un polvorín.

Desde que vivía en Nueva York, Búnem comenzó a comprender mejor las afirmaciones que hacía Solche. Cuando ella utilizaba expresiones como «las hambrientas clases obreras», Búnem lo atribuía a retórica o exageración. Y es que él nunca llegó a pasar hambre, pese a que su padre, Menájem Mendel, vivía una vida de privaciones. La familia se las arreglaba de algún modo para ahorrar lo suficiente y

alimentarse. Los trabajadores y los artesanos de la calle Krochmalna—sastres, zapateros, carpinteros, cocheros y porteadores—tampoco parecían hambrientos; ni desde luego los campesinos, que venían de las aldeas con carretas llenas de patatas, remolachas, zanahorias, gallinas, gansos, patos, quesos y champiñones.

Ahora, sin embargo, por vez primera, Búnem experimentó en propia carne la sensación de pasar hambre. Los escasos dólares, suyos y de Keyle, se agotaron y llegó el día en que no les quedaba nada con lo que poder comprar comida para el desayuno. El hambre no les dejaba dormir. Esa noche Bunem y Keyle no conversaron sobre el amor, sino sobre el suicidio.

En las calles de gente adinerada, como Grand, Delancey y Clinton, las amas de casa solían desechar el pan y los bollos resecos, y Keyle los recogía de los contenedores de basura. En las aceras de la calle Orchard, y también en los mercadillos adyacentes, a veces se podía encontrar en el suelo una patata, un pepino, un rábano e incluso una manzana o una naranja medio podrida. Keyle acopiaba esos residuos y los llevaba a casa. Otras veces, al rebuscar por las calles, daba casualmente con algún penique o hasta un níquel que alguien había perdido.

Keyle veía claramente que las prostitutas de la calle Attorney no pasaban penuria, pues siempre había hombres que acudían a buscarlas. Aunque el país estaba en plena depresión y los comercios atravesaban una «temporada floja», como se decía en el yiddish americanizado, la demanda de carne femenina no decaía. Keyle repetía una y otra vez que, antes de volver a la indecencia, preferiría morir. Búnem, no obstante, vivía con el temor a que algún día, secretamente y sin su conocimiento, ella cayera de nuevo en el pozo de la prostitución.

Cierto caluroso día de verano, mientras Búnem, sentado en ropa interior, copiaba de un libro de texto las reglas de la gramática inglesa, se abrió la puerta y Keyle irrumpió con un cesto lleno de diversos alimentos. Venía gozosa y acalorada. Se acercó a Búnem con pasos rápidos, lo besó en la frente y abrió ampliamente el cesto.

—¡Mira lo que traigo aquí!—dijo, mostrando una carga de verduras, panes y quesos.

Búnem vaciló unos minutos.

—¿Dónde lo has conseguido? No parecen alimentos que se encuentren así sin más.

—Dentro de los mercadillos caen algunos artículos de las carretas y yo los he recogido del suelo.

Búnem lo pensó un momento y dijo:

—Keyle, eso es robar.

—No, Búnemel, es algo que había caído al suelo y…

—Si algo cae, más tarde o más temprano el vendedor lo recogerá. Un extraño no tiene el derecho de apropiárselo.

—Si no lo recogiera yo lo haría otra persona.

—Que otros hagan lo que quieran. Yo no comeré alimentos robados.

—¿Y qué comerás? Nos hemos quedado sin un céntimo.

—Mejor mendigar, o suicidarse.

El rostro de Keyle se crispó.

—Búnemel, ¿qué va a ser de nosotros?

—Tendremos que encontrar alguna clase de trabajo.

—Búnemel, no has comido desde ayer.

—No tengo hambre.

—Estás pálido como la muerte. Tú mismo dices que en el periódico nadie ofrece un puesto de trabajo. ¿Para eso hemos venido a América? ¿Para morirnos de hambre? ¡Ay de mí!

Keyle estalló en llanto. Búnem pensó, por un instante, que lloraba como una chiquilla.

—Keyle, no vinimos a América a convertirnos en ladrones.

—Toda esa gente está forrada de dinero. Lo que tiran puede alimentar a una ciudad entera. En la basura se pueden encontrar zapatos, ropa, bollos, lo que se te pueda ocurrir. Búnemel, también he encontrado dinero.

—¿Qué clase de dinero?

—Un penique y dos monedas de cinco.

—¿Encontrado o robado?

—Si yo quisiera robar, no serían once centavos. Búnemel, soy honesta y vivo entregada a ti como una esposa. Hay hombres que me siguen por la calle, pero les dirijo tal mirada que se largan enseguida. Nunca robé, ni siquiera en aquellos tiempos. Sabes a qué tiempos me refiero. Llegaban a mí hombres borrachos y olvidaban sus billeteros. A veces se les caían de los bolsillos, pero siempre se los devolvía. Todas las putas robaban. Emborrachaban al cliente y le quitaban de los bolsillos sus pocos rublos. Luego se los escondían a sus chulos, y eso las conducía a recibir las peores palizas. Yo jamás hice algo así. Si estoy mintiendo, que nunca llegue a tener un entierro judío decente.

Búnem nunca le había oído esta expresión. A pesar de sus preocupaciones, sonrió y dijo:

—Si no has robado antes, no empieces ahora. Tal vez Dios nos ayude.

—Una vez dijiste que no hay Dios.

—Lo hay, lo hay. Tal vez no sea tan bueno como la gente cree,

pero existe.

—¿Y por qué nos hace sufrir tanto?

—Porque ninguno de los dos hemos aprendido un oficio. Ambos somos parásitos—replicó Búnem, asombrado de sus propias palabras.

—¿Qué debo hacer con esta comida? Ni siquiera sé a quién devolvérsela. Un trozo de pan cayó en un sitio, una galleta en otro y una manzana en otro. Aquí nadie se molesta en agacharse a recoger estas cosas. Si regresara ahora allí y empezara a devolverlo todo, me meterían en la cárcel.

—Cómetelo tú.

—¿Yo sola? ¿Y tú qué harás?

—Dame los once centavos.

Keyle entregó a Búnem las monedas y rompió a llorar de nuevo.

—¡No llores! ¡Come!

—¡No comeré sin ti!

—Baja a la tienda y compra pan, y tal vez un cuartillo de leche, a cambio de los once centavos. Y si no puedes conseguir leche, compra un poco de mantequilla.

—¡Pero si tengo un cesto lleno de pan!

—Compra un pan honesto. Deja ese cesto aquí.

Keyle vaciló un momento.

—Bueno, que así sea.

Búnem le devolvió los once centavos y ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¡He venido todo el camino hasta casa cargada con todo eso para ti!—exclamó, y de nuevo las lágrimas le cubrieron las mejillas.

4

Tras largas búsquedas, Búnem encontró al fin un empleo. Se trataba de leerle a un hombre ciego periódicos, revistas y libros, y hacerle compañía durante seis horas al día, entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde, menos los viernes y sábados. Ya cumplidos los ochenta años, el hombre vivía con su hija en el *uptown*, la parte rica de la ciudad, en la calle 19 esquina con la Cuarta Avenida.

Ese anciano adinerado, antiguo comerciante en pieles, se había propuesto además dictar sus memorias en yiddish, para que luego sus hijos y nietos las dieran a traducir al inglés y las publicaran por cuenta propia. El sueldo de Búnem por ese trabajo iba a ser de ocho dólares a la semana. Aunque él no creía en milagros, le pareció que este empleo sí lo había sido.

El anuncio lo había encontrado, no en el periódico que solía leer, sino en un ejemplar de la prensa de los judíos ortodoxos que un vecino suyo había arrojado a la papelera. El periódico estaba fechado cuatro días atrás y Búnem, pese a que estaba seguro de que alguien ya habría ocupado ese puesto, decidió telefonear. Le dijeron que se presentara. Resultó que un gran número de candidatos ya habían llamado, pero ninguno había agradado al ciego, *mister* Morris Zuckerman, o Sugarman, tal como su nombre había sido registrado en América. El anuncio exigía que quien se presentara debía entender el hebreo y el yiddish, conocer el Talmud y las leyes religiosas judías, tener buena letra y además, así lo definía el anuncio, ser persona «de buenas costumbres».

Cuando Búnem telefoneó y comenzó a hablar en yiddish, le indicaron que esperase al teléfono. Al cabo de unos minutos se puso el señor Sugarman. Tras interrogarle durante largo rato, le pidió que se presentara en su casa.

Otro «milagro» había sucedido un día antes: Keyle había encontrado empleo en una panadería, precisamente en la misma calle Attorney. Su trabajo consistía en recorrer las calles vendiendo *béiguels* a los transeúntes. El propietario de la panadería horneaba los *béiguels* al modo varsoviano, diferente al habitual en América: eran blandos, lisos en la base e hinchados por encima en forma de espiral. Los *béiguels* americanos eran, para los inmigrantes venidos de Polonia, demasiado duros: al comerlos podían romperte un diente. Ni siquiera calientes y recién salidos del horno les parecían frescos. Comentaban que eran *béiguels* horneados por *lítvaks*, los judíos procedentes de Lituania, y no tenían un sabor judío.

Si Keyle no hubiera conseguido este empleo, Búnem no habría tenido al día siguiente los pocos groschen necesarios para pagar el billete del tren elevado en la Tercera Avenida. Por primera vez desde que llegó a América visitó una casa de ricos, con moquetas, muebles exquisitos, cuadros y criadas. Morris Sugarman vivía con una hija viuda y unos nietos ya crecidos. En su despacho había estanterías de libros sagrados en lengua hebrea, así como laicos en inglés, ruso, polaco y alemán. Él procedía de Polonia y no era totalmente ciego. Tenía cataratas, que podrían eliminarse con una operación, pero el viejo se negaba, como él decía, a ponerse bajo el cuchillo. Era de baja estatura, algo ancho de hombros, y con una recortada barbita blanca. Al hablar mezclaba con su yiddish palabras del inglés, así como citas de la Guemará y de los Midrashim. Recordaba personajes de la Varsovia de antaño: *reb* Yesháyele Práguer, *reb* Yókele Guezúnthait, *reb* Jáyim Zélig Slonimsky. Mientras sus ojos aún se lo permitían, leía *El Toque de Sirena*, el periódico en hebreo que le enviaban desde Varsovia con un retraso de varios meses.

Morris Sugarman había hecho en su día negocios con los más grandes magnates y millonarios de América: leones financieros, como los Vánderbilt o sus representantes.

—Joven, no pierda usted el ánimo—le dijo a Búnem—. Cuando yo llegué a América era tan pobre como lo es usted ahora. Lo que no haga la inteligencia lo hará el tiempo.

Morris Sugarman ya había tenido empleado a alguien que leía para él, pero resultó ser persona de malos modales, no utilizaba pañuelo y escupía en el suelo, además de tener una escritura ilegible. La hija de Morris, la señora Bessie Valman, añadió que aquel hombre tampoco sabía cómo utilizar el tenedor y cuchillo, pues procedía de una clase social baja.

Búnem les cayó bien enseguida, tanto a Morris como a su hija. Todo habría ido de perlas si él no se hubiera sentido obligado a engañar a esas personas refinadas. No podía contarles nada acerca de Keyle. Le habrían pedido que trajera con él algún día a su esposa. Búnem no quería ni podía llevar a alguien como ella a esa aristocrática casa. De modo que mintió diciendo que vivía solo. Además, les contó que había dejado a una prometida en Varsovia, a la que tenía intención de traer a América en cuanto le fuera posible. Tampoco podía decirles que su novia era una anarquista encarcelada en la Citadelle. ¡Cielos, la vida lo había llevado por tales vericuetos que ya no podía contar a nadie la verdad!

En agosto, Nueva York sufrió una ola de calor que Búnem no había conocido nunca. Los hombres iban por la calle con la camisa remangada, el cuello abierto y sin corbata, algunos calzados con sandalias. Las muchachas, como si fueran prostitutas, iban descalzas y semidesnudas, y los niños, totalmente desnudos. En la calle Attorney, a menudo alguien abría una boca de incendios e inundaba la calzada como si fuera un río. Los pequeños chapoteaban en esa agua turbia, gritaban como salvajes y salpicaban a los transeúntes en las aceras.

Búnem no podía permitirse caminar en mangas de camisa, ni tampoco sin sombrero o corbata. Sudaba a chorros y constantemente tenía que saciar la sed bebiendo soda, o el agua del grifo en los abrevaderos destinados a los caballos de los carros de carga. Keyle, en cambio, había probado a ir vestida medio desabrochada, como las demás mujeres, pero Búnem se lo había prohibido. Independientemente de cuáles hubieran sido sus costumbres, ahora debía comportarse como una mujer respetable.

Los vecinos se burlaban de Búnem al verlo salir de casa con chaqueta, chaleco y corbata. Le advertían que podría sufrir un golpe de calor. Eso sí, afortunadamente ya no pasaba hambre, ni tampoco Keyle. Pagaban el alquiler y ella siempre tenía en la nevera una jarra con limonada. Por suerte, de noche, por la ventana abierta entraba de

vez en cuando una fresca brisa procedente del East River o del mar.

Keyle obtenía ahora, a cambio de los *béiguels* que vendía, un par de dólares a la semana. Además, recibía gratis el pan que ambos consumían. Sólo quien hubiera sentido alguna vez los retortijones del hambre, o el miedo a ser desahuciado y arrojado a la calle con sus bártulos, conocía el valor de un trozo de pan y de un lecho donde descansar por la noche. Y sólo quien durante años hubiera ansiado el cuerpo de una mujer—como Búnem, a partir de los doce años—podía valorar el placer de entrar cada noche en la cama de su hembra, también anhelante de sexo y amor, y que, además, sabía cómo satisfacer a un hombre. La tomaba cada noche con pasión renovada y ella le revelaba todos los secretos y placeres del cuerpo. ¿O tal vez cuerpo y alma significaban lo mismo?

Las historias que contaba Keyle despertaban en Búnem repulsión a la vez que lascivia, cólera a la vez que vergüenza y, al mismo tiempo, deseo de oír más. Si Spinoza y también los cabalistas tuvieran razón, pensaba Búnem, y todo lo que existe fuera parte de Dios, cuerpo de Su cuerpo y espíritu de Su espíritu, no serían posibles la fealdad ni la repugnancia. Y si todas las emociones fueran modos de la Sustancia, tendría que haber un sentido en cada pasión, por muy baja que ésta pareciera al realizarse. Keyle, ignorante como era en temas intelectuales, poseía gran experiencia y conocimiento de los sentimientos (o los afectos) humanos, en todas sus variantes. Las mismas pasiones que a Búnem le parecían salvajes, dementes, y que incluso se avergonzaba de admitir haber sentido, las habían experimentado otros que le habían precedido. En la especie humana existía el deseo de elevarse, pero al mismo tiempo la inclinación a llegar a lo más bajo, a hundirse en un pantano, en un profundo lodazal, una ciénaga. En el entorno de donde provenía Keyle, no era sólo el cuerpo el que se desnudaba, sino también el alma, o como se le quiera llamar. La persona siempre se debate entre la elevación y la caída. Hay una fuerza que la arrastra hacia abajo y, si no se opone a ella, se hunde en las cuarenta y nueve puertas del pecado mientras, a su oído, un demonio o un duende le prometen placeres que, en realidad, nunca podrá alcanzar.

La propia Keyle era la viva demostración: por mucho que, cediendo a esa clase de deseos, se hubiera entregado al pecado y caído en todas las tentaciones, su vida continuaba llena de rencor y de pena. El demonio sólo promete; nunca cumple su palabra. Para ella la mayor felicidad consistía en convivir con Búnem en la calle Attorney, aunque esto, al mismo tiempo, la consumía. No era una situación lícita, puesto que su esposo no era él, sino Yarme. Cualquier día alguien en la calle podría reconocerla y propagar entre los vecinos quién era ella en realidad. Continuamente llegaban barcos con miles de emigrantes de

Polonia, sobre todo de Varsovia, de modo que cada vez que salía a la calle podría golpearle la catástrofe. Y, además, pensaba Keyle, ¿qué pasaría si Solche fuera liberada y viajara a América? Al fin y al cabo, Búnem nunca prometió que permanecería con ella, con Keyle. Tampoco deseaba engendrar un hijo suyo. Un hijo que, según la ley, sería bastardo. En definitiva, Keyle continuaba sumergida en una mezcla de pecado y de ponzoña…

5

Transcurrieron así varias semanas durante las cuales Búnem y Keyle disfrutaron de algo parecido al sosiego. Finalmente, el doctor Welcher regresó de Inglaterra y Keyle retomó su empleo como criada, mientras por la tarde seguía vendiendo *béiguels*. En cuanto a Búnem, cada mañana acudía a su trabajo en casa de Morris Sugarman. Tanto el padre como la hija se sentían muy próximos a él. Lo invitaban no sólo al almuerzo, sino incluso a la cena, y empezaron a confiarle los secretos y las preocupaciones de la familia.

Al poco tiempo llegaron a sugerirle que no tenía sentido que continuara residiendo en la calle Attorney y cada día tuviera que ir y volver. El piso de ellos tenía suficientes habitaciones, más de las que ambos necesitaban. Búnem podría vivir en la casa, y no le cobrarían el alquiler ni la comida. La familia tenía una criada y un mayordomo. La señora Valman cocinaba para su padre y para ella misma, y respetaba las normas de la comida *kosher*. ¿Qué molestia podía suponerle cocinar para una persona más?

La familia había pasado por varias tragedias. Una hija, la más joven, se había convertido al cristianismo y se había unido a un inmigrante danés que era ingeniero. Vivía con él en Boston, y Morris Sugarman la había repudiado como hija. No quería saber nada de unos nietos cristianos. Otra hija, la segunda, se había casado con un judío que había resultado ser un aventurero, un embaucador, y había sido condenado a varios años de cárcel. Tal vez a causa de lo mucho que había sufrido, murió de cáncer dejando un hijo que hizo algo no muy judío: se había enrolado en el Ejército. Había alcanzado un alto rango, pero ¿qué futuro le esperaba como eterno soldado? Sabía muy poco del judaísmo. Servía en algún lugar de Texas, no lejos de la frontera con México. Por último, la primogénita, Bessie Valman, que ahora vivía con su padre, había enviudado unos seis años atrás. Tenía una hija en Filadelfia, ya con varios hijos crecidos, también viuda.

Pocas alegrías, por tanto, había cosechado Morris Sugarman de sus hijos y nietos, pero él consideraba que la culpa era suya. En su

juventud se había dedicado demasiado a los negocios y muy poco a sus hijas. No les había dado una digna educación judía. Las había enviado a estudiar a escuelas no judías y habían crecido alejadas de sus raíces. Sólo la mayor de ellas, Bessie (su nombre judío era Beyle Broje), hablaba yiddish y respetaba las reglas de la comida *kosher*.

Morris también echaba la culpa, en cierto modo, a su difunta esposa, Hilda, nacida en América e hija de un judío alemán, socio de un banco de Brooklyn. Ella había heredado de sus padres cierto desprecio hacia los judíos, especialmente los de Europa del Este, denominados *Ostjuden*, y nunca perdonó a su marido que hablara inglés con acento extranjero. Constantemente le llamaba la atención por sus errores. Morris confió a Búnem que, en vida de su esposa, nunca pudo guardar sus libros sagrados en una estantería con puerta de cristal, donde los invitados pudieran ver los títulos en letra hebrea. Ella tiraba a la papelera, en cuanto podía, los periódicos y revistas en hebreo. A los inmigrantes judíos los designaba con apodos antisemitas, como *kikes, sheenies, anarchists*. Bessie aprendió a hablar un yiddish correcto sólo cuando, al fallecer su marido, se fue a vivir con su padre y llevar la casa.

Cuando padre e hija propusieron a Búnem que fuera a vivir con ellos, él enmudeció por un momento, aunque enseguida encontró una salida: respondió que prefería seguir viviendo en su barrio actual, en lugar de en un barrio no judío. Y tampoco quería renunciar por completo a su trabajo como maestro, pues así colaboraba a que los niños de los inmigrantes no olvidaran su judaísmo en América.

De este modo había ofrecido, ante padre e hija, la imagen de un judío devoto e idealista. A este respecto, sin embargo, ya había aprendido las palabras pronunciadas por el presidente Lincoln: imposible engañar a todo el mundo todo el tiempo. Más temprano o más tarde la mentira acabaría por salir a la luz. Por otro lado, el futuro del empleo con los Sugarman estaba lejos de ser seguro. Al anciano no le quedaban muchos años de vida: no sólo padecía cataratas, sino que también su corazón estaba enfermo. Acostumbraba a decir que sólo un ruego le hacía al Señor del mundo: que le permitiera terminar de escribir sus memorias.

Además de estas complicaciones, otras se le iban a ir acumulando a Búnem.

Cuando a su llegada a América había alquilado el apartamento de la calle Attorney, había escrito una carta a la madre de Solche, la señora Buchbinder, para darle a conocer la dirección de su vivienda. Había enviado la carta a la calle Med de Varsovia, pero no había recibido respuesta. Búnem había deducido que ni ella ni su marido querían saber nada de él.

Nunca había dejado de pensar en Solche, pero ya había

desesperado de recibir noticias de ella. ¿Cómo iba a recibirlas? Los encarcelados en la Citadelle no estaban autorizados a enviar cartas. A buen seguro la madre de Solche en alguna de sus visitas le habría contado que Búnem se había marchado a América con una mujer de dudoso aspecto.

Empezaba a hacerse a la idea de que, de un modo u otro, pasaría sus años en América en compañía de Keyle, la esposa de Yarme. Lo único que ahora deseaba era que los años transcurrieran sin sobresaltos. Ya no intentaba pintar y había perdido las ganas de escribir. «Me imaginaré—se decía—que soy Robinson Crusoe, tirado en una isla, o bien el capitán Scott» (acerca de cuya trágica muerte, camino del Polo Sur, escribían los periódicos esos días).

Cierta mañana, no obstante, llegó el cartero con una carta procedente de Varsovia. En un principio, Búnem pensó que sería de su hermana Tsírele, pero enseguida vio el nombre de Irene Buchbinder, la madre de Solche, y la dirección escrita en polaco. En ella, decía:

> Honorable señor Búnem Tomáshover:
>
> Le escribe la madre de Stasha. Recibí la carta de usted desde Nueva York, pero Stasha se hallaba en el hospital, tan gravemente enferma que no me fue posible transmitirle lo que usted había escrito. Tampoco tenía la cabeza para ello. He sido testigo de cómo y con quién se marchó usted a América y consideraba que el capítulo entre usted y mi hija estaba y debía estar acabado. Pero Dios nos ayudó y la salud de Stasha mejoró. Los médicos la enviaron a que respirara aire fresco, en una zona de Rusia donde es realmente puro. Ahora ella me inunda con cartas en las que me pide que me ponga en contacto con usted porque hay esperanzas de que pronto se sienta completamente sana y tal vez pueda viajar a ese lugar que algunos llaman el país dorado. Escribe con tanta emoción y tanta añoranza que decidí comunicarle a usted la dirección de ella. La encontrará al final de esta carta. Pero le advierto que debe escribirle sólo si sus sentimientos hacia ella no se han apagado y si es usted una persona libre, no atado a aquella mujer. Estoy convencida de que usted no se ha ganado el gran amor que mi hija le demuestra, pero no hay duda de que aquellos que menos lo merecen resultan ser los más amados.
>
> Atentamente le saluda y le desea suerte en el nuevo país
>
> IRENE BUCHBINDER

Esta carta se lo esclareció todo. Búnem interpretó que a Solche, en

lugar de someterla a juicio, la habían deportado administrativamente al norte de Rusia, a una aldea en la región de Arkangelsk. Búnem tenía alguna idea sobre cómo los deportados vegetaban allí, en algún rincón aislado, entre los más primitivos campesinos, y siempre bajo la vigilancia de la policía.

En los periódicos yiddish de Nueva York aparecían con frecuencia artículos escritos por deportados que habían concluido su condena, o que habían logrado huir y llegar a América. Al referirse a la vida en las aldeas donde los recluyeron, todos decían lo mismo: estaban mucho mejor en la cárcel. Allí no había tanta suciedad y recibían mejor comida. Y, además, los prisioneros «políticos» podían utilizar la biblioteca de la cárcel, a veces incluso libros que la censura había prohibido. En su mayor parte, se trataba de obras que habían sido confiscadas a los propios detenidos.

Keyle no estaba presente cuando Búnem recibió la carta de Polonia y él decidió no decirle ni una palabra acerca de que Solche había sido excarcelada y deportada. ¿Para qué inquietarla en vano? Lo cierto era que la carta de Irene Buchbinder había hecho revivir en él su amor por Solche. De hecho, no había dejado de pensar en ella. Disfrutaba de las noches con Keyle, pero ella no era, ni podía ser, lo que se entiende por una «compañera para toda la vida». No podía presentarse con ella en ningún círculo social. Ni tampoco llevarla a alguna sesión de lectura literaria o de teatro, pues cabía la posibilidad de encontrarse con alguien que la conociera de Varsovia. Aparte de que Keyle no comprendería la charla de ningún conferenciante, ni tendría interés alguno en una obra de teatro seria. Ir por ahí vendiendo *béiguels* le bastaba. Sólo dos cosas le interesaban: llevar la casa y atenderle a él, su comida, su ropa, su salud y sus necesidades sexuales. Búnem le había prohibido beber, pero desde que ella ganaba dinero con frecuencia compraba una botella de whisky o incluso de coñac importado de Rusia. Cuando tomaba una copa se transformaba. No sólo se animaba, sino que a veces se descontrolaba y empezaba a hablar en la jerga de los bajos fondos. En ocasiones, hasta cometía el error de dirigirse a él con el nombre de Yarme. Se volvía locuaz y relataba con total desenfreno, sin avergonzarse, sus aventuras con Itche el Ciego, Fáivele el Ratero y otros de la misma ralea.

Con frecuencia mencionaba su deseo de tener hijos con Búnem. A él, sin embargo, le aterrorizaba la idea de crear con Keyle una nueva generación. Sin olvidar que, en general, consideraba una locura traer hijos a este mundo y perpetuar la tragedia humana. A menudo pensaba que, más tarde o más temprano, encontraría el coraje para poner fin a su vida, a sus enredos y a su insubordinación frente a las crueles leyes de la existencia: la lucha por sobrevivir, el ciego impulso del sexo, la injusticia de los poderosos, la locura, los crímenes, así

como las falsas esperanzas, en fin, de quienes confían en encontrar medios con los que vencer a la naturaleza y a su principio de que la fuerza hace el derecho.

La mente humana, sin embargo, era como un dictador que, en el caso de Búnem, lo obligaba a pensar en Solche. La imaginaba deambulando por la gélida aldea rusa, con una chaqueta guateada y botas de grueso fieltro, mientras añoraba una carta, un saludo de casa, un periódico, un libro, una persona con quien intercambiar una palabra, un café, un teatro, o precisamente lo necesitaba a él, a Búnem. Entretanto, él todavía estaba pagando los plazos de los pasajes del barco, además de haber prometido a Tsírele enviarle un billete para su viaje a América. En sí mismo él no era más que una partícula de polvo al viento, y, sin embargo, otras personas depositaban sus esperanzas, y hasta basaban su futuro, en él.

Comenzaba el mes de *Elul*, el último del año judío, y las vecinas de Keyle en la calle Attorney le insistían en que, para los diez Días Solemnes de la entrada al nuevo año, toda mujer judía debía adquirir un asiento en la sinagoga, asistir a las oraciones y escuchar al oficiante, así como el sermón del rabino y el sonido del *shofar*. Algunas de esas mujeres sabían leer el libro de oraciones en hebreo, mientras que otras sólo podían leer la traducción al inglés. Keyle empezó a mencionar a Búnem que acudiría a la sinagoga durante *Rosh Hashaná* y *Yom Kipur*; incluso se había comprado un vestido de fiesta. Exigía, no obstante, que él también lo hiciera, pero Búnem no estaba dispuesto a rezar a un Dios que callaba eternamente y pasaba por alto las injusticias y los sufrimientos de sus criaturas. Puesto que callaba y que, de cualquier modo, haría lo que le viniera en gana, ¿para qué dirigirse a Él y pedirle favores? Búnem intentaba hacerle comprender esto a Keyle, pero ella insistía:

—Todo el mundo reza y yo también quiero rezar. De lo contrario, las vecinas hablarán mal de mí.

Por otro lado, Morris Sugarman y su hija insistían a Búnem en que pasara las fiestas con ellos. Morris Sugarman era miembro de una moderna sinagoga a la que acudían millonarios y profesionales ilustrados. Propuso a Búnem que lo acompañara a rezar en los Días Solemnes, y él se vio obligado a negarse. En contra de su voluntad, tuvo que dar la imagen de un ateo, pese a que creía en la existencia de Dios e incluso en la Providencia. No era cosa de entrar en detalles con ese anciano que oía mal y estaba medio ciego. Más aún, no era fácil hacer comprender a cualquiera ese peculiar punto de vista suyo: creer en Dios, pero, al mismo tiempo, empeñarse en ignorarlo en señal de protesta por su comportamiento como tal.

Búnem le escribió a Solche una larga carta en polaco que dirigió a la pequeña aldea donde estaba deportada, aunque sin confiar mucho

en que la recibiera. Le escribió que la amaba y que soñaba con estar junto a ella. No mencionó en absoluto que vivía con otra mujer, y se preguntaba si se había comportado correctamente. ¿Acaso de ese modo no engañaba tanto a Solche como a Keyle, y también a sí mismo? En fin, de todos modos, le sería imposible explicar a Solche lo que estaba haciendo. Quienes redactan las leyes apenas tienen en cuenta el tormentoso mar que representan las emociones de las personas. Para ellos todo es correcto o equivocado. Los cristianos, por ejemplo, habían impuesto a la especie humana una moral sexual que no encajaba con su naturaleza. Él, Búnem, necesitaba tanto a Solche como a Keyle. Pero esto, Solche, con toda su ilustración y su rebeldía revolucionaria, no lo comprendería. Keyle, en cambio, sí lo había comprendido.

Llegaron los Días Solemnes del comienzo de año. Keyle había conseguido un asiento en una sinagoga donde una lectora profesional leía en voz alta las oraciones para quienes no eran capaces de leer el hebreo. Búnem se quedó solo en casa. En East Broadway había una biblioteca que contenía libros no sólo en inglés, sino también en yiddish, hebreo, ruso, polaco y alemán. Había solicitado y obtenido un carné de lector. Rara vez leía obras filosóficas. Para él las hipótesis de los filósofos no eran más inteligentes que las interpretaciones de los rabinos. En cambio, le atraían los libros de viajes, las memorias, biografías, autobiografías y, a veces, también las obras de divulgación de física, química e incluso astronomía.

Encontró allí traducciones de Flammarion, el astrónomo francés que en sus últimos años se interesó por experiencias de ocultismo. El éter, que supuestamente debía de mediar entre los astros luminosos y aquellos que reciben su luz, así como las demás radiaciones electromagnéticas, casi había desaparecido. El cosmos, cuanto más viejo se revelaba, más grande y más sorprendente se hacía. Incluso se estaban descubriendo nuevas galaxias. Las revistas científicas mencionaban conceptos que Búnem nunca había oído, no sólo sobre el elemento químico llamado radio, sino sobre otros cuyas radiaciones habían estado activas durante cientos y miles de años. El espectroscopio revelaba que todo el universo estaba compuesto por los mismos materiales que se encuentran en la Tierra. Eso que denominamos naturaleza se hacía de día en día más fascinante y misterioso. El número de científicos que la investigaban y descifraban sus leyes crecía sin cesar. El átomo dejó de ser la partícula más pequeña de la materia cuando se descubrió que estaba compuesto, a su vez, de materia y energía. Aparecían nuevas investigaciones acerca de la histeria y otras enfermedades nerviosas. Se publicaban sin cesar obras relativas al sexo y las perversiones sexuales.

Búnem leía todo lo que podía conseguir y era capaz de

comprender. Anotaba sin cesar nuevas palabras en inglés. A fin de entender correctamente las investigaciones científicas, advirtió que le faltaba lo que Emanuel Kant llamaba la «lengua de la naturaleza», las matemáticas. Consiguió libros de álgebra y de geometría y se propuso estudiar cuestiones conocidas desde hacía cientos e incluso miles de años. En pleno siglo XX, Búnem descubrió a Euclides y Arquímedes.

CAPÍTULO IX

1

Sucedió a mediados de la fiesta del *Succot*.

Keyle regresaba de la casa del doctor Welcher donde servía y, al llegar a la entrada de su vivienda, alguien la llamó por su nombre. Keyle se estremeció. No era otro que Max, el amigo de Yarme, con su traje de cuadros, sombrero hongo y zapatos blancos. Apoyaba una mano en su bastón de empuñadura de plata y con la otra sujetaba el cigarrillo que acababa de quitar de sus finos labios. Un alfiler con perla sujetaba la corbata que cerraba el cuello rígido de su camisa. El susto hizo enmudecer a Keyle.

—Al parecer—dijo maliciosamente Max—, cuando uno espera lo suficiente, todo acaba llegando.

Keyle hizo un gesto como para huir, pero se dio cuenta de que no había adónde. Max se hallaba muy cerca de su casa. Al parecer, había logrado enterarse de dónde vivía.

—¿Qué quieres de mí?—le preguntó Keyle—. Ya tengo un marido.

—Un marido, ¿eh? Pensaba que Yarme era tu marido—dijo Max. Las palabras caían de su boca como guisantitos.

—¿Por qué me acosas?—insistió Keyle con el rostro desencajado—. Esto es América, no Varsovia.

—Que esto es América, ya lo sé—dijo Max con insolencia—. Creíste que podías huir al país de Colón y no sabría dónde estabas metida, ¿eh? Pero yo tengo espías en todas partes. De modo que de eso se trata… Has huido con el hijito de un rabino, ¿eh? ¿Qué eres aquí, entonces? ¿Una *rébbetsin*?

—Max, lo amo a él, no a Yarme. Si Yarme quisiera el divorcio, yo se lo daría. Más no puede conseguir de mí.

—¿El divorcio? ¿Qué es el divorcio? Un trozo de papel. Yarme te quiere a ti, no el divorcio.

—Pues que lo siga queriendo.

—Seguro que aquí finges ser una joven y santa esposa, un alma

pura—siguió hablando Max—. Sólo que enseguida se enterarán de quién eres en realidad y dónde te has revolcado. Si él es hijo de rabino y además maestro, ¿cómo es que huyó con una furcia que, encima, tiene marido?—dijo Max, y aquí cambió el tono—: Al parecer, también él es un falso santo.

—Él me quiere y yo le quiero a él—afirmó Keyle—. Bastante he sufrido todos estos años. Sigue tu camino y déjame seguir el mío.

—Yo seguiré mi camino, desde luego, no te preocupes por ello, pero no me digas lo que debo hacer. Nunca tuve miedo de la policía de Varsovia, y de los *cops* de Nueva York, aún menos. Respóndeme sólo cuando te pregunte. ¿Tu mequetrefe está en casa?

—No lo sé. Yo acabo de venir de casa del doctor.

—¿Estás enferma?

—Estoy trabajando para él.

—¿Y qué es lo que haces para un doctor? ¿Poner enemas?

—Sirvo como criada, a media jornada.

—A media jornada, ¿eh? ¿Y qué haces la otra mitad del día? ¿Rezar salmos?

—Vendo *béiguels* y me ocupo de la casa.

—¡Pues sí que has llegado lejos en el país dorado! ¡Y todo en un plis plas! Durante la hora larga que he estado aquí esperando, he observado que enfrente hay un burdel, o un *brothel*, como lo llaman aquí. Harás algún trabajo adicional, ¿no?

—Max, ¡sigue tu camino!

—Y si no, ¿qué me harás? ¿Me echarás sal en el rabo? Escúchame bien, Keyle. Aunque esta callejuela sea una copia de Krochmalna, no quiero meterme en líos aquí. Te hablaré claro: te marchaste engañando a Yarme, y a mí también me defraudaste. Yarme se convirtió en alcohólico por tu culpa. Lo abandonaste en tal desesperación que intentó suicidarse. Creíste que huirías a América y que ya nadie te encontraría. Pero, como suele decirse: ni una esposa ni un pagaré se pierden nunca. ¿Cómo te has podido liar con el hijo de un rabino, con un zascandil? Tiene una hermana llamada Tsírele que dejó escapar ciertas palabras ante alguien, y éste las divulgó. Resulta que el zascandil tiene una bonita historia de amor con una joven anarquista, a quien recientemente han encerrado en la Citadelle. ¿Y qué más sé? Fui a verla, le mostré el revólver y me lo contó todo. Yarme está aquí.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Aquí, en Nueva York. Enfermó por culpa tuya. No lo reconocerás cuando lo veas, si es que lo ves. Y no olvides que es tu marido.

—No es mi marido. Es homosexual y no necesita una esposa.

—La necesita, la necesita. Escucha, no podemos quedarnos aquí

parados con este calor. Aunque estamos en el *Succot*, hace un calor como si todavía fuera *Shavuot*. Ven conmigo a algún lugar. Tomaremos un bocado y tal vez alguna bebida.

—¿Ir adónde? Búnem me espera.

—Keyle, vas a venir conmigo. Descuida, no te voy a meter en un saco. Ven conmigo a una taberna, eso que llaman aquí un *saloon*.

—¿Adónde? ¡Déjame en paz!

—Keyle, es mejor que vengas conmigo.

Max la agarró del brazo con tanta fuerza que Keyle no pudo evitar un grito de dolor.

—¡Quítame tus garras de encima!

—¡Será mejor que vengas o…!

—¿Dónde está ese sitio, eh?

—No lejos de aquí, en la calle Grand.

—Búnem no sabrá dónde estoy.

—Ya te lo he dicho: ¡ven enseguida conmigo o te pongo un ojo morado!

—Tengo que decirle algo a Búnem.

—¡No!

Durante un rato, ambos guardaron silencio.

—¿Cuánto tiempo me vas a retener allí?—preguntó ella.

—No tiembles. No te haré nada malo. Si no me la juegas, te acompañaré de vuelta a tu casa.

—¡La gente nos está mirando!

—¡Ven, muévete!

Max arrojó la colilla y metió la mano en un bolsillo.

—Itche el Ciego te manda recuerdos—dijo de pronto.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Todos lo saben.

Keyle levantó la cabeza y dirigió la mirada hacia la ventana de su apartamento.

—Max, a la fuerza no se consigue nada de mí—dijo—. Si quieres matarme, hazlo ahora mismo. La muerte es mil veces mejor que una vida como ésta.

—No te voy a matar. Tendremos una conversación como si fuéramos hermanos. Te has vuelto más guapa en América. Estás más joven también. Parece que ese inútil te sienta bien. ¡Ven, mueve esos pies!

Llegaron a la calle Delancey y entraron en una taberna. Se parecía a la de Eliézer, de la calle Krochmalna, 17, pero al mismo tiempo era diferente. Junto a la barra, algunos hombres sentados sobre taburetes altos bebían cerveza o whisky. Como si hablaran con la pared, colmada de estantes con toda clase de bebidas, parloteaban entre sí, todos a la vez. La variedad de botellas y etiquetas recordó a Keyle una botica. Sobre las mesas, cubiertas con manteles rojizos, había pequeños cuencos con garbanzos, habas, chucrut y pepinillos, además de cestitos con bollos y huevos hervidos sin cáscara.

Varias mujeres, vistosamente ataviadas, paseaban entre las mesas. Keyle enseguida advirtió que eran de su clase. Iban muy maquilladas, con rímel en los ojos y colorete en las mejillas. Revoloteaban alrededor de los hombres como moscas molestas. Cuando vieron entrar a Max acompañado de alguien del sexo femenino, empezaron a guiñarse entre sí y a hacer muecas.

Max señaló una silla a Keyle y, al cabo de unos minutos, también él se sentó, en el borde del asiento siguiendo su costumbre, y encendió un cigarrillo. Keyle permaneció muda durante algún tiempo. También ella había sido una ramera y la habían llevado a tabernas, pero ahora todo en ese lugar—el tufo de los borrachos o semiborrachos; las prostitutas que deambulaban entre las mesas—le despertó tal asco que a punto estuvo de vomitar. Max tomó del cestito, con total despreocupación, un huevo hervido y empezó a morderlo.

—Come algo de esto. Aquí te lo dan gratis—dijo mirando a Keyle.

—¿Gratis?

—¡Ah! Ya veo que eres una novata total. Sí, gratis. Esto es Nueva York, no Varsovia.

Se acercó a ellos un camarero y Max pidió las bebidas. Habló inglés y ni siquiera preguntó a Keyle lo que deseaba. El camarero se alejó enseguida.

—¿Cómo conociste a ese mequetrefe, el hijito del rabino?—preguntó—. Háblame claro.

—Max, lo conocí y me sacó del arroyo, adonde no volveré a caer mientras viva.

—Arroyo, ¿eh? Parece que ya hablas como una intelectual. Seguro que ése es su lenguaje. Escúchame bien—dijo Max cambiando de tono—: Yarme está aquí y es tu marido. Incluso entre los santos, a un marido le asiste el derecho de tomar con él a su esposa. Tu zascandil es un erudito que se habrá quemado las pestañas estudiando, pero yo tampoco soy ningún patán ignorante. En algún libro sagrado está escrito que un hombre puede hacer con su esposa lo mismo que con la carne que compra en la carnicería. Aquí, en América, las mujeres se han transformado en grandes damas, y cada mujeruca se considera

una *lady*. Pero, en realidad, todo eso no cuenta para nada. A una mujer casada, por vivir con un extraño, la pueden meter fácilmente en prisión. Aquí yo conozco a quien hay que conocer. Keyle, te llevaré adonde está Yarme. Él habría querido venir conmigo y darte tu merecido, pero yo se lo impedí. No busco escándalos. Yarme se lanza enseguida a la pelea, pero yo quiero que todo se arregle en silencio.

—Max, no volveré con Yarme. Es inútil que insistas. Si él quiere el divorcio…

—Keyle, si no vas a por las buenas, irás por las malas.

—Puedes matarme ahora mismo, pero Búnem es mi marido y yo soy su esposa, ante Dios y las personas.

—Tal vez ante las personas, pero no ante Dios. Dios sabe que tienes un contrato rabínico con Yarme.

—No volveré con él. Mátame aquí mismo en la taberna, no temo morir.

—¡Vaya, vaya! Estás enamorada, ¿eh? Piénsalo mejor, Keyle. Sé lo que es el amor, no menos que tú, pero una persona debe tener no sólo corazón, sino también cabeza. Ese Búnem no estará mucho tiempo contigo. Tiene una novia que, más tarde o más temprano, se presentará aquí. Te retendrá a su lado el tiempo que le convenga, pero cuando la otra llegue, te arrojará a la calle. Como me llamo Max que no hablo por hablar. Me he informado de todo, incluso tuve una conversación con la madre de su novia. Ya sabe quién eres tú, y todo lo demás. ¿Adónde vas a ir cuando Búnem te muestre la puerta? Yarme quiere ser tu esposo, no que tú seas su mercancía. Quiero que sepas que hemos parado en Nueva York sólo por un par de semanas. Vamos de camino a Brasil y Argentina. Escucha bien lo que te digo.

»No hemos llegado aquí con los bolsillos vacíos. Si Yarme no estuviera tan colgado por ti, podría conseguir la hembra más hermosa y empezar a vivir ahora, pero es a ti a quien echa de menos. Los tres juntos podríamos conquistar el mundo. He visto la casa donde vives. Es un verdadero antro. Nosotros estamos hospedados en un gran hotel en la calle West 42, en Times Square. No seas tonta y vivirás como una reina.

—Max, he dicho que no.

—¿Es tu última palabra?

—Mi última palabra, aunque muera mañana mismo.

—Podría darte una buena paliza aquí y ahora, pero, como suele decirse, no quiero derramar sangre. Yarme, en cambio, te va a hacer una visita y a él le bulle la sangre. Si estuviera en su lugar, te mandaría al diablo, pero Yarme, cuando monta en cólera, está dispuesto a que rueden cabezas.

—Sólo tengo una cabeza y puede cortarla.

—Bueno, bueno, Yarme hará lo que quiera. Yo sólo soy el mensajero. Echa un trago.

—No voy a beber.

—Una verdadera santa. Una segunda Sara, como la de la Biblia. Al menos, come algo.

—Tampoco voy a comer.

—Un huevo es *kosher*, salvo si contiene una gota de sangre en la clara, no en la yema.

—No quiero comer nada.

—No es no. Eres cabezona. Ese amante tuyo, ¿sabe al menos quién eres y en qué fango te has revolcado?

—Lo sabe todo.

—Si no lo sabe, tendré una buena charla con él y se lo contaré todo.

—Deja en paz a Búnem. Él escupe a los tipos como tú.

—Sobre ti es sobre la que escupirá. Quien lo haga sobre mí no tardará en escupir sangre y pus.

—Déjalo en paz.

—Haré lo que entiendo que debo hacer, no lo que tú me digas. Como te he dicho, sólo hago de recadero. Yarme sabe dónde vives y no soy responsable de él. Si quiere vengarse o hacer cualquier otra tontería parecida, ése será su problema, o su dolor de cabeza, como aquí se dice. Tienes una oportunidad de ser feliz, de viajar, de vestirte como una princesa, de beber champán y de disfrutar de la buena vida. Yarme te quiere con locura y yo tampoco te odio. Podríamos pasarlo la mar de bien, pero si prefieres a un zascandil, salido del oratorio jasídico, y que además está comprometido con otra, allá tú. Eso sí, si Yarme te hace daño no me vengas con quejas. Yo puedo dejaros a los dos y seguir mi camino, ¡so chiflada!

Max dijo esto chasqueando los dedos, lo que sonó como un disparo.

—Sí, Max. Todo esto es entre él y yo. No te entrometas.

—No. ¿Cómo es ese Búnemel tuyo? ¿Tan experto es en la cama?

—Es una persona.

—Si uno recibe una bala en la cabeza deja de ser persona.

—Max, ¡lárgate de aquí!

—Esta taberna no es tuya. Si quieres, puedes salir corriendo, pero te arrepentirás. Aunque yo entonces ya estaré en Río o en Buenos Aires. Nueva York sólo es un lugar de tránsito para mí. Llevamos con nosotros un par de bonitas primas, jóvenes y guapas. Mi plan era guardar esa mercancía para nosotros y que tú fueras la matrona, pero como has vuelto a ser una devota judía, entregaremos a otro la mercancía o encontraremos otra matrona. Las mujeres se arrojan a mi

cuello. Lo que ven en mí, nunca lo sabré.

—¿Qué clase de mujeres? ¿Las de tu misma calaña?

—De todas las clases. Ni siquiera necesito convencerlas. Todas desean escapar de las aldeas, y hasta de Varsovia. En Rusia todo está patas arriba. Nicolás, nuestro pequeño zar, se ha buscado un campesino llamado Rasputín que le aconseja en todo. Para colmo, éste se acuesta con la zarina y quizá con el propio zar también. Todo está tan revuelto en Rusia que no tardará en producirse una sublevación, a cuyo lado los levantamientos de 1905 parecerán juegos de niños. Correrán ríos de sangre. Nuestros judíos incitan a los gentiles, pero cuando llegue la hora de la verdad, ellos serán las primeras víctimas. ¿Tu imbécil amante no lee los periódicos?

—Los lee y lo sabe todo. Y además lee los libros más gordos.

—¿Qué saben los libros? Todo lo que se dice en ellos termina saliendo al revés. Los escritores tienen cabeza, pero yo tengo ojo. Ellos son como un caballo ciego que va hacia la fosa. Tomaré un trago.

Max se llenó la copa, bebió la mitad y engulló un huevo.

—Aquí te dan algo para masticar gratis, pero nada es gratis—dijo, poniendo la copa sobre la mesa—. Los garbanzos están cubiertos de sal y de pimienta y, si los comes, eso te hace beber más. Así obtienen sus ganancias. Desconfía de los americanos: son expertos en sacarte un par de tus pocos dólares. En este mundo cada uno se preocupa de sí mismo, quiere embaucar al otro y, a fin de cuentas, cada uno termina haciendo el primo. En cuanto a los zares, cuando no pueden engañar a la gente con sus falsos discursos, declaran guerras y mandan a los soldados al matadero. Los tontos van a la guerra, y Dios ha creado muchos tontos. ¿No es verdad?

—Max, tengo que irme a casa.

—Pues márchate. ¡Adiós y buen viaje!

3

Tras el largo y tenso encuentro de aquel día con Max, ya anochecía cuando Keyle emprendió el regreso a casa, donde Búnem estaría esperándola. No conocía bien el camino desde la calle Delancey a la de Attorney y se vio obligada a preguntar varias veces por la dirección. Los ruidos apenas le dejaban oír lo que le indicaban. Los vendedores de prensa, con voz atronadora, pregonaban los periódicos en yiddish. En cada esquina había corros en los que se discutía a gritos sobre algún tema. Keyle sólo captó la palabra «huelga». «¡Ay, también aquí empiezan los tumultos!», se dijo, deteniéndose un momento a reflexionar y sopesar su situación.

«Yarme está en Nueva York. Conoce mi dirección. Hoy mismo o mañana puede presentarse en mi casa con una pistola. ¡Dios del cielo, que no le haga daño a Búnem!—rogó, alzando la mirada—. ¡Que yo sea su salvación, su chivo expiatorio!».

Un escalofrío le recorrió la espalda. «¿Debería contarle todo esto a Búnem? ¡Podría, no lo quiera Dios, enfermar del susto! ¡Incluso podría huir a algún lugar y dejarme sola! ¡Dios misericordioso, que se le pudran las manos a ese asesino de Yarme si pretende arruinarme la vida! ¡Que las plagas del faraón caigan sobre Max, ese ladrón, bandido y homosexual!». Keyle se prometió mentalmente donar dieciocho centavos a los pobres si Dios la protegía. Su amor por Búnem era directamente proporcional a su odio a Yarme. «¡Ay! ¿Cómo pude quererlo tanto en su día?», se preguntaba atónita.

Echó una mirada al puente de Brooklyn. Según le habían contado, no hacía mucho tiempo aún estaba en construcción. Los vecinos de la calle Attorney contaban sobre él un sinfín de maravillas e innovaciones: habían excavado en el subsuelo de roca, por donde ahora circulaban trenes. Se habían levantado edificios de más de veinte plantas. Todo esto era cierto, pero, al mismo tiempo, en esta ciudad tan rica había indigentes e inválidos sentados delante de las casas que mendigaban un penique, y prostitutas que, en la calle Attorney y las callejuelas vecinas, vendían su cuerpo por veinticinco centavos o menos. Ella misma se daba por satisfecha si, con suerte, ganaba cincuenta centavos vendiendo *béiguels* la tarde.

También pudo constatar, al llegar a su barrio, cómo en América los judíos no habían olvidado a su Dios. En cada rincón habían construido una *succá*: sobre los tejados, sobre los porches e incluso sobre las escaleras de incendios. Una *succá* tan pequeña y frágil que, a su lado, las de la calle Krochmalna eran todo un palacio. Aquí el tejado de la cabaña no lo hacían como en Varsovia, trenzando ramas de árboles, sino entrecruzando una especie de varillas de material de construcción. De esas cabañas no se oía salir voces entonando cánticos festivos. Seguramente, quienes comían en su interior entraban furtivamente y celebraban la cena en silencio. Los vecinos habían contado a Búnem que, por las calles del *uptown*, chicos irlandeses a menudo arrojaban piedras contra las cabañas, e incluso contra las sinagogas y las casas donde un quórum se reunía para rezar. Al paso de algún judío barbudo, le gritaban «*Sheeny*!» [‘¡Judío!’] y «*Whiskers*!» [‘¡Tirabuzones!’] y más de una vez intentaban tirarle de la barba. En cada calle había pandillas de muchachos gentiles y judíos que peleaban entre sí con palos y barras de hierro, algunos incluso con navajas y pistolas. También le contaron que los mandamases del Tammany Hall, que controlaban Nueva York, eran compinches de los gánsteres y mafiosos que extorsionaban a propietarios de prostíbulos,

vendedores ambulantes y tenderos o dueños de pequeños puestos de venta. Si no les entregaban su sueldo semanal, derramaban nafta o gasolina sobre la mercancía. Incluso si apuñalaban a alguien, muchos policías hacían la vista gorda porque eran sobornados. Hasta había jueces comprados. Cuando llegaba la época de elecciones, los de Tammany nombraban cabecillas que abiertamente compraban votos para sus candidatos mediante el pago de una moneda de diez centavos o una jarra de cerveza. Búnem había sacado sus conclusiones y se lo comentó a Keyle: el mundo era el mismo en todas partes; son los fuertes quienes deciden lo que les interesa, y dictan leyes y sentencias dirigidas a ayudar a los delincuentes.

Keyle tenía ahora una clara prueba de eso mismo: el descaro con el que había hablado Max, como si no temiera a nadie. Ni siquiera en la calle Krochmalna los ladrones y chantajistas eran tan desvergonzados como en América.

Cuando llegó a casa, encontró a Búnem leyendo un libro y anotando, como siempre hacía, las palabras inglesas en esas cuartillas que luego guardaba en una caja de cigarros. Ya había reunido media docena de esas cajas. Empezaba a hablar un poco de inglés, aunque no el inglés que Keyle oía en la calle Attorney. Él pronunciaba las palabras de un modo diferente. A menudo la corregía a ella cuando repetía expresiones y palabras oídas en la calle. Búnem seguía, además, un curso de inglés en la Educational Alliance, donde enseñaban a los nuevos inmigrantes a hablar un inglés gramaticalmente correcto, como el que se escribía en los libros.

—¿Cómo es que has llegado tan tarde hoy?—le preguntó Búnem.

Keyle no fue capaz de responder. Se le había formado un nudo en la garganta. De pronto exclamó:

—¡Búnemel, estamos perdidos! ¡Huyamos de aquí!

—¿Qué ha pasado?

Keyle intentó explicarlo, pero de sus labios sólo salía un amargo lamento. Con el rostro ardiendo y bañado en lágrimas, se atragantaba con cada palabra. Al cabo de un rato, Búnem comprendió lo que había sucedido: Yarme, el marido legítimo de Keyle, había llegado. Más de una vez había pensado que eso podría suceder, pero siempre lo había considerado como una de las fantasías que a veces barajaba mentalmente en la cama. Sólo que, en ocasiones, las historias imaginadas se vuelven realidad con una extraña rapidez. Cuando oyó a continuación que Max había amenazado a Keyle y que Yarme se emborrachaba y merodeaba por allí con una pistola, le invadió un temor paralizante.

—¿Qué debemos hacer? Huyamos a algún lugar—dijo Keyle con voz llorosa.

—¿Adónde vamos a huir? ¿Y cómo? Apenas tenemos para sobrevivir cada día.

—Una vez dijiste que hay una aldea donde trabajan campesinos judíos.

—¿Quieres decir una comuna? ¡Oh! Eso existió hace tiempo, pero ya ha desaparecido. De todos modos, yo no habría encajado allí. Esa gente quería mejorar el mundo, pero no paraban de pelearse entre ellos. En cierta ocasión, apareció en la prensa un artículo que lo comentaba.

—¿Qué vamos a hacer?

—Lo primero, deja de llorar. Eso no nos va a ayudar en nada.

—Es culpa mía. He sido yo la que te ha arrastrado a todas estas desgracias. Ya sé qué hacer.

—¿Qué? Cuenta.

—No. No te lo voy a decir. Me marcharé de tu lado. Cuando él venga, dile que no estoy. No quiero que arriesgues tu vida por mí. Tú me has traído a América y eso es suficiente. Me marcharé, como suele decirse, adonde me lleven los ojos. Nadie sabrá adónde fueron a parar mis huesos. Pronto llegará tu Solche y será una buena esposa para ti. Ella es culta, sabe leer. Nadie la persigue. Y yo soy como una perra a la que persiguen los demás canes.

—¿Adónde vas a ir? ¡Qué cosas se te ocurren!

—No lo sé. Sólo quiero una cosa: que me recuerdes para bien. Voy a empaquetar mis cosas.

—¡Ni hablar! Y tampoco serviría de nada. Si viene y no estás, creerá que te he escondido en algún lugar. Exigirá que le diga dónde estás y…

—¿Qué debo hacer entonces? Búnemel, me dijiste que el viejo, ¿cómo se llama?, y su hija te pidieron que fueras a vivir con ellos. Ve a su casa. Yo me las arreglaré aquí de algún modo.

—Yarme puede hacerte daño.

—Lo recibiré con un cuchillo en la mano. He visto uno bastante largo en unos de esos carros de venta. Seguramente, el buhonero todavía lo tiene. Si Yarme viene y me ataca, me defenderé. No soy ninguna señoritinga. Le clavaré el cuchillo en la garganta.

—¡Keyle!

—¡Ve directamente a casa del viejo!

—Se extrañarán de que yo, de pronto….

—Que se extrañen. Yo esperaré hasta que él desate su violencia. Búnemel, ya he pasado alguna vez por esto. Alguien se empeñó en poseerme, creyéndose el más fuerte, e irrumpió en mi habitación en mitad de la noche. Pero yo tenía preparado bajo mi almohada un palo de madera de roble y, antes de que pudiera abrir la boca, le golpeé

directamente en el morro y se desplomó ensangrentado. Él y hasta la décima generación de sus descendientes lo recordarán. ¿Dónde has escondido el whisky, Búnemel? Tengo que echar un trago.

—No me voy a ir todavía. Él no vendrá enseguida, y yo no puedo presentarme ante esas personas repentinamente. Debo esperar hasta mañana.

—Es capaz de venir hoy mismo, pero como quieras. Bajaré a comprar el cuchillo. Lo he visto en la calle Orchard. También tenían un martillo. Búnemel, vuelvo enseguida.

—No hagas nada de lo que tengas que arrepentirte.

—El que se arrepentirá será él. Dame un trago.

Búnem, aunque vaciló, le entregó la botella. Ella la agarró y empezó a beber a grandes tragos. Se oía el gorgoteo. Búnem la observaba con tristeza, asombrado, y como con una risa contenida. Habían pasado días y semanas, y casi había olvidado que vivía con alguien de los bajos fondos. Keyle procuraba comportarse habitualmente con cierto refinamiento, tranquila, sumisa, como una devota esposa. Ahora, sin embargo, se había despertado el cosaco que llevaba dentro. A medida que bebía, su rostro cambiaba. Se tornaba rojo y agresivo. A sus ojos azul claro asomaba algo parecido a una alegre belicosidad. Apuró la botella, la arrojó, como un campesino haría en una taberna, y ésta cayó sobre la cama.

—¡Escúchame bien! Volveré enseguida. Cierra bien la puerta. ¡No dejes entrar a nadie!

Búnem la oyó bajar corriendo las escaleras. Echó el pestillo y, al cabo de unos minutos, retomó su lectura. Topó con una palabra inglesa desconocida y la buscó en el diccionario de Harkavy. A continuación, anotó su definición en un trozo de papel y lo introdujo en la caja de cigarros. Pese a toda su aflicción, se maravillaba de la lengua inglesa, de su riqueza y su precisión.

Mientras tanto, se había perdido en ambos mundos.

4

Transcurrió aquella jornada sin que Yarme se presentara. Keyle había dejado sobre la mesa el cuchillo y el martillo que había comprado. Aunque desde hacía mucho tiempo Búnem había decidido en su corazón no pedir al Creador del mundo ningún favor, aquella noche rezó mentalmente por sobrevivir sin escándalo y que Keyle no cometiera un asesinato. Ella, como de costumbre, se dio un baño y se peinó el cabello antes de acostarse. Búnem intentó leer a la luz de la lámpara de gas, pero la vista se le nublaba y dejó el libro a un lado.

Vivía con una prostituta y temiendo que un proxeneta, un asesino, estuviera planeando en ese momento llegar hasta él armado con una pistola. ¿Cuánto más bajo podía caer una persona? Keyle apagó la lámpara de gas y se acercó a la cama, o más bien cayó sobre ella. Él detectó enseguida el olor a alcohol. El whisky la había excitado y se abalanzó sobre Búnem con una lujuria de borracha. Su rostro ardía y su cuerpo casi lo quemaba. Le mordió en los labios mientras gritaba: «¡Mi amo! ¡Mi único amo! ¡Quiero morir por ti! ¡Estoy dispuesta a matar por ti, a derramar sangre, a pudrirme en la cárcel! ¡Soy tuya, tuya! ¡Ningún otro hombre me tocará! ¡Tómame, tómame! ¡Rómpeme en pedazos!».

Gritaba tanto que Búnem le tapó la boca con la palma de la mano para evitar que los vecinos pudieran oírla en la calle y acudir alarmados. La borrachera despertó en ella la jerga del burdel. De sus labios escapaban expresiones que él nunca había oído. Impulsado también por el salvaje deseo, se le ocurrió pensar que no sólo el inglés, sino también el yiddish era un idioma inusualmente rico.

Keyle, una vez satisfecha, cayó en un profundo sueño. Mientras ella roncaba, aquel pensamiento le siguió rondando a Búnem durante largo tiempo. Desde que había abandonado el entorno religioso, había visto cómo la lengua yiddish era atacada por todos los costados y considerada una jerga, una mescolanza de idiomas, sólo adecuada para los bajos fondos sociales. Los ilustrados la tenía por una sierva de las lenguas cultas, mientras que para los sionistas era consecuencia del exilio y aseguraban que, en cuanto se realizara el sueño de Herzl, esa mancha vergonzosa de la expatriación y del gueto se extinguiría y sería sustituida por el idioma hebreo. (El propio Herzl incluso había expresado en algún momento que la lengua nacional de los judíos en Palestina sería el alemán en lugar del yiddish). En Polonia, tanto para los judíos total o medianamente asimilados como para los polacos no judíos, el yiddish era un galimatías, la jerigonza de una tribu primitiva. Incluso el escritor y poeta Isaac Leib Peretz, a cuyas conferencias en Ha'Zamir, Búnem había asistido varias veces (al conocer a Solche), en uno de sus poemas se lamentaba de que al yiddish le faltaba su propio sabor, y lo comparaba a una golosina viscosa. Una particularidad que a Búnem le recordó la de la propia Keyle: aunque escupían sobre ella, era deseada. Y, además, si el yiddish era calificado de vulgar, ¿no se había dicho lo mismo hace cientos de años acerca del italiano, del francés, del inglés, del ruso y del alemán? ¿Y no escupían sobre el idioma polaco los terratenientes, mientras educaban a sus hijos en francés? Búnem concluyó que en adelante iba a necesitar algunas cajas de cigarros más para recoger también palabras, dichos y expresiones idiomáticas infrecuentes en yiddish. Y que Keyle podría ser una buena fuente para esa selección.

Aunque se sentía cansado, no lograba conciliar el sueño. Se sobresaltaba cada vez que se adormecía, y volvía a despejarse. ¿Mudarse a la casa de los Sugarman? ¿Abandonar a Keyle a su suerte? Era capaz de cometer un asesinato, del mismo modo que Yarme podría disparar sobre ella dentro del apartamento.

Recordó que había pasado un año y algunos días más desde que la conoció, en vísperas de la anterior fiesta del *Succot*, cuando ella se presentó en casa de su padre el rabino. ¿Qué habría pasado si precisamente en ese momento él no hubiera estado en casa? Seguiría todavía en Varsovia, pintando o dibujando en el estudio de Kliatchko, o sentándose con su padre en la *succá*, o acompañándolo al oratorio del *rebbe* de Sojachov para bailar abrazando el rollo de la Torá. ¡Tantas cosas habían sucedido a lo largo de ese año, que parecía haber transcurrido una eternidad! Ya estaba amaneciendo cuando se quedó dormido.

Se despertó tarde y vio que Keyle no estaba. Se habría ido a su trabajo de criada en la residencia del doctor Welcher. En la mesa había dejado unos *béiguels* frescos, y sobre la cocina de gas, una cafetera llena. Nunca se había levantado tan tarde. Ni siquiera había tenido ocasión de decirle adiós a Keyle.

Alguien llamó en ese momento a la puerta. ¿Sería Yarme? Búnem miró hacia el cuchillo y el martillo, pero no fue capaz de ir a abrir armado con esos instrumentos asesinos. ¿Mejor no abrir? Pero los golpes eran cada vez más fuertes. Se acercó a la puerta y preguntó quién llamaba. Respondió una voz masculina, pero Búnem no comprendió lo que dijo. «Bueno, qué más da. De todos modos, estoy acabado», pensó. Al abrir la puerta vio que no era Yarme, sino el cartero, que le entregó algo parecido a una carta. Era un telegrama en que se podía leer: «Me siento mejor. Voy contigo pronto. Mucho amor. Stasha».

Había sido enviado desde la ciudad de Arkangelsk. Al parecer, Solche había logrado huir del lugar donde la deportaron. Sin duda, mediante un pasaporte falso. Búnem quiso darle una propina al cartero, pero ya había desaparecido.

En la situación en que se hallaba, decidió enseguida no contárselo a Keyle. En cuanto a Solche, Búnem no sabía si alegrarse o arrepentirse de introducirla en sus propios problemas y enredos tan extraños. En contra de su naturaleza, trató de no dejarse arrastrar por las emociones y procuró conservar la calma. Seguramente, el cúmulo de acontecimientos insólitos que había vivido a lo largo de ese año le ayudó.

Se había despertado hambriento. Comió los *béiguels* que había sobre la mesa y se sirvió una taza de café. «¿Cómo habrá logrado escapar Solche?», se preguntaba. Sin duda, los anarquistas la habrían

ayudado. Había anarquistas ocultos, socialistas o simplemente radicales y revolucionarios en todas partes. No pasaba semana sin que el periódico anunciara la llegada a América de fugitivos de la deportación y de las cárceles rusas. Muchos de ellos eran judíos y pronunciaban charlas en diferentes locales que a menudo, según relataba el periódico yiddish, se quedaban pequeños, por lo que mucha gente debía escucharlos de pie en la calle.

Búnem también había asistido a varios de esos encuentros o lecturas de libros. Los conferenciantes traían noticias de Rusia: el pueblo se estaba despertando y exigía libertad e igualdad. Los campesinos pedían mejor alimentación, mejores viviendas, mejores ropas. Otros reclamaban formación para ellos y para sus hijos. Cada vez más, jóvenes muchachos y muchachas «se acercaban al pueblo» intentando explicar que la constitución que el zar había enviado a la Duma (el gobierno temporal que él mismo fundó) no era más que un medio para engañar a los trabajadores y los campesinos, y que sólo un levantamiento armado podría traer un mañana luminoso. A veces, en esas reuniones participaban también socialistas alemanes y norteamericanos, para señalar que, pese a los caramelos que el Tío Sam arrojaba a las masas trabajadoras, América no era, en el fondo, diferente de la Rusia zarista y demás Estados imperialistas. Tarde o temprano, en América también los obreros tendrían que luchar por un futuro mejor. Los oradores recibían entusiastas aplausos. Aquellos que hablaban en yiddish proclamaban que a los capitalistas les interesaba que los judíos se mantuvieran como un grupo aparte, nutriéndose de sueños sionistas y restos de la religión de antaño. La revolución, decían, pondría fin a esas divisiones de la especie humana en razas, pueblos, religiones, clases y status económico. Todas las personas pertenecerían a una única y solidaria humanidad.

Cuando terminó su desayuno, Búnem se encaminó a casa de los Sugarman. «¿Mañana es el último día del *Succot* o pasado mañana?», se preguntaba. Allí en América había perdido la cuenta de los días festivos; los judíos apenas acudían a la sinagoga, salvo en *Rosh Hashaná* y *Yom Kipur*; casi todos los inmigrantes trabajaban el sábado y durante las fiestas, y aunque en la víspera de festivos acá y allá se veían velas encendidas en las ventanas, la mayoría de los comercios permanecían abiertos y los adolescentes apenas se reconocían como judíos.

Camino de la casa de los Sugarman, Búnem aún no sabía si decirles que aceptaba mudarse a su casa, al menos para pasar la fiesta, o arriesgarse a un encuentro violento con Yarme. El viejo Sugarman y su hija viuda, también de edad avanzada, vivían solos, exceptuando los criados, en una casa grande, y Búnem temía que, si se mudara a su vivienda, no le dejarían ya volver a la suya. Ni quería ni podía cortar

su relación con Keyle, aunque no había hecho ningún plan para cuando llegara Solche. Pensaba una cosa y la contraria, y no conseguía decidirse… A lo largo de su vida ya había adoptado un sinfín de resoluciones que luego había incumplido. «En fin, algo sucederá», se dijo a sí mismo mientras recordaba el conocido dicho: lo que no haga la inteligencia, lo hará el tiempo. Las circunstancias y el tiempo tienen su propia lógica. De hecho, toda la filosofía de Hegel se apoyaba en esta hipótesis.

5

Incapaz, finalmente, de abandonar a Keyle y mudarse a casa de los Sugarman, Búnem prometió al anciano que lo acompañaría a las celebraciones del séptimo día del *Succot* en la sinagoga y se uniría al banquete festivo en la casa. Luego resultó que esas celebraciones en la sinagoga se anularon y Búnem llegó a una especie de compromiso consigo mismo: pasaría las noches en casa con Keyle, pero evitaría en lo posible permanecer allí durante el día. Si Yarme decidía acudir en busca de Keyle, seguramente no lo haría en mitad de la noche.

Durante el día estaría ocupado con Morris Sugarman y, pasada la fiesta, retomaría su trabajo de maestro. El tiempo libre lo podría pasar en la biblioteca de East Broadway o en la Educational Alliance. Aunque pensó que se estaba comportando como un cobarde, también sabía que no poseía la fuerza necesaria para enfrentarse a un canalla proxeneta armado con un cuchillo.

Keyle, por su parte, había empezado a beber desde su último encuentro con Max. Se volvió extremadamente locuaz. En cuanto despertaba, echaba un trago y no paraba de repetir que ella sola se las arreglaría con Yarme o incluso con Yarme y Max juntos. Por tanto, exigía a Búnem que no se quedara en casa y que no se le ocurriera intervenir en defensa de ella. Insistía una y otra vez en que no temía a nadie y que podía defenderse ella sola.

La sinagoga a la que asistía Morris Sugarman se hallaba en un barrio rico no judío. Para la fiesta, él se vistió con levita y sombrero de copa e hizo el viaje en una calesa. Su hija y Búnem lo acompañaron. Comparada con esa sinagoga, la alemana de la calle Tlomatzka en Varsovia resultaba pequeña y pobre. Búnem, aunque se puso su mejor traje y una camisa limpia, al lado de los otros jóvenes allí presentes se sentía pobremente vestido. En Varsovia era considerado como un muchacho alto, pero allí la mayoría de sus coetáneos, incluidas las mujeres que rezaban, mezcladas con los hombres, en libros de oraciones en inglés similares a breviarios

cristianos, eran tan altos que Búnem se veía diminuto. Tenía una sensación extraña, como si de pronto el traje que llevaba se hubiera convertido en un gabán y, por arte de magia, le hubieran crecido los tirabuzones. Lo miraban asombrados. Algunas de las mujeres le sonreían.

Pese a que ya leía libros en inglés y a las numerosas palabras que había apuntado en su libreta, aún no comprendía del todo ese idioma cuando se dirigían a él, y temía que alguien empezara a hablarle. Un hombre grueso, de barriga prominente y con sombrero de copa demasiado alto para su baja estatura, se acercó a Morris Sugarman, lo saludó tendiéndole una mano en la que brillaba un anillo con un gran diamante y le deseó felices fiestas. Morris Sugarman le presentó a Búnem, no en inglés, sino en alemán; de hecho, en una especie de yiddish germanizado. El personaje resultó ser el presidente de la sinagoga. Al oír que Búnem era hijo de un rabino de Polonia y que Morris Sugarman le estaba dictando sus memorias, su orondo rostro sonrió con todas las arrugas. Una hipócrita amabilidad emanaba de aquellos ojos castaños. Empezó a expresarse en la misma clase de alemán que Morris Sugarman:

—¡Qué maravilla! ¿Estudia usted el Talmud? ¡Ah! Contiene tanta sabiduría… ¡Qué pena que mis padres no me dejaran estudiarlo!… Mi honorable padre era un comerciante y me crio para ser un tipo práctico. ¡Je, je, je…!

El rezo en inglés, las mujeres en compañía de los hombres, el órgano y el coro mixto, unido a las vidrieras de colores, le recordaban a Búnem una iglesia. A ambos lados del Arca Sagrada había enormes ramos de flores. Ese templo distaba tanto del oratorio de Sojachov como Nueva York de Varsovia. El cantor, con un *yármulke* de forma hexagonal en la cabeza y una sotana parecida a la de un cura, también dirigía el coro. Ahora bien, ¿dónde estaba escrito que Dios prefiriera el oratorio de Sojachov a ese templo reformista? Por otro lado, ¿qué le unía a él, Búnem, a Dios? Al fin y al cabo, había roto con todos los preceptos. Ni siquiera cumplía los Diez Mandamientos. Alguien como él no tenía derecho a criticar a nadie.

Ojeó el libro de rezos que alguien le entregó e intentó descifrar el significado de las palabras inglesas en yiddish y en la lengua sagrada. De vez en cuando, echaba una ojeada a las jóvenes del coro, de aspecto no judío, con el pelo rubio y la nariz respingona. Los cánticos salían de sus labios llenos de autoconfianza, orgullo y descaro. No alababan a Dios, más bien lucían su natural belleza y la buena salud de su cuerpo bien alimentado, satisfechas de su capacidad para atraer la mirada de los hombres. El aire olía a perfume e incluso, así le pareció a Búnem, a incienso. En cuanto a Dios, hacía lo suyo: callaba.

Búnem recordó lo que le decía su padre citando a un sabio, el

rabino Moshé Sofer, de Hungría: si un judío siente necesidad de entrar a rezar en algún lugar y se ve obligado a elegir entre un templo judío de esa clase y una iglesia, es mejor que entre en la iglesia. Sin embargo, ¿acaso Moshé Sofer acabó en el cielo? Algunos de sus familiares, los más jóvenes, estaban a favor de la asimilación; otros se convirtieron al cristianismo. Un bisnieto de rabí Akiva Eiguer, su consuegro, era cónsul de Hungría en Varsovia…

En la calesa que los trasladaba de regreso a la casa, Morris Sugarman explicó a Búnem que durante muchos años los judíos alemanes habían despreciado a los que llegaban desde Rusia y otros países de la Europa del Este. Ahora, sin embargo, se tendía a aceptarlos, y había razones para ello. A partir de 1905, cientos de miles de judíos rusos y polacos habían llegado a América y habían colonizado Nueva York, Chicago, Detroit, Filadelfia y otras grandes ciudades. Habían empezado a construir sus propias sinagogas y a crear una cultura civil en la que se mezclaban yiddishismo, socialismo, sionismo y quién sabe qué más. Llegaron a dominar los sindicatos profesionales. En cuanto a los judíos de procedencia alemana, aunque una gran parte se había hecho rica en América, no eran muy numerosos. Muchos de ellos se habían asimilado completamente y mezclado con la población no judía. De modo que los que quedaron ya no podían prescindir de los llamados *Ostjuden* y buscaban una aproximación.

Ya era algo tarde cuando Morris y su hija Bessie se sentaron a la mesa junto con Búnem a celebrar la cena festiva. La cocinera cristiana había preparado pescado, unos *creplaj* (pastelillos rellenos de carne picada), no muy al estilo judío, verdura e incluso una sopa de repollo, como la que se cocinaba en Europa. No era, con todo, una cena festiva como la que Búnem recordaba de su casa. Su padre llegaba del oratorio de Sojachov un poco bebido, pues uno de cada tres *jasídim* le había invitado al *kiddush* acompañado de nueces. En cada casa, las mujeres habían preparado toda clase de *strudels*, bizcochos y tartas de fruta, y cocinado en enormes ollas repollo con salsa tártara, pasas y manzanas. En los hogares de los notables de la comunidad esa noche se bailaba, no sólo sobre las alfombras, sino también sobre las mesas.

En el último día de la fiesta, el de *Simjat Torá*, alguna mujer llegaba a introducirse en los corros donde bailaban los hombres. Muchos de los *jasídim* llegaban a embriagarse o a pronunciar palabras que, el resto del año, consideraban obscenas. Cada año *reb* Menájem Mendel intentaba frenarlos recordándoles que en la fiesta debían alegrarse con la Torá, y no con esas borracheras que, Dios no lo quiera, contradecían la Ley. Pese a todo, hasta él mismo se veía obligado a mirar para otro lado cuando los contemplaba achispados en ese día tan especial. Esos judíos devotos, en particular los seguidores

del *rebbe* de Kotzk, hacían hincapié en que el movimiento jasídico estaba basado en la alegría de cumplir los preceptos, y que la melancolía era un acto de idolatría.

En casa de Sugarman la cena se desarrolló en silencio, con el anciano sentado a la cabecera de una larga mesa y Bessie en el otro extremo. Debido a que Morris no oía muy bien, padre e hija no se hablaban. La cocinera sirvió la comida sin pronunciar palabra. Sólo se oía el tictac del viejo reloj de péndulo, una antigüedad traída de Alemania. En esa casa, todo era lujoso y de la mejor calidad: la comida, la vajilla de porcelana, el costoso mantel y los cubiertos de plata de ley. Para la fiesta, incluso utilizaban parte de la cubertería de oro.

Al terminar la cena, Morris llenó una pequeña copa con licor de cerezas, servido en una jarra de cristal pulido, y ofreció otra a Búnem.

Había de todo en esa celebración, salvo la alegría y la fe en Dios, en el judaísmo y en el Mesías. Además, allá en el oratorio de Sojachov la vejez no era considerada un oprobio. Los ancianos recordaban a *reb* Méndele de Kotzk y repetían sus enseñanzas. Puede que algunos de los de mayor edad incluso recordaran al santo *rebbe* Búnem de Przyscher, en honor al cual fue nombrado Búnem al nacer. Tanto los estudiantes de *yeshive* como los adultos más jóvenes consideraban un privilegio intercambiar unas palabras con esos ancianos *jasídim*. En América, por el contrario, la gente se avergonzaba de su vejez. Los anuncios de la prensa se dirigían sólo a la generación joven. Los viejos ya habían terminado de vivir su cuota en este mundo, y el venidero no tenía valor comercial alguno.

Morris Sugarman conversaba con Búnem, pero sólo para reiterar lo que ya le había dictado en sus memorias: lo que antaño había vivido, sus viajes por Europa y América, sus encuentros con millonarios, con políticos y toda clase de personas famosas, las campañas políticas en Nueva York y Washington, los trenes y las estaciones de ferrocarril que se construyeron, los primeros rascacielos. Todo esto era interesante, pero en nada elevaba el espíritu. Bien al contrario, las palabras de Morris Sugarman sólo llevaban a la conclusión de que el tiempo lo borraba todo y de que los esfuerzos humanos únicamente eran vanidad de vanidades.

Al caer la noche, el anciano empezó a bostezar. A sus apagados ojos asomaron lágrimas de cansancio. Al mencionar Búnem que era hora de regresar a su casa, Bessie exclamó:

—¡No! Usted no se va a marchar. Pernoctará aquí. Ya he preparado su lecho, su habitación, su ropa de cama e incluso un pijama… No va a salir usted ahora en busca del tren elevado para volver al East Side. Al fin y al cabo, ni esposa ni hijos le esperan.

CAPÍTULO X

1

Pasaron algunas semanas sin que Yarme se presentara. Keyle llegó a la conclusión de que se habría marchado con Max a la otra América, a Buenos Aires, o a esos otros lugares cuyos nombres ella ni recordaba ni sabría pronunciar.

El frío ya había empezado a notarse sin que el casero se diera prisa alguna en encender la calefacción. Cierta tarde, hallándose Keyle entretenida en la cocina y Búnem fuera de casa dando clase a los niños en el local de los compatriotas rumanos, se abrió la puerta y entró Yarme. Keyle había olvidado echar el pestillo y tenía el cuchillo y el martillo escondidos en un cajón.

Apenas lo reconoció. Sin sombrero y con el cabello enmarañado y sucio, en el que asomaban algunas canas, se le veía envejecido. Llevaba puesta una chaqueta sobre la camisa abierta, sin cuello ni corbata. Keyle lanzó un grito y a punto estuvo de abrir el cajón donde guardaba sus armas, pero no lo hizo. El aspecto de él no hacía suponer que viniera dispuesto a atacar o a disparar. Apestando a alcohol comenzó a tartamudear, con voz algo alterada.

—Es increíble, ¿no me reconoces?

—Sí, te reconozco, como a un mal augurio. ¿Qué deseas? ¿A qué has venido?

—Eres mi esposa y yo tu esposo—respondió tambaleándose.

—No eres nada para mí. Quisiste entregarme al pervertido de Max. Tú sigues siendo lo que has sido siempre: un ladrón y un holgazán. Yarme, todo ha acabado entre nosotros. Quiero vivir mi vida, vive tú la tuya. Lo que había entre nosotros está muerto y sepultado.

—Keyle, eres mi esposa, y no la de ese zascandil del oratorio jasídico. Juntos tenemos un contrato rabínico.

—No tenemos nada juntos. Tú mismo dijiste que un contrato rabínico no es más que un trozo de papel.

—Cierto, pero un trozo de papel a veces cumple una función

importante. Además, te entregué un anillo de matrimonio, el anillo de mi madre.

—Hace tiempo que lo vendí.

Durante un rato ambos guardaron silencio. Yarme la miraba de reojo, como sorprendido. Parecía preguntarse cómo era posible que el amor se convirtiera en odio de ese modo. A Keyle también le asombraron sus propias palabras. «¿Qué es lo que tengo contra él?—se preguntaba—. ¿Acaso es culpa suya que yo me haya enamorado de otro? Tiene el rostro demacrado, cetrino, como el de un enfermo».

—Yarme, no tengo nada contra ti—le dijo por fin—. Eres lo que eres, y lo serás siempre. Pero déjame en paz. Para mí, Búnem es un marido, un hermano, todo, todo. ¿Dónde está Max? ¿Sigue en Nueva York?

—Max ya está en Brasil.

—¿Por qué no has viajado con él? Le advertí que entre nosotros todo había terminado.

—Keyle, no puedo vivir sin ti.

Yarme se balanceaba como si estuviera a punto de desplomarse. Por un momento volvió a ser el Yarme de antes. La observaba fijamente y con cierto desprecio, como miraría una persona fuerte a otra más débil que se atreve a desafiarlo. Durante un instante en que él bajó la vista a sus manos, los ojos de Keyle se dirigieron de nuevo al cajón donde había ocultado el cuchillo y el martillo. Pese a que Yarme le despertaba compasión, estaba preparada para apuñalarlo o abrirle la cabeza con el martillo si intentaba tomarla a la fuerza. El tufo a alcohol que despedía pareció embriagarla, a la vez que le despertó un asco superior al que nunca había experimentado ante cualquier borracho. Le entraron ganas de vomitar y sintió un amargor en la boca.

Yarme adoptó el tono, entre dominante y sumiso, de un marido cuya esposa se subleva frente a él.

—Keyle, ¿qué te ocurre? Estoy enfermo.

Keyle esperó un instante.

—¿Qué te duele?—le preguntó.

—Me duele todo: la cabeza, el corazón, las piernas. Apenas puedo mantenerme en pie. Deja que me siente.

Keyle sintió una punzada en el corazón.

—Toma, siéntate—dijo, y le acercó una silla.

—He hecho todo el camino a pie—dijo él, mitad a Keyle y mitad a sí mismo—. Desde la Bowery. Eso está tan lejos como Muranow de Krochmalna.

—Por qué no tomaste el… ¿Cómo se llama?

—Estoy sin un penique.

—¿Max no te dejó nada?

—Me dejó una fortuna, pero lo he perdido todo.

Keyle sintió de pronto subirle una rabia como la que habría sentido cualquier otra esposa.

—Perdido, ¿eh? ¿En qué? ¿En las cartas?

—En cartas, en caballos y también en bebida. Sin ti no puedo aguantar más.

—Qué desgracia la mía. ¿Y qué debo hacer contigo?—preguntó Keyle—. ¿Por qué no viajaste con Max?

—Quise quedarme donde tú estás. Dame una taza de té. También tengo hambre.

—Sólo quiero que sepas una cosa: yo he muerto para ti. Imagínate que estoy sepultada, a cuatro codos bajo tierra.

—No podría. Mil veces he decidido no acercarme más a ti, pero me atraes como un imán.

—Espera. Te daré algo de comer.

Le puso delante un *béiguel* y luego otro untado con mantequilla, junto con una lonchita de queso. Colocó la tetera sobre el horno de gas, al mismo tiempo que maldecía a Yarme y también a sí misma: «Una desgracia, es un hijo de puta y un paria. Ojalá yo no hubiese nacido. Ojalá hubiera muerto en el vientre de mi madre. Qué negra suerte la mía. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Buscar una soga y ahorcarme?».

—Lo sé todo—dijo Yarme, masticando a la vez que hablaba—. Esa mujer… ¿cómo se llama? La madre de su novia. Le contó todo a Tsírele, la hermana de Búnem, y ella a Max cuando le enseñó la pistola. Incluso le dio tu dirección. La novia de él pertenece a los «camaradas». La encerraron en la Citadelle. Puede que acabe en el paredón, aunque han contratado para ella un buen abogado y al parecer van a deportarla, o el diablo sabe qué. Puesto que tiene novia, ¿cómo es que se arrastró hasta ti? Erudito, y a la vez persigue rameras… Su padre, el hombre santo, ha guardado luto por él. Piensa que marcharse a vivir en América es peor que la conversión al cristianismo. Por tanto, tu *jasid* no va a estar contigo mucho tiempo. En cuanto pongan en libertad a su novia, te pondrá de patitas en la calle. Por otra parte, ¿qué tienes ahora? No estás mejor que en Krochmalna, sino peor. Conmigo nunca te viste obligada a servir, eras un ama de casa. Yo besaba donde pisabas. Y tú salías a hacer las compras para ti, no para llevarle el cesto a alguna señora.

—No llevo a nadie sus cestos. El té ya está listo.

—Tampoco tendrías que vender *béiguels*. Lo sé todo. Conozco cada detalle. Max me lo contó. Tu *jasid* te explotará y te arrojará como a un trapo, y además te hará un bastardo.

—¡Cállate ya! Si no callas, te vas a ver al otro lado de la puerta—exclamó Keyle—. Yo le quiero y él me quiere. Es una persona culta, un escritor, un erudito, y tú eres un inútil, un borracho y un holgazán. No te atrevas a mencionar su nombre con tu sucia boca.

—Todo un santo, ¿eh? Un hijito de mamá, ¿eh? ¿De qué te sirve seguir con un botarate como ése? Él nunca olvidará quién eres. Se avergonzará de ti como de una leprosa. Max me dijo que no te lleva a ningún lugar con él.

—¿De dónde ha sacado eso Max?

—Tú misma se lo dijiste.

—¡No le dije nada! Así se le pudra la lengua. Desde el primer minuto que lo tuve delante, aquella noche en el teatro Kaminsky, pensé: éste es el Ángel de la Muerte. Se atrevió a entrar en mi casa durante el *Yom Kipur* y se lanzó sobre mí como un asesino. Y tú lo sabías todo. Fuiste tú quien lo envió.

—Yo no lo envié.

—¡Sí lo enviaste, cerdo inmundo, sarnoso pervertido! Tú mismo lo has admitido. Así ardáis los dos como la leña, en un mismo fuego. Después de que me sucediera aquello, ya no volví a ser la misma Keyle de antes. Me di cuenta de lo hondo que estaba hundiéndome en el fango. Me dirigí corriendo a la sinagoga y me puse a rogar ante el Arca Sagrada. Los pies me condujeron al santo rabino, y ahí estaba Búnem. Todo eso vino mandado por Dios. Sólo cuando conocí a Búnem comprendí lo que es el amor.

—Tú lo quieres, pero a él no le importas un comino.

—Él también me quiere. Me habla de igual a igual. Me está enseñando inglés. Acostados en la cama me habla de los milagros de la Creación: el sol, la luna, las estrellas, lo que sucedía en la Antigüedad.

—Y tú necesitas todo eso como un perro la quinta pata.

—Aquí está tu té. Bébetelo y lárgate.

—¡Keyle, no me arrojes a la calle!

2

Yarme pidió a continuación un trago de whisky. Keyle, aunque de entrada se lo negó, tras un regateo le puso delante una botella. Al cabo de un rato, también ella echó un trago. Yarme le había prometido que sólo tomaría una copa, pero fueron tres. Se volvió locuaz y le contó todo lo sucedido desde que ella había desaparecido, tanto en la «plaza» como en el número 6, en la posada, con Itche el

Ciego, Shmuel el Nata, Eliézer el Tabernero, así como en sus viajes con Max por la provincia. Pese a que en un comienzo Keyle insistió en que no quería oír nada sobre la calle Krochmalna ni sobre la escoria que albergaba, las palabras de Yarme despertaron en ella cierta nostalgia. Mientras que en Nueva York no conocía a nadie, fuera de algunos vecinos y el doctor Welcher, el anciano caballero que rara vez le dirigía alguna palabra, en Krochmalna hablaban sobre ella, la recordaban y la envidiaban por haber regresado al camino recto y haber elevado su posición uniéndose a un joven decente, hijo de un rabino, además. Yarme le aseguró que allí se la mencionaba a menudo. A las prostitutas las enorgullecía que Keyle hubiera escapado de la mala vida.

A continuación, comenzó a narrarle su recorrido con Max en Polonia. Aunque su relato era confuso, a medida que hablaba, la curiosidad de Keyle crecía. Habían estado en Lublin, Zamosc, Krasnostow, Izbica y hasta en Piask, la ciudad de los famosos ladrones. En una de las aldeas, Max había topado con una antigua esposa suya, a la que todos, durante esos años, habían considerado como una esposa definitivamente abandonada. Al reencontrarse con ella, Max le concedió el divorcio, corrigiendo así una antigua falta. Conoció a los hijos que aún eran pequeños cuando él se marchó y que, por primera vez, vieron a su padre.

—Keyle—siguió contando Yarme—, con todo lo que yo he pasado se podría escribir un libro. A lo largo de mi vida he conocido a muchos tipos listos, pero como Max no existe nadie en el mundo entero. Además, está loco. Se ha metido en enredos suficientes como para que lo hubieran ahorcado no una, sino cientos de veces. Es capaz de escabullirse y salir indemne de cualquier situación. Cuando quiere, habla como un culto abogado, usa palabras sacadas de la prensa o el demonio sabe de dónde. Su ruso es ruso, y su alemán, alemán. Mujeres crédulas a las que embaucó luego lo asaltaron como fieras, como si fueran a sacarle los ojos. Alguna hasta levantó contra él un hacha de carnicero, sin embargo, antes de darse cuenta, ya estaba besándose con él y Max le prometía el cielo y las estrellas. Es capaz de convencer hasta a una piedra. Si esto no es cierto, que no me llamen Yarme. Tan pronto dice que se ha quedado sin dinero como te muestra un abultado billetero. Parece un brujo, o el diablo sabe qué. Tal vez tenga una maquinita que imprime dinero. En dos ocasiones en que unos policías iban a meterlo en chirona, los cameló de tal forma que acabaron pidiéndole perdón y saludándole como a un general. Posee tal vez diez pasaportes y recuerda su falso nombre en cada uno de ellos, ya sea como judío, cristiano polaco o ciudadano ruso. Cuando viaja en tren suele mostrar algún papel que le exime de pagar billete. Si me hubiera decidido a acompañarlo ahora en su viaje, me hallaría

en el séptimo cielo, pero no lograba sacarte de mis pensamientos. He tenido que beber para no volverme loco. Él es todo a la vez, homosexual y bisexual. En Izbica nos encontramos con una tía suya, sorda como una tapia, medio loca, algo así como una bruja. Tan pronto lo estaba bendiciendo como le lanzaba maldiciones de muerte. Seguramente ya habría cumplido los noventa años o los cien, con el rostro lleno de verrugas y arrugado como una hoja de repollo. Se acercaba a él dando saltitos y aullando como un demonio, o bien silbando como una serpiente. Escupía como hace un gato cuando un perro quiere morderlo. A mí me escupió y su salivazo me escoció como el fuego. Era un viernes y ella estaba junto al horno, entiznada como un deshollinador y metiendo tortas de masa con ayuda de una pala. ¿Para qué querría tantas tortas si ya no tenía ningún diente en la boca? Me quiso dar una a probar, pero tuve miedo de que me envenenara. No lo vas a creer: aunque el horno estaba lleno de ascuas, ella metía las manos sin protección. ¿Cómo puede uno imaginar algo así? Era realmente como aquella famosa Yajne, la vieja del teatro. Aunque se empeñó en que nos quedáramos en su casa para pasar el sábado, Max le dio algunas monedas y corrimos al trineo que nos esperaba. Ella nos persiguió arrojándonos un montón de leños.

—Tal vez estaba verdaderamente loca—apuntó Keyle.

—No lo sé, no lo sé. A veces he pensado que Max es un brujo disfrazado. Allí donde llega empieza a enviar telegramas: a Varsovia, al extranjero, a este amigo, al otro. Entra en la estafeta de correos y todos le hacen caso. Comer, casi no necesita. Una vez entramos en una posada y encargó un almuerzo de quizá diez platos. De cada uno de ellos probó un poco, pero ninguno le agradaba. La moza que nos servía, una buena pieza, le preguntó: «Pero ¿qué es lo que quiere usted? ¿La luna y las estrellas?». «Si me das un muslo tuyo, lo tomaría», respondió él. Ella se echó a reír, tanto que pensé que explotaría. «Mi muslo lo recibirá solamente el hombre que entre conmigo bajo el palio nupcial», respondió. En aquella posada Max y yo compartíamos habitación, pero al llegar la noche me dijo: «Hay otra habitación para ti». Entendí que tenía a alguien. Bastante más tarde oí pasos silenciosos. Abrí la puerta y era aquella pájara, descalza y en bata. Me guiñó el ojo y, acercando un dedo a los labios, dijo: «¡Chis!».

—¿Qué ven en él?—preguntó Keyle.

—¡Oh! Algo verán, seguro. Estaba empeñado en que yo viajara con él a Brasil, pero le dije: sin Keyle no soy nadie.

—Yarme, yo pertenezco a Búnem. Quiero llevar una vida honesta.

—¿Honesta, eh? En Wysoka consulté con un judío devoto, gran conocedor de los libros sagrados. Afirmó que mientras yo no te conceda el divorcio, cada minuto que pases con ese botarate estarás

cometiendo el peor pecado. «Pecados como ése hacen que uno no escape del infierno», fueron sus palabras. Además, una esposa devota debe acudir al *mikve*. De lo contrario, siempre será una pecadora.

—Cuando Búnem me lo mande iré al *mikve*.

—Si no te lo ha mandado, quiere decir que no es mejor que yo. Max quiso hacer de ti una matrona todopoderosa. Te habrías bañado en oro. Puesto que, de cualquier modo, ya eres una pecadora, ¿por qué no disfrutar? Con nosotros vestirías como una princesa. Aquí llevas harapos, como una mendiga. Vamos a brindar.

—No, Yarme. Márchate.

—Si me marcho, nunca volveré. Max me apuntó su dirección. Y tú continuarás aquí como la esposa de otro hombre. Sin el divorcio, serás siempre mía y el pecado recaerá sobre ti.

—Si tú no me concedes el divorcio, el pecado recaerá sobre ti.

—No tengo miedo de ningún pecado. Dios no existe. Actualmente hay un aparato que vuela por encima de las nubes y allí no se ha visto ningún Dios. Sólo el aire vacío.

—Yarme, márchate.

—¡Keyle, no saldrás de esto con tanta facilidad!

Hizo amago de ponerse en pie. En ese instante, la puerta se abrió y entró Búnem. Keyle ni siquiera había oído sus pasos en la escalera.

Había anochecido. Búnem llevaba en la mano la cartera que ella le había comprado en la calle Orchard y un par de libros sacados de la biblioteca de East Bradway. Se detuvo al lado de la puerta mientras observaba fijamente a Keyle y a su invitado. Sabía que era Yarme. Lo recordaba de la antigua casa en Krochmalna. Vio sobre la mesa la botella de whisky. Seguro que Keyle la había comprado sin su conocimiento y la tenía escondida. También había varios *béiguels*. En el rostro de Yarme se esbozó una sonrisa despectiva.

—Así que éste es el gran héroe, ¿eh?

—Yarme, márchate.

—Y si no me marcho, ¿qué harás? ¿Arrojarme sal sobre el rabo?—preguntó Yarme—. Eres mi esposa, y donde vivas es mi hogar. ¡Que se vaya él al diablo! ¡Él me ha quitado a mi esposa, y no yo a la suya!

Búnem quiso replicar que ese hogar le pertenecía porque él pagaba el alquiler, pero las palabras no acudían a sus labios. Le invadió una intensa rabia, a la vez que una sospecha. «Keyle ha estado preparando un agasajo para él—pensó—. Incluso compró whisky». El asco que en ese momento sintió hacia sí mismo y hacia su situación lo ahogaba. Se oyó decir en voz alta:

—Si éste es su hogar, puede quedarse con ella. Yo me marcho.

—¡Búnem, no te vayas! ¿Cómo se te ocurre?—aulló Keyle. Corrió hacia la cómoda y sacó del cajón el cuchillo que había preparado por

si llegaba el caso.

—¡Yarme, márchate de aquí!—gritó—. ¡O correrá la sangre!

—¡Toma, apuñálame!—repuso él mientras descubría su pecho.

—¡Me voy!—exclamó Búnem, y salió a toda prisa.

Una vez en la escalera oyó los gritos de Keyle. También los de Yarme. Se detuvo un instante, paralizado por el miedo. Ante sus ojos veía chispas de fuego que medio lo cegaban. Corrió impulsado por sus piernas entumecidas, y le pareció que la tierra se levantaba bajo sus pasos. «Será un terremoto?», pensó. Los transeúntes llenaban la calle. En el portal de cada casa veía personas en pie o sentadas en los peldaños. No distinguía rostros, solo veía manchas. «¡Bueno, éste es el final, el final!», se decía a sí mismo. Sintió sequedad en la boca. La garganta le escocía. Al cabo de cierto tiempo, las piernas se le habían aligerado. «Todavía me agarrará la policía. Me arrestarán y me deportarán…». Ya había recorrido un buen trecho cuando se dio cuenta de que se encontraba en una de las avenidas del *uptown*, cerca de la calle 14. Decidió encaminarse hacia la casa de Morris Sugarman, en la calle 19.

3

Al llegar a Union Square dio media vuelta. No podía dejar a Keyle con ese canalla. Recordaba el grito que había oído mientras bajaba por las escaleras. ¿Qué debía hacer? Aunque ese cretino no la hubiera matado ya, podría hacerlo en otra ocasión. Búnem había leído que en América cualquiera podía llevar armas. No había más que entrar en un comercio y comprar un rifle o una pistola. Pero ¿era él capaz de llevar un arma encima y de medirse con un personaje para quien todo era indiferente, incluso su propia vida? «He de escapar de esta trampa», se dijo. Además, ahora esperaba la llegada de Solche y eso multiplicaría sus complicaciones. «Me suicidaré y pondré fin a todo este enredo».

Comenzó a llover. Un viento frío soplaba desde algún lugar. De nuevo se acercó a las calles del barrio judío. El aire olía a *knishes* y tripas rellenas. Olores a carne asada, a rábano picante, a mostaza, a carpas y a compotas escapaban de las puertas de los restaurantes. La cocina judía se había instalado bien en ese lugar.

Pese a la lluvia, los vendedores de prensa pregonaban los periódicos, tanto en yiddish como en inglés. Sus kioscos estaban iluminados por lámparas de gas. Acá y allá se oían canciones procedentes de los restaurantes. Voces, no de gramófonos, sino de cantantes en vivo, hombres y mujeres, mezcladas con las de los clientes que comían y bebían. Eran canciones en yiddish, en ruso y

hasta en húngaro. Desde algún portal una prostituta guiñaba a un cliente. Todo era como en Varsovia y, sin embargo, diferente. En Varsovia él era capaz de clasificar a las personas según su aspecto o su atuendo. Cada calle tenía su propia personalidad. Por el aspecto de las ventanas y de los muros uno podía imaginar qué clase de personas residía en esas casas, cuál era su ocupación, cómo era su comportamiento e incluso sus pensamientos.

En Nueva York, por el contrario, todo le parecía ajeno y superficial, como si allí se viviera provisionalmente y toda la ciudad fuera una enorme estación ferroviaria donde uno paraba sólo un rato para luego seguir viajando. Pero ¿adónde? ¿A Japón? ¿A China? ¿A otro planeta?

«Todo esto son imaginaciones mías», se dijo, y recordó un versículo de la Guemará: «Este mundo es comparable a la celebración de una boda. Uno baila y luego se va a casa». Pero ¿dónde está la casa? ¿En la sepultura?».

Búnem siguió caminando. Con dificultad, intentaba poner freno a su desesperación. Tal vez debería huir a Varsovia. ¿Quizá ahorrar un poco de dinero y emigrar a la Tierra de Israel, como aquellos estudiantes del movimiento Bilu?[18] ¿O tal vez el alma judía necesitaba sentirse siempre en el exilio, entre los no judíos?

No podía decidir nada hasta que Solche llegara a América. Sabía muy bien que ella se mofaba de los sionistas y los consideraba fantasiosos y reaccionarios. De pronto, le invadió la añoranza de su casa. «¿Qué estarán haciendo en este momento mi padre, mi madre, Tsírele, Shlóimele, Jáyimle?». Le resultaba difícil pensar que todo siguiera allí como antes: «Mi padre estudiando la Guemará con innovaciones y exégesis, o las *responsa* de los libros del rabí Arié Leib Guintzburg y del rabí Akiva Aiguer; mi madre hojeando el *Shevet Musar*, el libro de moral del rabí Eliyahu Hacohen, traducido al yiddish, el *Lev Tov* [‘El buen corazón’], del rabí Isaac Ben Elyakum, o *Jovat halevavot* [‘La obligación de los corazones’], del rabí Bajyá ben Yosef Ibn Pakuda; los chicos estudiando en el *jéder*, y Tsírele absorta en la novela por entregas, cuya lectura seguramente prolongará durante años».

Llegó de nuevo a la calle Attorney y miró hacia la ventana de su apartamento. La lámpara de gas no estaba encendida. «¿La habrá matado Yarme?». Paralizado por el miedo, temía subir las tres plantas. De pronto, advirtió que no llevaba encima la llave del piso. La había dejado dentro cuando huyó. «¿Se habrán acostado juntos y se habrán quedado dormidos? ¿Lo habrá apuñalado Keyle con el cuchillo y luego a sí misma?».

Tras una larga vacilación, comenzó a subir las apenas iluminadas escaleras. Llamó a la puerta y nadie respondió. Dio unos golpes más

fuertes y llamó: «¡Keyle! ¡Keyle!». Enseguida pensó: «Seguro que yace ahí muerta». Todavía podía convertirse en sospechoso de asesinato. Llamó a la puerta del piso de enfrente, pero nadie respondió. Allí vivía un matrimonio de ancianos, sin hijos. «Tal vez hayan ido al teatro de la Segunda Avenida».

De nuevo llamó a la puerta de su propio apartamento, pero nadie respondía. ¿Quizá debería informar a la policía? ¡Eso tendría que haberlo hecho enseguida! ¡Ahora era demasiado tarde, demasiado tarde! El miedo le revolvía las entrañas. Volvió a bajar las escaleras. La lluvia había cesado y seguía soplando un viento gélido. ¿Debería encaminarse a casa de los Sugarman? «Ahora es el momento de suicidarse—insinuó una voz en su interior—, de poner fin a esta esclavitud y este abatimiento a los que llaman vida». No obstante, sentía compasión por su padre y su madre, por Tsírele, y por Keyle, si estaba viva. Y, además, ¿qué sería de Solche cuando al llegar se enterara de que él había muerto?

Pasó delante de una especie de parque, más bien un parquecillo con unos pocos árboles, y entró en una calle que de día se convertía en mercadillo. Allí estaban las mesas sobre las que, a la mañana siguiente, colocarían la mercancía; al otro lado, estacionados y desenganchados de los caballos, los carros de carga que los comerciantes al por mayor utilizaban para abastecer a los tenderos y los buhoneros.

Búnem había oído decir que esos carros eran aprovechados por vagabundos sin techo para pernoctar. «Tal vez debería subirme a uno de ésos para pasar la noche». Pero también había oído que la policía los expulsaba de allí. De esos carros aún emanaba el olor a frutas, verduras, cebolla y ajo. También apestaba a boñigas de caballo.

A través de las ventanas iluminadas por lámparas de gas podía ver siluetas de hombres y mujeres. Búnem ya no distinguía si estaba caminando en dirección al *uptown* o al *downtown*. Recorrió una de las callejuelas semioscuras y llegó al East River. Allí estaban ancladas algunas barcas de arrastre y otras cargadas con vagones de frutas. Por encima del río, el cielo se cernía a baja altura. Acá y allá, entre las nubes, asomaba alguna estrella. Columnas de humo se elevaban desde las chimeneas. Todo le parecía conocido y, al mismo tiempo, ajeno. Era la misma tierra, el mismo cielo, las mismas estrellas y la misma agua de siempre. Sólo que ahora esa pequeña porción de materia con una chispa de espíritu, Búnem Tomáshover, deambulaba perdido, asustado, hambriento y sin hogar.

Regresó a la calle Attorney y de nuevo se encontró con la ventana a oscuras y la puerta cerrada con llave. ¿Podría ser que Keyle se hubiera marchado con Yarme? ¿O que él la hubiera arrastrado a la fuerza? Ya era demasiado tarde para ir a la casa de los Sugarman y,

por otro lado, el frío le impedía pasar la noche en la calle.

Alguien estaba subiendo por la escalera. Eran sus vecinos, la pareja de ancianos. Búnem comenzó a disculparse ante ellos y a contarles lo que le había sucedido. Al principio no comprendieron bien su lenguaje. Ellos ya se habían americanizado, mientras que él todavía hablaba como un *greenhorn*, un recién llegado con acento polaco. Al cabo de un rato, la mujer captó lo que había sucedido. Le recordó a Búnem que la casa tenía un conserje, aunque seguramente andaría por ahí, borracho en alguna taberna.

—¿Tal vez nuestra llave encaje en la cerradura?—sugirió la mujer, al cabo de unos instantes—. Venga, vamos a intentarlo.

—Nuestra *key* no va a encajar en la cerradura de otra puerta—objetó su marido, medio enfadado.

—Intentarlo no cuesta dinero—replicó la esposa.

Primero abrieron su propia puerta. Luego el hombre, en la penumbra y sin dejar de gruñir quejándose de que los *greenhorns* siempre daban problemas, empezó a ocuparse de la puerta de Búnem.

—¿Qué había dicho yo?—rezongó—. Las llaves están hechas para encajar cada una en una sola cerradura.

Tras unos minutos, sin embargo, lanzó un suspiro y la puerta se abrió con un chirrido.

—Bueno, ¿lo ves ahora?—dijo la esposa.

—¿Qué es lo que veo? Seguro que habré roto la cerradura, o tal vez ya estaba rota. En fin, *good night*.

Búnem quiso pedirles unas cerillas, pero el vecino ya había cerrado dando un portazo. Inmóvil en el umbral, le invadió el temor de lo que verían sus ojos una vez que se habituaran a la oscuridad. Por un momento, hasta le pareció que había un cuerpo tendido en el suelo. Con dificultad dominó su deseo de huir, pero la negritud nocturna enseguida empezó a disiparse. No. Nadie yacía en el suelo. La luz que penetraba desde la calle iluminaba un rincón. Entró en la cocina y comenzó a palpar la superficie del horno de gas, donde Keyle guardaba las cerillas. No las encontró. «¡Ha debido de marcharse con Yarme!», murmuró. Su asombro era aún mayor que sus tribulaciones. «Si eso ha sido posible—se dijo—, es que no comprendo en absoluto lo que es una persona. Todas sus palabras acerca del amor, como todo lo demás, serían una gran mentira».

Tras una larga búsqueda encontró las cerillas. Al encender la lámpara de gas vio la botella de whisky sobre la mesa. «¿Se habrá emborrachado y se habrá marchado con él? ¿De dónde habrá sacado el whisky? Seguro que antes lo bebía a escondidas. ¡Está claro, una prostituta no deja nunca de ser una prostituta!—se repitió—. Mejor así. Estaba escrito que yo debía llegar a América. Gracias a Dios, no

pagué el viaje con su sucio dinero». El propio Búnem se sorprendió de esa súbita reflexión piadosa aunque, algo parecido le sucedía siempre que le sobrevenía alguna angustia.

No le quedaba nada más que hacer que desvestirse y acostarse. Búnem no estaba acostumbrado a dormir solo. Disfrutaba al meterse en la cama y contemplar cómo Keyle se aseaba, se cepillaba el pelo y se preparaba para acostarse junto a él. Se había comprado un camisón negro de tul con encajes. Su cuerpo siempre ardía. Incluso antes de rozarlo, a él le llenaba de deseo. Una vez a su lado, a ella le gustaba contarle chismes, antiguos o actuales, acerca de las pacientes que acudían al doctor Welcher o de los aprendices que trabajaban para el panadero de los *béiguels*. Los hombres la deseaban, le prometían el cielo y la tierra; los jóvenes, tanto judíos como cristianos, la silbaban cuando ella pasaba.

Ahora, por el contrario, Búnem se hallaba solo, en una cama vacía. «Me mudaré a la casa de los Sugarman—decidió—. No debo quedarme aquí». En realidad, no tenía alternativa, puesto que Solche, al llegar, acudiría a esa dirección.

Intentó dormir, pero cada vez que empezaba a conciliar el sueño se despertaba con un sobresalto. Se preguntaba cómo era posible que una persona fuera capaz de mentir hasta ese punto. Si el poder de la mentira era tan grande, tal vez la mentira fuera a veces la verdad… Le asombró ese pensamiento. Quizás en ello residiera la fuerza de la idolatría. Búnem recordó las palabras de los Salmos: «En mi apresuramiento me dije: todo hombre miente».[19] Sí, sí, ya en los antiguos tiempos alguien había llegado a ese razonamiento. Si bien era cierto que esto se refería sólo al hombre. Los animales no sabían de mentiras. La naturaleza era una verdad absoluta.

4

¡Qué noche más extraña! Búnem daba vueltas en el lecho y su cuerpo ardía. Conciliaba el sueño y de nuevo se despertaba. Aunque no había cenado, le acuciaba la sed. La saciaba con agua del grifo y debía ir repetidamente a orinar en el retrete al final del pasillo. No quería admitir, pero tampoco podía negarlo, que echaba de menos a aquella ramera, a esa prostituta que lo había embaucado. «Si esto es cierto, yo también soy una mentira», se dijo. No obstante, repasando mentalmente una y otra vez lo que le había sucedido en ese último año, le pareció que eso no podía ser real, como si se hubiera extraído de un libro de cuentos, o como una parábola del predicador de Dubno. Había abandonado a Dios y caído en el abismo del infierno y de las

cuarenta y nueve puertas del pecado. Al parecer, de Dios a Satanás sólo había un paso. Bueno, pero ¿podía él volver a Dios? ¿Y a qué Dios? ¿Al Dios de la Biblia, al Dios del *Shulján Aruj*, al de Spinoza?

Ya de madrugada le dio por pensar que tal vez Keyle fuera inocente, que quizá Yarme la habría arrastrado a la fuerza. Se acordó del cuchillo que Keyle había preparado para el caso de que Yarme intentara violarla. Bajó de la cama, encendió la lámpara de gas y abrió el cajón. El martillo seguía allí, pero no el cuchillo. «¡Tengo que avisar a la policía! ¡Avisar a la policía enseguida!—decidió—. La ha debido de llevar a algún lugar». Empezó a buscar manchas de sangre, señales de una lucha. Ni rastro. Lo cierto era, por otra parte, que ella había invitado a Yarme a tomar una copa, puesto que junto a la botella había dos vasos. Unos vasos que la propia Keyle había comprado para la casa.

A Búnem no le abandonaba el temor de que la policía lo arrestara y le culpara de Dios sabe qué. «¡También en América los policías son *goyim*!», pensó. Y recordó el versículo que decía: «En la sede de la justicia hay iniquidad».[20] La policía, los jueces, los abogados siempre estaban del lado de los culpables… El código de justicia estaba formulado de tal modo que los criminales gozaran de todos los privilegios y que la víctima no tuviera posibilidad de resarcimiento. Por otro lado, le preocupaba qué debería decir a los vecinos si preguntaran por Keyle. ¿Y al doctor Welcher o al panadero de los *béiguels*?

Pese a todo, en algún rincón de su corazón, y aunque había decidido mandarla al diablo de una vez por todas, Búnem abrigaba la esperanza de que Keyle regresara. Pero los días pasaban y todo seguía igual. Comenzaban a llegar las heladas y una noche cayó una gran nevada. También a la mañana siguiente siguió nevando. Era una nieve diferente a la de Varsovia: pesada y seca como la sal. La calle Attorney se llenó de grises montículos y la nieve cubría los tejados y las escaleras de incendios.

Desde que Keyle desapareció, Búnem ya no comía en casa. Había encontrado una cafetería donde se podía desayunar por un módico precio. Además del periódico yiddish, ahora compraba cada mañana otro en inglés. Le asombró ver que en portada, con grandes titulares, comentaban la nevada. ¿Acaso era una noticia la nieve en Nueva York? Por otro lado, había páginas enteras dedicadas a crónicas de fiestas y casamientos, prédicas de curas y a veces también de rabinos, o a viajes de parejas ricas a Europa; publicaban fotografías de criminales y los describían como héroes; las esquelas necrológicas explicaban con todo detalle los negocios del fallecido y sus ganancias; las noticias sobre toda clase de deportes, en especial carreras de caballos, llenaban muchas páginas. Por otro lado, el cine, una especie

de teatro formado por fotografías que se movían a toda velocidad, evolucionaba día a día.

Mientras en la prensa yiddish proliferaban palabras como *revolución, huelga, polémica*, en la prensa en inglés prevalecía una especie de languidez dominical. En pleno barrio judío, recorrían las calles misioneros que distribuían folletos acerca de Jesús. Miembros de la Salvation Army cantaban canciones religiosas. Abundaban los anuncios de alimentos especiales para perros, gatos y loros, a la vez que de productos para que las mujeres pudieran librarse del vello de las piernas y la cara.

Con frecuencia le invadía a Búnem la sensación de que América no era únicamente otro continente, sino otro planeta. No eran raras las noticias sobre fantasmas que entraban en las casas antiguas, sobre médiums que hacían que las mesas se levantaran en el aire, o sobre trompetas que tocaban por sí solas y lograban que los muertos se hicieran presentes y contaran cómo lo pasaban en el otro mundo.

Negros, judíos, alemanes e italianos tenían sus barrios respectivos en Nueva York. En Varsovia, Búnem casi nunca oyó hablar de Irlanda, pero aquí eran «irlandeses» los guardias, los bomberos y los gobernantes del Ayuntamiento. En este país vivían indios, mexicanos, chinos y esquimales. Para cada grupo, «sus políticos» eran aquellos que les hacían favores para que los votaran. Gánsteres y mafiosos tenían sus propias organizaciones, y los ateos, los defensores de los derechos de los animales, los anarquistas, los representantes de toda clase de sectas religiosas pronunciaban prédicas en las calles y repartían panfletos. Las sufragistas organizaban manifestaciones en las que exigían igualdad para el género femenino. «¡Nunca comprenderé este país!—se decía Búnem—. Aquí son otras las categorías que se tienen en cuenta».

Pasaron semanas y no le llegaba noticia alguna de Keyle. Había desaparecido para siempre. Así como tampoco sabía nada nuevo acerca de Solche. ¿La habrían arrestado otra vez? ¿Se habría enamorado de otro hombre?

Cierto día, al presentarse en casa de los Sugarman, Bessie le hizo saber que su padre estaba enfermo. Una súbita fiebre le había obligado a guardar cama y el médico le había prohibido dictar sus memorias o recibir invitados. Debía mantener un reposo absoluto. Con expresión preocupada, le pidió a Búnem que volviera a preguntar por su padre al cabo de algunos días, o bien que telefoneara.

Más de una vez había leído Búnem acerca de lo mucho que pesaba la soledad sobre el estado de ánimo de una persona, pero nunca había experimentado en propia carne lo doloroso que podía llegar a ser. Había momentos en que se comparaba con los muertos que, según algunos libros de cuentos, vagaban por el mundo del caos. Vivía sin

objetivo, sin esperanza, entre extraños a los que no conocía y con los que no aspiraba a tener vínculo alguno. A la edad de veintiún años empezaba a vivir en el pasado, como si ya fuera un anciano.

A causa de las tormentas marinas la prensa procedente de Europa se retrasaba. Ya no recibía cartas de Tsírele. Los niños a los que enseñaba el Pentateuco dejaron de acudir a las clases a causa de las heladas y las intensas nevadas. El periódico yiddish anunciaba que muchas fábricas habían cerrado y que en otras los sueldos eran tan bajos que los trabajadores se habían declarado en huelga. Aumentaba el número de indigentes que buscaban alimentos en los contenedores de basura; las enfermedades contagiosas se extendían y de las funerarias de East Broadway salían constantemente los coches fúnebres. Aunque las damas de la clase pudiente organizaban bailes y otros eventos con objeto de recaudar dinero para obras de caridad, eso no hacía disminuir la penuria. Y pese a que las familias ricas de judíos neoyorquinos, los Schiff, los Worburg, ayudaban a los emigrantes pobres que llegaban de las comunidades de Europa del Este, el número de magnates era demasiado exiguo para tantas personas sin trabajo. El barón Hirsh había intentado asentar a emigrantes judíos en regiones frías de Canadá, pero según algún reportero que visitó aquellas colonias la tierra era allí excesivamente pantanosa y los granjeros pronto huyeron a Winnipeg o incluso, si tenían dinero para el pasaje, a Toronto, Montreal y Quebec.

Tampoco eran mejores las noticias que llegaban de las colonias del barón Hirsh en Argentina. Y en cuanto a los que optaron por colonizar Palestina, sufrían escasez de alimentos a consecuencia de la sequía.

5

Keyle no regresó y Búnem, pese a que había resuelto avisar a la policía, tampoco lo hizo. Ni fue a preguntar por la salud de Morris Sugarman. Sabía muy bien lo que le esperaba a un anciano como él cuando sufría una pulmonía. Búnem se sentía dominado no tanto por el miedo como por una pasividad o pereza que no se explicaba. Algo así como si estuviera paralizado espiritualmente. Tampoco estaba preparado para el frío del invierno. Su apartamento no contaba con calefacción. Alguien entre los vecinos había mencionado que el edificio estaba «condenado» a ser demolido. La casera, una vieja viuda sorda, se había escondido en algún lugar y era imposible localizarla. Los inquilinos no podían hacer otra cosa que maldecir. Algunos de ellos se mudaron en mitad del invierno. En cuanto esos apartamentos se quedaban vacíos, los gamberros rompían las ventanas.

Búnem se cubría con su abrigo durante las noches, y se envolvía los pies con alguna chaqueta o camiseta de Keyle que habían quedado en la vivienda. Advertía en sí mismo síntomas de pulmonía, pero de momento sólo se manifestaba por la tos, la nariz taponada y el dolor de cabeza. Aún no le había subido la fiebre.

Se reanudaron las clases a los *boys* en la sede de los inmigrantes rumanos. Aunque una parte de los alumnos había dejado de asistir, otros sí acudían porque se preparaban para celebrar su *Bar Mitsvá*. Búnem repasaba con ellos las bendiciones y la *Haftará*.

Esos muchachos bostezaban aburridos mientras, por debajo de la mesa, jugaban a las cartas. ¿A quién le importaba un templo construido hacía unos tres mil años y destruido mil años después? ¿Qué interés podían despertar en ellos las lúgubres profecías relacionadas con Egipto, Babel o Aram, o las palabras sobre el castigo que recibirían los hijos de Israel? Su mente estaba centrada en el béisbol y el fútbol americano. Algunos de esos muchachos acudían furtivamente al teatro de revistas, y otros al barrio de Bowery.

Afortunadamente, la biblioteca sí tenía calefacción y Búnem podía permanecer allí largas horas. Leía, sobre todo, libros científicos o sus divulgaciones sobre física, zoología, biología, astronomía, historia, así como descripciones de viajes. Hojeaba los libros de Platón, Aristóteles, Spinoza, Kant, Schopenhauer. También había traducciones de Leibnitz y Descartes, así como obras de Hume, Locke y Hobbes en lengua original que alguien había donado a la biblioteca. Búnem ya era capaz de leer en inglés a Malthus, ese pensador que contaba la amarga verdad acerca del mundo y de la vida, basándose en las continuas guerras, epidemias, hambrunas y asesinatos. Genghis Khan, Jmelnitski, Napoleón y Bismarck habían ayudado a Dios a mantener al género humano en una especie de balance demográfico. Los asesinos y los tiranos, al igual que los leones y los tigres, tenían una misión importante en la Tierra. Darwin había confirmado todo esto mediante abundante investigación y muchos detalles. El mandamiento «No matarás» lo pronunció un hombre, y no el Creador de los lobos hambrientos y de las ovejas devoradas por ellos. Todos los comentarios sobre una base para la ética se habían quedado sólo en eso, en comentarios. La base, como tal, ni existía ni había podido existir.

Si esto era así, ¿por qué había de errar él, Búnem, dentro de este bosque salvaje, cuyo lema era apresar, devorar, matar y ser matado? ¿En qué se podía tener esperanza? ¿Qué sentido tenían su añoranza y todas sus búsquedas?

Keyle había vuelto con su marido. Solche seguramente vendría a América dispuesta a luchar por la justicia, la libertad, la igualdad y otros ideales parecidos que nunca podrían alcanzarse. Sin duda

pretendería tener hijos con él, es decir, prolongar y multiplicar el dolor de la existencia. Él, sin embargo, no hallaba razón alguna para querer traer nuevas generaciones de lobos o corderos a un mundo en el que los ladrones y los bandidos se dedicaban a guerrear mientras los tontos creían con fe absoluta en cada cliché y falsa teoría.

Y, además, ¿quién era el Dios, o la naturaleza, que había dado origen a todo esto? ¿Qué fuerzas eran las que soportaban todo este orden? ¿Qué eran esas radiaciones que el elemento químico radio había estado emitiendo por sí mismo durante cientos de miles de años? ¿Hacia dónde corrían las innumerables estrellas y las galaxias? ¿Qué era su cerebro y cómo funcionaba?

De repente, sucedió lo inesperado. Aquel día de invierno amaneció hermoso. La aguanieve caída por la mañana se derritió enseguida. Más tarde las nubes se dispersaron y apareció el sol, un sol límpido y resplandeciente. Búnem ya había olvidado la existencia de ese sol. Llevaba tanto tiempo sentado y leyendo, que veía manchas revoloteando ante sus ojos. Las piernas no le sostenían con total firmeza. Al atardecer salió a dar un paseo. Caminaba sin dirección, mientras leía las señales que encontraba a su paso, recordando el inglés que estaba aprendiendo. Acá y allá también había algún rótulo en yiddish con faltas de ortografía.

Entró en una calle y, súbitamente, vio a Keyle. Estaba tan absorto en sus pensamientos que al principio no asimiló lo que veía. Era ella, cargada con un cesto de *béiguels*, mientras una mujer elegía alguno para comprar. De pronto cayó en la cuenta de qué y a quién veían sus ojos. ¿Sería una alucinación? Su corazón dio un salto y pareció detenerse enseguida. Inmovilizado, la miró atónito, convencido como estaba de que ella habría vuelto a la prostitución. Su aspecto había cambiado. Llevaba un vestido desconocido para él, pero sin duda era ella. «A menos que esté soñando», se dijo a sí mismo. La compradora de *béiguels* debía de ser demasiado exigente a la hora de seleccionar, pues Keyle se enfadó con ella y le arrancó uno de las manos. Búnem rompió a reír, al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¡Cielos! Hacía años que no lloraba. Llorar no tenía cabida en su naturaleza. Sin embargo, de pronto el rostro le ardía y estaba húmedo. Sacó un pañuelo y rápidamente se enjugó los ojos y las mejillas.

Con pasos vacilantes se aproximó al cesto y preguntó, con voz ahogada:

—¿Cuánto vale un *béiguel*?

Keyle levantó la vista y de su garganta salió un potente grito.

—¡Búnem!—Se dio una palmada en el rostro que, de repente, se arrugó de un modo extraño.

Búnem sintió angustia, y a la vez vergüenza, al percibir que la gente se había parado a mirar con curiosidad. La vista se le había

nublado, como por una pantalla de humo, y se oyó a sí mismo murmurar:

—No demos un espectáculo aquí. Vayamos a algún sitio.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Estaban en una calle del *downtown* de Nueva York, pero la voz de Keyle le llegaba a Búnem desde la calle Krochmalna. También el aroma de los *béiguels* provenía de allí. El día estaba finalizando, pero aún no había anochecido. Un crepúsculo azul envolvía todo y a todos. Sobre una mezcla de barro y nieve pasaban carros de carga, así como otros más ligeros y algún que otro automóvil. Las farolas se encendieron de pronto y en las tiendas se seguían vendiendo madejas de algodón, lanas, retales, zapatos y toda clase de artículos de mercería. El hedor a boñiga de caballo se mezclaba con el de gasolina. El cielo se cernía amarillento sobre los tejados planos, cubiertos de lluvia y nieve. En algún lugar chirriaba una máquina. Alguien tocaba una melodía en una especie de organillo americano. Un hombre tiraba de su perro atado a un cordel, mientras el animal se empeñaba en husmear el barro o el excremento de otro perro.

Keyle echó a correr con el cesto de *béiguels* bajo el brazo, y Búnem corrió detrás de ella. Al final de la calle, una anciana asaba castañas sobre un carbón humeante. Tras una vitrina se veía a un carnicero cortando un hueso con una sierra, algo inusitado en Varsovia, donde para ello se empleaba un hacha. En el interior de una barbería, un hombre reclinado sobre un sillón y envuelto por una sábana blanca se dejaba afeitar por el barbero, mientras un muchacho con delantal blanco barría el suelo con una escoba de paja.

Al llegar a una taberna o *saloon* Keyle se detuvo.

—¡Entremos aquí!—dijo.

Abrió la puerta y Búnem entró en el local. Sonaba la música, alguien tocaba el piano y se oía gritos de voces borrachas. Varios camareros con delantales blancos se movían rápidamente cargados con enormes jarras de cerveza. Sentados alrededor de largas mesas, hombres obesos en compañía de sus mujeres hablaban alemán y bebían cerveza mientras engullían gruesas salchichas blancas untadas con mostaza y cantaban canciones alemanas. Había enormes perros junto a algunas mesas, esperando a que les tiraran algún trozo de comida.

De las paredes colgaban cabezas de gacelas, retratos de emperadores, paisajes de montaña, carros de heno y ganado, así como escenas de caza. Un camarero se acercó para decirle a Keyle en un inglés chapurreado que la entrada estaba prohibida a los vendedores callejeros.

—He venido a beber y no a vender—le replicó Keyle en yiddish.

Señaló a Búnem, y el camarero les condujo, tras cierta vacilación, a una mesa con mantel rojo situada en un rincón. Sobre el cenicero alguien había dejado un cigarro puro a medio consumir.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde te metiste?—preguntó Búnem como atragantándose por sus propias palabras.

Keyle se mantuvo callada largo rato. El lugar estaba tan oscuro que él apenas podía verle el rostro. Una mescolanza de gritos, cantos, tronantes voces masculinas y estridentes chillidos de mujeres les llegaban del salón donde se encontraban, así como, tal vez, de otros salones o habitaciones. Debían de estar celebrando algún banquete o fiesta alemana. De pronto, se oyó a Keyle decir:

—Búnem, he pecado.

—¿Qué quieres decir con eso, eh?

—Se arrojó sobre mí y me violó. No deberías haberte marchado dejándome sola con él.

—Bebiste whisky en su compañía—replicó Búnem, inclinando la cabeza.

—Me emborrachó y se lanzó sobre mí como una bestia. He caído de nuevo en el pecado, como tú lo habrías llamado.

—Te marchaste con él, ¿no es así?

—Ya no podía permanecer contigo. Te había jurado que nadie me tocaría jamás.

—Sigues con él, ¿verdad?

—Está en el hospital. Lo han apuñalado.

—¿Quién lo ha apuñalado?

—Otro *pimp*. Así llaman aquí a los chulos.

—¿Has vuelto a tu modo de vida de antes?

—Es lo que él quería.

—¿Por qué te marchaste con él?

—Búnem, todo está perdido. Mi madre solía decirlo: «con el rabo de un cerdo no puedes hacer un *shtreimel*».

—¿Has convivido con él, verdad?

—No. Sí.

—¿Con otros también?

—No.

—¿Entonces?

—Búnem, no soy una persona normal—dijo Keyle.

—¿Y qué eres?

—Una ramera. Una puta. Todo lo malo del mundo. Además, estoy encinta.

Búnem enmudeció largo rato.

—¿Cómo lo sabes?

—No me ha venido la regla.

La completa sequedad en su garganta apenas le permitió a Búnem pronunciar estas palabras:

—De él, ¿no es así?

—De él o de ti. Ya antes de esto, la regla se me había retrasado.

6

Keyle terminó de beber, de un solo trago, la copa de whisky que el camarero le había traído. Al cabo de un rato, hizo lo mismo con la que Búnem había pedido para él.

—Búnem—prosiguió—, no debería beber. Cuando bebo me convierto en una bestia. Lo olvido todo. En casa siempre tuve una botella guardada y, sin que tú lo supieras, tomaba un sorbo de vez en cuando. Cuando llegó Yarme y empezó a hablarme sobre Varsovia, acerca de una cosa y de otra, de Itche el Ciego, Shmuel el Nata, la plaza, la posada, sentí como si hubiera echado sal sobre mi herida en el alma y saqué la botella.

—Has tenido otros hombres, ¿verdad?

—No. Solo a él. Bebí tanto que no podía mantenerme en pie. Y él sólo esperaba eso. Saqué el cuchillo, pero me lo arrancó de la mano. Me tumbó e hizo lo que quería. Cuando me di cuenta de que de nuevo había caído en el pecado, me fui con él. Me arrastraba como a una vaca al matadero.

—¿Quiso él que tuvieras otros hombres?

—Lo intentó, pero no lo consiguió. Entonces echó el ojo a otra prostituta, con la mala suerte de que ya pertenecía a otro chulo. Y este le clavó un cuchillo.

—Tienes razón. Ciertamente, no eres una persona de bien.

—Búnem, pronto moriré.

Búnem se tensó.

—¿Estás enferma?

—No, pero no quiero seguir viviendo. No quiero parir este niño. Alguien como yo no debe ser madre. No quiero traer al mundo a un bastardo. He pensado en ti. No ha pasado ni un minuto sin que pensara en ti. Pero al mismo tiempo me decía: Keyle, déjalo en paz. ¿Solche ya está aquí?

—No, no.

—¿Te escribe?

—No, no he tenido noticias de ella.

—Ya vendrá. En algún momento se me pasó por la cabeza que yo

sería su criada e iría detrás de ella llevándole el cesto de la compra, pero éste es un país extraño. Salgo a la calle y no es una calle. Entro en una taberna y no es una taberna. El inglés no puedo aprenderlo. Las personas no hablan, mueven los labios como si fueran peces. El whisky no es como el coñac, no se agarra al corazón. Y deambulo como en un sueño. La comida tampoco sabe a nada. No quiero ser enterrada aquí. Un entierro aquí no es un entierro. Si tuviera dinero, regresaría a Varsovia y allí compraría una parcela en el cementerio, aunque estuviera al otro lado de la tapia. Estaré mejor allí, enterrada fuera de la tapia, que aquí en primera fila. Aquí no hay Dios.

—Si existe Dios, tiene que estar aquí también.

—No. Aquí el cielo es otro. Los judíos de aquí no son judíos, ni siquiera los *goyim* son *goyim*. Todo es extraño, como en un libro de cuentos. A veces me sobresalto por la noche y no puedo respirar. Yarme se ha vuelto un alcohólico. Siempre está borracho. Cuando se levanta por la mañana, va y me dice: «Keyle, voy a enjuagarme la boca». Agarra una copa, la llena de whisky y la apura de un trago. Ya no habla, sino que balbucea como un mono. Vuelve del revés las palabras. —Tras algunos segundos en silencio, prosiguió—: Hace ya tiempo que yo habría puesto fin a mis sufrimientos, pero no quiero que mis huesos se pudran aquí. Quisiera ahorrar para el pasaje de vuelta y por eso deambulo vendiendo *béiguels*. Cada día se me hace largo como un año. Visito a Yarme en el hospital, donde yace totalmente vendado. Sólo asoma un ojo. Está en una sala tan grande como la estación de ferrocarril, llena de camas con enfermos que gruñen y gritan. Uno de ellos aullaba de tal manera que no se podía oír lo que hablaban los demás. Los llevan a operarlos. Allí les ponen unos tubitos en la nariz; es peor que en el hospital de los pobres en Varsovia. En una ocasión, pasé a visitar a una prostituta. Tenía todo el cuerpo deshecho, y cuando la enfermera le dio un panecillo a morder, se dejó dos dientes en él… Búnemel, no puedo creer que esté sentada aquí contigo. ¿Cómo me has encontrado?

—Simplemente iba caminando y de pronto te he visto.

—Esto debe de ser cosa de Dios. Quería regresar a casa, pero no conocía el camino. Olvidé cómo se llama la calle. He pasado noches reventándome la cabeza intentando acordarme. Pregunté a Yarme, pero no quiso decírmelo. Ésta es la verdad.

—La calle Attorney.

—¡Madre mía, madre mía! Escríbemelo. Podré mostrar el trozo de papel y la gente sabrá indicarme. Querré ir a despedirme de ti antes de morirme o de regresar a Varsovia. Allí nunca olvidé el nombre de una calle. ¡Ah, mira! He vuelto a olvidarlo. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Calle Attorney.

—No puedo ni repetirlo. Un nombre como ése entra por un oído y sale por el otro. Escríbemelo.

—No tengo papel ni lápiz.

—Cuando salgamos de aquí compraré un lápiz y un cuaderno. Me apuntarás todo. ¿Adónde debe dirigirse alguien que quiere comprar un pasaje de vuelta a Varsovia?

—Hay negocios que se dedican a ello, y venden billetes de barco. Se llaman *travel agents*.

—¿Cómo? ¿Dónde están? Aquí hay que saber leer. Si uno no es capaz de leer, no sabe por dónde se entra ni por dónde se sale. Todas las calles se parecen. Ya había aprendido cómo ir a mi trabajo en la panadería y cómo volver a nuestra casa. Me fijaba en alguna señal: aquí un abrevadero para los caballos, allí un portal junto al cual aparcan los coches de los bomberos; desde el portal se ve una barra de hierro por la que los bomberos bajan resbalando cuando hay un incendio. ¡Ay! Aquí todo es diferente. Desde que me alejé de ti, mi cabeza está totalmente confusa. Incluso me he olvidado de tu apellido. Sólo recordaba que te llamas Búnem.

—Tomáshover.

—¡Madre mía, cómo he podido olvidarlo! Incluso tengo un tío en Tómashov, el tío Guétzel. También esto lo olvidé. La llegada de Yarme hizo que recordara muchos nombres. Aquí me siento como aturdida. Cuando estoy en la cama, me parece que estoy en un barco. Veo la casa dar vueltas como un carrusel que me arrastra en sus giros. ¿Será esto una enfermedad? ¿Tal vez me esté volviendo loca? Creo que sí, que soy una loca.

—No, Keyle.

—Entonces, ¿qué soy?

—Una mujer trastornada.

—¿Ah, sí? Tampoco conozco el dinero de aquí. Devuelvo el cambio y el comprador me dice que es demasiado poco. A veces, si he topado con un cliente honesto, me devuelve un penique o dos. Pensé en preguntar a las personas adónde debía ir, pero en una ciudad tan grande, ¿cómo puede saber nadie dónde vive alguien que se llama Búnem? ¡Ay, esto me hace reír! Es como un cuento del despistado Hérshele Ostropóler, o aquel del atolondrado rabino Iosef el Fideo, que caminaba por la calle y olvidó su propio nombre. Alguien me leyó los cuentos de estos cómicos cuando era pequeña. Yarme lo recuerda todo, incluso cuando está tan borracho como Lot. Pero yo, después de haber crecido en Varsovia, aquí he vuelto a ser una niña. Esto me ha sucedido debido al miedo y a la añoranza. ¿Es posible algo así?

—Todo es posible.

—Tú lees los libros y lo sabes todo. Pero yo no sé nada. En

Varsovia conocía cada guijarro, y aquí todo me parece como si hubiera caído al mar. Mientras vivía a tu lado, de un modo u otro, me las arreglaba. Pero desde que Yarme me arrastró de nuevo con él, se me ha borrado todo de la cabeza. Tampoco conocería el camino al hospital, pero en la casa donde vivo hay una mujer cuyo marido, desde hace dos meses, se ha vuelto inválido y pronto lo van a trasladar a un lugar lejano, allí donde ni los médicos ni los medicamentos ayudan. Me lleva con ella al hospital y luego regresa conmigo. Allí cada paciente grita y se lamenta en su lengua: en inglés, en italiano, en ruso y hasta en polaco. En una cama hay también un chino. Aquí los chinos no llevan trenza como los de Varsovia, pero son igual de amarillos o, si están enfermos, doblemente amarillos, con los ojos rasgados como un par de rendijas. Vino a visitarlo su esposa y hablaron en su lengua, de forma nasal, con voz gangosa. ¿Cómo se entienden entre sí? ¡Es un milagro de Dios! Búnemel, una vez me prometiste que, cuando me muera, rezarás el *kaddish* por mí.

—Yo tampoco quiero seguir viviendo más.

—¿Cómo? ¿Y por qué no? Solche pronto llegará y entonces empezarás a vivir.

—No, Keyle, no.

—¿Por qué no?

—Porque viviría sin meta alguna.

—¿Qué piensas hacer?

—Morir contigo.

7

Permanecieron sentados y en silencio, rodeados por la ruidosa conversación que, sin cesar, mantenían los alemanes que ocupaban la mesa larga. Keyle rompió finalmente el silencio:

—Búnemel, ¿por qué dices eso? Eres joven. Tu vida comienza ahora.

—Keyle, estoy hastiado de todo.

—¿Qué quieres hacer?

—Poner fin a mi vida.

—Búnemel, quiero que antes me mates a mí.

—Sí, tal vez.

—¡Ay, los *béiguels*! ¡Si sigo aquí sentada demasiado tiempo se enfriarán y nadie los va a querer comprar!—exclamó Keyle—. Llama al camarero. Ya se ha hecho de noche ahí fuera.

Hizo ademán de pagar las bebidas, pero Búnem se apresuró a sacar

algunas monedas del bolsillo. El camarero hizo una mueca de desprecio y abierta burla de aquellos dos inmigrantes que hablaban yiddish. Ni siquiera les agradeció la propina. Keyle agarró el cesto y Búnem la siguió.

Caía una nevada de gruesos copos que se disolvían en cuanto tocaban el suelo. El aire caliente que salía de las tiendas, al contacto de las frías ráfagas de viento con olor a mar y peces, formaba remolinos en las estrechas callejuelas.

Búnem intentó leer el nombre de la calle, pero la nieve que le humedecía los ojos se lo impedía. Preguntó a Keyle dónde vivía. Ella pronunció un nombre que a Búnem le sonó como un par de palabras inglesas erróneas.

—Bueno, esta noche ya no venderé los *béiguels*—dijo—. Que sea por el perdón de mis pecados. ¿Qué quieres que haga?

—Ven a mi casa.

—¿Cómo dices? Mañana tengo que ir a visitar a Yarme en el hospital. Si no me presentara, se comería a sí mismo las entrañas. Temo que va a perder un ojo.

—¿Cómo se llama el hospital?

—¿El hospital? Lo sabía, pero se me ha ido de la cabeza. A mí me guía la mujer que antes te he mencionado. Es un hospital judío. Espera, en algún lugar tengo una nota. El policía que vino a la casa a avisarme de lo que le había sucedido a Yarme lo reseñó todo. Van a citarme para que haga de testigo en el juicio. En el hospital alguien me entregó una especie de tarjeta. Todo en inglés. Aquí, si no sabes leer, estás peor que muerto.

—Yo te lo leeré, pero no aquí en la calle.

—¿Sabrás cómo llevarme de vuelta a mi casa? En algún sitio guardo una tarjeta de la casera, que aquí llaman *landlady*. Los *béiguels* nos los tendremos que comer nosotros.

En el instante en que pronunció estas palabras se le acercó una mujer y compró unos cuantos. Enseguida llegaron más compradores y Keyle colocó el cesto sobre la acera, mientras Búnem esperaba a un lado. «Vaya, qué más da, de todas formas voy a morir», pensó, justificándose por la cómica situación en que se hallaba. No estaba acostumbrado a beber, y el poco whisky que había tomado empezó a subírsele a la cabeza. Hasta tal punto estaba achispado que tampoco él sabía ya cómo regresar a la calle Attorney. Detuvo a alguien que llevaba un periódico yiddish y se lo preguntó.

—¿Un *greenhorn* recién llegado, eh?—respondió el hombre—. ¿Acaba de bajar del barco? Vaya usted a la derecha y luego a la izquierda hasta la calle Grand.

—Vale. Desde allí ya sabré llegar. Muchas gracias.

—¿De dónde es usted? ¿De Polonia?

—Sí, de Polonia.

—El gran ladrón ruso está atormentando a los judíos, ¿eh?

—Sí, como siempre.

—Aquí no hay antisemitas. Aquí todas las personas son iguales. Si el presidente dice algo que está mal, se le manda al diablo y se elige otro. Aquí un judío puede caminar con la cabeza alta.

—Sí, tal vez.

—¿Es su esposa?

—Sí.

—¿Dónde ha encontrado usted una mujercita tan guapa? ¿Aún del antiguo hogar?

—Sí.

—Ella es la que sustenta a la familia, ¿eh? Le compraré un par de *béiguels*.

La nieve se hacía más densa y seca. A medida que Keyle avanzaba, le fueron comprando toda la mercancía. Búnem notó que los hombres la miraban con abierto deseo. Pese a los sufrimientos por los que había pasado, no había perdido belleza: el cabello pelirrojo, los ojos verdes y la deslumbrante piel blanca creaban una mezcla de colores como los de un retrato sobre un lienzo.

—¿Qué dices a esto?—dijo Keyle alzando la voz para vencer al silbido del viento—. Me quitan de las manos la mercancía. El cesto apenas pesa. En días tan fríos como éste, la gente tiene hambre. Entre nosotros te diré que a veces se me acercan personas que no pueden pagar. Están en paro. Aquí lo llaman la temporada baja. Entonces, saco un *béiguel* y se lo doy gratis…

»De todos modos, mi vida ya está ennegrecida para siempre. Esta desgracia mía me ha perseguido hasta América. Y no acaba aquí. Quise ser buena con Yarme, por ver si me concedía el divorcio, pero sigue siendo un canalla. Arrancó de mis manos el cuchillo y pensé que había llegado mi hora. Ojalá me hubiera apuñalado. Habría sido mejor para mí. No se divorciará nunca. Repite una y otra vez que me ama. ¿Qué clase de amor es ése? Pretendió empujarme de nuevo a la calle, que volviera con los borrachos y los vagabundos. Es un chulo, es lo que es. Un cerdo. Ojalá el que lo apuñaló hubiera acabado con él. Yo sería libre ahora. Búnem, no quiero pisar tu casa. He pecado. Estoy hundida en el fango.

—No lo estás, si él fue quien te violó. Además, eres su esposa, según la ley.

—¿Cómo dices? Tú lo sabes todo y yo no sé nada. Pero no quiero dar a luz a su hijo. Y si va a ser un bastardo, mejor que no venga al mundo.

Ya habían llegado a la calle Attorney.

—No estábamos tan lejos—dijo Keyle—. Si mi destino fuera vivir algunos años más, quisiera aprender a leer, pero es demasiado tarde.

Mientras subían las escaleras comentó:

—El cesto está casi vacío. Sólo me han quedado tres *béiguels*.

Búnem abrió la puerta y una gélida ráfaga lo azotó desde el interior. Keyle se detuvo unos instantes para observar el apartamento.

—¡Ay, hace frío como en una cámara frigorífica! ¡Ay, Búnem, y yo que pensé que jamás volvería a ver esta casa!

—Cierra la puerta. Los vecinos no tienen por qué oírlo todo.

—¡Aquí se está peor que en el número 8 de Krochmalna!

—Sí. Hace mucho frío. Espera, encenderé el gas.

Búnem había resuelto no tocarla nunca más, pero le sobrevino un fuerte deseo. Comenzó a arrastrarla hacia la cama mientras ella repetía:

—Déjame, soy una pecadora.

—No. Te quiero.

CAPÍTULO XI

1

A finales del invierno llegó un telegrama de Solche en el que anunciaba que se encontraba en Hamburgo, camino de América. Búnem acudió al muelle a esperar la llegada del barco y allí conoció a Sam Buchbinder, hermano menor del difunto abuelo de Solche.

Sam Buchbinder había emigrado a América, unos cuarenta años atrás, desde Varsovia. Nacido del matrimonio tardío del bisabuelo de Solche con una jovencita de dieciocho años, recibió el nombre de Shmuel Faivel, que, una vez en América, cambió por el de Sam.

En Varsovia no había querido dedicarse al estudio de la Guemará y se había hecho carpintero. Allí había contraído matrimonio con la *panna* Tamara, hija de una familia acomodada y joven activista del partido socialista polaco Proletariat, cuyo nombre de nacimiento era Reitse Témerel. En aquellos tiempos, resultaba muy poco frecuente que una muchacha ingresara en un grupo socialista, y mucho menos procediendo de una familia jasídica. Dado que los rusos decretaron la muerte en la horca para los miembros de aquel partido (tanto del primero como del que luego le sucedió con el mismo nombre), Tamara se vio obligada a huir de Polonia, acompañada de su reciente esposo. Al llegar a Nueva York, Sam se introdujo en el negocio de muebles. Creó un comercio para la venta a plazos y, a la vez, se hizo experto en la restauración de antiguas mesas, sillas, armarios, cómodas, camas e incluso pianos y clavicordios.

El matrimonio tuvo tres hijas, ahora ya casadas y a su vez con hijos. La madre, Tamara, falleció siendo todavía joven después del tercer parto, a consecuencia de complicaciones derivadas de una gripe o quizá de una pulmonía.

Sam Buchbinder contó todo esto a Búnem durante las horas en que ambos esperaban a que atracara el barco. Le comentó también, en lo que respecta a Solche, que no había sabido de su existencia hasta hacía un par de semanas. La explicación era que el padre de Solche era aún un niño cuando Sam emigró a América y, desde entonces,

nunca se carteó con la familia de Polonia.

En la conversación salió a relucir que la casa de Sam Buchbinder se encontraba cerca de la del fallecido Morris Sugarman y que él conocía a Bessie, la hija.

Tiempo atrás, Sam había traspasado el comercio de muebles a su yerno mayor. En cuanto a los otros dos yernos, uno era ingeniero y el otro dentista. Él no volvió a casarse después de la muerte de su esposa Tamara y, según confió a Búnem, llevaba más de veinte años conviviendo con una criada cristiana, Patricia, hija de un humilde granjero de Nueva Jersey. Pese a esto, solía leer un periódico yiddish y asistía a reuniones convocadas por la comunidad judía y también a los bailes de máscaras que, para recaudar fondos con diversos fines, organizaban los laboristas judíos pertenecientes a los Sindicatos. Incluso se había aproximado a los anarquistas de Nueva York y asistía a sus bailes de *Yom Kipur*.

Sam Buchbinder era una persona menudita y de aspecto joven para alguien que se aproximaba a los setenta años. Pese a que ya se había retirado del negocio, todavía aceptaba encargos para reformar muebles antiguos en hogares de gente pudiente. Le contó a Búnem que había realizado trabajos en las casas de los más destacados millonarios americanos, no tanto por el dinero que recibía, como por su amor a esa artesanía que exigía mucha paciencia y conocimientos de toda clase de maderas y de tintes. Incluso lo habían invitado a la Casa Blanca en Washington. En un bolsillo delantero guardaba cartas recibidas de americanos famosos o de sus esposas.

También confió a Búnem que era un ateo y escéptico convencido. Pese a su amistad con radicales y el apoyo a sus movimientos, no creía que fuera posible ayudar a los pobres ni traer al mundo la libertad y la igualdad.

—Conozco a las personas—manifestó—. Las conozco. La culpa de todos los problemas está en la maldad. Las personas se sacarían los ojos unas a otras si se les dejara libres. Tal como está escrito en el versículo, ya he olvidado qué y en cuál…

—«Si no fuera por el temor (a la autoridad), los hombres se comerían vivos unos a los otros»[21]—puntualizó Búnem.

—¡Ah! ¿Usted recuerda lo que está escrito en los libros sagrados? Nosotros aquí en América ya lo hemos olvidado todo. No hemos tenido ni el tiempo ni la paciencia necesarios. Yo asisto a esas reuniones de los anarquistas y les dono algunos dólares. Entre ellos hay un cristiano que ha aprendido el yiddish y lo habla mejor que un judío. Publican un folleto que recibo cada semana. Su cabecilla, Kropotkin, vive en Londres. Tiene un gran cerebro, pero, según dicen, actúa sin consultar para nada con el jefe, como si no tuviera que rendir cuentas a nadie.

»A mí las personas más importantes—continuó—me encomiendan la reforma de su mobiliario. Me quedo a comer en sus casas y a veces hasta tengo que dormir en ellas. Me hablan como si fuera un pariente más. Me cuentan esto y lo otro: que Jesús encontró la verdad, que los judíos somos unos obstinados, y yo les replico abiertamente: nadie ha encontrado la verdad, ni Moisés, ni Jesús, ni ¿cómo se llama ése? Karl Marx. ¿Qué clase de muchacha es Solche?

—Es de los suyos.

—¿De los míos?

—Sí, Solche desea un mundo mejor.

—Se quedará sólo con el deseo. Todos los *greenhorns* llegan aquí soltando palabras bonitas. Aquí, en nuestra América, el dólar es Dios. Aquí la persona cambia. En cuanto pasan tres meses, empieza a perseguir el dólar con más afán que los veteranos. Olvidan todas esas bonitas palabras. Tras los primeros dólares que consiguen, se mudan del *downtown* al *uptown*, a vivir entre los *goyim* y los judíos de procedencia alemana. Los hijos crecen totalmente *goyim*. Es así como gira la rueda. ¿Qué hace usted para ganarse la vida aquí?

Búnem se lo hizo saber.

—¿Con eso quiere usted mantener a una esposa? Aquí la situación de un maestro de hebreo es peor que en el antiguo hogar. Y tampoco es mejor trabajar a sueldo. Al cabo de veinte años en una fábrica, te despiden y te aconsejan que metas la dentadura en una bolsa porque no tendrás nada que masticar. Aquí, si uno quiere llegar a algo, tiene que entrar en un negocio, aunque sea pequeño. Lo pequeño acaba haciéndose grande, mientras que si trabajas para otros, acabas siendo un indigente.

»¿Cómo han llegado a hacerse ricos todos esos millonarios? Se colgaban un saco al hombro y se convertían en buhoneros. Vendedores itinerantes, se llamaban a sí mismos. Un buhonero gana el doble de un sueldo. No lejos de aquí hay una calle conocida como el «mercado de cerdos». Allí se ve gente en busca de trabajo: un sastre que carga en sus manos una máquina de coser, un carpintero que lleva una sierra, un zapatero con una horma. Llegan agentes enviados por las fábricas y se los llevan con ellos. Mientras es temporada alta, ganan unos dólares. Trabajan día y noche en esos *sweatshops*, los talleres donde los explotan. Sus esposas alquilan habitaciones. Los que viven lejos se quedan a dormir en los talleres. Y en la temporada baja no tienen qué llevarse a la boca. Ahora se han creado los sindicatos que quieren mejorar la situación, pero no sirven para nada. El trabajador siempre será pobre. Por eso le digo a usted: emprenda algún negocio.

—¿Qué clase de negocio?

—Hágase también buhonero. Es cierto que ya hay más buhoneros que clientes, pero pronto o tarde se ganan la vida. En Staten Island aún se puede hacer negocio cargando el saco. Y si no márchese a New Jersey o qué sé yo adónde. Aquí no hay que avergonzarse. Lo primero que se debe hacer al llegar a América es dejar a un lado la vergüenza. ¡Oh, mire! ¡Los pasajeros están empezando a desembarcar!

2

Bunem había pensado llevar a Solche a su apartamento en la calle Attorney, pero Sam Buchbinder objetó que una joven no debía residir en la misma vivienda que su novio. De modo que alquiló una calesa para llevar a ambos a su propia casa.

El atuendo de Solche era realmente como de alguien llegado de Siberia: iba envuelta en un grueso abrigo con cuello de piel de cordero, en la cabeza llevaba una especie de gorro femenino de piel, y calzaba botas altas. Parecía más pequeña de lo que Búnem recordaba y, además, envejecida. Cargaba con una pesada maleta que, como se demostraría más tarde, si las autoridades de aduanas la hubieran abierto habría supuesto que la enviaran inmediatamente de vuelta a Rusia. Contenía toda clase de escritos anarquistas, de Proudhon, Bakunin, Propotkin y Stirner, además de panfletos en ruso, polaco y alemán.

Nada más sentarse en la calesa, Solche comenzó a criticar a América. Había hecho el viaje en segunda clase. Su madre la había acompañado desde Varsovia a Hamburgo a fin de despedirse de ella y proveerla de dinero para gastos. El equipaje de Solche incluía, además de la maleta, algunas cajas de cartón con diversa vestimenta, ropa de cama y toda clase de chucherías que su madre había metido dentro. Fue un largo trayecto, desde el embarcadero de la línea Hamburgo-Nueva York hasta la vivienda de Sam Buchbinder, en la calle 20 esquina Madison Avenue, y durante el mismo Solche no paró de contar toda clase de peripecias y de elogiar el anarquismo.

En la aldea del norte de Rusia donde estuvo deportada, ni un solo campesino sabía leer o escribir. Los tejados de paja de las chozas estaban plagados de chinches que por las noches caían en tropel sobre sus moradores. Éstos ni siquiera se molestaban en exterminar las cucarachas que campaban por el suelo y las estufas. Por otra parte, en cuanto se producía un atentado o algún asomo de rebelión, miles de personas inocentes eran arrestadas y hacinadas en cárceles. Puesto que no había suficientes policías para conducirlas al exilio siberiano, encargaban hacerlo a viejas armadas con palos.

Solche se enfurecía al hablar de los marxistas, tanto bolcheviques como mencheviques, que intentaban implantar una nueva forma de esclavitud en Rusia. Citó nombres que Búnem nunca había oído. Y también maldecía a América debido a que, años atrás, algunos anarquistas habían sido ahorcados en Chicago. Solche los calificaba como mártires de la libertad.

Sam Buchbinder dejó caer que si Solche y Búnem ya estaban «comprometidos», sería bueno que la pareja se casara cuanto antes, pero Solche se rebeló:

—Tío, ¿a qué llama usted casarse? ¿Dejar que algún rabino, un parásito, pronuncie una bendición? Yo no creo en esas cosas. No necesito la bendición de ningún clérigo.

—¿Qué quieres? ¿El amor libre?—preguntó Sam.

—Sí, el amor libre. Según mi concepto del amor, marido y mujer han de ser abiertos y francos, además de responsables el uno del otro y de los hijos que traigan al mundo.

—En América, si una pareja no se casa no puede obtener una partida de nacimiento para su bebé.

—Nosotros no necesitamos documento alguno. Escupimos sobre esa clase de papelitos.

La casa de Sam Buchbinder ocupaba todo un edificio, pero las habitaciones estaban tan atestadas de muebles, libros, periódicos y revistas viejos, antigüedades y simples objetos superfluos que apenas se podía caminar por ellas. El ama de llaves, Patricia, era tan menuda como Sam, delgada como un palo, e intentó hablar con Solche en inglés, pero ésta no comprendía nada. También a Búnem le costó entender lo que decía, ya que tragaba las palabras al hablar. Se quejaba de que Sam había llenado la casa hasta el punto de que era imposible limpiarla. Las alfombras se extendían una sobre otra y en cuanto ella, Patricia, intentaba quitar el polvo de un mueble, Sam la regañaba porque, según le decía, lo estaba rompiendo. Todo debía quedar colocado donde él lo había puesto, ya fuera de pie o tumbado.

Allí no había chinches como en aquel pueblo de Siberia, pero tampoco faltaban cucarachas y de nada servían los insecticidas.

Sólo en la cocina ejercía Patricia el mando. Extrañamente, estaba sobrecargada de ollas, sartenes, vajillas, cubiertos de plata y toda clase de utensilios, de un modo que Búnem no había visto nunca. Había un enorme frigorífico y armarios repletos de alimentos, latas de conservas, tarros, botellas y bolsas con toda clase de comida. También un enorme samovar que nunca se utilizaba. Olía a quesos, a embutidos, carnes ahumadas y confituras, así como a pimienta, canela, jengibre y otras especias. En el interior hacía un calor de pleno verano, debido a la calefacción central para toda la casa.

—La sobreproducción es un producto del capitalismo—declaró Solche—. En una sociedad liberada se produce justo la cantidad necesaria, y los trabajadores utilizan sus horas libres para enriquecerse culturalmente.

Patricia sirvió algo de comida a la pareja: nada de comida cocinada, sino el contenido de varias latas y tarros. Al cabo de un rato, los jóvenes salieron a pasear por la avenida Madison. A Búnem esa calle le recordaba la avenida Marshalkowska de Varsovia, sólo que llena de carruajes y automóviles y con una mayor riqueza y elegancia. Aunque aún era invierno, muchos de los transeúntes ya iban vestidos con ropa de primavera. Algunas mujeres usaban sombreros decorados artísticamente con flores, cerezas y uvas. Los conductores hacían sonar constantemente las bocinas y las tiendas se veían abarrotadas de compradores. Uno de cada tres edificios era un banco. Búnem nunca se había adentrado tanto en el *uptown*. La gente miraba con curiosidad, y no sin burla, a Solche y su atuendo.

—Todo esto—comentaba Solche—proviene de explotación y de robo. Los Rockefeller, Morgan, Carnegie, Astor son simples ladrones y bandidos. En cuanto las masas se despierten, los exterminarán como a ratones.

—¿Dejarás de hablar de política un minuto?—inquirió Búnem.

—La justicia no es política.

Poco a poco Solche empezó a preguntarle cómo se había instalado allí, en Nueva York. De pronto se detuvo:

—¡Ah! He olvidado lo más importante. ¿Quién era esa persona con la que hiciste el viaje? Mi madre me habló de ella hasta agujerearme los tímpanos. Me contó que mi profesor de la universidad popular te había encontrado en la Estación de Viena acompañado de una mujerzuela, y que ella había perdido dinero o quién sabe qué. Nunca se me hubiera ocurrido que tuvieras algo que ver con otras mujeres.

Búnem no respondió enseguida. Luego sugirió:

—Vamos a entrar en algún lugar donde podamos sentarnos.

—¿Dónde? No veo ninguna cafetería. Espera. Me pareció que en el camino hasta aquí había un jardín o un parque.

Retrocedieron hasta que llegaron a un pequeño jardín sin vallas. Los árboles, despojados de las hojas, aún tenían aspecto invernal, pero lucía el sol y los bancos estaban secos. Una anciana sacaba semillas de una bolsa y las lanzaba a las palomas mientras, a su lado, un anciano paseaba tirando de un perro por la correa. El perro intentaba detenerse y el hombre lo arrastraba enfadado. Un joven con sombrero y abrigo fino de verano agarraba del brazo a una muchacha con traje de cuello de piel, sombrero de plumas y, en la mano, un bolso con franjas plateadas. Búnem y Solche se sentaron en un banco.

—No tienes que contármelo si no quieres—dijo ella.

Hablaba mitad yiddish mitad polaco y, de vez en cuando, intercalaba alguna palabra en ruso.

—He decidido contártelo todo, toda la verdad—afirmó Búnem.

—¿Quién es ella?

—Una antigua prostituta.

Solche dirigió una mirada hacia atrás, como si sospechara que alguien estuviera escuchando a sus espaldas.

—¿Tú tienes relaciones con mujeres como ésas?—preguntó.

Búnem comenzó a contarle todo desde el principio: cómo Keyle entró en vísperas del *Succot* a ver a su padre diciendo que quería arrepentirse; cómo él, Búnem, le mostró el camino a la casa de Shmerl el Sastre; cómo éste la echó y cómo Búnem la llevó al estudio. Mencionó también a Yarme y a Max.

Solche permaneció sentada en silencio. Dado que lucía el sol, se quitó el sombrero ruso de piel. El viento le despeinaba el cabello. De vez en cuando, miraba de reojo a Búnem, como si no creyera que fuera él quien le hablaba. Lo que estaba contando no era una simple historia, sino una confesión en toda regla. Al cabo de un rato, dejó de observarlo e inclinó el cuerpo, con la mirada fija en sus botas rusas.

—Tantas cosas nos han sucedido a ambos—dijo—que todo me parece como un largo sueño.

—Solche, esto es la realidad.

—Sí, sí. Esa mujer te podría haber contagiado una enfermedad peligrosa. Dicen que Nietzsche murió de algo parecido.

—Sí.

—¿Y tú no estás enfermo?

—Espero que no.

—¿Y no has consultado a un médico?

—A ambos nos examinó un médico en Hamburgo, al embarcar. Yo no tenía ningún síntoma.

—¿Cuáles son los síntomas? Bueno, da igual. ¿Estás enamorado de ella o qué?

—¿Qué es el amor? No lo tengo nada claro.

—¿Cómo? Había un tiempo en que lo tenías claro. Me dijiste que me amabas.

—Sí. Pero ahora ya no sé exactamente lo que es.

—Si tú no lo sabes, ¿cómo voy a saberlo yo? Bien, parece que entre nosotros todo está acabado. ¿Qué piensas hacer? ¿Continuar durante años como maestro de hebreo para unos niños que no quieren aprenderlo?

—No tengo ningún plan. Espera, aún no lo sabes todo.

Búnem continuó relatándole la llegada de Yarme a Nueva York y el embarazo de Keyle. Solche se encogía cada vez más.

—Búnem, nunca habría creído que alguien pudiera caer tan bajo y en tan poco tiempo.

—No hay más que empezar.

—Así que lo tomas a broma, ¿eh? He oído decir que tu hermana se está preparando para venir a América. ¿Qué dirá cuando oiga esto? Mi madre mencionó que incluso tus padres piensan venir aquí.

—Cuando ellos lleguen, todo habrá acabado.

—¿Qué quieres decir? En lo que a mí respecta, ahora no me queda más que el trabajo a favor de nuestra causa. Pero antes tendré que encontrar alguna ocupación. En el barco estuve todo el tiempo haciendo planes, pero un final como éste no me lo esperaba. ¿Ya no quieres volver a pintar?

—Ya no quiero nada.

—Espero que éste sea nuestro último encuentro.

3

En la calle Attorney los judíos devotos ya encargaban las *matses* en la panadería, regentada por un hombre igual de devoto que ellos. Los menos exigentes compraban el pan ázimo que procedía de fábricas. Otros, los más estrictos, intentaban conseguirlo elaborado a mano. En un periódico yiddish, algún rabino garantizaba que vendía *matses* sin rastro de levadura en el proceso, desde la cosecha del trigo hasta su molienda. En las tiendas de bebidas alcohólicas se vendía vino *kosher* para la Pascua, incluso en las no judías.

La víspera del *Pesaj* en la calle Attorney traía aromas a rábano amargo y al *jaróset*, algo que sólo una nariz judía podría identificar. El presidente de los inmigrantes judíos rumanos, en la casa donde Búnem trabajaba como maestro, lo había invitado a la cena del *Séder*, pero éste rehusó alegando que ya lo habían invitado en otro lugar.

Ni él mismo sabía ya quién era. Compró *matse*, no obstante, porque ni en las tiendas de la calle Attorney ni en las de las calles vecinas habría sido posible adquirir pan normal en esos días de la fiesta. No pensaba ir, desde luego, a rezar a la sinagoga, ni en su vivienda habría señal alguna de la Pascua. Él, que había sido criado en la más estricta práctica del judaísmo y conocía a fondo sus leyes y costumbres, había rechazado el *Shulján Aruj* entero y hasta los Diez Mandamientos.

Todavía seguía creyendo en la existencia de Dios, pero como una divinidad que se mantenía oculta, que nunca se había revelado ante

nadie y de la que nadie tuvo jamás idea de quién era, qué era, ni tampoco qué quería.

Según la concepción de Búnem, ese Dios, una especie de científico o tecnólogo universal, era absolutamente amoral. Ni las injusticias ni las desgracias que padecían los humanos le importaban lo más mínimo, ni tampoco el sufrimiento de los animales. En cuanto a la creación del hombre, realmente había sido concebido a semejanza de Dios: le importaban muy poco los problemas y las penas de su prójimo. La mayor parte de los monumentos que la humanidad había levantado había tenido por objeto honrar a malhechores. Incluso escritores tan ilustres como Goethe, Pushkin y Mickiewicz ensalzaron a un asesino de masas como fue Napoleón. Hegel, el filósofo, lo consideró como la personificación del espíritu de su tiempo, una especie de semidiós. Los poetas cantaron las glorias de toda clase de revoluciones, incluso de líderes de bandas de ladrones. Y, en lo que respecta a los animales, el hombre nunca sintió hacia ellos ni una pizca de compasión.

En los apartamentos vecinos se estaba celebrando el *Séder*. Los padres de familia, sentados a la mesa, relataban y entonaban en coro, junto con sus esposas e hijos, la Hagadá. Comían *matse* y hierbas amargas, bebían los cuatro vasos de vino y mencionaban las plagas que por culpa del faraón habían caído sobre Egipto, así como los privilegios que había otorgado Dios a su pueblo de Israel desde entonces y hasta el día de hoy.

Búnem, en cambio, dedicó esa noche del *Séder* a leer textos en inglés acerca de la vida de los insectos. De vez en cuando buscaba alguna palabra en el diccionario y la anotaba en una tarjeta que guardaba entre su colección. Según él, la zoología, la biología y todas las demás «logías» contradecían lo que se afirmaba en la Hagadá.

De pronto oyó pasos. Keyle había decidido visitarlo. Lo hacía de vez en cuando, aunque raramente se quedaba a dormir, debido a que Yarme le armaba un escándalo si se ausentaba toda la noche. Solía entrar furtivamente, cuando ya había anochecido, y se marchaba cuando la gente ya dormía y la calle estaba desierta. Pasaba a toda prisa delante de las pocas casas vecinas hasta llegar a la calle Grand, y desde allí atravesaba algunas callejuelas entre las calles Rivington y Stanton. La casa en la que vivía con Yarme, al igual que la de Búnem, estaba destinada a ser demolida.

Desde el día en que Yarme la violó, Keyle había dejado de ir a trabajar para el doctor Welcher, en East Broadway. El camino resultaba demasiado largo para ella y siempre se le hacía difícil orientarse. Últimamente, su vientre había empezado a inflarse, algo que le causaba vergüenza, como si padeciera la lepra. Con un vestido que había comprado en la calle Orchard intentaba disimular su

avanzado embarazo. Llevar en su interior un ser del que no sabía quién podía ser su padre, incluso para alguien como ella era una deshonra difícil de soportar.

Consiguió, no obstante, un empleo temporal como criada en la calle Chrystie. Se trataba de servir a un viejo solterón que trabajaba en un hospital como enfermero, aunque principalmente se ocupaba de los cadáveres. El hombre se comprometió a reservarle un lugar en cierta clínica para cuando le llegara el momento de dar a luz. Incluso le propuso ponerla en contacto con una asociación para madres que se hallaban en una situación similar, a las que ayudaban a entregar sus bebés en adopción. Keyle le había respondido que criaría a su bebé ella misma.

Aquella noche Keyle llegó cargada de paquetes. Pensando en Búnem, antes de salir había bajado al sótano de la casa donde vivía para preparar algunos de los platos típicos del Pésaj: *guefilte fish* y *kneidalaj*, e incluso le había llevado una botella de vino.

A diferencia de Búnem, Keyle no era capaz de desligarse totalmente de su judaísmo. Con frecuencia recordaba que, por muy bajo que hubiera caído, seguía siendo hija del pueblo judío y no una gentil. Tras saludarle deseándole una feliz Pascua, puso sobre la mesa los manjares que había preparado. Le pidió a Búnem que le leyera la Hagadá que también había traído para oír algunas palabras en hebreo, pero él se negó con un movimiento de cabeza. Sin dirigirse la palabra uno al otro, Keyle le sirvió el pescado y, mientras Búnem lo comía, también le puso delante los *kneidalajs*, que se habían enfriado.

Nada más terminar la cena, Búnem se desvistió y se tumbó en la cama. Keyle, como de costumbre, se aseó y se peinó. Al ir a acostarse vio que él se había vuelto hacia la pared, dándole la espalda. Se había quedado dormido sin pronunciar palabra. Keyle, tras un largo rato concilió el sueño, pero en mitad de la noche se desveló, haciendo que Búnem también abriera los ojos.

—¿Qué ocurre?—preguntó él.

—Búnem, no quiero vivir más—afirmó ella.

—Yo tampoco, pero tú llevas dentro un niño.

—No deseo este niño. Hace tiempo me prometiste que si pusieras fin a tu vida lo harías conmigo.

—Sí, si lo deseas.

—¡Búnem, yo estoy lista!

—De acuerdo, entonces.

—¿Cuándo?

—No quiero hacerlo aquí. Mi hermana Tsírele conoce esta dirección. No quiero que ella descubra lo que he hecho.

—Entonces, ¿dónde? ¿Cuándo?

Búnem no respondió. ¡Qué extraño! El pensamiento de la muerte lo había excitado. Abrazó a Keyle y ella se arrimó a él. Su cuerpo ardía. Se besaron durante mucho tiempo en silencio. Volvieron a sentir el despertar de su pasión.

—Búnemel—dijo Keyle finalmente—, en aquella ocasión también dijiste que, si decidiéramos hacerlo, antes viajaríamos a algún lugar para pasar tres días juntos. Así nos despediríamos del mundo.

—¿Eso dije?

—Ésas fueron tus palabras.

—¿Adónde vamos a viajar? Me he quedado sin un penique.

—Yo tengo algunos dólares. Tu idea fue que viajaríamos al mar y allí pondríamos fin a todo.

—Bueno, ya veremos. Quiero hacerlo de un modo que nadie sepa dónde he desaparecido…

—Nadie lo sabrá—afirmó Keyle—. Somos dos personas perdidas, en la vida y, por supuesto, después de la muerte.

—¿Qué será de Yarme?

—No me importa en absoluto.

Acostados, estrecharon mutuamente sus cuerpos con fuerza, como si cada uno escuchara su propia desesperación y la del otro. Búnem recordó un versículo de los Proverbios. El rey Salomón, o quien hubiera escrito ese libro miles de años atrás, hizo la siguiente predicción para quienes se entregan al deseo carnal y al disfrute de los placeres prohibidos: «ignoran que allí residen los fantasmas y que sus huéspedes están hundidos en el fondo del abismo».[22]

Búnem empezó a pensar en Tsírele. «Llegará a América y no me encontrará. ¿Y mi madre? Nunca sabrá adónde fueron a parar mis huesos. ¿Y por quién habré sacrificado mi vida: por una prostituta que cualquiera había podido poseer por diez kopeks? ¿Es posible que aún no sea demasiado tarde para escapar de ella y empezar todo de nuevo?», se preguntó. Se mantuvo a la escucha, como si alguien dentro de él fuera a responder, pero no hubo respuesta alguna. La voluntad de seguir viviendo se había desvanecido en su interior, se había extinguido como una vela.

De repente se acordó de Solche. «Qué final tan descabellado el suyo—pensó—. Vino a mi encuentro después de huir desde Siberia, llegó corriendo y, nada más llegar, enseguida nos separamos. ¿Estará ahora con su tío abuelo? ¿O quizá la habrán acogido en su círculo los anarquistas locales? ¿Creerá de verdad que se puede cambiar la naturaleza humana mediante algún programa escrito por uno u otro teórico?».

Durante largo rato su mente dejó de pensar. No dormía, aunque tampoco estaba despierto. De pronto, como si se hubiera despabilado,

se le ocurrió preguntarse: «¿Y por qué quiere Keyle morir? ¿Por qué no puede dar a luz a su hijo y entregarlo a alguna inclusa o abandonarlo? ¿Por qué ya no puede volver con Yarme o encontrar alguna persona de su calaña? ¿Estará realmente tan enamorada de mí? ¿La habré hipnotizado?». En ese momento, Keyle, como si hubiera leído sus pensamientos, le preguntó:

—Quizá no todo esté perdido. Tal vez podamos huir a algún lugar.

—¿Huir, adónde?—preguntó él a su vez—. Ya huimos en una ocasión.

—Podríamos huir de tal modo que Yarme nunca nos encuentre. Max seguramente está encarcelado. Yarme está medio ciego. No le alcanzará la vista para salir a buscarnos. Llegaríamos a algún lugar como marido y mujer. Para ir al sepulcro nunca será demasiado tarde.

—Keyle, tú no debes morir. Es mejor que regreses con Yarme. Yo ya no tengo ganas de seguir huyendo.

—Sin ti, no puedo vivir.

Búnem quiso responderle, pero había perdido el deseo de hablar. No respondió y Keyle no preguntó más. Al cabo de un rato, Búnem advirtió que se había quedado dormida.

«¿Es así como las personas se suicidan?», se preguntó. Desde su infancia había oído hablar de suicidios. Se producían en la misma calle Krochmalna. En cierta ocasión, un artesano fabricante de polainas se había envenenado porque su novia le había devuelto el contrato de compromiso. En otra, una muchacha se había tirado por la ventana de una cuarta planta porque su amado se había marchado a América sin despedirse. No era infrecuente que una prostituta se quitara la vida. Cada día los periódicos anunciaban casos de suicidio. También había leído alguna vez sobre dobles suicidios. Acerca de estos casos, siempre estuvo convencido de que fueron planificados semanas antes.

Él y Keyle, sin embargo, estaban a punto de suicidarse sin que ninguno de los dos estuviera totalmente decidido. «Ella quiere que huyamos a algún lugar, pero ¿adónde iba yo a huir con ella? ¿Y qué clase de vida podría llevar con ella si la criatura resultara ser de Yarme? ¿Y qué pasaría si Dios existiera y castigara las almas de quienes se quitan la vida? ¿Qué puede saber un insignificante ser humano acerca de Dios, de sus planes y sus modos de actuar?».

Búnem se durmió finalmente. Cuando despertó, empezaba a amanecer. No sentía ningún deseo, ni de vivir ni de morir. Como si hubiera perdido el amor a sí mismo, ese punto de egoísmo que la persona necesita para luchar por la vida. Le invadió una indiferencia extrema, como nunca había sentido, como si de pronto comprendiera la futilidad de todos los esfuerzos, el sinsentido de batallar por un

cuerpo que, inexorablemente, había de acabar en el sepulcro.

Keyle seguía dormida a su lado. Ya no sentía hacia ella ningún deseo. ¿Sería éste el nirvana del que un día hablaron los sabios de la India? ¿O era ya el principio de la muerte?

En ese momento, ella despertó sobresaltada.

—¡Búnem!

—¿Sí?

—¿No duermes?

—Sí. No.

—Búnem, ¿qué quieres hacer?

—Ya lo sabes.

—Búnem, yo deseo seguir viviendo.

Keyle pronunció estas palabras en un tono de obstinación. Búnem sonrió.

—Si deseas vivir, vive.

—¡Contigo, Búnem! ¡Sólo contigo!

—Yo no tengo ya nada que hacer aquí.

—Tienes mucho que hacer. Eres joven y, Dios te guarde, no estás enfermo. ¿Por qué has de causarme a mí, a tus padres, a tu hermana Tsírele y a tus hermanitos tanto dolor? Tu madre no lo soportará, Dios no lo quiera.

Búnem reflexionó. Las palabras de Keyle le sonaban huecas, como si le hablara en un idioma desconocido. Se vio obligado a hacer un esfuerzo para captar lo que acababa de decir.

—Keyle, debemos separarnos.

—¿Por qué, Búnem, por qué? Sé con toda seguridad que la criatura es tuya.

De nuevo, Búnem tuvo que pararse a pensar en el significado de las palabras de Keyle. El concepto «mío y tuyo» había perdido sentido para él. Al mismo tiempo, en su interior todo había empezado a fundirse, una sensación totalmente desconocida para él. Las preocupaciones, los temores, habían dejado de existir. «Seguramente así se siente un niño en el vientre de su madre—se le ocurrió pensar —. ¿La muerte? ¿Qué es la muerte?—se preguntó. Y se respondió a sí mismo—: Un invento, una mentira».

—Vente conmigo, Búnemel—dijo Keyle—. Imagínate que estás ciego y que soy yo quien te guía. Colmaré todas tus necesidades. Tú te dedicarás a leer tus libros, y nada más. Llevaré una vida decente contigo. Ningún hombre me tocará ni siquiera con el dedo meñique. Viviré sólo para ti.

Él quiso responder que ya no era capaz de hacer lo que le pedía, pero se sintió demasiado perezoso, demasiado pasivo para hablar y para argumentar.

—Sí, sí—se limitó a decir.

—Búnemel, he decidido ir a hablar con Yarme—prosiguió Keyle—. Por última vez. Le diré que me separo de él. Tal vez consiga que me conceda el divorcio. Si no, no importa. Tú no eres muy devoto. Lo que has podido hacer hasta ahora, te podrás permitir seguir haciéndolo.

—Sí, sí.

—Pareces cansado. Sigue acostado. Yo regresaré más tarde. Para mí empieza una nueva vida. Viviré sólo para ti, sólo para ti.

—Sí.

—Serás feliz conmigo.

Búnem sonrió. Quiso preguntar cómo, pero no lo hizo.

Keyle saltó de la cama y empezó a asearse, a vestirse, a peinarse. Acercó la mitad de una *matse* a Búnem.

—No tengo hambre—dijo él.

—Cuando vuelva, prepararé *kréplej* y freiré pastelillos de harina de *matse* para ti. Espérame. ¡No te vayas de aquí!

Pronunció esta última frase en tono de advertencia. Se vistió aprisa y con energía. Sus ojos verdes, a hurtadillas, dirigían a Búnem unas miradas cargadas tanto de amor como de sospecha. Antes de salir, lo besó largamente.

—Hasta ahora yo creía que más de lo que te amo no se puede amar —dijo—, sin embargo, esta noche algo cambió en mí. Por ti moveré mundos enteros. Sólo una cosa te suplico: no me abandones. Sin ti, no deseo vivir. ¡Recuerda mis palabras!

Salió dando un portazo. Búnem comenzó a vestirse pausadamente. Luego, ya en la calle, detuvo a un transeúnte para preguntarle:

—¿Cómo se llega al mar?

—Depende de a qué lado quiera usted ir: ¿hacia el lado de Staten Island o de Coney Island?

Búnem no supo qué contestar, pero le resultó más fácil responder Coney Island. Alguna vez había oído hablar de ese lugar.

El transeúnte comenzó a darle explicaciones sobre cómo llegar allí, en metro o *ferry*. Se extendió dando detalles. A continuación, Búnem se puso en camino siguiendo las instrucciones de aquel desconocido.

GLOSARIO DE TÉRMINOS HEBREOS Y YIDDISH

Adar (hebreo) Duodécimo mes del calendario hebreo, el último mes de invierno coincidente con febrero o marzo. En este mes se celebra la fiesta de *Purim* según el Libro de Ester. En un año bisiesto, se añade el *Adar* «bis».

Bar Mitsvá (hebreo) Celebración de mayoría de edad religiosa de los hijos varones a los trece años.

béiguel (yiddish) Bollo de masa horneado en forma de anillo.

chólent (yiddish) Estofado preparado el viernes y mantenido caliente para la comida del sábado, a fin de no tener que cocinar el *shabbat*.

Elul (hebreo) Último mes del calendario judío que cae en septiembre-octubre y precede a la fiesta del año nuevo, *Rosh Hashaná*, el primer día del mes siguiente, *Tishrei*.

goy (hebreo; plural, *goyim*) Literalmente 'nación', utilizada en yiddish para referirse a una persona no judía, a veces de forma despectiva, dependiendo del contexto.

griben (yiddish) Comida típica ashkenazí consistente en crujientes trocitos de piel de ganso fritos en grasa.

guefilte fish (yiddish) Literalmente, 'pescado relleno' (preferiblemente carpa) picado y mezclado con verduras, hervido en forma de hamburguesas. Comida típica ashkenazí para el *shabbat* y los festivos.

Guehenna (yiddish) 'Infierno', derivado del hebreo *Guehinom*.

Guemará (hebreo) Literalmente, 'finalización'. Segunda sección del Talmud que consiste, esencialmente, en el análisis y elaboración de comentarios sobre las leyes expresadas en la primera parte, la Mishná.

Haftará (hebreo) Literalmente, 'despedida', 'separación'. Porción de los Libros de los Profetas que se lee en la sinagoga a continuación del capítulo del Pentateuco correspondiente a cada sábado o día

festivo.

Hagadá (hebreo) Literalmente: ‘narración’, ‘leyenda’. Librito que se lee conjuntamente por la familia durante el *Séder*, con interrupción para la comida, y contiene el relato del éxodo del pueblo judío, a partir de su esclavitud en Egipto, y la travesía del desierto para llegar a la Tierra de Israel.

jalá (hebreo) Pan blanco trenzado, especialmente amasado para la comida del *shabbat* y festividades religiosas.

Janucá (hebreo) Literalmente, ‘inauguración’, ‘consagración’. Conmemora la recuperación por los macabeos de la independencia y del Templo judío, de manos de los conquistadores helenos, en el siglo II antes de Cristo. Durante ocho noches sucesivas se enciende una lamparilla de aceite o una vela adicional que simboliza el milagro de la duración de una exigua cantidad de aceite que se encontró en el Templo saqueado.

jaróset (hebreo) Mezcla de sabor dulce, color oscuro y aspecto pastoso que en el *Pésaj* forma parte del plato central del *Séder*, elaborada con frutos secos, canela, dátiles y manzanas en recuerdo del adobe con el que los esclavos israelitas debían levantar las construcciones de los egipcios.

jasid (hebreo; plural, *jasídim*) Seguidor de un movimiento, dentro del judaísmo ortodoxo, creado en Polonia a mediados del siglo XVIII por el rabino Israel Baal Shem Tov, y centrado en el fervor religioso, el misticismo y la alegría, más que en el estudio del Talmud. Los *jasídim* se agrupaban alrededor de diferentes *rebbes*, a los que atribuían popularmente gran sabiduría y poderes milagrosos.

jéder (hebreo) Literalmente: ‘habitación’. En las comunidades judías ashkenazíes, escuela primaria donde los niños varones, a partir de los tres años, aprendían el alfabeto hebreo y la lectura de la Torá.

kaddish (hebreo) Literalmente: ‘santo’, ‘sagrado’. Designa la plegaria en memoria de los muertos.

kiddush (hebreo) Bendición sobre el vino en *shabbat* y los festivos.

kíguel (yiddish) Pastel elaborado con pasta o arroz.

kosher (yiddish; en hebreo, *kasher*) Literalmente: ‘apto’, ‘correcto’. Lo que se ajusta estrictamente a las leyes religiosas, en general relativas a la alimentación. *Kashrut*: el conjunto de conceptos relativos a los alimentos permitidos por la Ley judía, en particular los productos cárnicos y su preparación.

kipá (hebreo; en yiddish, *yármulke*) Bonete o gorro con el que deben cubrirse los hombres, especialmente en los lugares sagrados y durante los servicios religiosos.

kneidalaj (yiddish) Bolitas amasadas con harina de *matse* molida y huevos hervidos. Se comen en *Pésaj* en el caldo de pollo,

reemplazando los fideos, que contienen levadura.

knish (yiddish; plural, *knishes*) Pastelitos de masa con relleno de carne, puré de patatas o queso horneados.

Lejaim (hebreo) Literalmente: 'por la vida'. Brindis equivalente a «A la salud».

lulav (hebreo) Hoja de palmera: una de las cuatro especies vegetales que se bendicen durante la festividad del *Succot*.

maskil (hebreo) Seguidor del movimiento Haskalá, la Ilustración judía, que surgió a finales del siglo XVIII en Alemania y que pregonaba la modernización de los judíos (incluso en su vestimenta) y su integración en las sociedades donde vivían.

matse (yiddish; en hebreo, *matsá*) Pan ázimo que se come durante los ocho días de la fiesta del *Pésaj*. *Matse shmure* es una *matse* especialmente cuidada en su elaboración

Mázel tov (yiddish; en hebreo, *Mazal tov*) '¡Enhorabuena!'.

mezuzá (hebreo) Pequeño estuche que los judíos clavan en las jambas de las puertas de sus casas. Contiene un pergamino con los versículos del Deuteronomio 6, 4-9, en una cara, y 11, 13-21, en la otra.

midrash (hebreo; plural, *midrashim*) Literalmente, 'explicación'. Exégesis de la Ley oral contada en forma de historias y parábolas que explican pasajes de la misma.

mikve (hebreo) Baño de inmersión ritual, de uso más frecuente entre las mujeres.

Mishná (hebreo) Sección del Talmud que consiste en una colección de leyes orales editadas en el año 200 antes de Cristo. por el rabino Yehudah Hanasí. Es la primera codificación de la Ley oral judía.

Pésaj (hebreo) Literalmente: '(Dios) pasó de largo'. Pascua que se celebra en la primavera y conmemora el éxodo de los esclavos de Egipto. Durante siete días (en la Diáspora, ocho) se prescinde de la levadura, se consume pan ázimo y se celebra *el Séder* o cena pascual. El significado etimológico alude a que Dios pasó ante las casas de los judíos, y éstos hubieron de apresurarse a salir, sin dar tiempo a que la masa leudara.

Purim (hebreo) Literalmente: 'suertes'. Nombre de la fiesta que celebra la milagrosa salvación de los judíos ante el Imperio persa, tal como figura en el relato bíblico del Libro de Esther.

reb (yiddish) Tratamiento de respeto que antecede al nombre de cualquier persona. Equivale al «don» en español.

rebbe (yiddish) Título de respeto a un rabino que lidera un grupo jasídico, o también maestro de la escuela judía primaria en Europa del Este.

rébbetsin (yiddish) Esposa del rabino ashkenazí.

Rosh Hashaná (hebreo) Solemne festividad del Año Nuevo que se celebra a principios del otoño, según el calendario judío.

Séder (hebreo) Literalmente: 'orden', 'arreglo'. Se denomina así a la cena ritual en familia durante la primera noche del *Pésaj*, durante la cual se relata la liberación de la esclavitud egipcia leyendo la Hagadá y cantando.

shabbat (hebreo; en yiddish, *shabbes*) Sábado, día semanal de descanso y devoción religiosa.

Shavuot (hebreo) Festividad veraniega conmemorativa de la entrega de los Diez Mandamientos a Moisés en el monte Sinaí. También fiesta de las Primicias de la cosecha.

shofar (hebreo) Cuerno de carnero que, con diferentes grupos de notas, toca el oficiante, especialmente durante el rezo de *Rosh Hashaná* y al final de ayuno del *Yom Kipur*.

shtetl (yiddish; plural, *shtétlej*) Diminutivo de *shtot*, 'ciudad'. En Europa del Este, el *shtetl* o centro urbano pertenecía a la nobleza polaca y estaba poblado sobre todo por judíos que llevaban un modo de vida tradicional, centrado alrededor del hogar, la sinagoga y el mercadillo. Este último era su lugar de encuentro con los campesinos y los terratenientes para el intercambio de mercancías entre el campo y la ciudad.

shtreimel (yiddish) Sombrero de piel, en forma de cilindro, que usan los judíos jasídicos casados durante el sábado y los días festivos.

Shulján Aruj (hebreo) Literalmente, 'mesa servida'. Título del tratado escrito por el rabino Yosef Caro en Safed en 1565, como compilación de las leyes extraídas de la Torá y el Talmud.

Simjat Torá (hebreo) Literalmente, 'alegría de la Torá'. Octavo día de la festividad del *Succot*, en el cual se finaliza la lectura cíclica de un capítulo de la Torá cada sábado durante el año.

succá (hebreo) Cabaña que se construye para la fiesta del *Succot*, en conmemoración de la travesía del desierto tras el Éxodo.

Tisha b'Av (hebreo) Literalmente, 'noveno día del mes de *Av*', al comienzo del verano. En esa fecha se conmemora, con ayuno y duelo, la destrucción del Primer Templo por las tropas babilónicas de Nabucodonosor en el año 586 antes de Cristo, y del Segundo Templo por las tropas romanas en el año 70.

Torá (hebreo) Literalmente, 'enseñanza', 'ley'. La Torá comprende los primeros cinco libros de la Biblia (Pentateuco, en su denominación griega) que contienen el cuerpo entero de la Ley judía recibida por Moisés. Dividida en cincuenta y cuatro capítulos, uno de los cuales se lee en la sinagoga cada sábado a lo largo del año.

tsitsit (hebreo) Taled pequeño, con un fleco en cada una de las

cuatro esquinas, que los judíos ortodoxos llevan puesto bajo la camisa.

yeshive (yiddish; en hebreo, *yeshivá*) Seminario rabínico donde se estudia la Torá y el Talmud.

Yom Kipur (hebreo) Literalmente, ‘Día de Expiación’. Con un ayuno riguroso, que comienza la noche anterior, se reza por el perdón de los pecados cometidos durante todo el año.

NOTAS

1 Sultán turco que en 1901 rechazó las insistentes peticiones de Theodor Herzl para que aceptara el reasentamiento del pueblo judío en la tierra de Israel. (*Todas las notas son de los traductores*).

2 En yiddish la terminación -*le* representa el diminutivo, equivalente al -*ito* o -*ita* en español.

3 Georgi Skalon fue, por designación del zar Nicolás II, gobernador general de Varsovia entre 1905 y 1914.

4 En los primeros años de la Rusia presoviética, el pasaporte amarillo tenía por finalidad controlar el movimiento de las prostitutas en el cruce de fronteras.

5 Job 1, 21.

6 En hebreo, literalmente: 'Todas mis promesas'.

7 Parodia del versículo hebreo en el Salmo121: «*Lo yanum ve lo yishan shomer Yisrael*» ('No se adormecerá ni dormirá el guardián de Israel').

8 En hebreo, *Shiviti* es la palabra con la que empieza el versículo 8 del Salmo 16: «Puse al Eterno siempre delante de mí».

9 Acrónimo del rabí Shlomo Yitzjaki, famoso comentarista de la Biblia y el Talmud en el siglo XI.

10 Salmos 119, 162.

11 Literalmente, en hebreo: 'Y hay quien argumenta que en Mordejái…' (Mordejái es apócope del talmudista rabí Mordejái ben Hilel Hacohen, del siglo XIII).

12 Literalmente, en hebreo: 'Frutos escogidos', título de los comentarios sobre el *Shulján Aruj* (la compilación de las leyes rabínicas del rabí Yosef Caro, de Toledo, en el siglo XVI) realizadas por el rabino Yosef Teumim, en el siglo XVIII.

13 Deuteronomio 21, 18.

14 Génesis 27, 13.

15 El autor pone irónicamente en boca del personaje, falseándola, esta cita del Talmud, en Avot a, b: «Me conformaré con el polvo de sus

pies, y beberé sediento sus palabras».

[16] Menájem Mendel Beilis, judío ruso víctima de una falsa acusación de asesinato de un niño en Ucrania en 1911.

[17] Proverbios 21, 30.

[18] Movimiento cuyo objetivo era la creación de asentamientos agrícolas judíos en la Tierra de Israel.

[19] Salmos 116, 11.

[20] Eclesiastés 3, 16.

[21] Ética de los Padres (en hebreo *Pirkei Avot*) 3, 2.

[22] Proverbios 9, 18.